

«Cautivadora.»
Library Journal

«Totalmente fascinante.»
Esquire



VIENTOS DE
TRAICIÓN
CHRISTINE MANGAN

ÍNDICE



PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

PRÓLOGO. ESPAÑA

1. TÁNGER 1956

1. ALICE

2. LUCY

3. ALICE

4. LUCY

5. ALICE

6. LUCY

7. ALICE

2

- 8. LUCY
- 9. ALICE
- 10. LUCY

3

- 11. ALICE
- 12. ALICE
- 13. ALICE
- 14. LUCY
- 15. ALICE
- 16. LUCY
- 17. ALICE
- 18. LUCY
- 19. ALICE
- 20. LUCY

EPÍLOGO. ESPAÑA

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

S I N O P S I S



Alice Shipley y Lucy Mason eran inseparables: aunque con pasados totalmente opuestos, sus días en la universidad se sucedieron entre risas, aventuras y libros. Hasta que algo sucede que las aleja para siempre. Alice pronto se casa y, en un arrebato de amor, se traslada a vivir a la tormentosa Tánger de 1956, un Marruecos que se acerca peligrosamente a su fin colonial y bulle repleto de conspiraciones. Pero la ciudad blanca no es lo que Alice esperaba: con John siempre ausente, ni el exotismo de sus calles ni la fragancia de sus aromas logran despertar su interés.

Pero un buen día Lucy llamará a su puerta; su aparición será un maravilloso soplo de aire fresco y juntas descubrirán un Tánger muy diferente, más misterioso, mucho más peligroso.

Cuando el pasado vuelva a acecharlas y la sombra de un asesinato se cierna sobre sus vidas, Alice y Lucy se darán cuenta de que sus días felices en Tánger se han acabado para siempre.

CHRISTINE MANGAN

VIENTOS DE TRAICIÓN

Traducción de Pilar de la Peña Minguell



*A mis padres, que nunca han dudado
de que esto fuera posible.
Y a R. K., siempre*

PRÓLOGO
ESPAÑA



Hacen falta tres varones para sacar el cuerpo del agua.

Es un hombre, eso sí se sabe, pero poco más. Los pájaros ya han hecho de las suyas, atraídos quizá por la reluciente pieza de plata que le adorna la corbata. Aunque eso ha sido cosa de las urracas, se recuerdan. «Habrás visto tres», dice uno, en un burdo intento de bromear, pensando en el verso de aquella canción infantil: «*One for sorrow, two for mirth, three for a funeral, four for birth...*».[*] Lo levantan, asombrados por el peso. «¿Los muertos pesan más?», se pregunta otro en voz alta. Juntos esperan a que llegue la policía, haciendo lo indecible por no mirar hacia abajo, por evitar las cuencas vacías donde antes se hallaban los ojos del hombre. Esos tres no se conocen, pero de pronto los une algo más fuerte que un parentesco.

Por supuesto, solo lo primero es cierto, el resto me lo he imaginado. Tengo tiempo para ello, ahora que no hago más que estar sentada y mirar, mirar la habitación, mirar por la ventana. El paisaje cambia, eso es todo. Supongo que alguien lo llamaría *observar*, pero yo replicaría que desde luego no es lo mismo, que es tan distinto como soñar despierto y pensar.

Hoy hace bastante calor; el verano se acerca deprisa. El sol ha empezado a esconderse y el cielo se ha teñido de un amarillo peculiar, indicio de que se avecina tormenta. En momentos como este, cuando el aire es denso y caliente, «amenazador», es cuando cierro los ojos, inhalo y vuelvo a oler Tánger. Es un olor a horno, a algo caliente pero que no quema, casi como el de las nubes de azúcar tostadas al fuego, aunque no tan dulce. Tiene un toque de especias vagamente familiar, como a canela, a clavo, incluso a cardamomo, y luego algo

más que no identifico. Es un olor reconfortante, como un recuerdo de infancia, uno de esos que te envuelven, te arropan y te prometen un final feliz, igual que en los cuentos. Claro que tampoco eso es cierto. Porque, tras ese olor, tras el confort, están el zumbido de las moscas, el correteo de las cucarachas y la mirada aviesa de los gatos famélicos que observan todos tus movimientos.

La mayoría de las veces la ciudad parece un sueño febril, un espejismo chispeante, y me cuesta convencerme de que fue real, de que yo estuve allí y de que las personas y los lugares que recuerdo eran tangibles y no fantasmas translúcidos evocados por mi mente. He observado que el tiempo pasa rápido y convierte en historia primero y en anécdotas después a esas personas y esos lugares. No logro recordar la diferencia, porque ahora la cabeza me hace jugarretas a menudo. En los peores momentos —los mejores— me olvido de ella. De lo que ocurrió. Es una sensación curiosa, porque siempre está ahí, acechando bajo la superficie, amenazando con salir de pronto. Pero hay veces en las que hasta su nombre se me escapa, por eso he empezado a escribirlo en cada pedazo de papel que encuentro. Por la noche, cuando las enfermeras se han ido, me lo susurro, como el catecismo aprendido de niña, como si la repetición me ayudase a recordar, me impidiera olvidar. Porque no debo olvidar nunca, me digo.

Alguien llama a la puerta con los nudillos y entra en la habitación una joven pelirroja cargada con una bandeja de comida. Tiene los brazos cubiertos de pecas, tanto que las manchitas marrones apenas dejan ver su piel clara.

Me pregunto si habrá intentado contarlas alguna vez.

Bajo la vista y me encuentro un nombre garabateado en un papel, en la mesilla que hay junto a mi cama, y el nombre me incomoda porque, aunque sé que no es el mío, tengo la sensación de que es importante, como si tuviera que procurar recordarlo. Intento relajarme. He descubierto que es una técnica muy útil: esforzarme por no pensar mientras, en secreto, pienso todo lo que puedo.

Nada.

—¿Lista para el desayuno?

Alzo la vista, perpleja al ver a la joven desconocida de intenso pelo rojo plantada delante de mí. No tendrá más de treinta años, así que somos casi de la misma edad. «Los pelirrojos dan mala suerte», pienso. ¿No se dice que hay que evitarlos cuando uno se dispone a viajar en barco? Y me digo que seguramente

no tardaré en surcar el mar, rumbo a Tánger. Me angustio, quiero que ese mal augurio pelirrojo se vaya de mi cuarto.

—¿De dónde has salido? —pregunto, molesta por que ni siquiera haya tenido la decencia de llamar a la puerta.

Ignora mi pregunta.

—¿No tienes hambre hoy?

Sostiene una cuchara llena de una sustancia gris; trato de recordar cómo se llama, pero no me viene a la cabeza. Enfadada, la aparto de mí y señalo el papelito que tengo junto a la cama.

—Tira eso a la basura —digo—. Alguien me está dejando bobadas escritas en notitas.

Vuelvo a acomodarme en la cama y me tapo hasta la barbilla.

Estamos en verano, pero en mi habitación, de pronto, hace un frío invernal.

1

T Á N G E R 1 9 5 6



1

A L I C E



Los martes eran días de mercado.

No solo para mí, sino para la ciudad entera, y las rifeñas desfilaban montaña abajo, proclamando su comienzo, con los cestos y las carretas rebosantes de frutas y verduras, flanqueadas por burros a ambos lados. En respuesta, Tánger cobraba vida: emergían multitudes, las calles se inundaban de hombres y mujeres, forasteros y lugareños por igual, señalando y pidiendo, discutiendo y regateando, cambiando moneda por un poco de esto y un poco de aquello. En esos días, el sol parecía brillar más, calentar más, y su intensidad me abrasaba la nuca.

De pie junto a la ventana, contemplando desde arriba la creciente muchedumbre, deseé para mis adentros que todavía fuese lunes, aun sabiendo que no era más que una vana esperanza, un consuelo, porque llegaría otra vez el martes y tendría que sumergirme de nuevo en la vorágine que se gestaba en las calles, plantarme delante de esas rifeñas impresionantes, adornadas con colores vivos y llamativos, y dejar que me miraran de arriba abajo el vestido, soso, corriente y en absoluto comparable a los suyos, presa de la preocupación, la de pensar que podría pagar un precio desorbitado sin saberlo, equivocarme de

moneda, confundirme de palabras; que me pondría en ridículo y se reirían todas, y quedaría patente el error que había cometido al mudarme allí.

Marruecos. El nombre evocaba una nada extensa y desértica, un sol rojo y abrasador. La primera vez que John me lo mencionó, estuve a punto de atragantarme con la bebida que acababa de traerme. Nos conocimos en el Ritz, en Picadilly, a instancias de tía Maude, cuya insistencia, a mi regreso del Bennington College, fue como una jaqueca de esas que uno no consigue quitarse. Hacía solo unos meses que había vuelto a Inglaterra, menos aún los que conocía a John, pero en ese momento lo vi claro: su entusiasmo, su fervor, nos envolvían e impregnaban el cálido aire estival. Me incliné hacia delante, deseosa de atraparlos, de aferrarme a ellos, de hacerlos míos, y dejé que la idea calase entre los dos. África. Marruecos. Unas semanas antes me habría plantado, quizá una semana después solo me habría reído, pero ese día, en ese preciso momento, al oír las palabras de John, sus promesas, sus sueños, me parecieron demasiado reales, demasiado alcanzables. Por primera vez desde Vermont, me sorprendí deseando algo, aunque no sabía muy bien qué, y era probable que ni siquiera fuese el hombre que tenía delante. Le di un sorbo al cóctel que él me había pedido; el champán ya estaba caliente, había perdido las burbujas, y me supo ácido en la lengua y en el estómago. Alargué el brazo, antes de que me diera tiempo a arrepentirme, y le cogí con fuerza la mano.

Porque, aunque John McAllister no era ni mucho menos el hombre de mis sueños —era bullicioso y sociable, impetuoso y a menudo imprudente—, me imaginé de pronto disfrutando de la oportunidad que me brindaba: la de olvidar, la de dejar atrás el pasado.

La de no pensar cada segundo del día en lo sucedido en las frías e invernales Montañas Verdes de Vermont.

Había pasado ya más de un año y aún me encontraba inmersa en una densa bruma de la que no lograba escapar, por más que recorriera el laberinto. «Mejor así», me dijo mi tía cuando le hablé de la nebulosa que envolvía mis recuerdos, y le expliqué que ya no recordaba los pormenores de aquella noche horrenda ni los días posteriores. Me instó a que lo olvidara todo, como si los recuerdos pudieran guardarse en cajas seguras con la certeza de que jamás revelarían sus secretos.

Y, en cierto modo, lo había hecho: había cerrado los ojos al pasado, los había abierto a John, a Tánger, al sol abrasador de Marruecos. A la aventura que me había prometido, con su proposición y su anillo, aunque sin ceremonia, solo un papel firmado.

—¡Cómo vamos a casarnos si apenas nos conocemos! —protesté al principio.

—Claro que nos conocemos —me aseguró—. Tu familia prácticamente está emparentada con la mía. En todo caso, nos conocemos demasiado.

Rio y me dedicó aquella sonrisa perversa.

No cambiaría de apellido, en eso fui inflexible. Con todo lo que había pasado, me parecía importante conservar parte de mí misma, de mi familia. Y había algo más, algo que me costaba explicar, que ni yo entendía: aunque la custodia de mi tía, en principio, se extinguiera en cuanto yo contrajese matrimonio, ella seguiría siendo la administradora de mi fideicomiso hasta que cumplierse veintiún años, momento en que el patrimonio de mis padres por fin pasaría a mis manos. Me abrumaba la idea de estar cubierta por parte doble, por eso mi pasaporte seguía estando a nombre de Alice Shipley.

Y, al principio, me dije que Tánger no sería tan terrible. Imaginé que los días transcurrirían jugando al tenis bajo el intenso sol marroquí, que un equipo de criados nos lo pondría todo en bandeja, que seríamos miembros de diversos clubes privados por toda la ciudad. Había vidas peores, lo sabía. Pero John quería experimentar el auténtico Marruecos, la auténtica Tánger. Así que, mientras sus socios contrataban criados marroquíes baratos y las esposas de estos se pasaban el día tiradas en la piscina u organizando fiestas, John evitaba todo eso. Su amigo Charlie y él callejaban por la ciudad y ocupaban las horas en los baños turcos, en los mercados o fumando hachís en los cuartitos oscuros de los cafés, procurando siempre ganarse las simpatías de los tangerinos en lugar de las de sus colegas y compatriotas. Charlie había sido quien había convencido a John para que fuera a Tánger, acosándolo con relatos del país, de su belleza, de su desgobierno, hasta que estuvo medio enamorado de un lugar que nunca había visto. Y yo hice todo lo posible por igualar su entusiasmo. Iba con él a los mercadillos en busca de muebles, a los zocos a comprar la cena. Me sentaba a su lado en las terrazas, sorbía cafés *au lait* e intentaba reescribir mi futuro en aquella ciudad calurosa y polvorienta que a él lo había hechizado a la primera

pero que aún no había logrado conquistarme a mí.

Entonces tuvo lugar el incidente del mercadillo.

En medio de la frenética pugna entre vendedores ambulantes y puestecillos, de la anarquía de antigüedades y baratijas apiladas sin concierto, despreocupadamente, una capa sobre otra, me volví y no vi a John. Mientras estaba allí parada, zarandeada por los desconocidos que circulaban en ambas direcciones, empezaron a sudarme las manos, signo inequívoco de ansiedad, y comencé a ver sombras con el rabillo del ojo, esas tenues y extrañas apariciones que para los médicos eran imaginarias pero que a mí me parecían reales, viscerales, tangibles, tanto que creía verlas crecer hasta que sus formas oscuras inundaban por completo mi visión. En ese momento se me pasó por la cabeza lo lejos que estaba de casa, de la vida que había imaginado para mí.

Cuando más tarde lo hablé con John, rio e insistió en que se había ausentado solo un minuto, pero la siguiente vez que me propuso salir negué con la cabeza y la siguiente después de esa busqué otra excusa. En su lugar, pasaba las horas — muchas, solitarias y aburridas— explorando Tánger desde la comodidad de nuestro apartamento. Tras la primera semana, ya sabía cuántos pasos había de un extremo a otro: cuarenta y cinco, a veces más, dependiendo de la zancada.

Con el tiempo, empecé a notar que el arrepentimiento de John se cernía sobre nosotros, que aumentaba, que nuestras conversaciones se limitaban a cuestiones prácticas, económicas, siendo mi asignación nuestro principal sustento monetario. A John no se le daba bien el dinero, me lo dijo una vez con una sonrisa, y yo sonreí también, pensando que se refería a que le daba igual, que no le quitaba el sueño. No tardé en descubrir que lo que quería decir era que la fortuna de su familia casi había desaparecido, que quedaba lo justo para que fuera bien vestido, para que pudiese seguir fingiendo que aún poseía la riqueza que en su día había tenido, con la que había nacido y que continuaba considerando legítimamente suya. Un espejismo, comprendí enseguida. Así que todas las semanas le entregaba mi asignación, sin que me importase, en realidad, en qué la malgastaba.

Y cada mes John volvía a perderse en aquella ciudad misteriosa a la que amaba con una intensidad que se me hacía incomprendible, explorando él solo sus secretos, mientras yo me quedaba en casa, captora y cautiva a la vez.

Miré el reloj y fruncí el ceño. Apenas eran las ocho y media cuando lo había mirado por última vez, pero las manillas avanzaban ya decididas hacia el mediodía. Maldije y me acerqué deprisa a la cama, a la ropa que había extendido allí esa mañana, antes de perder todas las horas transcurridas entre medias. Porque ese día le había prometido a John que iría al mercado, ese día me había prometido a mí misma que lo intentaría. Contemplé entonces mi atuendo, la semblanza de una mujer corriente a punto de hacer la compra de la semana: medias, zapatos y un vestido que había adquirido en Inglaterra poco antes de mudarme a Tánger.

Cuando me metía el vestido por la cabeza, detecté un pequeño desgarró en la pechera, donde el encaje desembocaba en el cuello. Lo miré molesta y me lo acerqué a la cara para inspeccionarlo, procurando no temblar al ver el tejido dañado, diciéndome que no era una señal, que no era un mal presagio, que no significaba nada en absoluto.

De pronto me pareció que hacía demasiado calor en la habitación y salí al balcón; necesitaba liberarme de sus imponentes paredes. Cerré los ojos, desesperada por notar la más mínima brisa, y esperé. Pero no sentí nada, salvo la opresión del calor árido e inmóvil de Tánger.

Pasó un minuto, luego otro y, en el silencio, mientras escuchaba con atención el silbido regular de mi respiración, me sentí observada. Al abrir los ojos, lancé una mirada precipitada a la calle. No había nadie. Solo un puñado de tangerinos que se dirigían al mercado, con prisa, porque se acercaba la hora del cierre.

—Cálmate —susurré, volviendo a la seguridad del apartamento.

Aun así, cerré resuelta el balcón, con el corazón alborotado. Al mirar el reloj, vi que era ya la una y media. El mercado podía esperar.

Tendría que esperar, me dije mientras corría las cortinas con manos temblorosas para que no entrara ni una gota de sol.

2

LUCY



Apoyada en la barandilla, sentí lo mucho que quemaba el sol. El balanceo que notaba bajo mis pies se hizo mayor y el estómago se me revolvió con cada acelerón del ferry, que se acercaba de forma extraña a su destino: Marruecos. Fui a toda prisa en busca de mi maleta. Los últimos meses ya habían estado marcados por la ensoñación de espléndidas y magníficas muestras de arquitectura morisca, de intrincados pasajes en bulliciosos zocos, de coloridos mosaicos y callejuelas pintadas en tonos vistosos. Me uní a la cola que había empezado a formarse y estiré el cuello, impaciente por ver África por primera vez, de verdad. Porque su olor ya nos llamaba desde la orilla, promesa de lo desconocido, de algo infinitamente más profundo, más rico que cualquier otra cosa que hubiera podido experimentar en las frías avenidas de Nueva York.

Y Alice estaba allí también, en algún lugar de aquella ciudad pulsátil.

Al bajar del barco, exploré la multitud en busca de su rostro. En las horas que había pasado entre tierra y mar me había convencido de que vendría a recibirme, pese a todo lo ocurrido. Pero no vi a nadie. Ni una sola cara conocida. Solo decenas de tangerinos, hombre jóvenes y ancianos por igual, intentando convencerme, y convencer al resto de los turistas recién desembarcados, para

que adquiriéramos uno u otro de sus servicios. «No soy un guía, soy un tangerino al que todos conocen. La llevaré a sitios de los que ni los guías han oído hablar.» Cuando eso no funcionaba, exhibían la mercancía: «¿Madame necesita un bolso?». Y al caballero que llevaba detrás: «¿Monsieur necesita un cinturón?». Se abrían los abrigos y sacaban otros artículos que pasaban por delante de los ojos de todos y cada uno de los imperturbables recién llegados. Joyas, tallas de madera y extraños instrumentos musicales nunca vistos. Yo, como todos los demás, rechazaba nerviosa esas baratijas.

No había muchas guías de Tánger, pero yo me había hecho con toda la literatura que había podido encontrar y había devorado línea por línea lo que se decía de la ciudad que pronto se convertiría en mi hogar, aunque fuese por un tiempo. Había leído a Wharton y a Twain, y una vez, desesperada, unas páginas de Hans Christian Andersen. Asombrosamente, él había sido quien mejor me había preparado para el asalto de aquellos entusiastas lazarillos, para la avalancha de rostros que abordaban como langostas los barcos a punto de atracar, decididos a prestar servicios al viajero ingenuo e inexperto. A mí se me podía tachar de lo último, desde luego, pero jamás de lo primero. Iba preparada, dispuesta, armada de palabras e investigación para poder protegerme de aquel escenario caótico. Sabía muy bien adónde iría a parar en cuanto abandonase la relativa quietud del ferry. Y, sin embargo, nada habría podido alertarme de aquello, ni Wharton, ni Twain, ni siquiera Andersen; a fin de cuentas, sus palabras no me servían de espada ni de escudo.

Procuré apartarme de los vendedores ambulantes, con un mapa bien sujeto entre las manos como prueba de mi determinación. Un meneo de cabeza, luego un murmullo en francés elemental, «*Non, merci*», seguido de español, «No, gracias», y luego, de pura frustración, el escaso árabe que había podido aprender antes de mi viaje: «*La, choukran*». No sirvió de nada. Me abrí paso a empujones, decidida a salir del puerto y entrar en la medina. Dejé atrás a la mayoría, pero persistieron unos cuantos que me siguieron colina arriba por el sendero que conducía al casco antiguo. «¿Se ha perdido? ¿Necesita ayuda?» Al final, quedó solo uno, que se negaba a desaparecer. Primero fue discreto, empeñado en ir tras de mí despacio, aminorando la marcha para ajustarse a mi paso. Hablaba mi idioma mejor que los demás, y le dio buen uso, parloteando sin parar sobre todos los lugares a los que me llevaría y que ningún otro turista vería jamás.

Me esforcé por ignorarlo, por hacer caso omiso del calor aplastante que me encendía las mejillas, por apartar la mirada de los enjambres de moscas que parecían acechar desde cada rincón mientras recorría el serpenteante laberinto de la ciudad. Pero al cabo de unos minutos me adelantó y me cortó el paso, de modo que tuve que pararme, confundida, y aferrarme a mi única maleta. Quise avanzar pese a todo, aunque él se quedó allí plantado, insistente.

—Sí, lo sé, soy como un moscón —dijo con desenfado. Se acercó más y noté su aliento, cálido y húmedo, en mi rostro—. Escuche, señora. Es preferible que lleve consigo un moscón, ¿sabe por qué? —Hizo una pausa, como si esperara respuesta—. Porque un moscón mantendrá a raya a todos los demás moscones.

Sonrió, luego soltó una carcajada, y aquel súbito estrépito, tan estridente que retumbó en los muros a mi alrededor, me sobresaltó, hizo que me tambaleara, que mi pesada maleta se estampara en el suelo y mi rodilla topase con la dura y polvorienta acera que pisábamos.

Hice un aspaviento y me dispuse a valorar el daño, rechazando la mano que me tendía el moscón. Mis medias nuevas de color gris topo, por las que había pagado la dolorosa suma de un dólar y cincuenta centavos, ante la insistencia de la dependienta de que eran lo mejor de la tienda, estaban destrozadas. Se habían roto justo por encima de la rodilla y se les había hecho una carrera; además, tenía, según vi con creciente pesar, un raspón de un rojo intenso que amenazaba con sangrar.

—Puñetera suerte —mascullé.

El moscón, como percibiendo mi desconsuelo, mi malestar, se acercó aún más.

—Parece perdida —susurró insistente. Como si mi reciente vulnerabilidad precisara semejante teatro—. ¿Sabe lo que busca, mademoiselle?

Al oír sus palabras me detuve un instante, solo un instante, para preguntarme qué hacía yo en aquella extraña tierra extranjera con la que había soñado tan a menudo que había llegado a adquirir un lustre irreal siempre que la evocaba. Tanto que, aun cuando descansaba en la cruda verdad de su existencia, seguía sin ser real. Se me cortó la respiración, pero de pronto lo vi: una imagen etérea de ella, delante de mí.

Con eso me bastó para volver a ser yo misma.

—Sí —le dije resuelta, decidida. Me levanté y lo adelanté con brusquedad,

de forma que nuestros hombros chocaron y él notó la fuerza del impacto, notó la embestida de mi cuerpo. Vi su cara de perplejidad—. Sí, sé muy bien lo que busco.

El moscón hizo un gesto de resignación y empezó, por fin, a alejarse despacio.

Afinidad. Había buscado la palabra en el diccionario durante mi primer año en el Bennington College, ese extraño grupito de edificios que se hallaba escondido, o eso parecía, en el corazón de las Montañas Verdes de Vermont. «Preferencia o simpatía espontánea o natural por algo. Coincidencia de caracteres que sugiere una relación.» Empecé a buscar palabras similares. «Semejanza. Inclínación.» Las escribí todas en mi cuaderno, que llevaba siempre conmigo cuando iba de la biblioteca a clase y viceversa. Me pegaba al pecho su raída piel azul, con cuidado de protegerlo, de recordarlo, para no dejármelo nunca olvidado, mi tesoro de palabras descubiertas y queridas. Las leía a menudo: por las mañanas, antes de clase; por las noches, antes de quedarme dormida. Me las susurraba, las memorizaba como si fueran a examinarme de ellas, como si fueran primordiales para mi formación, para mi supervivencia universitaria.

Tropecé con esa palabra en concreto, *afinidad*, a las pocas semanas de conocer a Alice. El momento me pareció emotivo, la definición de algo que aún no sabía que ansiaba definir. La relación que Alice y yo habíamos entablado después de tan solo unas semanas, la debilidad que sentíamos la una por la otra, iba más allá de cualquier descripción racional. Afinidad, decidí, era un comienzo bastante bueno.

Nos conocimos el primer día de clase. Alice estaba en el pasillo de la residencia de madera que nos habían asignado —todas de dos pisos, con más o menos una docena de habitaciones por planta y un salón común con su chimenea en la planta baja—, buscando nuestro cuarto, abrazada a una pila de libros y con cara de no desear otra cosa en el mundo que desaparecer. Y casi lo conseguía: su tronco y su rostro quedaban prácticamente ocultos detrás de los libros, que sin duda pesaban demasiado. Yo ya sabía que era mi compañera; habíamos quedado en vernos, nos habíamos enviado un montón de cartas antes de llegar al campus, con fotografía incluida para reconocernos, y aun así no pude evitar aguardar,

entretenerme, retrasar el momento todo lo posible. No quería acercarme a ayudarla y presentarme, aún no.

Así que esperé. Y observé.

Sus tobillos y sus muñecas eran lo más delicado que yo había visto jamás. Todavía era verano, y la falda de bailarina que le acariciaba los gemelos y la fina camisola de manga corta revelaban ambas cosas con asombrosa claridad. Su pelo era largo y rubio, con rizos que parecían creados exprofeso más que generados de forma orgánica. Cuando por fin se acercó, vi que llevaba las uñas pintadas de un rosa claro, tan sutil que apenas se apreciaba. Lo mismo podía decirse de su maquillaje. Por un instante, incluso dudé de su existencia. Pero estaba ahí, decidí, aunque casi invisible, presente, en todo caso. Iba conjuntada a la perfección para que nadie se fijara en ella. Nada llamaba la atención, nada requería ser visto, y, sin embargo, todo se había hecho previendo precisamente que eso pudiera ocurrir.

Así supe que estaba acostumbrada a que la miraran, a presentarse a otros. Y fue el modo en que decidió hacerlo lo que me hizo ser consciente de que nunca le había supuesto un problema pagar el alquiler, ni había tenido que preocuparse por lo que había en la despensa ni de si lograría que durara una semana en vez de uno o dos días. Pero no me fastidió como me fastidiaban las otras chicas a las que había conocido. No había regodeo ni presunción en ella, nada que rezumase superioridad. Las otras siempre estaban deseando demostrar que eran mejores que las demás, y presumían de vacaciones familiares o mencionaban nombres que sabían que inspirarían temor o admiración a las otras. No tardé en descubrir que Alice no era de esas, en absoluto. Mientras las otras miraban por encima del hombro a las *intrusas*, como llamaban a las becasas, Alice me trataba a mí, una intrusa de la población vecina, como a una igual. Observándola ese día, cuando apenas habíamos intercambiado más que un saludo, la encontré agradable, solitaria incluso.

Entonces volví a la habitación, fingiendo estudiar las yermas paredes blancas, conteniendo la respiración todo el tiempo, a la espera de que se acercara, temiendo que me la robasen si me detenía demasiado, si esperaba un segundo más. Por fin, apareció en el umbral de la puerta y yo sonreí y me dirigí a ella.

—Soy Lucy Mason —dije, y me acerqué tendiéndole la mano, sintiéndome

como si todas y cada una de las palabras que quería decir se hubieran enmarañado y enroscado en ese pequeño gesto, de forma que todo, el futuro mismo, dependía de él.

Aguardé lo que me pareció una cantidad infinita de tiempo, aunque con toda probabilidad fuera un nanosegundo, preguntándome si aceptaría la mano que le tendía, preguntándome adónde nos conduciría, adónde nos llevaría nuestro viaje.

Ella se pasó los libros a una mano y asomó a su rostro una sonrisa instantánea.

—Temía que se te hubiera olvidado —dijo, ruborizándose, con su acento británico, entrecortado y pulido—. Soy Alice. Alice Shipley.

Tenía la mano caliente.

—Encantada de conocerte, Alice Shipley.

A la mañana siguiente, me vestí con esmero.

Luego recogí todas mis pertenencias del *riad* donde había pasado la noche; había preferido cambiarme y refrescarme después del viaje, no plantarme frente a la puerta de Alice con las medias rotas y el pelo alborotado. Antes de salir, revisé la habitación una, dos veces, para asegurarme de que no me dejaba nada.

En la medina, hice cola en uno de los puestos y me compré el desayuno: un pan trenzado que no había visto nunca, espolvoreado de semillas de sésamo y relleno de una pasta que sabía a dátiles. Apoyada en la pared, notándome en la lengua y en los carrillos la extraña textura rancia del relleno, y haciendo una pausa de vez en cuando para beber un sorbo del café con leche que también había pedido, exploré la calle con la mirada.

Observé a los turistas que sorbían té moruno en los cafés, a un grupo de tangerinos que descargaban mercancías, las trasladaban del burro a una persona y de ahí a una tienda, hasta que mis ojos se toparon con los de él.

Estaba a varios metros de distancia, sentado en una de las numerosas terrazas que salpicaban la plaza. Alto, moreno, aunque no tan guapo como otros; de la zona, supuse, si bien no estaba del todo segura. Llevaba un sombrero de fieltro, calado hasta las cejas, con un ribete púrpura en la base de la copa. Me quedé allí uno o dos minutos más, notando sus ojos clavados en mí, preguntándome qué vería, qué le habría llamado la atención. Ciertamente me había esmerado esa

mañana: me había puesto el único vestido decente que tenía y en el que había invertido, antes de mi viaje transoceánico, todos los ahorros que me quedaban. Me estiré la falda con la mano izquierda, apuré el café y me alejé de la medina y de la mirada inquisitiva de aquel hombre.

Después de casi una hora andando y desandando el camino, e ignorando las risitas burlonas de los camareros (con traje y pañoleta al cuello, pese al calor abrasador) cuando me veían pasar por el mismo sitio una, dos, tres veces, porque creía, ingenua de mí, que todas las calles conducían al Petit Socco, al final lo encontré. El apartamento de Alice, pasada la medina y al oeste de la *kasbah*, se hallaba lejos del caos al que yo había descendido primero. El Quartier du Marshan, según mi guía de viaje. Percibí la extraña transformación mucho antes de apreciar ningún cambio real. Era más verde, con árboles que punteaban las calles, aunque escasos y del todo extraños a mis ojos. Además, experimenté una sensación de alivio, como si toda la tensión acumulada en los hombros, o más bien justo ahí, entre los omóplatos, comenzara a disiparse a medida que me aproximaba. Quizá fuera solo que estaba más cerca de ella, me dije, y me detuve entonces para soltar la maleta, para tomar aliento.

El edificio era corriente, como los demás; no habría desentonado en París: un bloque de piedra clara embellecido con balcones de hierro forjado y ventanas generosas. Su familiaridad era de esperar, por supuesto, pero, aun así, no pude evitar sentirme un poco decepcionada. Me había costado muchísimo llegar a ese punto, meses de planificación y ahorro, horas de viaje en barco, en tren y de nuevo en barco. Con la ropa impregnada de suciedad, la mente agotada y crispada de explorar aquella tierra nueva. Esperaba algo más al final de mi largo viaje, una puerta reluciente, un palacio espléndido, algo que me dijese de forma contundente y terminante: «Ahí tienes tu recompensa, por fin has encontrado el camino». Pulsé el timbre.

Transcurrieron unos segundos sin que sucediera nada. Se me aceleró el corazón... ¿Y si ella había vuelto al continente o a mí me habían dado una dirección equivocada? Consulté el papel que llevaba en la mano y cuyos garabatos se habían emborronado de tanto doblarlo y desdoblarlo. Me imaginé dando media vuelta y regresando al puerto. Me vi comprando otro billete para el ferry, ignorando las burlas de los empleados que acababan de traerme y que tendrían que llevarme de nuevo, esa vez derrotada. Meneé la cabeza. Era

imposible. Pensé en Nueva York, en la perspectiva de otro invierno soso y gris, en los cuartitos que había alquilado en diversas pensiones de la ciudad, en el sonido de decenas y decenas de féminas trotando por los pasillos con sus tacones. Y en el olor. Me estremecí, pese al calor vespertino. Ese olor extraño, muy perfumado, que parecían ir dejando todas y cada una de ellas a su paso, y que flotaba mucho más denso entre las paredes del aseo compartido. Aquel olor acre tenía siempre un elemento claramente dulzón, como de algo a punto de pudrirse. Puse cara de asco. No. No iba a volver, pasara lo que pasase.

—¿Sí?

La oí antes de verla. Alcé la cabeza, pero el sol me cegaba. Levantando la mano, conseguí protegerme de él en parte, de forma que su figura me llegó seccionada por luminosas franjas blancas.

—Alice —dije sin levantar la voz, saboreando, solo un instante, el sonido de su nombre—. Soy yo. —Aunque a esa distancia no podía estar segura, me pareció percibir un aspaviento y procuré reprimir mi deleite, complacida de haber logrado sorprenderla—. ¿Y bien? —añadí, alzando un poco la voz—. ¿Tengo que trepar el muro?

Esbozó una sonrisa nerviosa.

—No, no, claro que no. —Estaba detrás de una barandilla de hierro cuyos arcos y curvas semejaban una especie de hiedra que terminaba justo por debajo de su cintura. Se llevó las manos a la garganta, como hacía siempre cuando estaba intranquila—. Espera un segundo. Bajo enseguida.

Mientras aguardaba, noté un leve zumbido en el oído. De niña había tenido unas otitis terribles y, ya de mayor, a veces me volvía aquel dolor que siempre me hacía ir corriendo al médico. Sin embargo, los doctores se limitaban a sonreírme y, negando con la cabeza, me aseguraban que «no pasaba nada en absoluto» y me acompañaban a la puerta. Uno de ellos se tomó la molestia de enseñarme a colocar el dedo justo encima del lóbulo de la oreja y tirar con suavidad. «Si notas dolor ahora, es que tienes infección. Si no, no es más que...» Y dejó la frase en el aire, inconclusa. Más adelante, me insinuó que había visto síntomas similares en un grupo específico de pacientes, un trastorno nervioso que parecía afectar solo a su clientela más inteligente, aunque sospecho que hizo el comentario más como elogio propio, una especie de testimonio de la excelencia de su consulta, que con el verdadero deseo de ayudar. Aun así,

estando allí plantada, esperando a que Alice bajase la escalera, repetí ese movimiento para comprobar si había dolor, algún indicio de que una infección hubiese logrado instalarse en mi organismo. No noté nada, y pese a todo, el murmullo persistía.

Cuando Alice apareció en el umbral de la puerta le faltaba el resuello, tenía las mejillas sonrosadas y el cuello irritado por debajo de la garganta. Siempre había sido propensa a rascarse esa zona, justo entre las clavículas, cuando estaba nerviosa. Me pregunté si lo habría hecho antes o después de mi llegada, o si el enrojecimiento se debía tan solo al calor de mediodía que latía a nuestro alrededor.

Estaba exactamente igual que como la recordaba. Ciertamente, solo había pasado un año, aunque habían ocurrido tantas cosas desde entonces que casi parecía que se tratara de una vida distinta. Seguía siendo pequeña; ella detestaba la palabra *menuda*, y yo lo sabía, pero no había otro modo de describirla. Bajita y rubia, aún tenía la figura de una jovencita, algo que en otro tiempo Alice había lamentado a menudo. Llevaba un collar de perlas que le caía justo por encima de la clavícula, y me sorprendió lo fuera de lugar que parecía, lo mucho que desentonaba en aquel entorno. Resistí la súbita y extraña tentación de tocarlo, de arrancárselo del cuello y ver cómo las cuentas repiqueteaban en el suelo y se esparcían por los recodos y las grietas de la calle.

—Te veo estupenda —dije, inclinándome para besarle ambas mejillas—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Sí —masculló con una mirada luminosa aunque distante—. Sí, desde luego.

Noté sus huesos afilados bajo mis manos. Retrocedió y se refugió de nuevo en el umbral de la puerta, y reveló con sus movimientos un nerviosismo que, sospeché, habría preferido ocultar. Luego me indicó que la siguiera, y lo hice, subí por una escalera estrecha, atenta a sus advertencias sobre qué peldaños pisar con cuidado, instrucciones que venían seguidas de inmediato por una disculpa acerca del deterioro del edificio, un parloteo al que solía sucumbir cuando estaba nerviosa.

—Es una preciosidad, sin duda, pero necesita con urgencia algunas

reparaciones. Ya se lo he dicho a John, aunque no me hace caso. Yo creo que le gusta. Es donde viven los artistas, dice. Los escritores, al parecer. Me ha dicho los nombres un millón de veces y nunca me acuerdo. Claro que a lo mejor a ti te suenan más. Luego se lo preguntamos.

John. El hombre al que había conocido al salir de Bennington, el responsable de su traslado a Marruecos, según yo había sabido recientemente.

—¿Está en casa? —pregunté.

—¿Quién? —inquirió ceñuda—. Ah, John. No, no. Está en el trabajo.

—¿Y cómo se encuentra? —dije, como si fuésemos todos viejos amigos, aunque las palabras sonaron falsas, por lo que me apresuré a enterrarlas—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien. Nos va de maravilla. —Lo dijo deprisa, ahogando las palabras con su aliento—. ¿Y tú?

—Encantada de estar en Tánger —afirmé, y sonreí. «Contigo.»

No pronuncié esta última palabra, aunque noté que me latía fuerte en el pecho. Casi me pareció que también ella la había oído, o al menos la había percibido.

De pronto, vi que ya estábamos en su apartamento, en el vestíbulo, cuyo suelo de madera estaba cubierto por una alfombra de intrincado estampado, y que yo aún cargaba con la pesada maleta. Me pregunté por qué no me liberaba de ella y me llevaba al cuarto de invitados, para que pudiéramos sentarnos, relajarnos y empezar a intercambiar anécdotas, como en los viejos tiempos. Quizá era mucho pedir que las cosas volvieran a ser como antes, antes de aquella noche espantosa. Aun así, no podía evitarlo. Todavía albergaba esperanza, aunque estuviese enterrada en lo más hondo de mi pecho vacío. Y, pese a todo, detecté algo en su actitud, en su forma de moverse, como un pajarillo enjaulado y asustado, que me hizo cuestionarme si quizá el problema no serían los secretos que había entre nosotras, sino algo muy distinto.

Desde ese momento no pude dejar de pensar en su traslado a Tánger y en el mapa maltrecho que colgaba encima de mi cama en Bennington. Lo habíamos convertido en un juego de muchos años; pinchábamos chinchetas en él y el yeso estropeado de la pared blanca iba cayéndose a pedazos mientras decidíamos adónde iríamos cuando nos graduáramos. Las aventuras que correríamos juntas. París para Alice, o Budapest, cuando se sentía osada. Pero nunca Tánger. Mis

chinchetas estaban más apartadas: El Cairo, Estambul, Atenas... Lugares que entonces me parecían lejanos e imposibles, pero no con Alice a mi lado.

«Te llevaré a París cuando nos graduemos», me dijo una noche, al poco de conocernos.

Estábamos sentadas, escondidas detrás del «fin del mundo», esa franja de terreno al final del césped comunitario donde parecía que la tierra se terminaba de pronto, aunque, si uno se asomaba, tan solo descubría el comienzo de unas colinas suaves y onduladas. Una suerte de espejismo. Una ilusión. Ya se había hecho de noche y la humedad de la hierba calaba el tejido de algodón de la manta en la que nos habíamos instalado, aunque seguíamos allí, felices, ignorando su intromisión.

Le apreté la mano. Por entonces yo ya estaba al tanto del fidecomiso creado a su nombre, de la asignación mensual que percibía —esos cheques con su nombre completo, Alice Elizabeth Shipley, escrito con una caligrafía esmerada, anticuada, que aparecían en su buzón, religiosamente, al principio de cada mes—, pero que me lo ofreciera, que extendiese una invitación semejante a una chica a la que había conocido hacía solo unas semanas, se me antojaba un disparate. Se me encogió el corazón, como si me costara creer que pudiese haber personas capaces de tanta generosidad, de tanta bondad, porque mi pasado me había enseñado otra cosa. Nacida en una pequeña población de Vermont, a solo unos kilómetros de la universidad, siempre había considerado mi ciudad natal uno de esos sitios por los que se pasa para ir a otra parte, a un lugar infinitamente mejor. Una beca me había concedido esa oportunidad, me había sacado del confinamiento de un cuchitril asfixiante encima de un taller mecánico y me había trasladado a solo unos kilómetros, aunque bien podría haber sido un mundo distinto por completo.

Claro que lo de París nunca había ocurrido.

En cambio, Alice se había ido a Tánger, a una ciudad que jamás había marcado en nuestro mapa. Y lo había hecho sin mí.

—¿Qué haces en Tánger, Lucy? —me preguntó, sacándome de mi ensoñación.

Pestañeeé, sobresaltada por sus palabras.

—He venido a verte, claro.

Sonreí, y dije aquellas palabras de forma entrecortada, intentando disimular

la emoción que se ocultaba tras ellas.

Miré a Alice «debidamente» por primera vez. Ya había notado que estaba más delgada que en la última ocasión que la había visto, y más pálida, algo extraño teniendo en cuenta el clima. Tenía ojeras y parecía, o esa impresión me dio, que llevara bastante tiempo sin dormir bien. Se toqueteaba esa zona de debajo de la garganta, que se había vuelto de un color más preocupante desde mi llegada. Iba en bata, a pesar de la hora, una amarilla que se ataba a la cintura con un cinto sencillo y que casi le llegaba a los tobillos. Llevaba la cara limpia, sin rastro de maquillaje, y el pelo, su antigua maraña densa y resplandeciente de rizos dorados, estaba más corto y lacio, sin lustre, indicio de que necesitaba un buen lavado.

—¿Va todo bien, Alice?

Me acerqué y dejé la maleta en el suelo, junto a mis pies.

—Claro, claro que sí —contestó de nuevo con precipitación.

—Me lo dirías, ¿verdad?, si algo fuera mal... Si John y tú...

Se estremeció.

—No, no. Va todo bien. En serio. Me has sorprendido, nada más —dijo sonriendo, aunque con voz seca, fría.

Pero entonces relajó los hombros, destensó la sonrisa y, por primera vez, pareció verme: desde el nuevo peinado abombado, sostenido gracias a una generosa cantidad de laca (aunque ya había empezado a encresparse por el calor, observé amargada) hasta el vestido camisero con cinturón que me había costado un mes de alquiler. Distaba mucho de mi aspecto de nuestra época universitaria, y yo lo sabía, pero, consciente de que vería a Alice por primera vez después de más de un año, había querido dejar patente lo bien que me iba, no por presumir, como hacían algunas, que alardeaban de su éxito solo por poner verdes de envidia a las demás. No. Quería demostrarle a Alice lo mucho que habían significado los días y las noches que habíamos pasado juntas en la universidad, que nuestros sueños de futuro no habían sido solo una forma fantasiosa de pasar el tiempo. Yo lo decía en serio, cada palabra. Eso quería demostrarle. Que yo nunca había mentado, en nada, a pesar de lo ocurrido entre nosotras.

—Tienes buen aspecto, Lucy —observó, aunque a mí me pareció una concesión, como si no lo hubiera dicho por algo, sino a pesar de algo.

—Tú también —respondí, por devolverle el cumplido, tanto si era sincero

como si no, aunque sospeché que ambas sabíamos que aquellas palabras eran de cortesía.

Volvió a sonreír, con la misma sonrisa interior que le había visto a menudo en los primeros días de universidad, cuando era tan tímida e insegura. Hacia el final de nuestros cuatro años juntas ya había logrado desprenderse de casi todos esos atributos menoscabadores, que, al parecer, habían vuelto, resurgiendo uno a uno.

—Te ofrecería un té —dijo, como impaciente por llenar el silencio—, pero me temo que John se ha vuelto a olvidar de la bombona de butano. No voy a poder hervir agua hasta que me traiga otra. ¿Te apetece pasar al salón? Así podré prepararte otra bebida —propuso, a la vez que alargaba la mano para coger mi maleta.

La detuve e insistí en que me dejara llevarla, por miedo a que se derrumbara con tanto peso. Le miré los hombros cuando se dio la vuelta; el fino tejido de la bata no lograba ocultar los dos huesos puntiagudos que sobresalían debajo. Observé la notable hendidura de sus nalgas, los codos huesudos, cómo le temblaban las manos de forma casi imperceptible, aunque visible.

—Me cuesta creer la de tiempo que ha pasado —dije, siguiéndola por el pasillo.

Mientras avanzaba, vi que en casi cada centímetro del apartamento había algo, por lo que era muy difícil caminar sin tropezar con la pata de una silla o un cojín voluminoso. Ni siquiera las paredes se salvaban, porque encima de las capas de pintura había otra compuesta de diversas baratijas. Los platos parecían despertar en ella una fascinación particular. De plata, de cobre, de porcelana; algunos pintados, otros desnudos. No había un patrón real que yo pudiese intuir en aquellas filas de platos sujetos a las paredes de colores vivos.

—Lo sé —respondió por fin—. Parece que hace una eternidad de Bennington.

Pasamos al salón y yo dejé la maleta a mis pies, sobre la alfombra. Durante unos segundos, las dos estudiamos la estancia, como si la forma de reconectar, de encontrar de nuevo el camino a la otra, a aquella época, se escondiera entre sus grietas, en la ciudad foránea de Tánger.

—Voy a preparar esa copa —dijo, y se encaminó decidida al fondo del salón.

—Gracias, Alice. —Alargué la mano y le toqué la suya. Mi gesto la

estremeció y noté en la piel la presión de su levísimo movimiento—. Alice, ¿seguro que estás bien? —pregunté, bajando la voz hasta el susurro.

Al principio no quiso mirarme, pero luego fue levantando despacio su rostro enjuto, anguloso, con aquellos ojos aún brillantes y luminosos.

—Claro, Lucy. —Se alejó deprisa, volvió al pasillo—. Todo va de maravilla. Más tarde, pensé en que no había mencionado el accidente.

Claro que tampoco lo había hecho yo.

Pasé unos minutos en el baño, con una toalla pegada a la cara, deseando que el color desapareciera de mis mejillas. Cuando salí, con el pelo aún adherido a la cara por culpa del sudor, me encontré una pila de toallas rosa, muy almidonadas, delante de la puerta, con unas pastillas de jabón festoneadas encima y el sonido de Alice canturreando en la cocina.

Ignoré las toallas y, siguiendo su canturreo mientras sonreía para mis adentros, recorrí el pasillo intentando recolocarme el pelo. Cantaba una canción que yo había oído en la radio. Las chicas de la última pensión en la que había estado habían adquirido juntas una Silvertone de color crema y dorado que, al principio, se turnaban para tener en sus respectivas habitaciones, más por presumir de ella que por otra cosa, hasta que al final terminó en la planta de abajo, prácticamente olvidada, y se convirtió en un elemento decorativo permanente de la zona común.

Tararé la melodía.

—Veo que sigues cantando igual de mal —bromeé, elevando la voz una o dos octavas para que pudiese oírme con facilidad.

Salió de la cocina una carcajada, ya no tan titubeante, observé.

—Siéntate, anda. Voy enseguida.

Volví al salón y lo vi de verdad por primera vez. Similar a las otras estancias, también estaba decorado con maderas oscuras y cuero, cuyo olor dulzón y empalagoso se volvía especialmente intenso con el calor vespertino. Por la habitación había esparcidas algunas decenas de libros. Eché un vistazo a uno. Charles Dickens. Otro era de un autor ruso del que nunca había oído hablar. Alice no era una gran lectora, me constaba. Yo había intentado incitarla a leer durante los cuatro años que habíamos sido compañeras de cuarto, pero, por más

que había tratado de interesarla, solo había conseguido que levantase la nariz, muy digna. «Son todos muy serios», protestaba. Recordé que en ese momento había pensado que habría detestado ese comentario si hubiera provenído de cualquier otra persona, pero dicho por Alice me había parecido extrañamente acertado. No la imaginaba atrapada tras un libro pesado; ella estaba hecha de ligereza y de aire, estaba hecha, al parecer, para vivir más que para leer las vivencias de otros. Una vez se lo dije y me respondió con una carcajada y un gesto de la mano. Pero era cierto. Era ella quien me despertaba a primera hora, cuando aún era de noche, me llevaba a rastras a las sillas plegables estilo Adirondack del jardín cubierto de rocío, cargada con unas mantas que se le escurrían de los brazos, para que fuéramos las primeras en ver amanecer. En aquellos momentos de quietud siempre me maravillaba, viendo cómo mi aliento formaba grandes nubes de vaho, que nos hubiésemos encontrado la una a la otra. Que la madre de Alice, una estadounidense que luego había cruzado el charco y se había casado con un británico, se hubiera graduado en nuestra minúscula universidad de Vermont y, a su vez, hubiese llevado a Alice a asistir a su antigua *alma mater* en recuerdo suyo. Que Alice hubiera conseguido, con su sonrisa tentadora, arrancarme de la comodidad de mi escondite en la biblioteca, que me hubiera sacado de entre los muertos y arrojado al mundo de los vivos. Tensando bien la manta, me arribaba al calor de su cuerpo y deseaba que aquellos instantes durasen toda la eternidad, aun sabiendo que no podría ser.

Paseé los dedos por las páginas de unos cuantos libros, observando, extrañada, que aún estaban intactas. Un retrato del hombre con el que Alice se había casado empezó a formarse en mi cabeza.

—¿Te ha sorprendido verme a la puerta de tu casa esta mañana?! —le grité, instalándome en el sofá de cuero, donde empezó a sudarme la piel casi de inmediato. No se oía más que silencio en la cocina—. ¿Alice? —la llamé extrañada.

Me incliné a un lado y a otro, procurando airear alternativamente las partes de mi piel que estaban en contacto con el cuero, con la esperanza de que no se me empapara el vestido de sudor. El aire de Tánger, ya había empezado a observarlo, se movía despacio y sin verdadera insistencia. Parecía suspendido, denso y húmedo. Lánguido. Esa sería la palabra perfecta para definirlo, decidí.

—Ah, sí —dijo con voz ahogada, como si estuviera muy lejos y no en la

habitación de al lado—. Sí, mucho.

Antes de que me diera tiempo a decir nada más, oí girar el pomo del vestíbulo.

—¿Alice?! —gritó una voz, más grave de lo que, ignoro por qué, había imaginado—. ¿Estás en casa?! —Y luego más bajo—. ¿Has ido al mercado hoy?

Cuando lo pienso, estoy convencida de que en ese preciso instante se me paró el corazón.

Me ocurría a menudo, claro. Un leve rumor, nada preocupante, según los médicos. En realidad, no me afectaba a nada, me aseguraban, solo que había momentos, muy de cuando en cuando, en que mi corazón se negaba a latir. Se detenía un segundo, tal vez menos, lo bastante para que el siguiente latido me resonara con estrépito en el pecho. Como si algo tratara de pisotearme, de aplastarme bajo sus pies. Puede que lo haya imaginado con los años, que haya variado mi recuerdo de lo sucedido, pero estoy casi segura de que el corazón me dio un vuelco. Quizá a modo de advertencia, quizá porque percibí el peligro. Nunca lo sabré con certeza, aunque creo que el corazón intentaba decirme algo, advertirme del hombre que avanzaba despacio por el pasillo y entraba en la habitación donde yo me encontraba.

A veces me pregunto qué habría ocurrido si le hubiera hecho caso.

Apareció de pronto un hombre.

Registré su cara bronceada, salpicada de pecas, el pelo rubio peinado en un largo flequillo. Tenía el aspecto de la mayoría de los hombres de nuestra edad: vivaz, entusiasta, aún ajeno a la monotonía de la vida cotidiana. Era guapo, eso sí lo podía asegurar. Sin embargo, aunque sospechaba que sus rasgos podían agradar a algunos, en el sentido clásico, a mí me resultaban despóticos y difíciles de mirar mucho rato. Ya entonces detecté cierta dureza, pero deseché la idea pensando que quizá se debía a la línea imponente de su traje. Aunque sabía poco de moda masculina, vi que su ropa era cara. Llevaba un traje de tres piezas hecho de un tejido texturizado que parecía fuera de lugar en Tánger y, en la cabeza, un sombrero de fieltro de color canela y ala estrecha. Vestía aquel tejido tan grueso como si nada, observé algo celosa, pese al insufrible calor de Marruecos.

—¡Tenemos visita! —le gritó Alice en un tono raro—. Es Lucy.

Falsetto, ¿se decía así?

—¿Lucy? —repitió él, plantado en el umbral de la puerta y de pronto ceñudo.

—Lucy, cariño. Mi amiga de la universidad —aclaró Alice con una risa falsa—. Te he hablado de ella una barbaridad.

No lo había hecho, era evidente. Lo supe por la cara de perplejidad de John cuando Alice dijo mi nombre por primera vez. A juzgar por su gesto, jamás había oído hablar de mí.

—¿Has hecho la cena hoy, por un casual? Me muero de hambre —preguntó John con voz de agotamiento, y empezó a soltarse la corbata. Entonces me vio, a la desconocida sentada en su sofá. Por un instante pareció molestarle, pero, al reparar en mi figura, bien vestida, razonablemente atractiva, sus facciones se relajaron y su rostro mostró sorpresa y satisfacción—. Tú debes de ser la famosa Lucy. —Sonrió, estiró la corbata que llevaba en la mano y me tendió la otra—. Me alegra conocerte por fin.

Yo le ofrecí la mía y lamenté de inmediato que estuviese tan sudada.

—Mucho gusto.

Ladeó la cabeza y su sonrisa se transformó en una especie de mueca de suficiencia, aunque me dio la impresión de que él la creía encantadora. Noté que estudiaba la situación, que intentaba decidir si me conocía o, peor aún, si debía conocerme. Esperaba alguna indicación por mi parte. Yo guardé silencio.

—¿Te apetece beber algo? —dijo al cabo de unos segundos.

En ese momento, Alice salió de la cocina. Sostenía con ambas manos una bandeja de plata, que yo hice ademán de levantarme a coger, pero ella ya la estaba dejando encima de una barra de madera instalada en un rincón de la sala.

Se había cambiado la bata por un vestido de día (aun siendo casi de noche) de crepé de seda, cuya falda, para una cadera más ancha, indicaba que no era reciente, aunque yo no lo recordaba de nuestra época universitaria. Pero había cambiado algo más que su atuendo, parecía distinta de la joven que me había recibido hacía un rato, como atolondrada. Ya no lucía el semblante taciturno de unas horas antes, del que, por lo visto, se deshacía en presencia de su *marido*, esa palabra que aún se me atragantaba. Vi cómo se disponía a llenar las copas con movimientos bruscos, surrealistas. De repente parecía increíblemente frágil,

tanto que me sorprendí preguntándome si no se haría añicos allí mismo, delante de los dos.

—¿La visita de una vieja amiga de la universidad, dices? —inquirió John, dirigiéndose a Alice—. Esto sí que es una sorpresa. —Alargó el brazo para coger la copa que ella le ofrecía, de donde ya empezaba a gotear la condensación por los lados—. No sabía que mi *Alice in Wonderland* tuviese amigas —bromeó.

—Pues claro que tengo amigas —aseguró ella riendo, aunque vi que el comentario la había ofendido.

—Hielo —declaró él, enarcando las cejas—. Ahora tengo claro que se trata de una ocasión especial. Nunca hemos «enfriado» los martinis, Lucy —dijo, y lo último sonó a acusación. Acepté la copa que Alice me ofrecía—. Empieza a gustarme la idea de tu presencia. —Rio y dio un buen sorbo a su bebida—. A propósito de tu presencia, ¿has venido a Tánger por tu cuenta? —Al verme asentir, sonrió y preguntó—: ¿Desde dónde?

—Nueva York —contesté, estudiando el rostro de Alice.

John frunció el ceño.

—¿Y tu media naranja? ¿O viajas sola?

Forcé una amplia sonrisa.

—Me temo que no hay media naranja.

Alice miró a otro lado al ver el desenfado con que lo reconocía, mientras que John se inclinó hacia delante, dispuesto, o eso me pareció, a sacarle jugo a la idea.

—¿No hay nadie? ¿Nadie en absoluto?

Suspiré.

—Me temo que no.

—¿Ya no queda ninguno? No habrán muerto todos en la guerra... ¿No será que los asustas? —preguntó con otra carcajada.

Vi que Alice se estremecía.

—No seas desagradable, John —masculló.

—Solo intento llegar al fondo de todo esto —dijo, rascándose la barbilla, como pensativo—. Estar soltera en Nueva York... A juzgar por las fotografías, parece imposible. Y, bueno, mírala —añadió, señalándome—. No me lo trago, la verdad. —Se inclinó de nuevo hacia delante—. Quizá eres demasiado tiquismiquis, ¿es eso? O tal vez haya algo más —prosiguió, de pronto en tono

burlón—. He oído historias de las chicas de Bennington.

Alice se ruborizó.

—Ay, déjalo ya, John.

—Bueno, qué más da —repuso él con ligereza, aunque la sonrisa no le llegaba del todo a los ojos—. Ahora estás aquí. A lo mejor podemos encontrarte un pretendiente interesante en Tánger. Sabe Dios que tenemos de sobra. Aunque, claro —matizó, meneando la cabeza—, no sé si alguno de ellos tendrá eso en mente ahora mismo. Has elegido un momento curioso para venir a Marruecos.

Lo miré extrañada.

—¿A qué te refieres?

—¿No te has enterado? —preguntó, con una sonrisa de suficiencia, moviendo las cejas como para resultar cómico—. Los nativos están algo revueltos, querida.

—Ay, no hables de ello en ese tono —le dijo Alice, encogiéndose de hombros, como si quisiera recogerse en sí misma un poco más, aislarse de la conversación.

—¿En qué tono? —preguntó él con fingida inocencia.

—En ese —repitió ella, mirándolo muy seria—. Como si no tuviese importancia.

John se volvió hacia mí y soltó una pequeña carcajada.

—A veces creo que Alice piensa que entiende la crisis de los tangerinos mejor que cualquiera de nosotros —indicó en tono burlón—, pese a que rara vez sale de casa y jamás se relaciona con nadie que no sea yo.

—Eso no es cierto —protestó ella.

—No del todo, supongo —concedió él—. Pero te afecta demasiado el asunto. Detecté la angustia que se había instalado en el semblante de Alice.

—¿Qué es lo que los tiene revueltos? —pregunté, aunque tenía una vaga idea, por los distintos periódicos que había visto las dos últimas semanas.

—La independencia —respondió John, entornando los ojos mientras hablaba—. Están hartos de pertenecer a otros, y no me extraña, en absoluto. Pero, en consecuencia, los franceses andan por todos lados últimamente. Protegiendo sus intereses hasta el final. Su ejército no ha hecho más que crecer desde que empezaron los disturbios, cuando expulsaron a Mohammed hace dos años. Claro que esto es Tánger, y aquí todo es un poco distinto. O debería serlo. Aun así, si

te fijas bien, los verás. Casi parece que se aferren a la esperanza de que la situación vuelva a favorecerlos, con sus espías de medio pelo rondando por todas partes.

—¿Espías? —pregunté.

—Ay, para ya —espetó Alice, sorbiendo su bebida. Noté que le temblaba un poco la mano—. Me parece que a John a veces le gusta creerse protagonista de una novela policíaca. Siempre piensa que alguien lo espía, los franceses o quien sea. No le hagas ni caso, por favor. Aquí estás completamente a salvo, Lucy. —Hizo una pausa—. Bueno, todo lo a salvo que se puede estar en Marruecos, supongo.

De repente imaginé a John ocultándose en pasajes oscuros, a Alice vigilada, acosada por su propio marido, como si fuera una damisela en peligro y John el malo de la película. Meforcé por disimular el escalofrío.

—Ella no es francesa, no le pasará nada —dijo John con un gesto de desdén, rompiendo el hechizo—. No creo que tenga que preocuparle que las armas ocultas bajo las chilabas vayan destinadas a ella. Al menos las que se reservan para los franceses.

Noté que me ruborizaba, sentí en la piel unos pinchazos minúsculos de rabia, de resentimiento.

—Pues entonces sí que es un asunto delicado —insistí, por el desaire que John le había hecho a Alice. Y sin pensármelo, antes de que me diese tiempo a refrenarme, añadí—: Hablamos de opresores y oprimidos, ¿no? ¿Hay algo más delicado que eso?

Detecté en sus intensos ojillos un destello de algo desagradable y me pregunté cómo reaccionaría a mi comentario. Pero el destello desapareció, se esfumó, antes de que yo pudiese decidir siquiera si lo había visto de verdad.

—Ah —dijo—, ahora lo entiendo. Eres una de esas mujeres.

Me mantuve intencionadamente inmutable.

—¿Esas mujeres?

—Ya sabes, esas —repitió, dándole un sorbo ruidoso a su copa—. Las que salen de la cocina y todo eso.

—John, por favor —le pidió Alice con tristeza. Su voz sonó tensa y angustiada, su rostro palideció uno o dos tonos.

—¿Por favor qué? —Rio—. Solo es una observación, nada más.

—Pues sí —dije, haciendo una pausa para beber yo también—. Supongo que tu observación es correcta. Soy una de esas, de las que salen de la cocina y todo eso.

Sonreí, negándome a acobardarme.

—¡Ah! —gritó John, y se dio una palmada en el muslo—. ¿Ves? —preguntó, volviéndose hacia Alice—. Tenía razón.

—Sí —respondió ella sin mirarlo a los ojos.

Me incliné hacia delante.

—Entonces ¿va a ocurrir de verdad? —pregunté, impaciente por cambiar de tema—. La independencia, digo.

Asintió con la cabeza, satisfecho también, o eso me pareció, de cambiar de tema.

—Uy, sí. Está todo pactado, el mecanismo en marcha. Los franceses ya han renunciado a su dominio de Marruecos, lo que significa que los españoles no tardarán en hacer lo propio. Tánger con toda probabilidad será la siguiente. Es algo bueno, como he dicho. La independencia siempre es buena. Pero sospecho que aquí estamos todos de prestado, por así decirlo. Tictac. —Dio otro trago a su copa—. Las cosas cambiarán para los que decidamos quedarnos.

Me dejó extrañada.

—¿Y eso por qué?

Hizo una pausa y me miró como si no hubiese entendido del todo la pregunta.

—Bueno, eso queremos saber todos, ¿no? —espetó, dándose una palmada en la rodilla.

Asentí, desconcertada.

—Sí, supongo que sí.

Luego se hizo el silencio y nos quedamos los tres mirando nuestras copas. Me preguntaba cómo podía ser ese el hombre que le había robado el corazón a Alice. Pensé en el pasado, en todos los planes que habíamos hecho, y no lograba comprender cómo había podido cambiarlo todo por eso, ¡por él!, aunque sabía bien que no todo era tan sencillo.

—Bueno... —resonó la voz de John, y nos sacó bruscamente de nuestras ensoñaciones—. ¿Cuánto tiempo se va a quedar Lucy?

—Aún no lo tengo decidido —respondí.

—Pero ¿a qué has venido a Tánger?

—A hacer turismo, por supuesto —contestó Alice muy rápido, demasiado, me pareció a mí—. A lo mejor podrías recomendarle sitios —le dijo a John. Después se volvió hacia mí y la situación me recordó sin querer a un partido de tenis, con ese constante ir y venir que siempre me daba dolor de cabeza—. Si es que quieres ver algo más aparte de Tánger.

Asentí con la cabeza, pero no dije nada. Me preocupó que lo hubiera propuesto para sacarme del apartamento, alejarme de ella y de John. Aunque ignoraba por qué.

—Yo prefiero Tánger —dijo John, al parecer más interesado en la copa que sostenía, que era ya la segunda, mientras que Alice y yo aún estábamos con la primera—. Casi todos te dirán que es a Marrakech adonde debes ir. Claro que a mí deja de gustarme a las tres o cuatro noches. Y tú no aguantas ni eso, ¿verdad? —añadió sin volverse, aunque era evidente que se dirigía a Alice—. En Chefchaouen siempre merece la pena pasar unos días, igual que en Casablanca, supongo. Conozco a algunos que jurarían que Fez es la mejor de todas. Los controles de carretera se hacen algo pesados, desde luego, pero en cuanto enseñas la documentación ya no hay problema —prosiguió John. Luego hizo una pausa y me miró con una expresión extraña—. ¿Te interesa de verdad algo de esto?

—Por supuesto —respondí. Aunque no, en realidad, no. No tenía intención de salir de Tánger en breve. Los miré, a una y a otro, y decidí que definitivamente pasaba algo; lo notaba, porque inundaba la estancia y nos envolvía, crepitando y chisporroteando, llamando la atención a gritos. Al observar a Alice con el rabillo del ojo no pude evitar pensar en lo atormentada que se veía; una palabra rara, lo sé, pero era la única que parecía encajar. La perseguía el fantasma de su yo anterior—. Lo tendré en cuenta. Aunque creo que de momento me centraré en Tánger.

—Sabia decisión —dijo—. ¿Y dónde te alojarás durante tus minivacaciones?

Me revolví en el asiento porque noté que Alice me miraba en ese preciso instante.

—Aún no lo sé.

—Bueno, entonces tendrás que quedarte con nosotros. No vamos a permitir que una amiga de Alice se aloje en un *riad* de mala muerte teniendo una

habitación de más. —Le dio un discreto empujón a Alice—. ¿Verdad, cariño?

Alice pestañeó sobresaltada, como si no hubiese estado en la conversación, sino que hubiera dejado volar su imaginación muy lejos del salón en el que estábamos sentados los tres.

—Sí —dijo al fin, aunque lo hizo en voz baja, sorda. Se revolvió en el asiento y después sonó más firme, más resuelta—: Sí, desde luego. —Se volvió hacia mí, sin llegar a mirarme del todo, como si tuviese los ojos puestos en algún lugar por encima de mis hombros—. Lucy, tienes que quedarte aquí. Sería una tontería que no lo hicieras.

—Sí —insistió John—. A fin de cuentas, esa habitación se está desperdiciando. Se ha convertido en una especie de trastero, repleto de documentos de mi trabajo y cosas así. —Se volvió hacia Alice, que se había puesto colorada como un tomate—. Aunque ese no fuese su cometido original.

Comprendí lo que insinuaba, por supuesto, la razón por la que, supuse, lo había mencionado: para que yo lo supiera, para avergonzarla. Y noté que la sola idea me revolvía el estómago de una forma indescriptible. Pensé que quizá Alice también se sentía igual, porque no parecía haberse puesto colorada solo de vergüenza, sino más bien por una extraña combinación de sentimientos, algo que ponía de manifiesto su torbellino interior mejor que las palabras que, al parecer, no lograba pronunciar.

—Es todo un detalle por vuestra parte —dije, más alto de lo que pretendía, tal vez con la intención velada de aliviar la tensión que se había instalado en la sala, reptando y apoderándose de todos los rincones hasta que pareció que no había otra cosa.

—Decidido entonces —sentenció John, agitando los hielos de su copa—. Por cierto, si tanto te apetece quedarte en Tánger, iremos a un garito de jazz. A lo mejor este fin de semana. Antes podemos parar en Dean's y tomar la primera ronda. —Alice se dispuso a replicar, pero John la silenció enseguida, negando con la cabeza—. Ay, no, querida. No pienso tolerar que tu amiga se vaya de la ciudad sin ir un día a Dean's. Sería un sacrilegio, y lo sabes.

Traté en vano de imaginar a Alice en un club de jazz de Tánger, en un bar, incluso. No le gustaban los locales bulliciosos y llenos de humo a los que solían ir nuestras compañeras de clase, tanto en el campus como fuera de él. Al principio, yo la llevaba a rastras a algunos, convencida de que conseguiría

encontrar por lo menos uno que le gustara, pero al final tuve que admitir mi derrota. En su lugar, preparábamos cócteles con las botellas que teníamos escondidas en el armario, escuchábamos discos y bailábamos en nuestro diminuto cuarto, usando las alfombras de lana para propulsarnos por el suelo de madera y partiéndonos de risa. Sonreí al recordarlo.

—Iré encantada si viene Alice —dije, señalándola con la cabeza.

A Alice pareció aturdirle mi respuesta.

—Supongo. Como dice John, es a donde va todo el mundo.

Para entonces, el alcohol me había aflojado la lengua. Por lo visto, Alice seguía preparando las copas como yo recordaba, con demasiada ginebra, y noté que funcionaba, que me relajaba, de forma que las palabras que solía guardarme para mí amenazaban con escapar de mi boca.

—Pero ¿a ti qué te apetece, Alice? —insistí, obviando la cara de angustia que le había producido mi pregunta.

—A Alice no le gusta tomar decisiones —terció John.

Lo dijo con una sonrisa, pero sonó malicioso, como si ocultara algo. Un tono que yo no había detectado antes, algo más que un simple reproche.

Noté en el oído el mismo zumbido de antes, pero lo ignoré, meneando un poco la cabeza, como para deshacerme de la extraña sensación de taponamiento que tenía de repente. Me pregunté si se me habría colado algún insecto del desierto; había leído sobre casos de personas a las que habían tenido que inyectar agua en el oído mientras los demás esperaban, conteniendo la respiración, a que saliera flotando la evidencia, a que emergiera del pabellón auditivo hacia la luz. Me imaginé postrada en la misma postura y a John alzándose sobre mí con una sonrisa burlona.

Alice, por su parte, parecía decidida a pasar por alto el comentario. Se había levantado ya del sofá, empeñada en prepararnos otro cóctel. Yo obedecí y le entregué mi copa, y caí entonces en la cuenta de que no recordaba la última vez que había comido algo sustancioso. Aquel pan raro esa mañana, y el día anterior un puñado de galletitas saladas antes de subir al ferry porque estaba demasiado nerviosa como para que mi estómago procesara otra cosa.

—No es cierto —dijo ella, sentándose de nuevo a mi lado. Habían pasado varios minutos desde la observación de John y este ya no esperaba su respuesta. Alice lo empujó fuerte, con el hombro—. No es cierto —repitió, esta vez más

alto—. Es más, vamos a ir a Dean's esta noche —replicó sonriente, aunque le temblaba la voz—. Para darle a Lucy una bienvenida a Tánger adecuada.

Reparé de nuevo en lo extraño de su súbita jovialidad, tan distinta de la calma estoica que había demostrado hacía unas horas. Parecía casi frenética, como si en cualquier momento todo pudiera terminar en desastre. Me pregunté entonces si eso pasaría, al ver lo mucho que Alice se acercaba al precipicio, moviéndose por el salón con aquella risa falsa y hueca, sirviendo copas y apresurándose a llenar los silencios de nuestra conversación. Era tan distinta de la chica que yo había conocido... Claro que si algo había aprendido de nuestro último año en Bennington era que no existía lo absoluto. Todo cambia, tarde o temprano. El tiempo avanza implacable, por mucho que uno se empeñe en pausarlo, alterarlo, reescribirlo.

Sencillamente, no hay nada que lo detenga, nada en absoluto.

3

A L I C E



Me equivocaba, sobre el pasado, sobre la caja cerrada. Seguramente.

Se había hecho de noche enseguida y, camino del bar, mirando bien dónde pisaba, noté que el corazón me aporreaba el pecho, como reprochándome mi precipitación. No debería haber secundado la provocación de John, porque era eso, y yo lo sabía, sabía que lo había dicho para hacer daño, para zaherir. Tendría que haberme callado, como de costumbre. Pero me había lanzado aquella indirecta sobre la habitación de más. Sobre nuestros proyectos estancados, por decisión mía, por culpa mía. Y allí estaba ella, mirándome con esa cara rara e inquisitiva de siempre que yo conocía bien, aunque ahora se me hiciera extraña, y el abismo abierto entre las dos, con el año transcurrido desde la última vez que nos habíamos visto y todo lo sucedido, me dificultaba la respiración.

Lucy Mason. Al verla esa mañana no había dado crédito a mis ojos, a mi mente. Pero era ella, plantada a la entrada de mi apartamento en Tánger, salvando con su mirada la distancia que nos separaba, disipando la oscuridad de aquella noche y haciendo que la bruma amenazara con desvanecerse para que yo recordase de nuevo lo bien que la conocía, lo tremendamente familiar que me

era, tanto que a veces me parecía que éramos una y la misma. Y, aun así, a la hora de la verdad siempre tenía la sensación de saber muy poco de ella en realidad.

Pensé en las pocas obras de Shakespeare que conocía y en el verso que a menudo me rondaba la cabeza: el pasado siempre es prólogo.

Y allí estaba ella: mi pasado, materializado, tangible, o cualquier otra palabra bonita con la que quizá ella lo describiría. Lucy Mason. Sobresaltada, había cogido la vieja bata que acababa de sacarme, olvidando del todo mis propósitos para el día, y me había dirigido a la puerta. Y, mientras lo hacía, no podía quitarme de la cabeza aquel collarín, aquel condenado y doloroso desgarró, y lo que parecía significar, lo que parecía presagiar. ¿No había una palabra más acertada para eso? Me esforcé por recordarla, bajo la intensa mirada de mi antigua compañera de habitación; no, eso no le hacía justicia: de la que fuera mi amiga, la amiga más íntima que había tenido jamás, antes de que todo se estropeará.

Nos quedamos plantadas las dos en el vestíbulo y, en el intervalo de nuestro silencio, recordé las últimas palabras que le había dedicado aquella noche. Le dije, no, le grité —la primera vez que recordaba haberle levantado la voz— algo horrible, algo espantoso: que ojalá desapareciese, que ojalá nunca volviera a verla. Luego recordé lo que sucedió a continuación, lo que pensé, lo que declaré, aunque no a ella, no a Lucy, que desapareció mucho antes de que yo recuperara la consciencia.

Noté que se me encendían las mejillas bajo su atenta mirada, convencida, en ese instante, de que sabía muy bien lo que estaba pensando.

Estaba distinta de como la recordaba, aunque al principio no sabía bien en qué, y mis ojos la exploraron en busca de una pista. Cualquier cosa que me indicara qué hacía aquí, después de todo lo ocurrido entre nosotras. Estaba más delgada, su rostro era más anguloso, sus facciones más marcadas. La vi más guapa, aunque seguía teniendo ese no sé qué extraño, esa mirada penetrante que me hacía ruborizar y mirar a otro lado, y quererla y odiarla a la vez.

Me aclaré la garganta.

—Lucy.

Su nombre se me escapó como una declaración, una sola palabra que significaba tanto y a la vez nada en absoluto. Jamás, ni una sola vez en los

numerosos momentos transcurridos entre las Montañas Verdes de Vermont y los callejones polvorientos de Marruecos, había pensado que volvería a verla. Menos aún después de lo ocurrido. Después de lo que dije y de todas las preguntas que aún tenía sobre lo que había hecho, sobre lo que yo solo había imaginado. Me empezó a palpar el corazón.

La miré a la cara y me pregunté, en un instante de locura, si de algún modo yo la habría convocado; si, de algún modo, desde el otro lado del Atlántico, a pesar de mi persistente desconfianza, ella habría logrado percibir mi infelicidad, mi desesperación, y se había materializado delante de mí, como un genio al que sin querer hubiera conjurado. La miré cuando el calor matinal de Tánger empezaba a envolvernos, pulsátil, protección y peligro a la vez, igual que ella. Mi caballero de refulgente armadura, siempre. Fui consciente de aquella verdad, que me oprimía el pecho.

Entré en Dean's empujando la puerta. «Tánger.» Fue lo primero que pensé al entrar, por la extraña mezcla de personas de toda clase que ocupaban la barra. Tangerinos, forasteros (franceses, marroquíes y demás); trajeados y su contrapunto desenfadado... Parecía que todo el mundo acudiera en tropel a ese garito, sin importar quiénes eran o de dónde venían. El ruido era abrumador: un estruendo sonoro de voces que se elevaban unas por encima de las otras; una disonancia de carcajadas estridentes, de las que irritan y estremecen. Vi a un tipo caer al suelo, colorado de la risa y del alcohol. Su acompañante, una mujer enfundada en un elegante vestido negro y con unos resplandecientes pendientes de diamantes, echó la cabeza hacia atrás y soltó algo que a mí me pareció un ladrido, aunque pronto descubrí que pretendía ser una carcajada. Nos adentramos en el local y noté que los pies se me adherían al suelo pegajoso de tantas bebidas derramadas.

—¡Voy a por unas copas! —gritó John, y se encaminó a la barra sin molestarse en preguntar qué queríamos.

Quedaban pocos taburetes libres a esas horas, al menos juntos, aunque, tras buscar unos minutos, encontramos un sitio al fondo, escondido en un rincón. Cuando apareció John poco después, con las bebidas en la mano, nos miró fijamente, extrañado.

—¿Querías sentarte en otro sitio? —pregunté, sospechando, no, convencida de que habría preferido estar más en el meollo.

Era una de las muchas cosas que había descubierto sobre él en el tiempo que llevábamos juntos en Tánger: su perpetua necesidad de ser el centro de atención, de hacerse notar entre los que lo rodeaban. O no, quizá no era una *necesidad*, quizá esa palabra fuese demasiado cruel, demasiado calculadora. Ocurría sin más. Allá adonde iba, las cabezas se giraban, las miradas se detenían. Era el orden natural de las cosas, por eso él lo esperaba, por eso hasta yo lo consideraba parte de nuestra vida cotidiana. Y también yo la había sentido alguna vez, esa extraña atracción por él, la que me había conducido a Tánger, a Dean's, a ese momento concreto en el tiempo en que, flanqueada por mi pasado a un lado y mi presente al otro, bebía sorbitos de una ginebra tibia.

Entonces quise rebelarme. Castigarlo por la forma descarada en que pretendía castigarme. Le había fastidiado que yo hubiera propuesto salir (porque no lo había decidido él, supuse) y se había escudado en todas las horas que había trabajado ese día.

«Pero ¿quién demonios es? —había insistido, persiguiendo mi mirada en el espejo del baño—. Estoy seguro de que jamás te he oído mencionar su nombre.»

Cuando terminó de acicalarse y de untarse el pelo con esa crema cuyo olor me revolvió el estómago y salimos por fin del apartamento, le había cambiado el ánimo y el alcohol lo había vuelto hosco e irritable, aunque procurara disimularlo con una enorme sonrisa.

Y todo ese tiempo había sido consciente de la presencia de ella. De Lucy. Sentada a mi lado, penetrando con la mirada la penumbra, observando a John, observándolo todo, como siempre. Solo llevaba unas horas en Tánger y ya me estaba produciendo el efecto habitual: me fortalecía y me envalentonaba; su presencia me proporcionaba una armadura de la que, por alguna razón, yo no conseguía proveerme sola.

John agarró uno de los taburetes.

—Aquí está bien —dijo en un tono algo más áspero que antes. Agitó el líquido ámbar de su vaso, que olía a humo, y a polvo, y a algo antiguo—. Bueno, ¿qué te parece? —preguntó, volviéndose hacia Lucy y señalando a su alrededor—. No es gran cosa, pero atrae a bastante gente.

Lucy asintió, aunque no respondió nada. Yo hice todo lo posible por sonreír,

con un regusto amargo en la base de la lengua. Se hizo el silencio y noté la tensión que nos envolvía, densa como el aire de Marruecos.

—Y bien, Lucy Mason de Estados Unidos —dijo John sonriente—, ¿a qué te dedicas exactamente ahí fuera, en el mundo real, quiero decir?

—Transcribo manuscritos —contestó—. Para una editorial.

John asintió, aunque con apatía, como si no escuchara, no de verdad, por lo que deduje que, en realidad, solo preguntaba para que ella hiciese lo mismo. Porque, pese a que nunca contaba mucho de su trabajo, ni siquiera a mí, parecía disfrutar lanzando al aire vagas alusiones al gobierno, a modo de insinuación de que su presencia en Tánger en ese momento concreto le había proporcionado la ocasión de demostrar su valía a sus superiores. La «oportunidad», nos había dicho a mí y a muchos otros más de una vez, si bien jamás se había molestado en explicar en qué consistía dicha oportunidad, y yo tampoco me había molestado en averiguarlo.

Lo vi entonces impaciente por que Lucy le preguntase, a la espera de una ocasión para iniciar su monólogo, pero ella se limitó a sonreír y siguió hablando.

—Sí, aunque no es mi único empleo. —Le dio un trago a su bebida—. También soy redactora.

Él enarcó las cejas sorprendido y se deshizo de su fingido interés.

—¿En serio?

—O algo así —respondió ella.

John la miró intrigado.

—Redactora o algo así —repitió—. ¿Y eso qué significa exactamente?

Lucy vaciló y yo me pregunté si su afirmación inicial sería tan fantasiosa como parecía, y esperé y temí por igual que así fuera. Sabía que estaba mal, que decía poco de mí y me hacía mezquina, pero me entristecía, me fastidiaba incluso pensar que ella hubiera podido cumplir las promesas que un día nos habíamos hecho, mientras que yo me había convertido en ¿qué?, ¿en lo contrario de lo que había imaginado?

—Escribo necrológicas para un periódico local —respondió. Vislumbré un destello en los ojos de John, una pizca de decepción; luego vi que Lucy se agarrotaba—. Lo cierto es que requiere bastante investigación —prosiguió con voz tensa—. Hay que llevar a cabo una serie de entrevistas para conocer los antecedentes, para disponer de citas. No es muy distinto de cualquier otra noticia

que se publique en el periódico. —La noté a la defensiva, y vi que John también lo había observado. Lucy se volvió hacia mí y sonrió—. ¿Y tú qué, Alice? —preguntó—. ¿Aún haces fotografías?

John me miró extrañado.

—¿Fotografías?

Sentí que me ruborizaba. Nunca le había hablado demasiado a John de Bennington, ni del accidente, solo sabía lo que había publicado la prensa. Había apartado de mí todo lo que tuviese que ver con mi vida anterior, incluidas Lucy y la cámara que un día había sido mi posesión más preciada y que ahora se encontraba abandonada, con el obturador probablemente oxidado por falta de uso. Aun así, había sido una de las pocas cosas materiales que me había llevado a Tánger, porque un inmenso «y si...» me había rondado la cabeza. Y pese a que todavía no la había sacado de la maleta, escondida al fondo del armario de nuestro dormitorio, en ocasiones me parecía percibir su presencia cuando pasaba por allí, tanto que, más de una vez, me había hecho apretar el paso.

—Sí —dijo Lucy—. En Bennington, Alice era célebre por sus fotografías. Me sorprende que no lo sepas.

John arqueó las cejas.

—¿Es eso cierto? —Rio—. Vaya, mi Alice no para de sorprenderme esta noche.

Lo dijo con retintín. Pretendía ser cruel, y yo lo sabía; suponía que le fastidiaba que ese nuevo dato sobre su esposa, su Alice, se lo proporcionase una completa desconocida. Ser consciente de su intencionada crueldad me produjo una opresión que empezó a asaltarme por todas partes, tanto que me dieron ganas de plantarle cara, no sé, de enfrentarme a él; quizá para rematar lo que los dos habíamos empezado esa noche con sus bromas sobre mi falta de amigos, mi infertilidad, una disputa que parecía haber alcanzado su punto álgido, su máximo apogeo en los primeros meses de nuestra estancia en Tánger y que a veces daba la impresión de ser lo único que quedaba entre nosotros. Sentí que ese anhelo, ese deseo de encararme a él rezumaba por todos los poros de mi ser. Me limpié el sudor de la frente y traté de refrescarme. De repente hacía demasiado calor en el bar, era demasiado agobiante y, al inspirar hondo, los pulmones se me paraban, se rendían y me negaban el último aliento refrescante y reconfortante. Noté que se me encendían las mejillas y confié en que no se notara.

—¿Y a qué fuiste a Bennington? —preguntó John con fingido desenfado, volviéndose de nuevo hacia Lucy—. Seguramente no te habría hecho falta para escribir reseñas en un periodicucho. Por lo que tengo entendido, es una universidad cara.

—Estaba becada —respondió Lucy.

En cuanto pronunció aquellas palabras supe que era lo que John había querido saber todo el tiempo, lo que andaba indagando desde el principio, con sus preguntas sobre su profesión, sobre su vida amorosa: los orígenes de esa joven estadounidense de la que nunca había oído hablar. Se había estado preguntando, lo vi entonces, si merecía la pena conocer a Lucy Mason.

Y, al parecer, ya tenía la respuesta.

Se encogió de hombros.

—Aun así, ni con dinero.

Lucy le dedicó una sonrisa.

—La verdad es que siempre me ha gustado la literatura —le dijo—. Por eso decidí ir a Bennington. —Apuró la ginebra de un trago y se inclinó hacia él—. ¿Has leído a las Brontë, John?

Levanté la vista con brusquedad de mi copa; percibí el cambio escrito en su rostro antes de verlo. Miré de reojo a John y supe que no se había percatado, claro que él no la conocía como yo. No sabía que esa era ella, la Lucy a la que yo recordaba. No la invitada perfecta y educada que, sentada en nuestro sofá, había departido sobre nimiedades con un cóctel en la mano. Esta era la Lucy que decía lo que pensaba, que sabía lo que quería e iba a por ello.

John, todavía ajeno a la transformación, negó con la cabeza, aunque observé que la pregunta, el súbito giro de la conversación, lo había desconcertado.

—No, no las he leído.

Ella se fingió sorprendida.

—¿Cómo? ¿Nunca?

Él forzó una sonrisa.

—Nunca.

En ese instante reparé en mi silencio, en que parecía excluida por completo de la conversación que mantenían. Aun así, no rechisté. Me quedé allí sentada, observándolos: el entornar de ojos, el ladear de cabeza, la suspicacia, no, la desconfianza que empezaba a generarse entre los dos. Casi podía oírla. En mi

cabeza, los vi cercarse el uno al otro, despacio, tanteando los límites que los separaban.

—¿Ni siquiera algo de Jane? —Lucy reía, pero su risa era seca, cortante—. Lo de Heathcliff y Kathy lo entendería. Puede resultar complicado hasta para sus admiradores más fervientes. Quizá por eso Emily solo publicó una novela. —Tragó la ginebra—. ¿Sabes que tuve un profesor de secundaria que odiaba a muerte *Cumbres borrascosas*? De hecho, decía que era el peor libro de la literatura británica. Así que puedo entender la aversión, la vacilación. Pero ¿Jane? ¿La tierna huérfana? ¿En serio no has leído nada suyo? ¿Ni una frase?

John sonrió aún más y su sonrisa amplia, tensa, se convirtió en una especie de máscara grotesca.

—Ni una condenada palabra.

Lucy sabía lo de los libros, me di cuenta entonces. Como de costumbre, había averiguado que eran solo fachada, parte de la imagen cuidadosamente diseñada por John para impresionar, nada más. Supuse que debería enfurecerme, que debería guardarle rencor por provocar al hombre junto al que yo había prometido pasar el resto de mis días, por haber vuelto a mi vida con tanta despreocupación, como si Vermont y lo que allí había sucedido no hubieran tenido una repercusión real. Noté que la rabia que debería haber sentido flotaba en el aire, espetando preguntas y exigiendo respuestas y, aun así, no lograba asirla, hacerla mía. En su lugar, me centré en la curva que los vehículos de John y Lucy estaban a punto de tomar, de forma peligrosa, temeraria. Supe que por fuerza habrían de tomarla, que no había vuelta atrás.

—A John nunca le ha gustado mucho leer —dije, inclinándome hacia delante, angustiada, anhelando la comodidad del apartamento y la protección que prometía.

Fue un comentario desacertado, lo noté enseguida.

—Me estáis haciendo parecer analfabeto —protestó John ceñudo—. Solo porque no lisonjeo a esas Brontë —añadió, pronunciándolo con diptongo final.

—No es «ei», es «i» —lo corregí sin pensar.

John guardó silencio, apuró deprisa su copa y la dejó en la mesa con más fuerza de la necesaria. Yo di un respingo, pero Lucy logró permanecer impasible.

—Acabo de ver a Charlie en la barra —dijo él de pronto—. Vuelvo

enseguida.

Antes de que pudiera responder, había cogido su vaso vacío y se había ido.

Hubo unos minutos de silencio.

—Nunca fue un buen estudiante —aclaré por fin.

Lucy asintió con la cabeza, pero no supe interpretar su expresión.

—Voy al baño —dijo, bajándose del taburete—. No tardaré.

Sonrió e hizo ademán de tocarme, pero no llegó a hacerlo; se volvió y, sin mirarme, desapareció entre la multitud que nos rodeaba.

En ausencia de ambos, me sentí desanclada, a la deriva, tanto que me agarré con fuerza a la mesa de madera que tenía delante, buscando con desesperación un amarre. Noté que algo me rozaba la pierna y me espanté, aunque al bajar la mirada vi que no era más que uno de los muchos perros callejeros de la ciudad que se había colado en el local. Durante mis primeros días en Tánger, John me había advertido que no podía asustarme ni dejar que los pobres animales percibieran mi miedo porque eso solo los provocaba más. Recordé entonces que, paseando por el puerto una mañana temprano, los habíamos visto plácidamente tumbados en la acera ardiente. Al oír nuestros pasos, levantaron la cabeza, tensos, y yo me refugié en John, a pesar de su reprimenda, por temor a que uno de ellos se abalanzara sobre mí, me mordiera y me contagiara la rabia. En ese momento me quedé petrificada, pero John me hizo avanzar, empujándome y susurrándome que era por mi bien.

El que se había colado en el garito se sentó y se refugió en mis piernas. Y yo se lo permití, agradeciendo la compañía.

Conocí a Lucy Mason mi primer día en Bennington.

Estaba en nuestra habitación, con la maleta a los pies de la cama más próxima a la ventana, escudriñando las paredes desnudas que la rodeaban. Yo me detuve en el umbral de la puerta y observé en silencio a la chica con la que viviría durante el año siguiente. Claro que *chica*, pensé mientras la examinaba, no acababa de cuadrarme. La vi meterse la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacar una cajetilla de tabaco y un encendedor. Yo nunca había fumado, ni una sola vez, y observé, fascinada, las columnas de humo que la envolvían y se esparcían por nuestra habitación, como si ansiara marcar todos sus rincones,

hacerla suya.

Aunque las dos teníamos solo diecisiete años, había algo en aquella desconocida que la hacía parecer infinitamente mayor que yo, más sabia quizá. La diferencia era patente hasta en nuestra ropa. Súbitamente avergonzada por mi atuendo infantil, me miré el vestido estampado de flores y hiedra, hasta los pies, como de bailarina. En contraste, mi nueva compañera de cuarto llevaba una chaqueta de color verde esmeralda oscuro con faldón por debajo de una cintura ceñida que acentuaba su envidiable figura, a juego con una falda de tubo negra y, aunque ni la chaqueta ni la falda parecían muy nuevas (más bien gastadas, como si su dueña se las hubiera puesto demasiado), ella rezumaba una sofisticación que yo solo había visto en las páginas de las revistas.

Con un movimiento lento, llamé con suavidad a la puerta. Levantó la vista y me dedicó una mirada pensativa que no supe interpretar, pero que me hizo desviar la mía y ruborizarme.

—Hola —murmuré, esbozando una tímida sonrisa. Volvió a mirarme fijamente, pestañeando—. Soy Alice —dije, y entendí demasiado tarde que daba la impresión de que esperaba a que me invitase a entrar. Salvé enseguida la distancia que nos separaba—. Temía que lo hubieras olvidado —añadí, tendiéndole la mano que me quedaba libre.

Ella la aceptó y ladeó un poco la cabeza.

—Yo soy Lucy.

Observé que no llevaba guantes y me reprendí en silencio por haber elegido los de encaje que mi tía me había comprado sabiendo que iba a matricularme en Bennington. Resultaban inapropiados frente a la desnudez de la estancia y la sencillez de mi compañera de habitación. Ella no iba maquillada y yo me sentí estúpida con los labios pintados de rosa y la raya del ojo perfilada con rabillo, como una niña pequeña a la que sorprenden jugando a ponerse la ropa de su madre.

Lucy miró a mi espalda, en dirección a la puerta.

—¿Has venido con tus padres?

Agaché la cabeza.

—No, he venido sola —dije, e inspiré hondo.

Era una frase que había ensayado muchas veces durante el verano, delante del espejo del baño de mi tía. Sabía que terminarían haciéndome la pregunta,

como siempre, aunque yo ya había aprendido a responder con desenfado, con todo el podía. Estaba cansada de la típica reacción: de las narices arrugadas, de los ceños fruncidos, de esa expresión que denotaba pena pero también algo más. Temor. Como si la muerte de mis padres fuese contagiosa y yo, la única superviviente, un agente contaminante. Lo había presenciado, vivido de primera mano. En el colegio, al principio, todas se habían apiñado a mi alrededor, con sus cuerpos pegados al mío, para manifestarme su tristeza y su pesar, abrazándome fuerte y asegurándome que todo iría bien, que lo superaríamos juntas. Pero pasó una semana, luego pasaron dos, y se fue una, después otra. Su proximidad pronto se vio reemplazada por pequeñas sonrisas forzadas cuando nos cruzábamos por los pasillos, o un saludo fugaz desde el otro lado del patio. Al terminar las clases, su alivio fue manifiesto y yo lo percibí en cada interacción. No me sorprendió que las llamadas telefónicas y las visitas se fueran evaporando. Cuando tuve el equipaje listo para la universidad ya no estaba localizable ni una sola de ellas. Así que repetí las palabras y me preparé para lo peor, lo esperé. Imaginé la reacción que provocaría: una mueca de tristeza, un abrazo fugaz e incómodo, y mi compañera de cuarto se esfumaría y buscaría entre las otras chicas una que no estuviera ya dañada, contaminada, mancillada por la tragedia.

Pero Lucy se limitó a mirarme con sus ojos tristes y me dijo:

—También los míos han fallecido.

Yo pestañee sobresaltada, porque no contaba con esa posibilidad. Y aunque supuse que debería entristecerme, en ese momento no sentí más que alegría. Me inundó un alivio total y absoluto, y no pude evitar sonreír. Se lo conté más adelante, horas después de conocernos y convertirnos en amigas instantáneamente. Sacó una botella de jerez robada —«Mi tía ni se dará cuenta», me aseguró, refiriéndose a los parientes con los que había pasado el verano— y fuimos juntas a explorar, pasándonos la botella de aquel líquido extraño que abrasaba la garganta mientras paseábamos. Escuché con atención el crujido de las hojas y ramas secas bajo la presión de nuestros pies, un sonido que parecía propagarse y alcanzar las copas de los árboles que se cernían sobre nosotras a ambos lados. Ya estábamos a mediados de septiembre. En Bennington el curso empezaba más tarde que en la mayoría de los centros universitarios, y mientras recorríamos el campus, con la noche cayendo deprisa, oscura, empezó a soplar

una brisa fresca que hizo que nos arrimáramos la una a la otra, instintivamente, como si ya fuésemos una pareja indisoluble. Según avanzábamos, noté que se me soltaba la lengua, que me rugía el estómago de hambre; casi todas las demás debían de estar cenando, lo sabía, pero me daba igual porque la novedad de nuestra relación me importaba más que una comida caliente. El muro que se había levantado tras la muerte de mis padres, a modo de cerco imponente e impenetrable, empezaba por fin a derrumbarse, templado por el alcohol, por la presencia de Lucy.

—¿Cuántos años tenías? —le pregunté con timidez, sin saber si sus heridas estarían aún abiertas como las mías, o si querría siquiera hablar de ello, tanto si era reciente como si no.

—Cinco —contestó, vistiendo sus palabras de ese tono despreocupado que me hacía desear poder responder algún día a esa pregunta de un modo similar, que mi voz no temblara al pronunciar cada palabra, al formar frases que expresaran lo que habían sido mis padres y la inmensa pérdida que me había supuesto su muerte—. En realidad, a mi padre ya no lo recuerdo, es más bien una nebulosa, una figura difusa —prosiguió en un susurro—. Sé que trabajaba en un taller mecánico, pero aparte de eso no recuerdo mucho de él. Sin embargo de mi madre..., a veces me parece que lo recuerdo todo, hasta las cosas más pequeñas. Como un lápiz de labios de color miel. O el peculiar frasquito de perfume que tenía en su tocador; era de cristal ámbar, con el tapón transparente. —Se revolvió—. De todas formas, procuro no pensar mucho en ella.

Entonces se detuvo y noté que sus rizos, que tenía muy cerca, me hacían cosquillas en la cara.

—¿Te funciona? —pregunté.

—A veces. —Sentí que se encogía de hombros—. Cuesta más por las mañanas.

Sabía a qué se refería.

—A mí a veces se me olvida —dije—. Me despierto y es como si la mente se me hubiera quedado en blanco por completo. Luego me acuerdo y tengo que revivirlo todo otra vez.

Asintió con la cabeza, pero vi que otra cosa la había distraído.

—Mira —susurró.

Jennings Hall, la mansión situada a escasa distancia del campus principal, se

alzaba ante nosotras. La historia de miedo de la universidad hecha realidad. Siempre corría algún rumor sobre pasos misteriosos, voces fantasmales y ruidos extraños de difícil explicación, relatos de diversas apariciones acontecidas desde que el edificio fue donado a la universidad. Quizá por el jerez, en ese momento la idea me pareció disparatada. El exterior estaba prácticamente cubierto de hiedra, que el otoño había vuelto de un rojo encendido y el sol poniente resaltaba aún más. Me pareció hermoso; y el paseo por el bosque, mucho más aterrador que cualquier cosa que aquel edificio pudiera depararnos.

Cuando Lucy señaló con la cabeza hacia la entrada, a modo de silenciosa invitación, inspiré hondo y la seguí.

—¿Así es tu casa de Inglaterra? —preguntó, volviéndose hacia mí con una expresión rara mientras accedíamos al vestíbulo.

La miré extrañada, preguntándome qué imagen se habría hecho de mí a partir de la correspondencia que habíamos mantenido. Tía Maude era de clase acomodada, eso era cierto, pero en vida de mis padres vivía sola —*solterona*, podrían haberla llamado solo unos años antes— y no había encontrado motivo para cambiar nada con la llegada inesperada de su sobrina.

—No —dije, negando con la cabeza—, solo somos nosotras. —Contemplé la extensa desolación del vestíbulo. Escaseaban los muebles y nuestras voces resonaban mientras nos deslizábamos por el suelo de baldosas de mármol—. No sabríamos qué hacer con tanto espacio.

Me pareció que a Lucy la decepcionaban un poco mis palabras. Esperé entonces a que dijera algo sobre el lugar en el que se había criado, pero guardó silencio.

—¡Mira esto! —exclamó.

Se agachó y se quedó medio en cuclillas, manteniendo el equilibrio sobre las puntas de los pies, a solo unos centímetros del objeto de su entusiasmo: dos leones de piedra que flanqueaban la chimenea, enorme y, al parecer, en desuso. Alargó la mano y la posó sobre la cabeza de la escultura.

Yo estaba nerviosa en la quietud de la casa, consciente de que no deberíamos estar allí, sino cenando con las otras chicas de nuestra residencia.

—No, Lucy —supliqué, mirando a mi alrededor, como si esperara que alguien apareciera de repente y nos echase la bronca por no cumplir las normas—. Ni siquiera deberíamos estar aquí.

Levantó la mirada y se dibujó una sonrisa en sus labios.

—Tranquila, Alice. No va a pasar nada.

Pero no apartó la mano del león, y tuve la convicción de que aquella extraña muestra de rebeldía iba destinada a mí, a demostrarme que era una chica a la que no se le podía decir qué hacer, que no tenía miedo.

Sentí un escalofrío y me estreché la rebeca alrededor del cuerpo. Sin el calor del sol, el sudor que me había corrido por la espalda hacía solo unos minutos se había enfriado y, aunque intentaba entrar en calor, tenía la carne de gallina.

Lucy se levantó.

—Haberme dicho que tenías frío —espetó, atrayéndome hacia sí y envolviéndome en un extraño abrazo.

Mi tía Maude no era muy cariñosa, y en el tiempo que había pasado con ella mi vida se había vuelto solitaria y fría. Al principio, había echado de menos esas pequeñas muestras de afecto, de forma que bastaba incluso que un desconocido pasara por mi lado y me rozara sin querer para que la sensación me durara todo el día, abrasándome, marcándome en el punto de contacto. Pero ahora me costaba relajarme, y cuando Lucy por fin se apartó, pude sentir a la perfección el espacio que había ocupado, que zumbaba, vibraba en el aire delante de mí.

Miró los leones.

—Es curioso, pero me recuerdan a una mascota que tuve de niña. Un perro que se llamaba *Tippy*. —La sonrisa se evaporó de su rostro—. Fue una sorpresa absoluta, sobre todo conociendo a mi madre. Detestaba a los animales. Le daba horror solo pensar en tener uno. Sin embargo, un buen día apareció con él. Supongo que la perra de algún vecino había tenido cachorritos y aquel era el último, el más escuchimizado de la camada, que no conseguían vender y menos aún regalar. Era pequeño. Blanco y canela. Ya no era un cachorro, porque llevaban mucho tiempo intentando deshacerse de él. —Hizo una pausa, tomó aliento, con los ojos clavados en la escultura, sin querer mirarme—. Recuerdo que lo cogí en brazos y prometí cuidarlo. Mi madre me observaba desde el rincón. —Rio un poco—. Tendrías que haberle visto la cara.

—¿Cuándo murió? —pregunté con un hilo de voz.

—Al poco de que nos lo dieran.

Se oyó un crujido a lo lejos y yo di un respingo. Me volví hacia Lucy, pero si oyó algo lo disimuló. Permaneció inmóvil, inmutable, mirando fijamente al león,

al hueco vacío de la chimenea.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Lo atropelló un coche —respondió—. Nadie sabe cómo se escapó. De repente estaba fuera, corriendo hacia la calle principal. —Calló—. El golpe tendría que haberlo matado en el acto, pero no fue así.

Me estremecí al imaginar al perro herido, debatiéndose entre la vida y la muerte, al imaginar la pena.

—¿No lo llevaste a algún sitio para que os socorrieran?

Lo dije con voz suplicante, de eso fui consciente, pero en ese momento, allí plantada, en aquella mansión fría y llena de corrientes, sentí que no necesitaba otra cosa que oír a Lucy decirme que lo habían hecho, que sí, que el perro se había salvado, que había sobrevivido, que aún vivía, y que todo iba bien.

Sabía, por supuesto, que no lo haría.

—Mi madre no sabía conducir —dijo.

—Pero ¿y los vecinos? ¿No había nadie a quien pudierais acudir?

Me puse histérica, me dieron ganas de zarandearla, de desmontarle aquella pose estoica, su escudo y su protección, como yo ya había empezado a sospechar, frente a todos los que la rodeaban. Como mínimo, quería que me dijera que había hecho todo lo posible, que había intentado salvarle la vida a aquel pobre perro que nunca debería haber sido suyo y al que ella había querido con locura justo por eso.

Se volvió hacia mí, escudriñándome con sus ojos negros. Sonrió, una expresión extraña, desconcertante, que hizo que me palpitara el corazón, que ansiara alejarme de ella, de aquel lugar. Habló.

—No había nadie.

Yo exhalé despacio.

—¿Y qué hicisteis?

—Nos sentamos a esperar a que muriese. —Hizo una pausa, como si midiera las siguientes palabras—. Y terminó haciéndolo. Pero fue lento. Y sufría muchísimo. Así que mi madre salió al jardín a por una piedra. Dijo que sería más rápido. Y más humano. Y que, como era mío, era mi responsabilidad y de nadie más. —Meneó la cabeza y apartó la mirada—. Fue horrible, Alice —concluyó seca y tajante.

No la creí. Me tapé la boca con la mano, conmocionada, llena de

incredulidad, no lo sé, y no pude evitar pensar que el relato, su relato, me había parecido curiosamente distante, como si aquello le hubiera sucedido a una persona distinta. Había hablado despacio y con mesura, no había hecho ninguna pausa para recobrar el aliento, para limpiarse las lágrimas de los ojos. Era como si hubiese cauterizado la historia, de forma que ya no le perteneciera en absoluto. Por eso no la creí cuando me dijo que había sido horrible, no me creí nada de lo que me contó.

Pensé en cómo había hablado de sus padres, en ese gesto de desapego que yo había envidiado. En ese momento no era algo que codiciase.

Di un paso atrás.

—Vámonos, Lucy.

Me pareció detectar un destello en sus ojos cuando pronuncié su nombre, como si de repente recordara dónde estaba y con quién. Como si todo lo que había dicho antes hubiera sido fruto de una especie de trance y solo entonces hubiese despertado de él.

—Aún no —dijo, cogiéndome de la mano—. Hay otra cosa que quiero enseñarte. —Haciendo caso omiso de mis protestas, me llevó hacia la espléndida escalera, deprisa, tanto que tuve que apretar el paso para seguir su ritmo—. ¡Corre! —me gritó, como si me hubiera leído el pensamiento.

Seguimos subiendo a toda velocidad hasta que empecé a respirar de forma entrecortada y comenzaron a arderme los pulmones.

—Lucy —jadeé, consciente de que pronto no podría ir a su ritmo.

—Solo un poco más —prometió sin molestarse en mirar atrás, agarrándome aún con fuerza la mano.

Cuando se detuvo, con tanta brusquedad que casi choqué con ella, estábamos delante de una ventana ancha, coronada por un arco de medio punto. Desde nuestra nueva posición estratégica, pude ver que habíamos ido a parar a la última planta de la mansión. Lucy acercó la cara a la ventana y plantó las manos a ambos lados de su rostro, pegadas con fuerza al cristal.

—Las otras dicen que está maldita. Que aquí murió una familia —susurró.

Arqueeé las cejas.

—¿Qué familia?

—Los Jennings, los primeros propietarios de la casa. Dicen que la mujer se quitó la vida, que se tiró por esta ventana, esta misma. Y luego el marido,

deshecho por la pena, se colgó de uno de los árboles.

—Eso no suena creíble —repliqué en susurros—. Tengo entendido que la familia donó el edificio a la universidad.

Lucy ignoró mi comentario.

—También una alumna, hace unos años. Se tiró por esta ventana, igual que la señora Jennings.

Me volví para mirar por la ventana, para estudiar las huellas de las yemas de sus dedos, el sello individual de cada dedo apoyado en el cristal. Pensé en aquellos relatos, en las mujeres que supuestamente se habían quitado la vida allí, una generación tras otra. Y entonces lo noté, algo que me observaba desde alguno de los rincones oscuros de la casa. Me volví hacia la izquierda y luego hacia la derecha, convencida de que había visto algo con el rabillo del ojo. Al principio pensé que podía haber sido Lucy, pero entonces me di cuenta de que se había ido. Yo estaba sola junto a la ventana; se abrían pasillos desiertos a ambos lados y en cada uno de ellos había una media docena de puertas. Pensé en las sombras, segura de que estaban allí, en algún lado, al acecho, y sentí la necesidad imperiosa de abrir todas y cada una de las puertas para comprobar que no había nada al otro lado.

Y entonces me acordé. De lo que Lucy me había dicho hacía solo un minuto: que sus padres habían muerto cuando tenía cinco años. Fruncí el ceño. Eso no convertía su relato en inverosímil. Quizá fuera cierto que recordaba aquella historia espantosa de su más tierna infancia, pero, aun así, ¿qué era lo que me había molestado? Pensé de nuevo en el desaparego con que lo había narrado, como si describiese algo que había oído contar a otra persona. Meneé la cabeza y noté otra brisa, una corriente, supuse, que recorría el edificio. No tenía motivo para mentir.

Volví a oír algo a lo lejos y se me aceleró el corazón. Noté aquella sensación tan familiar que me empezaba en las yemas de los dedos. Era un problema nervioso, me habían dicho los médicos, provocado con toda probabilidad por el estrés de la muerte de mis padres. Una opresión, un estrujamiento que parecía que iba a estrangularme, porque desde luego poseía fuerza suficiente, potencia suficiente. Había creído, ingenua de mí, que al marcharme de Inglaterra lo dejaría todo atrás, que bastaba con la distancia para ahuyentar a los fantasmas de mi pasado. Qué tonta había sido, pensé, furiosa conmigo misma por mi

ignorancia. Todo aquello me seguiría siempre, sin importar adónde fuera o lo mucho que me alejara.

Pero entonces vi a Lucy en la escalera, a solo unos pasos de distancia, de forma que era yo quien se alzaba por encima de ella y no al revés. Me miró fijamente, con aquellos ojos extraños e inquisitivos, y luego sonrió.

—No hay nada que temer, Alice.

Lo dijo con absoluta certeza, con total seguridad.

Después me tendió la mano.

—Venga, vamos a cenar.

De pronto noté que la oscuridad que me había amenazado hacía solo un segundo empezaba a desvanecerse hasta que dejé de sentirme como la heroína de una historia de miedo, atrapada en un castillo encantado, un laberinto patriarcal del que era imposible escapar. Yo era simplemente Alice y ella era Lucy, y ya no había nada que temer. Sentí que su mano buscaba la mía, que sus dedos se entrelazaban con los míos. La así con fuerza y juntas huimos de la mansión a oscuras, y dejamos atrás a todos los fantasmas que albergaba en su interior, tanto reales como imaginarios.

Se oyó un alboroto a la puerta del bar y, a continuación, un estrépito mayor, una especie de explosión que me devolvió de repente al presente. Al principio pensé que era un tiroteo; me pareció notar la punzada caliente de un disparo en la piel. Pensé en las revueltas, en la violencia que había empezado a estallar por todo Marruecos, que había llegado a Tánger hacía muy poco, y demostrado que ni siquiera ella era inmune. John había hablado de eso de forma muy breve, y lo había hecho como si encontrara divertido que los tangerinos hubieran decidido tomar las calles, arrojando botellas a las tiendas de los extranjeros, y después, cuando la policía respondía con disparos, cualquier cosa que pudieran usar para defenderse. Y cuando se supo que varias personas habían perdido la vida en la escaramuza, casi todos tangerinos, John se había limitado a encogerse de hombros y a decirme que no había nada de lo que preocuparse y que aquellas revueltas sin importancia se terminarían sofocando. Su confianza era absoluta. Por lo visto, ni siquiera él, que tanto amor profesaba a Tánger, había sido capaz de prever la determinación de su pueblo para exigir la independencia, para

reclamar su Tánger, y se había negado a reconocer, a admitir lo importante, lo absolutamente necesario que era para la vida de aquellas personas, para su supervivencia.

Me volví para mirar por encima del hombro y vi un destello de luces, un poco más allá del bullicio del bar. Nadie gritaba ni huía corriendo. Solo se oían carcajadas y sonidos festivos. Fuegos artificiales. Los tangerinos celebrando su inminente independencia. La idea me produjo cierta inquietud. Me moví y volqué sin querer la copa que tenía delante, que cayó al suelo y se hizo añicos, pedacitos punzantes casi invisibles; el gin tonic me empapó el vestido.

Con un sonoro aspaviento, me levanté enseguida y la precipitación de mis actos hizo que el perro escondido debajo de la mesa soltara un aullido lastimero y saliera disparado de su escondite, no sin antes hincarme los dientes en la pierna causante de su sobresalto. Al mirar hacia abajo, vi un reguero de sangre deslizándose por la media destrozada. Aquella visión me produjo un extraño mareo.

—No era su intención —le susurré a la nada en cuanto vi al perro salir corriendo.

La cabeza aún me daba vueltas cuando me aparté, muerta de vergüenza, para que el camarero, que ya venía a poner remedio al destrozo, pudiera recoger los cristales. Luego pensé en John y su mirada furiosa de esa noche. En Lucy y su mirada penetrante, siempre al tanto, siempre buscando algo que no estaba ahí. Y entonces me pareció verlo, ¡a John!, en la barra. Pero no estaba solo, ni con Charlie, como había dicho. Y también estaba Lucy, a su espalda, observando, observando, observando.

A continuación noté que me desmayaba, que caía, despacio al principio, más rápido después, sin que hubiera allí nadie para sujetarme, y mi cuerpo entró en contacto con el suelo pegajoso.

4

L U C Y



Los zocos me parecieron electrizantes. Su curvatura laberíntica, oscura y atestada de vendedores, de pie tras sus puestos o sentados en el suelo, con bolsas o cubos de mercancías extendidas delante de ellos. Al principio casi me había arrastrado su rápida corriente, pero luego había aminorado la marcha y caminado a un ritmo regular, con determinación. Me detuve en un puesto, después en otro; compré unos gramos de resplandecientes aceitunas verdes en uno, una pila de *msemmen* calientes y humeantes en otro. Inspeccioné los pollos muertos colgados al aire, sin asustarme del olor, como había observado que hacía la mayoría de los turistas, sino valorándolos y regateando, como si pretendiera comprar uno. También me detuve delante de las rifeñas vestidas de vivos colores y opté por comprar un puñado de habas, y luego un queso fresco entero, de esos que había visto comer a la gente de allí, de los que tenían los cantos tapados con hojas verdes complejamente trenzadas.

Había renunciado a mis vestidos de día. Aunque al parecer muchas expatriadas aún los llevaban, a mí el corpiño ajustado me angustiaba demasiado debido al calor, y la falda siempre se me enganchaba en los bordes dentados. En su lugar, había sacado de la maleta varios pares de pantalones pirata que aún no

había tenido el valor de ponerme en mi país y un par de blusas monocromo, que me parecían más apropiados para aquel clima.

Había intentado convencer a Alice de que viniera, pero se había negado, meneando la cabeza, señalando con ambas manos el apartamento desordenado, como indicándome todo el trabajo que debía hacer antes de que John llegara a casa, un trabajo que jamás terminaba, que se prolongaba en el tiempo de forma infinita. «Ve tú. Disfruta de tus vacaciones.» Yo la había mirado algo disgustada y le había suplicado, pero pronto quedó patente que no tenía intención de ceder. Por la vehemencia con que había negado con la cabeza ante mi insistencia, por el modo en que había apretado los labios hasta formar una línea blanca, me dio la impresión de que su reticencia a enseñarle la ciudad a una amiga se debía a algo más importante que la simple necesidad de hacer la colada.

Pensé en ella mientras caminaba, en Alice, cuya hermosa piel blanca revelaba que, sin duda, llevaba un tiempo sin ver el sol, encerrada entre las paredes de su apartamento. Recordé la palidez de su rostro la noche anterior, después de que aquel condenado animal la mordiera, después de que se desmayara y cayese desplomada al suelo. Había estado muy callada, más de lo habitual, cuando nos vimos obligados a buscar un médico para localizar desesperadamente una vacuna y comprobar si había habido conmoción cerebral. Y debido al caos que se formó yo olvidé por un momento lo que había visto, la escena de la que había sido testigo unos minutos antes del mordisco.

Había sucedido al poco de que John se fuera de la mesa.

Yo había levantado la vista, la había apartado de Alice, de mi copa, y había mirado al espejo que tenía delante, fijado a la pared. Y lo había visto, su imagen deformada por las muescas del cristal, de pie junto a la barra. Pero no estaba solo, ni estaba con ese tal Charlie. Había una mujer a su lado, con el rostro medio oculto por una larga melena oscura. Una marroquí, me dije, mientras lo veía acariciarle la parte superior del muslo, con los dedos pegados al tejido de su vestido.

Miré de reojo a Alice, pero no me pareció que se hubiera dado cuenta, y volví a mirar de prisa al espejo, valorando el ángulo en el que se encontraba colgado, no del todo segura de que ella pudiera verlos en realidad, aunque levantase la vista. Por un lado, me apetecía enseñárselo, señalar el espejo, que la verdad quedase expuesta con descaro ante nosotras. Pero algo me lo impidió.

Algo me susurró que no era el momento, que debía esperar para revelarle esa información, a ella, a esa chica a la que un día había conocido tan bien como a mí misma y que ahora me miraba con una expresión que no acababa de entender, que no lograba desentrañar.

Me fui abriendo paso por la medina hacia el mercado central, donde me recibió una especie de plaza muy agradable. Espacios verdes repletos de flores, parejas, grupos de hombres y pensionistas expatriados disfrutando de un paseo sin prisas al calor de la tarde, y a varios metros de distancia un edificio grande e imponente que se alzaba por encima de los demás. CINEMA RIF, rezaba el rótulo en una fachada sombría y mugrienta. Lo que en su día con toda probabilidad habían sido rojos, azules y amarillos luminosos se habían desvanecido bajo la gruesa capa de polvo acumulada desde entonces. En el interior del cine había un pequeño café, un montón de sillas esparcidas justo a la entrada, con las puertas abiertas de par en par al sol, y algunas mesas y sillas dispersas por la acera.

Me acerqué deprisa para coger sitio, una mesita redonda para dos, pegada al tosco muro del edificio, debajo del póster que anunciaba una película francesa de la que nunca había oído hablar y en el que se veía a un muchacho de pie bajo un globo rojo. Pasaron varios minutos antes de que apareciera la camarera, una mujer achaparrada con la cara llena de arrugas. Me alivió descubrir que hablaba francés, y aunque yo solo sabía un puñado de palabras, me bastaron para pedir con éxito, porque no tardó en volver con un vaso alto lleno de té caliente, té moruno, verde, con hierbabuena, sujeto con fuerza entre los dedos. En su rostro grave se dibujó una sonrisa cuando me lo puso delante.

—*Merci* —murmuré, y me moví para acercarme el vaso. Retrocedí al instante, siseando de sorpresa. Me miré los dedos: tenía las yemas de un rosa intenso.

—*Attention* —avisó la mujer riendo—, *il est chaud*.

Me ruboricé.

—*Oui, merci*.

Aunque todas las guías de viaje ensalzaban las bondades de beber té verde con hierbabuena en Marruecos, ninguna advertía de lo traicionero que podía resultar el empeño. Yo estaba acostumbrada a la gruesa porcelana de las cafeterías de Nueva Inglaterra, no a ese fino cristal que amenazaba con derretirte los dedos. El vaso no tenía asas y me pregunté cómo demonios iba uno a beberse

el brebaje.

—*Lentement, mademoiselle.*

Miré por encima del hombro para ver quién me hablaba.

—Espacio. Tenga paciencia.

Estaba a la entrada del café, ni dentro ni fuera, y sin comida o bebida en la mano, apoyado tranquilamente en el muro del edificio. Vi que era el mismo hombre del día anterior, el que me había estado observando en la medina.

Sonreí, pero me volví enseguida, sin saber si quería entablar una conversación con él.

A la izquierda de donde estaba él había un limpiabotas muy atareado que iba a toda prisa del pie derecho al pie izquierdo de su cliente, aunque me pareció que él llevaba los zapatos del revés. Tras unos minutos de inspección detenida, vi que no tenía pies y se había calzado los zapatos del revés en los muñones de las piernas para mantener el equilibrio. Seguí observando cómo trabajaba, sumida en una especie de trance, viéndolo aplicar la cera y luego sacarse un paño del cinturón e iniciar el abrillantado con pasadas largas y enérgicas, repitiendo ese movimiento con una intensidad constante antes de encargarse del siguiente zapato.

Le di un sorbo a mi té, que ya no escaldaba, y noté la potencia del almíbar cuando el dulzor me estalló en la lengua.

El hombre aún me observaba. Sentía sus ojos clavados en mí, examinándome, esforzándose por distinguirme desde donde estaba. Entonces se produjo un cambio, una alteración del aire, de forma que de pronto lo noté cargado de peligro, de posibilidades, aunque aún no sabía cuáles. Y esperé, conteniendo la respiración, preguntándome si quería que me dejase en paz o me desilusionaría que lo hiciera.

—Me llamo Joseph —dijo, una vez tomada la decisión, acercándose a mí y tendiéndome la mano.

Aunque sin duda era marroquí, observé que no vestía la tradicional chilaba. Llevaba unos pantalones de color gris oscuro y una camisa clara abotonada por completo y remangada hasta los codos. Al cuello, una bufanda fina y, en la cabeza, ladeado hacia la izquierda, de nuevo el sombrero de fieltro de color canela ribeteado con una cinta púrpura, que sospeché que lucía las manchas propias de su uso con tan insufrible calor. A pesar de su austeridad, el atuendo

era elegante, o quizá fuera el modo en que lo llevaba, con una alegría, por lo que había visto, del todo inusual entre los hombres marroquíes, que en comparación resultaban solemnes y serios.

Vacilé un segundo tras su presentación y luego la palabra se me escapó de los labios con naturalidad, como si fuera cierto.

—Alice.

—Bienvenida a Tánger, mademoiselle. —Hizo una pausa—. ¿Dónde se aloja durante sus vacaciones, Alice?

Lo dijo con un silbido final: «Al-iss». Hizo la pregunta sin mirarme, con los ojos puestos en el suelo, en la medina. Su tono era intencionadamente desenfadado, y parecía que hubiera ensayado la pregunta antes de hacerla.

—En casa de unos amigos —respondí, procurando sonar natural, despreocupada, como si estuviese acostumbrada a responder a preguntas similares de desconocidos, como si me pasara la vida yendo de un sitio a otro, de París a El Cairo y de ahí a Oriente.

Dejé que la idea cuajara, la que Alice y yo habíamos engendrado hacía ya tantos años y que seguía atrapada, latente, al borde de la superficie, a la espera de su liberación. En ocasiones notaba la desesperación de ese anhelo, de querer ver ponerse el sol sobre las pirámides, saborear el huevo salado y los fideos dulces de cardamomo de Arabia. De querer estar en cualquier parte menos en el deprimente cuchitril compartido de una pensión y saber que era imposible.

—¿Y no le da miedo explorar la ciudad usted sola? —quiso saber.

Lo miré desde abajo, preguntándome qué se proponía.

—¿Debería darme? —inquirí.

Se encogió de hombros con exageración.

—El año pasado, sin ir más lejos, rondaba la ciudad un loco con un cuchillo carnicero.

Contemplé las calles que teníamos delante, pensativa.

—¿Y alguien sufrió algún daño?

—Sí, por supuesto —contestó como si nada—. El tipo mató a cinco personas e hirió a media docena más. —Debió de ver mi cara de espanto porque su expresión perdió toda la seriedad y esbozó una amplia sonrisa, algo que me desconcertó aún más que su anterior gesto sombrío—. Relájese —me aconsejó, haciendo una pausa para llevarse un cigarrillo a los labios—. Bromeaba, señorita

Alice.

Solté una respiración que no era consciente de que contenía, sin dejar de preguntarme la razón de sus palabras.

—Entonces ¿no sucedió?

Su sonrisa se esfumó.

—Ah, no, claro que sucedió. Al tipo le dispararon en el vientre antes de llevárselo a la prisión de Malabata. Pero usted está completamente a salvo aquí, esa es la parte sobre la que bromeaba. No hay nada de lo que preocuparse ahora, señorita Alice —me aseguró—. ¿De dónde es?

—Chicago —mentí.

—¡Chicago! —exclamó extrañado—. Ese es el lugar más peligroso de todos. Tengo un primo que fue a Chicago. Me dijo que había sido horroroso. Demasiados asesinatos. Aquí no tiene que preocuparse por eso. —Hizo una pausa—. Pero si busca un sitio que le convenga, creo que debo advertirla: Marruecos la decepcionará. —Soltó una risita—. A fin de cuentas, esto es África. —Sonrió, y su sonrisa se extendió por su rostro huesudo, bronceado—. Muchos se olvidan de eso, piensan que están en un lugar exótico. Eso podría ser cierto, aunque también es falso. Tánger sigue siendo África. No hay más que mirar el mapa para saberlo. —Se volvió hacia mí y clavó sus ojos en los míos—. ¿Y dónde viven sus amigos?

—En un apartamento —respondí.

Sonrió sin ganas.

—Sí, pero ¿dónde está ese apartamento?

Busqué una respuesta, porque no sabía si quería proporcionarle esa información. Había algo en él que me hacía pensar que era inofensivo, otro moscón al que podía espantar de un manotazo, pero aun así me resistía a contestar. No me daba miedo, ni temía por mi seguridad. Sabía que los hombres como él no eran de temer. Solo que no estaba convencida de lo que yo podía ofrecerle, de lo que él podía ofrecerme a mí, de la utilidad que podíamos tener el uno para el otro.

—Pasada la medina, por ahí —contesté al final—. Me temo que no puedo darle más detalles. Acabo de llegar y aún no estoy muy familiarizada con la ciudad.

Mentira, los dos lo sabíamos. Se lo noté en el brillo de los ojos, en la leve

curvatura de sus labios. Mi única duda era cómo reaccionaría. Inclino la cabeza a un lado y a otro, como si sopesara mi respuesta, mi traición.

—Eso está bien —observó—. Mejor un apartamento que un hotel. Salvo que vaya a quedarse solo unos días, entonces siempre es preferible el hotel.

Me miró, aguardando un comentario.

—Me voy a quedar bastante tiempo, espero.

Asintió con la cabeza, al parecer complacido.

—Entonces ¿es usted una turista?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Sí, supongo que lo soy.

—¿No es una viajera? —dijo, riendo.

Me desconcertó la distinción entre *turista* y *viajera*. Lo cierto era que no había estado en muchos sitios ni había visto mucho mundo, de modo que me consideraba más turista que viajera. Pero noté algo en la forma en que pronunció las palabras, cierto desdén por la primera que parecía indicar que debía inclinarme por la segunda, tanto si era cierto como si no. Me dispuse a dejar unas monedas en la mesa, tras haber apurado mi té.

—¿Hay diferencia?

—Sí, claro que la hay.

Vi enseguida que no había dicho lo correcto, pero que eso era justo lo que él quería. Para poder menear la cabeza y reírse de la ingenuidad de la joven estadounidense que tenía delante. Para inclinarse con una sonrisa conspiradora e instarme a que me acercase más, más y más aún.

—Veo que no conoce a Bowles. Debe leerlo si pretende comprender este lugar —me indicó.

—¿Es marroquí? —pregunté, porque el nombre no me sonaba.

Río.

—No es marroquí, no, pero pasa mucho tiempo aquí. Nos encontramos a menudo y nos saludamos con la mano. Es muy llano, un vecino más. No solo un escritor famoso.

«Bowles.» Procuré memorizar el nombre y me hice el propósito de comprobar si John tenía alguna de sus obras entre los libros no leídos que forraban el apartamento. Porque, aunque me consideraba bastante experta en literatura clásica, sobre todo británica, no me costaba reconocer mis carencias

respecto a la literatura contemporánea, que nunca me había llamado la atención del mismo modo. Con una pradera inglesa o las crudas calles del Londres victoriano me sentía, como poco, en casa. Pero en lo tocante a las últimas oleadas de autores que asolaban la nación era básicamente una novata.

Quizá era eso lo que aquel tipo me ofrecía: una guía del país que se había convertido en el hogar de Alice, aunque fuese a regañadientes. Quizá había cosas que merecían la pena, me dije.

—Prometo leerlo en cuanto tenga ocasión —contesté.

—Bien. Así sabrá la diferencia entre un turista y un viajero. Y sabremos cuál de los dos es usted. —Se inclinó hacia delante y me ofreció un cigarrillo—. Tome.

Me lo pensé: Alice no fumaba. Me pareció importante mantener esa distinción, así que negué con la cabeza, con recato. Él se encogió de hombros y puso cara como de que yo me lo perdía. Y lamenté mi decisión casi al instante. Inhalé el aroma, denso y perfumado. Francés, casi con seguridad. Gauloises. No se olían mucho por Tánger, ya lo había observado. Me pregunté si podía cambiar de opinión, claro que eso revelaría a aquel desconocido una parte de mí que aún no estaba segura de querer desvelar. Era preferible seguir ocultándome tras la fachada un poco más.

—Tengo un estudio a orillas del mar. Y pinto —dijo, tras pensarlo un poco—. Ahí es adonde debe ir.

—¿A orillas del mar? —repetí.

Después de varios días en Tánger, aunque era una ciudad portuaria, había visto poca agua. Era extraño el modo en que la ciudad era capaz de engullirte por completo.

—Sí, está al lado del Café Hafa. ¿Lo conoce?

Negué con la cabeza.

—¡Ay, ahí es adonde tiene que ir! —exclamó—. Es donde están todos los artistas. Además, sirven el mejor té moruno —añadió, señalando mi vaso vacío—. Y las vistas... son mucho mejores que estas. Solo el mar, nada más.

—Suená precioso.

—Lo es. —Sonrió, cabeceando afirmativamente. Luego me miró a través del humo—. Entonces, señorita Alice, dígame, ¿quiere ver la verdadera Tánger?

Titubeé, dando por supuesto que se ofrecía como guía y preguntándome, al

mismo tiempo, si algo así era conveniente: perderme por una ciudad de la que sabía poco con un hombre del que sabía aún menos. Pero entonces pensé en Alice, anquilosada por el miedo, confinada en la oscuridad de su apartamento día tras día, esperando a que John volviera del trabajo. Esperando, las dos, siempre esperando. Meneé la cabeza, como para quitarme la palabra de la cabeza, como si pudiera, de alguna forma, suprimirla de mi vocabulario. Había pasado buena parte de mi vida esperando. Demasiado. Asentí con un gesto claro, rotundo, que implicaba mi aceptación de su oferta.

—Marruecos es su hogar. —Dijo aquellas palabras despacio, observando con detenimiento mi rostro mientras hablaba—. Sí, es su hogar. Ahora ya es tangerina.

Sonreí, asimilando la idea. Marruecos era mío. Y podría serlo, me dije convencida. A fin de cuentas, ¿qué me esperaba en casa? Un cuarto compartido, húmedo, en la peor zona de Nueva York. Días interminables transcribiendo los manuscritos de otros escritores. En Tánger podría por fin escribir algo propio, plasmar algo en papel como había soñado en mis años universitarios, como Alice y yo habíamos soñado juntas. Y si eso implicaba hacer mío Marruecos, estaba dispuesta a ello.

Después de todo, ya era tangerina.

5

A L I C E



No le pregunté dónde había pasado el día ni con quién. No le pregunté qué hacía en Tánger, a qué había venido, qué quería, porque aún me daba demasiado miedo lo que pudiera contestarme. En su lugar sonreí, y el gesto se me hizo raro y forzado, y le dije que se sentara, le dije que volvería a preparar unas copas; las noches empezaban ya a parecerse a las que habíamos pasado en Bennington.

Me maravillaba lo fácil que había sido, lo rápido que habíamos vuelto a desempeñar nuestros papeles, lo a gusto que me sentía ya. Y me fastidió, de pronto hice mía la sensación a la que había tratado de aferrarme en el bar, con fuerza, con fiereza, hasta que no pude pensar en nada más que en la forma en que había vuelto a colarse en mi vida sin mencionar siquiera el pasado, su papel en lo que había sucedido entre nosotras, la tragedia que habíamos protagonizado. No sabía qué esperaba que dijera, no exactamente, pero no hubo ni una palabra, ni una mirada, nada en absoluto que pareciera indicar que recordaba esas últimas semanas que habíamos pasado juntas y la tensión que se había generado entre nosotras.

Noté que crecía mi rabia y me obligué a centrarme en la tarea que tenía entre manos: pelar la corteza del limón que había comprado en el mercado hacía dos

semanas, que estaba ya seca, marchita.

—¡Casi todas las noches es así, me temo! —grité desde la cocina—. John siempre cena fuera, en casa de unos o de otros.

—¿Y tú? ¿Nunca vas con él? —me replicó.

—No, ya no. —Pensé en los rostros de las personas a las que me habían presentado durante aquellos primeros meses, todos fríos y valorativos—. Al principio, sí, pero, bueno, luego vi que no eran lo mío. Tánger parece atraer a determinado tipo de personas y me temo que no suelo encajar en la descripción.

Me la encontré sentada en el alféizar de la ventana, mirando afuera. Cuando me oyó entrar, se volvió extrañada.

—Pero ¿te gusta algo, Alice? De Tánger, quiero decir.

Mi rostro se tornó de un rojo aún más intenso.

—Ah, no sé. Supongo que, en el fondo, no le he dado una oportunidad. O al menos eso es lo que John me dice siempre.

No añadí que a menudo dudaba de que hubiera algo de verdad en lo que John decía, que, de hecho, me preguntaba si la verdad no sería algo mucho más sencillo: Tánger y yo no estábamos hechas la una para la otra y nunca lo estaríamos, por muchas oportunidades que le diera. Por lo poco que había averiguado ya, sabía que era un lugar complicado. No era uno de esos sitios en los que uno se siente como en casa nada más llegar, no; supuse que era un proceso, una prueba, incluso una especie de iniciación, una a la que solo sobrevivían los más valientes. Era un lugar que inspiraba rebelión, que la demandaba, a su pueblo, a sus ciudadanos. Un lugar donde todo el mundo debía adaptarse, pelear, luchar sin cesar por lo que quería. Alcé la vista hacia la mujer que tenía delante. Era un lugar para alguien como Lucy.

—Hoy he hecho un amigo —contó, devolviéndome al presente—. Un marroquí. Bastante raro, supongo, aunque era muy amable. Estaba sentada en la terraza del Cinema Rif, ¿lo conoces? —Asentí, y ella prosiguió—: Me estaba tomando un té y él se ha dado cuenta de que iba sola. De hecho, se ha ofrecido a enseñarme Tánger. Ha mencionado algo de que era artista. Pintor, creo.

Noté que me acaloraba al oír sus palabras, que el bochorno me inundaba el cuerpo entero. Mi vestido, a pesar de ser de un rosa pálido, resultaba incómodo y agobiante con el calor de la noche. Había algo extrañamente inquietante en lo que Lucy acababa de contarme, en el hecho de que ya hubiera conocido a

alguien, que ya hubiese hecho un amigo, y de pronto lo noté: una pizca de envidia, de celos, que me ardía en la boca del estómago. Sentí que empezaba a sudarme la frente.

—Toma —dije, y le di su bebida, que aún sostenía con fuerza entre mis dedos. Me dirigí al sofá con la esperanza de que me siguiera, de que se olvidase de lo que estaba hablando—. Pruébalo —le pedí, preocupada de que, al sentarse a mi lado, lo notara, que sintiese el calor que de repente parecía emanar de mi cuerpo.

—¿Qué es? —preguntó, acercándose.

—Una creación mía. —Solté una risa nerviosa y me llevé el vaso a los labios—. Me ayuda a pasar el tiempo. —Dio un sorbo prudente y supe a qué le sabía, dulce, a cerezas—. Eso es la granadina —expliqué—. En Francia hay una marca que me encanta. Siempre le pido a John que me traiga una botella o dos cuando viaja al continente.

—¿Y tú? ¿Vas a casa a menudo? —inquirió, escudriñándome por encima de la bebida.

—¿A Inglaterra? —Negué con la cabeza, procurando no pensar en ello, en el olor de Londres, fragante y rancio, intenso y mohoso. Me lo quité de la cabeza y, en su ausencia, en el silencio de la sala, se me ocurrió otra cosa—. Suena a Youssef —dije.

Me miró extrañada.

—¿El qué?

—El hombre que me describías. Me preguntaba si podría ser Youssef.

—¿Joseph, querrás decir?

Meneé la cabeza.

—No, Youssef. Se dedica a asediar a los turistas confiados. Aquí lo conoce todo el mundo; si no directamente, al menos de oídas.

—Puede que no sea la misma persona —terció con una voz más seca que un momento antes.

Vi que ese dato la inquietaba, que no le sentaba bien pensar que pudieran haberle tomado el pelo. A fin de cuentas, era algo que yo habría esperado de mí misma: la mayoría de las veces era demasiado confiada, y lo sabía. Y entonces volví a tener aquella sensación, horrible, algo inmadura, que me revolvía el estómago y me hacía sentir curiosamente satisfecha de ver que había sido Lucy

la que había hecho algo mal, que había sido a ella a quien habían engañado las palabras amables de otro. No pude contenerme.

—¿Sombrero de fieltro con cinta de color púrpura? —Frunció el entrecejo y asintió—. Entonces es él. John dice que engatusa a los turistas para que vayan a su casa, luego les pide dinero por todo tipo de cachivaches inservibles. Creo que una vez se compinchó con una chica que se hacía pasar por su hija. —Me encogí de hombros—. Los tangerinos nunca advierten a los turistas. De hecho, me temo que a todos les parece muy divertido.

Antes de que pudiera decir nada más, se abrió la puerta del piso y la voz de John resonó por todo el apartamento.

—Vengo solo un minuto. Necesito coger unas cosas antes de irme otra vez. Ignoradme.

Me llevé la mano a la mejilla, para ver si el frío lograba detener el rubor que se me había extendido por toda la cara en los últimos minutos, alentado, al parecer, por el desliz de Lucy.

—¡Le estaba hablando a Lucy de Youssef! —dije a gritos, recordando la retahíla de anécdotas divertidas que John tenía sobre el asunto.

Pensé en la otra noche, en el ridículo que había hecho John, en nosotros, y quise que demostrara lo que yo había visto en él, que no era del todo espantoso, que yo no había convertido mi vida en un desastre total y absoluto cuando accedí a casarme con él en la diminuta oficina del registro civil aquel lluvioso día de verano.

John murmuró algo, pero me fue imposible saber si era un indicio de que me había oído o una muestra de interés, una señal para que prosiguiera. Hice una pausa breve, con las manos quietas delante de mí, la sonrisa congelada en el rostro.

—Ya sabes, el tipo de la cinta púrpura en el sombrero —continué.

Al oír esto apareció, con la cara brillante de sudor. Se acercó al bar, cogió un vaso y se sirvió un chorro generoso de ginebra seguido de un poquito de tónica. Observé que no se había molestado en quitarse el sombrero.

—Le he dicho que tenga cuidado, que es una especie de *timante* —añadí.

—De timador, cariño.

—Sí, eso —dije, poniéndome aún más colorada—. Siempre confundo las palabras —me justifiqué, volviéndome hacia Lucy—. John siempre me tiene que

corregir. No doy una.

Lucy sonrió, aunque su gesto me pareció forzado, porque la incomodaba, ya lo había observado, la presencia de John. Aparté la mirada enseguida.

—Cuéntaselo —le rogué, le supliqué como un niño suplicaría a su padre, o un cachorro a su dueño—. Dile lo que te contaron tus amigos del trabajo.

John cabeceó afirmativamente y volvió al bar. Se sirvió un segundo trago, solo, y entonces comenzó su relato.

—Es típico en Tánger, ya lo verás. Uno de los chicos de la oficina conoció a una pareja, unos americanos jóvenes que estaban de vacaciones y se toparon con Youssef. Empezaron a hablar, les pareció inofensivo. De hecho, creyeron que podía ser alguien a quien les convenía conocer, alguien bien informado, ya sabes a qué me refiero. Pensaron que podía beneficiarles andar pegados a él, ver adónde los llevaba por la noche. —Hizo una pausa, como para generar expectativa—. Bueno, pues Youssef se los llevó a donde según él estaba su casa, un cuchitril apartado en el lado feo de la *kasbah*. La pareja no tenía ni idea de por dónde iban, solo que llevaban caminando un buen rato, perdidos del todo. Cuando quisieron darse cuenta, estaban delante de un montón de basura. Era noche cerrada y no había nadie más por allí salvo ellos y Youssef.

»Les pidió dinero, claro. Les exigió que le pagaran por llevarlos de vuelta al hotel. Los americanos se pusieron hechos una furia. Se negaron en redondo a pagarle. Se pusieron a caminar sin rumbo, tratando de averiguar el modo de volver a la *kasbah*, a la medina, pero no sabían. Era tarde, la mujer empezaba a preocuparse, así que al final accedieron a pagarle. Él los acompañó, lo justo para que encontraran el camino solos, no hasta la puerta del hotel. A los americanos les pareció bien, dijeron: «Muy bien, perfecto, ya nos puede dejar solos». Satisfechos de estar ya en camino, comenzaron a andar y entonces...

—Esto es lo mejor —lo interrumpí sonriente.

John enmudeció.

—Alice, ¿prefieres contarlo tú? —Soltó una breve carcajada y, para suavizar el tono, que seguía siendo seco y cortante, añadió—: No sé por qué te molestas en pedirme que venga a contarlo, si no parece que necesites mi ayuda.

—No, no —repliqué, fingiendo una especie de puchero, aunque no lo pretendía, y recostándome en el sofá—. Cuéntalo tú. Tú siempre lo cuentas mejor.

John dio un suspiro exagerado, como para dejar aún más claro lo poco razonable que había sido yo, su mujercita tonta. Casi esperaba que se volviera hacia Lucy meneando la cabeza y poniendo los ojos en blanco, compadeciéndose de los aspectos más irritantes de la Alice que tenían en común. En cambio, no nos miró a ninguna de las dos, sino que retomó el relato por donde lo había dejado y se sumergió en él como si jamás lo hubieran interrumpido.

—Así que empezaron a caminar y, unos quince minutos después, ¿quién reapareció de pronto? Pues Youssef. Volvía a por más dinero, y ni os imagináis por qué.

Por su silencio, deduje que aquel era el momento en que Lucy y yo, su público atento, debíamos participar.

—¿Por qué? —pregunté, al ver que Lucy no decía nada.

—Les dijo que debían pagarle por acceder a dejarlos solos. —Rio a carcajadas y el líquido de su vaso se agitó peligrosamente de un lado a otro—. ¿Os podéis creer la cara tan dura de ese tipo? Desde luego, tiene imaginación, eso hay que reconocérselo.

—Sí, supongo que sí —contestó Lucy con escasa convicción.

—De todas formas, ¿a qué se debe tanta curiosidad por Youssef? —quiso saber John, mirándome y esbozando una sonrisa—. ¿Qué? ¿No me digas que ha caído en una de sus trampas? —bromeó.

—No, no es eso —dije yo, dirigiéndole a Lucy una mirada nerviosa.

—He mencionado de forma casual que lo había conocido hoy —explicó, procurando no sonar demasiado seca—. Me ha parecido bastante amable —concluyó.

—¿Amable? —repitió él con una carcajada.

—Sí, bueno, ¿qué tiene eso de malo? —inquirí, avergonzada por la actitud desdeñosa de John.

Solo buscaba una ocasión de hacer cambiar de opinión a Lucy, para demostrarle que John no era tan horrible, que podía ser divertido cuando quería. Pero me había vuelto a salir el tiro por la culata: él había sido cruel y ella se había ofendido. No había nada, sospeché entonces, que yo pudiera hacer para convencerlos de que valía la pena que se conocieran. Claro que tampoco debería haberme sorprendido, la verdad. Lucy y yo siempre habíamos funcionado a dúo, nos habíamos desmarcado de los demás. Habíamos sido distintas.

—Cariño —dijo John, meneando la cabeza—, la amabilidad es parte del engaño.

Entonces supe, por la mirada asesina que Lucy le dirigió a John y la repulsión y el desdén con que él la miró a ella, que no había nada que hacer. Nada en absoluto.

Todo cambió durante nuestro penúltimo curso en el Bennington College.

Yo fui a visitar a mi tía en uno de sus viajes a la Costa Este —la cena formal en el hotel donde se alojaba se había convertido en nuestro ritual de vacaciones — y, aunque se ofreció a contratar un chófer para que me llevase de vuelta a Bennington, insistí en coger el autobús. Me fui ese mismo día a última hora, deseando volver cuanto antes a mi habitación, a Lucy, a lo que no había tardado en ser mi definición de hogar. Sin embargo, cuando el autobús se detuvo en la estación varias horas después, el corazón me dio un vuelco. Aún estábamos en Massachusetts, no habíamos cruzado la frontera, y aunque sabía que mi billete incluía un transbordo a Vermont, asomada a la ventanilla, con la nariz pegada al cristal helado, vi que la estación estaba completamente a oscuras.

—El autobús vendrá —me aseguró el conductor cuando le pregunté.

—Pero la estación parece cerrada —repuse, mirando nerviosa el edificio.

—Cierra a las seis —replicó—. Tendrá que esperar fuera.

Contemplé la oscuridad que me aguardaba fuera del autobús. La temperatura ya rondaba los bajo cero y había prevista una nevada para última hora de la noche.

—Pero nadie me lo ha dicho... —empecé.

—¿Y qué quiere que haga, señorita? —me interrumpió—. Tengo programada otra recogida y no puedo esperar.

Los otros pasajeros ya habían desembarcado y el conductor me señaló la escalerilla del autobús, como indicándome que hiciera lo mismo.

Asentí con la cabeza, derrotada por la evidencia.

—¡Tenga cuidado! —me gritó, y las puertas se cerraron a mi espalda.

Me planté delante de la estación cerrada, sosteniendo la maleta con ambas manos y sin atreverme a dejarla en el suelo húmedo y nevado. Una sola farola iluminaba la zona en la que yo estaba, de forma que, aunque mi persona refulgía,

a solo unos pasos de distancia no había nada, solo oscuridad. Me esforcé por mantener la calma, mientras el aliento que me emanaba de la boca formaba nubes de vaho delante de mí y la humedad se adhería a la bufanda que llevaba anudada al cuello.

—¡Eh, oye! —me gritó una voz. Escudriñé la oscuridad, sin saber con certeza si aquella voz grave se dirigía a mí. No vi nada, salvo el destello de la nieve que cubría las calles bajo la luz, o eso parecía—. ¡Sí, tú! —Oí de nuevo la voz.

Una figura apareció en el pequeño charco de luz. Era un hombre joven, supongo que solo unos años mayor que yo, y su cuerpo alto y atlético iba embutido en una chaqueta militar de color verde con coderas desgastadas. De su mano colgaba una sola maleta.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—Estoy esperando un autobús —contesté. Al verlo mirar alrededor, como indicando que dudaba de que existiera semejante cosa, me apresuré a explicarme—. Aún tardará dos horas en llegar.

Me miró extrañado.

—Me parece que la estación va a estar cerrada todo el día.

—Pero el conductor me ha dicho...

Dejé que las palabras murieran en mis labios. Miré en torno a mí, miré al joven que tenía delante.

Él miró por encima de su hombro.

—Unos cuantos vamos a compartir un taxi hasta el Williams College.

Traté de adivinar algo en la oscuridad, pero si había otros yo no los veía.

—Yo voy a Bennington —contesté—. A la universidad.

—¿Bennington? —repitió, y una sonrisa se dibujó en su rostro—. He oído historias muy interesantes sobre las chicas de allí.

Lo miré ceñuda, preguntándome si debía ofenderme o no.

—Es broma —dijo enseguida, como si me hubiera leído el pensamiento—. Además, yo también voy allí, más o menos —añadió sonriente.

—¿A qué te refieres? —inquirí muy seria—. Es un campus de chicas.

Lo dije con sequedad, con cautela. No tenía claro si se burlaba de mí u otra cosa.

—Lo sé —convino riendo—. Como puedes ver, no encajo, por eso curso casi

todos mis estudios en el Williams College. Pero formo parte del proyecto teatral de la escuela. De Bennington, quiero decir.

—Ah —exclamé desconcertada por su respuesta.

Estaba al tanto, como lo estaba la mayoría de las chicas de Bennington, del extraño vacío legal que permitía a los chicos de la zona asistir a nuestra escuela, al menos a tiempo parcial. El centro había tomado la decisión allá por los años treinta, tras caer en la cuenta de la necesidad de una población masculina con la que poder ampliar el ámbito de las producciones teatrales que podían montar. Era una fuente interminable de chismorreos para las chicas que formaban parte del departamento de teatro de la escuela, una ocasión de confraternizar con el enemigo, por así decirlo. Pero el mundo del teatro rara vez había entrado en contacto con el mío, y aunque estaba ya en mi tercer año en Bennington, era la primera ocasión en que conocía a uno de los chicos que participaban en el programa.

—¿Sabes? Me parece que te he visto antes —señaló con la misma sonrisa.

Yo negué con la cabeza, abochornada de pensar que alguien pudiera haber estado observándome.

—No lo creo.

Él cabeceó afirmativamente.

—Sí, a ti y a esa otra chica con la que vas siempre.

Hice una pausa.

—Lucy.

Sonrió.

—Encantado de conocerte, Lucy.

Me ruboricé, consciente del error, suyo o mío, no estaba segura. Me apresuré a aclararlo.

—No, perdona, yo no me llamo así. Lo que quería decir es que sería mi compañera de habitación, Lucy, a la que viste conmigo.

—Ah. —Asintió, como decepcionado por aquel dato. Se encogió de hombros—. Mira, ¿por qué no vienes con nosotros? No te vas a quedar aquí sola. Con este tiempo —añadió, aunque, a juzgar por su cara, lo preocupaba más lo tarde que era que el frío que hacía—. Tengo el coche en el campus. Podría llevarte a Bennington.

Vacilé un instante, quizá más, antes de considerar la hora, la oscuridad y esa

sensación de miedo que había empezado a invadirme despacio antes de que apareciera él, mi salvador, al parecer. Y lo seguí, salí de mi charco de luz, de la seguridad, no pude evitar pensar, preguntándome qué había ganado con el cambio: un desconocido por otro. Pero entonces, a solo unos metros de distancia, vi al prometido grupo de amigos alrededor de un taxi. Apretados en el vehículo, con los cuerpos pegados unos a otros y una de las chicas obligada a sentarse en el regazo de uno de los chicos, los oí reírse y bromear unos con otros, a ese grupo de amigos al que tanto me había costado unirme. Estaba Sally, que estudiaba Historia del Arte en una universidad de Nueva York y tenía pensado pasar el verano en Venecia; y Andrew, que quería seguir los pasos de su padre y convertirse en profesor universitario de inglés. Había otra chica cuyo nombre no recordaba, pero que era todo sonrisas y carcajadas, principalmente dirigidas a Andrew.

Y luego estaba el chico al que había conocido primero, que se llamaba Thomas, Tom, para abreviar, y que era de lo más reservado en aquel círculo de amigos, aunque sonreía y escuchaba lo que hablaban los demás. Cuando abandonamos la estación, sentí una súbita punzada al ver la amistad que había entre ellos, patente en la naturalidad y el desenfado con que se trataban. Era muy distinto del extraño dúo que yo había formado con Lucy, que, en comparación, me resultó de repente raro y triste.

Al principio, nuestra proximidad me había parecido emocionante, pero con el paso de los años había comenzado a tener la sensación de que Lucy absorbía todo lo que le contaba sin darme nada a cambio. Inicialmente lo había atribuido a la timidez, convencida de que ella, como yo, no estaba acostumbrada a convivir de forma tan estrecha con otra persona. Terminaría habiendo confidencias, me decía yo. Era cuestión de paciencia. Pero luego llegaban las vacaciones y volvíamos a casa, y después regresábamos a la universidad y nos separábamos de nuevo durante el verano y, pese a todo, seguía sin saber mucho de la chica con la que tenía más confianza que con nadie que hubiera conocido antes, la que sabía todos mis secretos, todos y cada uno de ellos.

Pero no, me corregí. *Chica* no era la palabra adecuada. Lucy era una mujer: vestía como tal, actuaba como tal, incluso caminaba como tal. Siempre había pensado que se debía a la pérdida de la virginidad, como si la copulación nos imbuyera de una súbita madurez, como si ese solo acto pudiera liberarnos de las

inseguridades y las preocupaciones que atormentaban a la mayoría de las chicas desde el comienzo de la pubertad. Era una tontería, por supuesto. Estaba convencida de que Lucy ni siquiera había besado a otro ser humano, sin embargo vestía, actuaba y caminaba como yo quería hacerlo, segura de sí misma, resuelta, como si no le cupiese ninguna duda de quién era.

Codicia. Era una palabra peculiar. Una que yo solía asociar con clases largas y aburridas sobre Hawthorne y otros representantes del puritanismo de la primera literatura estadounidense. Tuve que buscarla una vez para un trabajo de clase. La definición que encontré fue: «Deseo injustificado, desmesurado o desconsiderado de lo que pertenece legítimamente a otros». Había más definiciones. Con más palabras, con otras palabras, aunque todas significaban lo mismo. Pero fue la primera parte la que se me quedó grabada: «Deseo injustificado».

Lo encontré extrañamente hermoso a la vez que aterradoramente certero.

A menudo me parecía que lo que sentía por Lucy era algo así: algo más intenso que una amistad normal, algo que creía que podía llegar a abrumarme y, con toda probabilidad, a destrozarme. En ocasiones pensaba que, más que quererla, quería ser ella. Ambas sensaciones eran muy intensas y muy distintas, pero siguieron fundiéndose y entremezclándose hasta que no fui capaz de distinguir la una de la otra. Codiciaba su naturalidad y deseaba su forma de ser. La quería para mí. Y había días en que casi me la notaba, cuando, envalentonada por su despreocupación ante un mundo que, ya en mis años de juventud, me parecía tan cruel, era capaz de soportar las sombras, la ansiedad que tan a menudo me asaltaba. Y por eso había días en que no quería separarme de ella, en que sentía que todo mi ser dependía de mi estrecha relación con ella. Y había otros en que la odiaba, me detestaba a mí misma, la detestaba a ella, por esa dependencia, esa relación simbiótica que habíamos generado, aunque en los más oscuros me preguntara si en realidad lo era, si había algo que yo pudiese ofrecerle y si lo que ella me ofrecía a mí no era más un apoyo que un beneficio. En los últimos tiempos me costaba más digerir la rareza de nuestra relación y nunca era capaz de explicarla bien, ni de entenderla. Por eso, sentada en el asiento trasero de aquel taxi, rodeada de aquel grupo de amigos divertidos, despreocupados, fui consciente una vez más de la necesidad de comprenderlo todo antes de que llegara a sobrepasarme por completo.

Apiñados en el coche de Tom, porque sus amigos no habían querido dejarlo solo por las carreteras secundarias de Vermont, hicimos el último tramo del viaje en silencio.

Ya en Bennington, me costó despedirme de ellos, angustiada de ver lo poco que me apetecía volver a mi cuarto, con Lucy.

—Espera.

Me volví y vi que Tom, el chico de las coderas de piel, corría hacia mí e, inclinándose hacia delante, me arrebató la maleta de la mano.

—Déjame que te la lleve.

Y me acompañó a mi habitación, se aseguró de que llegaba bien y dejó mi maleta junto a la cama mientras exploraba la estancia. Me pregunté qué sería lo que había visto reflejado allí: en la colcha tremendamente infantil que adornaba mi cama, de un horrendo rosa y blanco, que mi tía había comprado en un intento desafortunado de dar la bienvenida a su nueva pupila a un hogar adulto; en el vergonzante esfuerzo que yo había hecho por decorar mi lado del cuarto con varios bocetos sujetos con chinchetas a la pared. Se detuvo delante del mapa que había en el lado de Lucy y estudió, o eso me pareció, las numerosas chinchetas que en su día habíamos puesto en él. Un juego estúpido al que jugábamos con cierta intensidad durante nuestro primer año, cuando la novedad de nuestra relación había hecho que cualquier cosa pareciera posible.

Y luego se acercó a la fila de fotografías que yo había pegado con celo encima de mi cómoda.

Por diversión, me había matriculado ese otoño en una clase de diseño, y varios alumnos entusiastas de la fotografía habían alentado al profesor, un fotógrafo en activo que pasaba unos cuantos días de la semana en Vermont y el resto en Nueva York, a que montara un cuarto oscuro en el campus. La antigua cámara de mi madre estaba entre las pocas cosas que me había llevado a Vermont, aunque nunca me había planteado siquiera aprender a utilizarla. Sin embargo, pronto empecé a pasar horas en el cuarto oscuro, satisfecha de perderme en el proceso de revelado e impresión, con la sensación de que había encontrado algo propio. Algo independiente y distinto de la Alice que era con Lucy. Fue una experiencia extraña, que empezó a desplegar entre los pliegues

de mi estómago, de forma que algunos días me sentía llena, como si aquel descubrimiento, el de lo que era capaz de hacer, me alimentara lo suficiente.

El corazón empezó a latirme más rápido mientras esperaba a que Tom dijera algo, pero entonces se abrió la puerta y entró Lucy corriendo.

—Ya has llegado —susurró—. Estaba preocupada, acabo de mirar el autobús y decía...

Se detuvo entonces y se volvió.

Tom sonrió, saludó con la cabeza.

—Lucy, este es Tom —le dije—. Hoy ha sido mi caballero de refulgente armadura —añadí, antes de contarle todo lo sucedido, angustiada, nerviosa, tanto que cuando me quedé sin aliento los dos me miraron algo incómodos, algo perplejos.

Al oír el relato, Lucy arrugó el gesto, y cuando terminé, no dijo nada.

Nos quedamos allí los tres, y la certeza de que algo había cambiado, de que algo se había alterado, inundó la estancia. Sin embargo, más tarde me pregunté si Tom se habría percatado o había sido algo que solo Lucy y yo habíamos sentido, otro indicio de nuestro extraño dúo que no admitía explicación, que no se ajustaba a la normalidad.

Un indicio del que, además, por primera vez, yo estaba deseando deshacerme.

De repente, ya no éramos Lucy y yo.

Éramos las dos y Tom, un curioso trío que, como no tardé en descubrir, no acababa de cuajar. Al principio hice un verdadero esfuerzo. Cuando mi profesor me pidió que aprendiera a usar una cámara de fuelle, como el peso de la máquina hacía preciso más de un par de manos, le pedí a Lucy que nos acompañara a Tom y a mí y nos ayudara a cargar con el equipo por el campus. Tom bromeaba sobre el hecho de que, además de posar para la cámara, tenía que cargar con ella. Lucy vino con nosotros solo una vez en que tuvimos que llevarlo todo durante casi una hora hasta el fondo del campus, que bautizamos, en broma, como «el fin del mundo», esa franja de tierra a la entrada de Bennington que se hundía escarpada, tan peligrosa y amenazadora como la idea del fin del mundo.

—Compadezco al desafortunado que se precipite por ahí —dijo Tom sonriéndonos, apoyado en la barandilla, mientras esperaba a que yo montara la cámara y empezase.

Lucy se quedó allí plantada, tiesa, contemplando el bosque, y aunque le rogué que me dejara fotografiarla a ella también, no respondió, con lo que llegué a preguntarme si me habría oído.

Luego, cuando volvíamos, Tom intentó hablar con ella de literatura, de lo que hacía en sus clases.

—Qué envidia me da que tengáis al profesor Hyman aquí —dijo—. Me encantaría poder asistir a una clase suya. ¿Te has matriculado ya en alguna?

Ella se volvió hacia él con una expresión seria y seca.

—No. Pero supongo que preferiría una clase con su media naranja.

Tom no volvió a decir nada.

Poco después intenté hablar con ella de eso, para deshacerme de la desagradable sensación que se había cernido sobre nosotros, que se había instalado entre nosotros. Pero ella se limitó a darme la espalda, impassible, inmutable. Supuse que quería castigarme por mi relación con Tom, una complicidad de la que ella no solo no participaba, sino que, además, a menudo la dejaba sola. Y aunque me sentía culpable, me confundía su extraño comportamiento, consciente de que, de haber sido al revés, yo no me habría mostrado tan fría.

—Esa chica no es normal —me dijo Tom una noche de finales de primavera mientras estábamos tumbados por debajo del «fin del mundo», fuera del alcance del césped comunitario, esperando a que se pusiera el sol.

—Ay, no seas cruel —protesté yo, dándole un empujón en el hombro, protectora, aún entonces, con mi extraña compañera de habitación. Era cierto que no aprobaba su comportamiento, que me avergonzaba tanto como probablemente ofendía a Tom. Sin embargo, no podía evitar compadecerla por esas largas tardes que de repente pasaba sola, atrapada en la biblioteca, por esas noches que pasábamos en silencio y separadas la una de la otra.

—No lo soy —me replicó él, estrechándome entre sus brazos con una carcajada—. Te lo prometo. —Luego enmudeció y, apoyada en él, noté cómo subía y bajaba su pecho, olí aquel aroma tan suyo, como a sol y a arena y a la colada tendida una tarde entera. Me acerqué más—. Es por..., es por cómo te

mira —dijo al fin.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres? —Al ver que no respondía, me volví para mirarlo—.
¿Cómo me mira? —quise saber.

Giró el rostro, como avergonzado, como si no se atreviera a decirlo en alto.

—No sé. No sé explicarlo.

—Inténtalo —pedí desesperada por obtener una respuesta.

Pero él se limitó a guardar silencio.

Me volví y noté que me recorría un escalofrío. Me quedé quieta, pegada a su cuerpo caliente, con la sensación de que jamás entraría en calor. Juntos vimos ponerse el sol en el horizonte.

Un mes después de conocer a Tom empezaron a desaparecer cosas.

Primero eran cosas pequeñas. Un lápiz de labios que no conseguía encontrar. Un collar que estaba desaparecido unos días y luego volvía a aparecer en un sitio donde yo estaba segura de haber mirado ya. Una bufanda que no recordaba haberme puesto y que de pronto me encontraba en el cubo de la ropa sucia. Al principio, no le di mucha importancia; después, cuando caí en la cuenta de que debía de ser Lucy, di por supuesto que eso era lo que hacían las hermanas: cogerse cosas prestadas sin preguntar, siendo la mutua disponibilidad de su ropa y sus complementos una ley no escrita entre ellas.

Pero entonces, un día, a principios de mayo, entré en nuestro cuarto y la vi delante del espejo, vestida con mi ropa. Me quedé de piedra. No era solo una prenda, un pañuelo o un suéter, era todo, de los pies a la cabeza. Reconocí mi vestido de color marfil, de tejido calado y cuello babero, y un elegante sombrero de campana perlado que mi tía me había comprado el invierno anterior. Lucy estaba de pie, con la cabeza ladeada, mirándose, tirándose de la cinturilla para ajustarse la prenda, que le quedaba rara, como si estuviera probándose ropa de cuando era más joven.

Sus ojos tardaron un poco en toparse con los míos, y ella en darse cuenta de que no estaba sola en la habitación.

—Lo siento —dijo, y se quitó enseguida el sombrero, colorada como un tomate.

—No, no te disculpes. —Sonreí y procuré, en vano, evitar incomodarla. No habíamos pasado mucho tiempo juntas últimamente (yo siempre estaba en el cuarto de revelado o con Tom) y la distancia hacía que la situación resultase más violenta, más inquietante—. Puedes ponértelo cuando quieras —terminé deprisa.

Pese a mis palabras, se apresuró a desvestirse. Dejó el sombrero en mi cama, más furiosa que avergonzada, o eso me pareció. Se quitó el vestido tan rápido y con tanta fuerza que temí que le reventara las costuras. Todo terminó en cuestión de segundos, y una vez más Lucy se quedó delante de mí con un conjunto de los suyos y una expresión en el rostro que no fui capaz de descifrar.

Preferí ignorar el incidente, le di la espalda y me senté a mi escritorio, colocando y recolocando mis libros hasta que la tensión fue diluyéndose y desapareció, como si no hubiera ocurrido nada en absoluto.

Pero dos semanas después, mientras Lucy se arreglaba por la mañana, me sobresaltó ver el objeto que llevaba en la muñeca: la pulsera de abalorios de mi madre, esa joya fina de plata en su día resplandeciente que se había vuelto de un gris deslucido. No era una joya de valor, desde luego, pero yo la tenía entre mis posesiones más preciadas, algo que Lucy sabía muy bien. Tras la muerte de mi madre, había pasado horas examinando los abalorios: una parejita, ella de rojo, él de azul, preparándose para esquiar; una máquina dispensadora de chicles, representados con cuentecitas minúsculas de colores; un violín... Los conocía bien, había memorizado cada uno de sus intrincados detalles, sobre todo en esos momentos en que la cruda realidad, que mi madre jamás volvería a llevarla, me oprimía el pecho con fuerza.

Al verla colgando de la muñeca de Lucy se me aceleró el corazón y empecé a ver manchitas, como estrellitas titilantes, luces intensas que se amontonaban y se disputaban el espacio de delante de mis ojos. Pestañeeé. Me dije que no lo había hecho con mala intención, que seguramente había olvidado lo especial que yo le había dicho que era esa pulsera para mí. Procuré tranquilizarme e intenté recordar una conversación, una breve mención, cualquier cosa que hubiera dicho o hecho durante los años que habíamos vivido juntas, y descubrí que todo se

estaba emborronando, que se diluía en mi memoria.

—Te agradecería que la próxima vez me la pidieras.

Las palabras se me escaparon de la boca y me noté un regusto amargo que me apresuré a tragar.

Lucy se detuvo. Llevaba un cuaderno en la mano; la otra, la de la pulsera, suelta, pegada al cuerpo. Guardó silencio un instante.

—¿Pedirte qué, Alice?

Me volví para mirarla, reprendiéndome por ponerme nerviosa. A fin de cuentas la pulsera era mía, había pertenecido a mi madre, y era una de las pocas cosas que conservaba de ella. No había nada de malo en que le exigiera a Lucy que me pidiese permiso para cogerla de mi joyero, me dije.

—Nada, nada —respondí, notándome las mejillas encendidas—. La pulsera. Que no me importa que te la pongas, de verdad, pero pídemela la próxima vez.

Lucy siguió mirándome con la misma cara rara. Se había parado delante de la puerta, con la mano en el pomo, como si no lograra decidir si atender mi petición o salir del cuarto sin dignarse siquiera a responder.

—No te entiendo —contestó por fin, soltando el pomo.

—Mi pulsera —repuse, tartamudeando un poco y señalándole la muñeca.

Entonces soltó una pequeña carcajada.

—Alice —dijo—, no seas boba.

Me miraba fijamente, clavando sus ojos oscuros en los míos. Su mirada me hizo estremecer, hizo que me sintiera como si hubiese sido yo la que había hecho algo malo, como si la joya robada colgase de mi muñeca y no de la suya.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Lucy levantó el brazo, de forma que su muñeca me quedó de lado y una parte de los abalorios fuera del alcance de mi vista.

—¿Esta pulsera?

—Sí.

Arqueó las cejas.

—Alice, esta pulsera no es tuya.

Me dejó de piedra.

—¿Qué dices, Lucy?

Bajó el brazo.

—Que esta pulsera es mía. —Dio media vuelta, de forma que sus palabras

me llegaron distorsionadas por la distancia—. De hecho, era de mi madre.

Abrí la boca para protestar, luego la cerré. No sabía qué decir. No entendía nada. Quise replicarle: «No, era la pulsera de mi madre», y quizá lo hice, aunque las palabras me sonaron densas y lejanas, como si las dijera otra persona. Lucy siguió mirándome de aquella forma rara, y no me quedó claro si no me había oído o yo no había llegado a decirle nada.

Dio un paso hacia mí.

—Alice, ¿te encuentras bien? Si te pasa algo, puedo ir a buscar a la enfermera.

Sentí un ataque de pánico, de repente abrumada por todo: su extraña conducta de las últimas semanas, el incidente con la ropa y ahora aquello. Me dieron ganas de gritarle, de abalanzarme sobre ella y arrancarle la pulsera del brazo. Pero ¿me creerían?, me pregunté, sin saber bien a quiénes me refería. A fin de cuentas, ¿a quién iba a acudir con un problema así?, ¿quién no me daría la espalda muerto de risa? Parecía todo muy absurdo, y yo era consciente de eso, claro. La idea de que dos chicas afirmaran lo mismo sobre una pulsera, que se la había regalado su difunta madre, era tan improbable que ¿cómo iba a parecer otra cosa sino un disparate?

Eso era lo que pretendía.

Se me ocurrió enseguida. Parecía imposible, difícil de creer y, aun así, me dije, tenía que ser cierto. Debía serlo por la sencilla razón de que no había otra explicación. ¿Por qué otro motivo iba a decir que era suya la pulsera de mi madre si no era por eso, porque quería volverme loca?

Sabía de mi pasado. Se lo había contado una vez, en aquellos primeros meses de amistad, lo que me había ocurrido tras la muerte de mis padres, lo de la oscuridad y las sombras que se habían cernido sobre mí hasta el punto de que mi tía Maude había querido librarse de mí, encerrarme en un sitio donde no volviera a ver el sol jamás. Lo de que aún me sucedía, de forma que a veces cuestionaba la veracidad de mis propios pensamientos, de mis recuerdos.

Mentiría si dijera que, por un instante, no se me había pasado por la cabeza que la pulsera pertenecía realmente a Lucy y yo había pensado que era mía. Si no había confundido a una difunta madre con otra.

Pero no, me dije alzando la vista y observando con recelo su confusión.

Era mía, y yo lo sabía.

Me ardía la cara, pero esa vez no era de vergüenza ni de nerviosismo.

—Lucy, por favor —le imploré.

Ella soltó un suspiro. Al principio creí que iba a ceder, a admitirlo todo, a reconocer que se trataba de una broma cruel. Pero entonces su expresión cambió: entornó los ojos y su semblante se volvió de pronto pequeño y ruin.

—Ya hablaremos de esto más tarde. Ahora tengo clase.

Y se fue.

Lucy no volvió a la residencia esa noche.

Era la primera noche que yo dormía sola en nuestro cuarto y su súbita ausencia, el silencio absoluto, se me hizo inquietante. Unas sombras en las que nunca había reparado danzaban por las paredes. Un sonido agudo me despertó en plena noche, y solo al cabo de un rato caí en la cuenta de que no era más que el roce de dos árboles. Para entonces el corazón ya se me había desbocado y oía un extraño zumbido, lo bastante fuerte como para ahogar todos los demás ruidos que me habían aterrado hacía solo unos segundos.

«¡Basta ya! —me reprendí—. Eres una mujer adulta. Puedes pasar muy bien una noche sola.»

Era la primera vez que dormía sola. Siempre había habido alguien más conmigo en casa: mis padres y, después, mi tía. Y sí, sabía que había otras chicas en los cuartos contiguos, pero, por alguna razón, la residencia parecía vacía, como si solo la habitara yo. Me preocupó por un instante que eso pudiera ser cierto. A lo mejor había habido algún simulacro de evacuación y yo no me había enterado. Miré por la ventana pensando que tal vez vería una fila de chicas allí abajo, pegadas unas a otras para protegerse del frío de la noche. No había nadie. Aun así, no logré convencerme de que no estaba total y absolutamente sola entre los muros de nuestro edificio de madera. Agucé los sentidos para ver si oía a las demás. Para ver si oía otra cosa que no fuese el espeluznante murmullo que el roce de los árboles seguía produciendo.

Nada.

¿O sí?

En algún momento de la noche empecé a notar una presencia. El corazón se me alborotó, la sangre se me concentró en la cabeza. Como hasta entonces Lucy

me había servido de barrera, de escudo entre yo y todo lo demás, porque pensaba que nada me ocurriría estando con ella, de pronto me sentí sola, indefensa. Me arrimé al borde de la cama, con la espalda pegada al cristal frío de la ventana. Cerré los ojos y contuve el aliento, convencida, al hacerlo, de que seguía oyendo una respiración. «No es real», me dije, aunque esas palabras no me sirvieron de consuelo ni lograron que dejase de sentir que me vigilaban, que ya no estaba sola en la habitación.

Esa noche dormí poco. En las novelas, las heroínas pasaban la noche en vela, dando vueltas, y exclamaban que eran incapaces de parar quietas y dormir de un tirón. Yo no daba vueltas. Al contrario, estaba quieta del todo, rígida, como si mi vida dependiera de la inmovilidad de mi cuerpo. Después de varias horas así, empecé a sudar por el esfuerzo. Tan pronto estaba dormida como despierta, por lo que no pude calcular el tiempo que había transcurrido, con el cuerpo tan empapado en sudor que, al pasarme una mano por el pecho, me noté la humedad en la palma. El terror remitió solo cuando los primeros rayos de sol se colaron por las cortinas. En lugar de esperar a que amaneciera del todo, me destapé, como si aquel gesto fuera a acelerar la llegada del día. Ya estaba harta de la noche. Y aun así seguí quieta, sin saber bien adónde ir o qué hacer sin la orientación de Lucy, sin que ella me ayudara a organizar el tiempo. Siempre se despertaba primero y yo aguardaba a que se metiese en el baño para levantarme. Sin ella, me quedé parada, tumbada, esperando.

Privada de sueño tras pasar la noche sola, volví a dormirme, pese a mi voluntad de permanecer despierta. Se me cerraron los ojos, mi respiración se volvió lenta y pesada. Noté que me podía el sueño, pero no pude resistirme a su suave e insistente llamada.

Desperté con el corazón desbocado.

Al principio ignoraba qué me había despertado, pero luego reparé en su presencia. Con los ojos aún entornados, fingiéndome dormida, la vi quitarse la blusa por la cabeza y quedarse en sujetador y braguitas; para sujetarse las medias llevaba ligüero en lugar de faja. Pese a mis protestas, mi tía había insistido en que me comprase lo segundo. «Aunque ahora estés delgada —me había dicho—, verás cuando te cases y tengas niños... Entonces te alegrarás.» Caí en la cuenta de que nunca había visto a Lucy tan desvestida. Resultaba extraño que, habiendo vivido juntas tantos años, todavía no la hubiera visto en ropa interior, aunque

también yo había hecho todo lo posible por no encontrarme en esa situación, y me cambiaba cuando ella no estaba en el cuarto o me metía corriendo en el baño para ponerme rápidamente lo que fuera a llevar ese día. Me asombró la blancura absoluta de su piel. Era pálida, eso ya lo sabía por el color de su tez, pero era muy distinto ver cómo esa palidez se extendía por todo su cuerpo. Parecía resplandecer, tanto que pensé que habría podido verla aun en la oscuridad.

De pronto fui consciente de su desnudez. Tanto el sujetador como las braguitas eran blancos, aunque no del mismo tono, y las braguitas, como dictaba la moda, lisas, con solo una tira de encaje en la cinturilla, que le quedaba justo por debajo del ombligo. También el sujetador tenía pocos adornos, solo una florecilla entre los pechos. Mis ojos se posaron allí un instante, maravillada por sus generosas proporciones, que parecían amplias comparadas con las mías, y por el modo en que lograba ocultarlas bajo la ropa. Aparté la mirada de su pecho y volví a mirarle la cara.

—Lucy —dije incorporándome, y mi voz fue como un susurro, mucho más suave de lo que pretendía—. Lucy, ¿dónde está? —pregunté, esforzándome por sonar más energética, más rotunda.

Se volvió hacia mí extrañada.

—¿El qué?

Suspiré hondo.

—La pulsera.

—¿Qué pulsera? —inquirió, meneando la cabeza.

—La pulsera de mi madre —insistí.

Se encogió de hombros.

—Andará por aquí. No he vuelto a verla desde la última vez que te la pusiste. ¿Hace una semana?

Las palabras que quería decir, que había ensayado y memorizado durante horas desde que se había ido, se evaporaron, se esfumaron en una nebulosa antes de que pudiera materializarlas. Meforcé por comprender lo que estaba ocurriendo. Era como si el día anterior y la conversación que habíamos tenido jamás hubieran existido, como si lo hubiese imaginado todo, pensé estremecida. Miré a mi compañera en busca de algo, lo que fuese, que me sirviera de prueba, de evidencia de lo que había hecho, de lo que aún estaba haciendo. No encontré nada. Parecía sincera, sonaba sincera, como si de verdad no comprendiera de qué

le hablaba, como si estuviese preocupada de verdad por mí.

«No te creo.»

Me asombró la vehemencia de mis pensamientos y me inquietó por un instante haberlos verbalizado. Meneé la cabeza. Me mantuve firme, resuelta, recordándome que yo sabía la verdad. Me había cogido la pulsera, furiosa conmigo por Tom, por no pasar ya tanto tiempo con ella. Claro que la idea se me hacía demasiado extraña, demasiado inquietante. Me pregunté cómo se me había ocurrido pensar algo así.

—No sé..., no sé —dije por fin.

Me quedé en blanco y no fui capaz de procesar lo que estaba ocurriendo, y esas fueron las únicas palabras que me vinieron a la cabeza, la única verdad que pude dirimir: que no sabía.

Lucy me miró perpleja.

—Tranquila, Alice. —Sonrió un instante—. Luego la buscamos juntas, te lo prometo.

Entonces me abrazó, un gesto más íntimo que cualquier otro que hubiéramos compartido antes, y no solo porque fuera en ropa interior. Porque no era mi compañera de cuarto la que había quedado al descubierto, desnuda, sino yo, y todas mis carencias; mi fragilidad mental se había manifestado silenciosamente entre nosotras. No me gustaba pensar en ello, en ese período posterior a la muerte de mis padres, pero de súbito parecía irrumpir entre las dos, innegable, de forma que no había más remedio que exteriorizarlo y volver a plantarle cara.

Me quedé parada, sin saber aún qué creer. Pero entonces, por fin, levanté los brazos y la estreché con fuerza contra mi cuerpo, con demasiada fuerza; de repente me daba miedo soltar a esa persona que conocía todos y cada uno de mis secretos y que nunca me había juzgado.

Así que me aferré a ella, temiendo disolver nuestro extraño abrazo.

6

LUCY



Varios días después, a la hora acordada, me reuní con Youssef en el Café Tingis. Estaba allí de pie, apoyado en la pared.

—¿Lista? —me preguntó con una sonrisa.

Yo le sonreí también, preparada para partir, para dejar a un lado los consejos y las advertencias de los demás. Porque con él estaba más a gusto que con todos los John del mundo. Ambos éramos marginados: yo, por nacimiento; él, por circunstancias. Tenía la sensación de que entre nosotros había algo, aunque no fuese tan fuerte como mi afinidad con Alice; un entendimiento, como mínimo. Aún me generaba cierto recelo, por supuesto, cierta cautela, pero confiaba en esa singularidad que nos mantenía unidos a pesar del mundo que nos rodeaba, o quizá gracias a él.

Dejamos atrás la medina, las calles estrechas y caóticas que daban paso a vastas e interminables extensiones. Menos personas salpicaban esos caminos. Avanzamos en amigable silencio y, aunque me complacía dejar vagar mis pensamientos, me sorprendí volviéndome hacia él y preguntándole:

—Entonces ¿es Youssef o Joseph?

Había estado pensando en ello en las horas posteriores a nuestro primer

encuentro, rumiando la diferencia. Joseph. Youssef. ¿Eran lo mismo, uno derivado del otro? No estaba segura. De hecho, ya no tenía claro con cuál se había presentado y cuál había usado Alice para referirse a él. En mi cabeza ya era Youssef, pero posiblemente eso fuese solo una proyección mía, que trataba de dotarlo de un exotismo que apelara a mi propia sensibilidad.

Se encogió de hombros. Se había encendido un cigarrillo al emprender el camino y se lo llevó a los labios entonces, dándole una larga calada, sin que a sus dedos callosos y oscurecidos pareciera perturbarles la ceniza aún candente que se derramaba sobre ellos.

—¿Importa?

Fruncí el ceño. ¿Importaba? Lo medité y descubrí que ya no estaba segura.

—Es su nombre —protesté.

—Todos tenemos múltiples nombres —replicó.

Lo miré extrañada.

—¿A qué se refiere?

—Marido. Padre. Hermano.

—Eso son títulos, no nombres —repuse.

Volvió a encogerse de hombros, al parecer indiferente a la distinción.

—Tánger tiene muchos nombres. Primero era Tingis. —Hizo una pausa y dio otra calada al cigarrillo—. En francés es Tanger. En español, Tánger. En árabe, Tanjah. Así que, como ve, ha tenido muchos nombres. O títulos. Es todo lo mismo.

Guardé silencio un instante más.

—Entonces ¿a usted lo llaman Youssef o Joseph, sin preferencia por uno u otro? Como a Tánger, quiero decir.

Sonrió por la comparación.

—Sí, como a Tánger.

Me acerqué al borde del acantilado y miré hacia abajo. Había unas cuantas parejas más, dispersas, a ambos lados de nosotros. Algunas estaban sentadas, contemplando el mar. Otras desenvolvían paquetitos de comida. Vi pan y queso, y unas piezas de fruta. Había mujeres con *niqab*, mujeres con ropa occidental. Al parecer, aquel era un lugar para oriundos de la zona y forasteros por igual.

Aunque aún tenía que averiguar dónde estábamos. Me volví hacia mi acompañante a la espera de una explicación.

—Aquí —dijo— es donde el Mediterráneo se encuentra con el Atlántico.

—Otra superposición —comenté con tristeza.

—Sí, Alice. —Sonrió de nuevo, como complacido, como si mi respuesta lo hubiera satisfecho y yo hubiese aprobado un examen del que solo él tenía las preguntas y las respuestas—. Es una superposición de la historia. —Señaló hacia abajo y yo desvié la mirada para ver la formación blanca que teníamos a los pies—. Eso son tumbas. Fenicias. De la antigua ciudad de Tingis.

Sabía que Tánger había sido objeto de repetidas conquistas a lo largo de su existencia, de forma que había ido absorbiendo una cultura tras otra hasta convertirse en un cúmulo de todo y de todos los que habían cruzado sus puertas durante siglos. Me preguntaba si alguien podía aún rastrear su linaje desde el presente hasta el principio sin descubrir al menos una interrupción, una interferencia del mundo exterior. Miré a mi acompañante y pensé si lo habría intentado alguna vez, qué diría su sangre, qué diría su corazón si murmurara como el mío. Si sus palabras serían también indecifrables o su mensaje sería más claro, más fuerte, y triunfaría donde yo había fracasado.

—Venga —me llamó Youssef—. El café está por aquí.

Avanzamos hasta un sendero estrecho, que pronto quedó limitado por resplandecientes paredes blancas a ambos lados. Por encima de la medina, la vida era distinta, más tranquila, más limpia, quizá, apartada del frenesí que caracterizaba las calles de la zona baja. Parecía lógico que aquel silencio, aquella quietud, se reflejara en la piedra misma. Alargué la mano. Estaba fría al tacto, y dejé que mis dedos acariciaran la superficie al pasar, arrastrando la mano por ella lánguidamente. Apareció ante nosotros la entrada, con el rótulo formado por un pequeño montón de piedras sujetas a la pared. CAFÉ HAFA. FONDÉ 1921. Alargué el brazo y pasé la mano por las piedras ya pulidas, apenas un poco más oscuras que las paredes del todo blancas sobre las que descansaban, preguntándome cuántas manos más habrían hecho lo mismo desde que las habían colocado allí. Sentí que podía notar la historia, pesada y sólida, como si el saber que grandes escritores, pintores y músicos habían pasado también por aquel zaguán le concediera una gravedad de la que carecían todos los demás lugares que lo habían precedido.

Tánger, decidí entonces, era un pueblo fantasma en muchos sentidos. Solo que en lugar de estar muerto, desierto, yermo, estaba vivo. Bullía y rebosaba con el recuerdo de aquellas mentes preclaras que habían recorrido sus callejuelas, que habían pensado y tomado té y se habían inspirado allí. Era testimonio, sepultura, de los que habían venido antes. Pero no daba la sensación de que estuviera acabada, finita. Aún había algo allí, rebullendo, hormigueando, esperando a que lo descubrieran o lo liberaran. Lo notaba, como un cosquilleo en las manos. Me pregunté si Alice también lo notaría. Desde mi llegada, ya me había sorprendido pensando que era como si hubiera estado esperando a Tánger toda mi vida. Como si todo lo que había hecho, cada pensamiento, cada acto, me hubiera llevado allí con el propósito concreto de reencontrarme con ella y con la vida que podíamos tener. Era perfecto, quería contárselo, ansiaba que también ella lo viese, lo extraordinariamente perfecto que era: Tánger, ella, las dos juntas en aquella ciudad extranjera.

Doblé la esquina y enseguida vi el emplazamiento abancalado con vistas al mar, y el contraste de su azul con el blanco refulgente del salón de té.

—Es precioso —susurré, incomodada por las palabras incluso antes de decirlas.

Youssef no pareció oírme. En su lugar, fue recorriendo despacio los banales, uno a uno, hasta llegar al último.

—Para que pueda asomarse y mirar —dijo, instalándose en una silla.

Asentí con la cabeza, sabiendo que había llegado el momento. Porque tenía otro motivo para acceder a reunirme con él, algo más importante, más urgente que una visita turística, y la constancia de lo que Youssef podía ofrecerme me latía con fuerza en el pecho. Me senté a su lado y procuré no imaginar lo que podía darme: una llave mágica, una encarnación secreta, algo, lo que fuera, más definitivo, más concreto que un destello captado en el reflejo de un espejo.

Saqué una fotografía del bolso y la puse encima de la mesa.

—Hay un inglés —dije. Pero antes de que pudiera seguir apareció un chico para tomarnos nota de la comanda—. Té, por favor —pedí y, volviéndome hacia Youssef, le advertí—: Yo invito.

Aún no habíamos hablado de dinero, pero, por la cara que puso, supe que jamás debía volver a hacerle semejante ofrecimiento. Me revolví en el asiento, guardé silencio, esperé. Aunque las palabras que estaba deseando decir, las

preguntas que quería hacer, sobre John, sobre la marroquí con la que lo había visto, me quemaban por dentro, me suplicaban que las liberara, entendí que, después de mi desliz, debía ser Youssef quien marcara el tono, el ritmo de la conversación.

—¿Es este? —preguntó tras unos minutos de silencio, cuando ya nos habían servido el té.

No hizo ademán de coger la fotografía, solo dejó los dedos, con los que sostenía el cigarrillo, suspendidos sobre ella. Por un instante, temí que le cayera ceniza y se quemara. La había retirado esa mañana de uno de los marcos del salón de Alice, con mucho sigilo, por miedo a que entrara ella y me sorprendiese robando un retrato de su marido. Si me hubiera pillado, no habría sabido qué decir. Me estremecí al ver cómo crecía la ceniza del cigarrillo de Youssef y formaba una torre inclinada que ardía blanca e incandescente. Si caía en la foto, no habría forma de justificar la quemadura; Alice lo sabría.

Suspiré de alivio cuando apartó la mano y la ceniza cayó al suelo.

—Sí. —Titubeé, aún a la espera. En mi cabeza, Youssef existía en una especie de frontera, a medio camino entre lo oficial y lo oficioso, entre la luz y la oscuridad. Al imaginar cómo tendría lugar aquella conversación, había supuesto que él marcaría el ritmo y la cadencia de nuestras palabras, que sabría la forma y el rumbo que debían tomar—. También hay una mujer —dije, dirigiéndole una mirada de reojo.

Enarcó las cejas.

—Deduzco que no se trata de su esposa.

Negué con la cabeza.

—No. Pero me pregunto...

Me miró.

—¿Qué se pregunta, Alice?

Le sostuve la mirada.

—Quién es.

—¿Le valdría de algo saberlo? —inquirió, ladeando la cabeza.

Asentí, procurando disimular mi interés.

—Sí, creo que sí.

Hizo una pausa, luego dijo:

—Es francesa. —Ladeó de nuevo la cabeza, reconsiderando, al parecer, su

afirmación anterior—. Bueno, a medias. Medio francesa, medio marroquí. — Soltó una risita—. No es tan infrecuente como cabría imaginar.

Estaba a punto de darle un sorbo a mi té, pero al oír sus palabras me detuve.

—¿La conoce? —pregunté sorprendida—. ¿Y a él? —dije, señalando la fotografía.

Había supuesto que, después de nuestra conversación, Youssef haría sus pesquisas, que quizá hasta investigara el asunto por su cuenta, pero no había imaginado que ya tendría las respuestas.

Se encogió de hombros.

—¿Quiere saberlo?

—Sí —contesté con impaciencia, y solo después añadí un «por favor».

Enmudeció, como si no quisiera continuar, como para enfatizar que lo hacía solo como un favor, y entonces me pregunté qué me pediría a cambio, porque estaba convencida de que algo querría, no hacía nada sin pensar en qué podía reportarle. No era lo mismo rechazar una limosna que hacer las cosas gratis.

—Ella es francesa. Artista. Por eso la conozco. —Hizo una pausa—. Además, trabaja en un club nocturno.

Dejé que cuajara la palabra. Un club nocturno. Los dos sabíamos a lo que se refería en realidad. Aunque se disfrazaran de otra cosa, los clubes nocturnos de la ciudad no eran más que lugares de reunión de prostitutas dirigidos a los occidentales. Estaban esparcidos por todo Tánger, la mayoría regentados por francesas que habían decidido dejar de vender su cuerpo para vender los de otras.

—¿Y cómo se llama? —insistí.

—Sabine. —Se volvió a mirarme—. Se llama Sabine.

Me incliné hacia delante, ya sin fingir indiferencia. Ante aquel dato, ante el poder que me concedía, empezaron a pitarme los oídos y a temblarme las manos. No había imaginado que resultaría tan fácil y, hasta ese preciso instante, no había querido reconocer lo mucho que necesitaba las respuestas.

—¿Y cuánto tiempo llevan así? Juntos, quiero decir.

Me miró como si la pregunta no le interesara. Se revolvió en el asiento, tiró la colilla al suelo y contestó con desgana.

—No le aconsejaría que fuera esa chica.

Cuando oí esa palabra noté que me retraía, y aunque no supe explicar mi

reacción, su sonido y su forma, las implicaciones de su uso, hicieron que se me acelerara el corazón. Me reprendí en silencio; a fin de cuentas, no era más que una palabra. No significaba nada. Pero no, sabía que no era cierto. Significaba algo; lo significaba todo.

—¿Qué chica? —pregunté.

Fijó la mirada en mí.

—*Esa* chica.

No hablaba de mí, claro. Había pensado, equivocadamente, que el de la fotografía era mi marido —y dado que para él yo era Alice, imaginé que, en teoría, lo era— y, pese a que sus palabras no iban dirigidas a mí, me enfurecí. Con él, en nombre de Alice, y por algo más, algo que no fui capaz de discernir.

Agarré el bolso y me marché. Tardé varios minutos en darme cuenta de que no me había pedido que volviera, de que no me había perseguido para disculparse. Daba igual. Seguí caminando, salí del Café Hafa, volví al lugar que se alzaba sobre las tumbas. Decidí que si Youssef no me ayudaba, buscaría un modo de hacerlo sola. Me detuve y contemplé la fusión azul del Atlántico y el Mediterráneo, y me pregunté si aquello tendría un nombre, si habría una palabra que definiese esa superposición que parecía corriente en Tánger, donde todo había sido otra cosa antes y nada era del todo una sola cosa. Volví a pensar en Alice. En Tánger, también ella era otra cosa, algo del todo distinto. Insensible, distante, hastiada. Una nueva Alice se había superpuesto a la antigua, subsumiéndola. Pero yo no había perdido la esperanza. Ella no era solo Alice, la mujer de John. En su día había sido una persona independiente, había existido sin él. Lo que debía averiguar era cómo recuperarla, cómo volver de Tánger a Tingis, y si semejante hazaña era siquiera posible.

Estuve caminando por la plaza de la Kasbah, al lado de la muralla, parando de vez en cuando para anotar algo en mi cuaderno y procurando olvidar mi conversación con Youssef. Me detuve en Bab Bhar, una de las puertas que se abrían en el muro y rompían la monotonía de la piedra, de forma que no tenía nada delante salvo el mar y el cielo. Youssef me había contado una historia sobre aquel lugar, aunque, bajo el calor del sol, me costaba recordar las palabras exactas. Algo de un hermoso espíritu femenino que supuestamente rondaba la

zona y ponía a los hombres en grave peligro.

Fue entonces cuando lo vi.

Yo estaba justo delante de la *bab*, donde él no alcanzaba a verme. Al principio pensé que estaba solo, pero luego lo vi atraer hacia la muralla a la mujer que tenía a su lado, la misma del bar, observé enseguida, y se me cortó la respiración.

Primero detecté la seguridad con que se conducía la mujer, tan distinta de Alice: los hombros hacia atrás, el pecho fuera, las curvas de su cuerpo acentuadas por el vestido que lucía, aunque fuera de corte holgado. Llevaba el pelo recogido en un moño y los brazos cargados de pulseras pesadas, de oro y de plata, que tintineaban cuando se movía.

A la luz del día, pude ver que era tal como la había descrito Youssef: un poco marroquí, un poco francesa, una mezcla que llamaba la atención, que, de hecho, la pedía a gritos, la demandaba. Su piel era dorada, sus ojos oscuros. Pensé en la adoración que John sentía por Tánger y decidí que todo cuadraba, que su deseo debía de encarnarse en aquella criatura, aquella mujer que exhibía su exotismo de un modo destinado a atrapar las miradas de los extranjeros. La compadecí, porque ese era, entonces lo vi también, su único encanto. No tendría más de diecisiete años, supuse.

Me acerqué, al abrigo de mi escondite, notando en la espalda el calor que desprendía la muralla, y vi las manos de John, pecosas y bronceadas, anclarse a la minúscula cadera de ella con un deseo manifiesto, muy natural. Me quedé allí plantada, hipnotizada por sus manos, por sus movimientos rápidos e insistentes bajo el sol abrasador. Me ardía la cara, pero no del calor, y, avergonzada por el deseo que sentí al verlos juntos, me dispuse a marcharme enseguida.

Más tarde me asombraría la serenidad de mi reacción, porque supuse que tendría que haberme indignado ver a John allí, exhibiendo con descaro su traición bajo el sol intenso de Marruecos. Debió de pensar que Alice jamás se enteraría porque apenas salía de casa y no conocía a nadie más en la ciudad. Por lo visto, había decidido aprovecharse de eso.

Pero ahora Alice me tenía a mí.

También eso se le debió de pasar por la cabeza cuando, al darse la vuelta, me vio allí, debajo del arco. Palideció de forma visible, pese al bronceado, y se volvió hacia mí, con los brazos aún alrededor de la mujer, enroscados en ella de

una forma que no podía justificarse, sobre todo después de que yo presenciara lo ocurrido antes. Lo vi pensar, cavilar, preguntarse cuánto tiempo llevaría yo allí y qué habría visto exactamente. Por lo menos la soltó antes de encaminarse hacia mí.

Pero yo fui más rápida.

Salí de mi escondite y me incorporé a la muchedumbre de turistas que se apelotonaban en la *bab* para hacer la foto perfecta, de tangerinos que los seguían de cerca en un intento desesperado por deshacerse de sus baratijas, de sus sombreros o de lo que vendieran. Era fácil perderse, dejarse arrastrar por la marea humana. Me rendí a su caos, a ese flujo y reflujo que me apresó con sus garras, negándose a soltarme. Dejé que me llevara cada vez más lejos hasta que me vi con fuerzas para mirar por encima del hombro. Apenas podía distinguir su figura. No era más que un puntito de color sobre un lienzo decorado con profusión.

Tenía la cara colorada por el esfuerzo de la huida y respiraba entrecortadamente, jadeaba. Me pregunté entonces si John me plantaría cara, si al volver al apartamento me lo encontraría esperando y querría saber qué había visto y si iba a contárselo a Alice. Por un lado, confiaba en que lo hiciese, que fuera él quien me recibiera; noté la excitación que me producía la idea, el cosquilleo en los dedos de las manos, la tensión en los dedos de los pies. Camino de la casa, porque ya no me imaginaba prosiguiendo mi deambular previo, reparé en que, durante la huida, se me había caído el cuaderno. Pero esa constancia me vino como difuminada, lejana y del todo ajena, como si eso, lo que había estado haciendo antes, ya no perteneciera a la persona que era en ese momento, una que ardía y rabiaba y que no quería guardar silencio. Caminé durante lo que me parecieron horas, aunque no pudieron ser más que unos minutos. Vi cómo las sombras que me rodeaban se alargaban, noté que el calor del día empezaba a disiparse. El pulso se me fue estabilizando, la respiración recuperó su normalidad. Cuando llegué a Quartier du Marshan, las emociones que me habían asaltado parecían evaporarse, filtrarse por los poros de mi piel, hasta que no quedó nada más que un agotamiento absoluto.

Solté un leve suspiro y entré.

A L I C E



—¡Qué calor hace!

Lucy no dijo nada, esperó a que yo recobrarara el aliento, camino del Café Hafa. El aire era denso, el sol abrasaba, pero esa mañana se había empeñado en que la acompañara. Me palpé la cara, ya colorada y pegajosa del sudor.

—Me cuesta creer que no hayas estado nunca —dijo, en un intento, sospecho, de distraerme del calor, aunque el comentario no me sentó muy bien.

Noté que me encendía aún más, que jadeaba.

Fui poniendo un pie delante del otro, con el sol quemándome la nuca, calentándome la cabeza, y miré con envidia el turbante con el que Lucy se había envuelto el pelo esa mañana. Al parecer, había cambiado su sombrero de siempre, uno horrendo de paja negra, por una faja de tela clara que seguramente había comprado en una de las tiendas frecuentadas por los expatriados. Al verlo, hacía un rato, cuando nos íbamos, me había quedado pasmada mirándolo. «Es lo que se lleva ahora», me había asegurado, pero yo había seguido mirándola con inquietud. No era el turbante en sí lo que me asombraba, sino lo bien que Lucy encajaba con el resto de los expatriados que inundaban las calles de Tánger. Yo llevaba meses allí y ella había tomado tierra hacía apenas una semana y ya

parecía que fuese ella la residente y yo solo una visita. Avergonzada, había cogido entonces mi pequeño casquete blanco, que ni siquiera me cubría la coronilla.

—Dicen que las vistas son impresionantes —prosiguió Lucy.

La miré de reojo intrigada.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo han dicho unos amigos de la Librairie des Colonnes —respondió.

Asentí con la cabeza, preguntándome cuándo habría encontrado un hueco para pasarse por allí también.

—Casi parece de aquí ya —comenté en un tono que me incomodó.

Después de aquel día en que me había hablado de Youssef por primera vez, había seguido volviendo tarde a casa todas las noches, preparada para obsequiarme con nuevos relatos de sus aventuras, y yo la había escuchado con la misma envidia, y el nudito se había hecho más grande y difícil de manejar. Así que yo había intentado darle otra forma, había procurado ver Tánger a través de sus ojos, del entusiasmo, similar al de John, con que describía un mundo que yo nunca conseguiría ver, aunque los tres camináramos por el mismo adoquinado. Por eso, cuando al final de la primera semana me pidió que la acompañara, accedí, impaciente por descubrir lo que me había estado perdiendo, lo que mis ojos se negaban a ver.

—Deberías venir conmigo la próxima vez —me ofreció ahora—. A la librería.

No respondí.

Caminamos unos minutos más en silencio hasta que por fin llegamos a una extraña superficie blanca, a solo unos metros del borde de un acantilado.

—Es precioso, ¿verdad? —comentó, mirándome.

Esperaba una respuesta, era evidente. «Lo es, claro que sí», quise decir, aunque algo me lo impidió, algo me paralizó. Aún había demasiadas preguntas y respuestas ocultas en la bruma, pero que brillaban, a pesar de todo, con un rojo intenso y alarmante.

—Es mucho más azul que el nuestro —le concedí, sin dejar de mirar al mar, esforzándome para que mi rostro resultase impenetrable.

—Eso que hay ahí abajo son tumbas —prosiguió.

Estábamos la una pegada a la otra, mirando fijamente las formaciones

rectangulares, las extrañas hondonadas y curvas, y los charcos de agua que formaba la piedra blanca.

—¿Dónde? ¿Lo que hay justo debajo?

Asintió con la cabeza.

—Las tumbas tienen casi dos mil años de antigüedad. Son de cuando la ciudad se llamaba Tingis.

—¿Tingis? —pregunté con una sonrisa.

—Ese era el nombre de la antigua ciudad fenicia, antes de que existiera Tánger. —Se quitó las gafas de sol y entrecerró los ojos—. Tánger ha tenido muchos nombres distintos, por lo visto. Tingis es solo uno de ellos.

—¿Qué otros ha tenido? —pregunté, notando cómo la intensidad del sol me apagaba la voz.

—Pues Tingis, claro. Tingi, Titgam, Tánger, Tangiers, Tangier... Supongo que depende de a quién le preguntes y de cómo lo pronuncien.

Me volví hacia ella.

—¿Cómo lo dices tú?

Le gustó la pregunta, y noté que me importaba lo que pensara. Lo meditó un instante, como sopesando la respuesta.

—Supongo que yo siempre diré Tánger, pero me gusta Tingis. O lo que significó en su día, antes de que lo cambiaran los diversos invasores.

—Tiene algo de romántico —reconocí.

—Es una ciudad cargada de mitología —respondió—. ¿Sabes que se piensa que incluso Ulises pasó por Tánger durante sus viajes?

La vi tan orgullosa sobre las tumbas fenicias, como si hubiera hecho el descubrimiento ella misma, que traté de imaginarla como exploradora o conquistadora, y la idea le encajaba bien. Su entusiasmo era tan patente que casi noté cómo se transfería de su cuerpo al mío. El calor nos envolvía, pulsátil, el sol nos oprimía y, aun así, según nos alejábamos del mirador, tuve la sensación de que ambas nos resistíamos a dejarlo atrás. Se estaba tranquilo allí, como si una especie de conjuro mágico lo aislara del resto de la ciudad. Mientras abajo todo eran gritos y regateos, el olor a sudor de miles de cuerpos pegados unos a otros, sucios e inquebrantables, allí arriba solo había silencio. Solo el azul cálido y tentador que se extendía por el horizonte y se precipitaba hacia las corrientes del Atlántico; solo el olor del mar, limpio y fresco. Quizá fueran imaginaciones

mías, pero me pareció que dábamos media vuelta a regañadientes para cubrir la escasa distancia que nos separaba del café.

Nos sentamos en uno de los bancales inferiores, bajo unos árboles descuidados. El alivio fue inmediato y pude volver a respirar. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo mucho que me había acalorado allí de pie, al descubierto, delante del mar, sin una sola sombra que nos protegiera.

Al vernos entrar, uno de los empleados se acercó corriendo, meciendo un artilugio oscilante que le permitía llevar varios vasos de té a la vez y cuyo recubrimiento metálico resplandecía bajo el sol intenso. Lucy pidió dos y le dio las gracias: *Choukran*.

Medité un instante el hecho de que «gracias» y «no, gracias» fueran tan parecidas y solo se diferenciaban por una palabra más. Caí en la cuenta de que era una de esas observaciones estúpidas que probablemente a Lucy le habrían encantado. Cerré los ojos y suspiré. Las copas de los árboles estaban plagadas de avispas, pero la mayoría nos ignoraba, e ignoraba incluso nuestros vasos altos de té caliente y azucarado. Tendría que haber estado tranquila, haberme sentido relajada, pero la ansiedad me reconcomía las entrañas y se negaba a pasar inadvertida.

Su llegada había puesto algo en marcha. Yo ya lo notaba, agitado, negándose a permanecer latente. Y, aun así, nos veía a las dos atascadas, a la espera de que ese algo sucediera, como si lo hubiéramos estado esperando desde el día de su desembarco. De pronto sentí la necesidad imperiosa de acelerarlo, de empujarnos a las dos al precipicio; de preguntarle todo lo que había querido saber, lo que me había tenido perpleja desde su llegada a Tánger, desde que nos habíamos conocido en Bennington. Todo aquello que no alcanzaba a comprender, que se me escapaba entre los dedos, la extraña quimera de una chica que yo parecía haber evocado con mi desgracia, pero que nunca parecía materializarse en algo real, en algo concreto.

Estaba furiosa, el calor me cambiaba el humor. Notaba, borbotando a mi alrededor, todas esas cosas que no entendía, los lugares y las personas que seguían siendo un misterio para mí, que seguían sin tener sentido por más vueltas que les diera. Tánger y Lucy eran lo mismo, me dije. Ambas, acertijos

irresolubles que no me dejaban en paz. Y ya estaba harta de no saber, de sentirme siempre ajena a todo, excluida.

—¿Te encuentras bien, Alice? —me preguntó.

—Estupendamente —respondí, consciente de mi retintín, mientras me recolocaba las gafas de sol sobre el puente de la nariz. Me habían empezado a resbalar por el sudor. Le di un sorbo a mi té y luego lo aparté de mala gana, frustrada. Guardé silencio un rato y después, al ver que ella no tenía intención de romperlo, empecé a hablar, entornando los ojos como consecuencia del sol—. Nunca lo entenderé.

Lucy se volvió hacia mí.

—¿El qué?

—Esto —contesté, señalando mi té moruno—. ¿Cómo se puede beber té caliente con este calor?

—Al final, uno se acostumbra a todo —conjeturó—. Al cabo de un tiempo, todo empieza a parecer normal.

—A mí no me lo parece —dije, frotándome las yemas de los dedos, furiosa por haber sostenido el vaso más tiempo del aconsejable, con lo que la superficie caliente me había abrasado la piel, y más furiosa aún de que Lucy no se hubiese identificado de inmediato con mi estúpida queja—. Esto no. Dudo que alguna vez pueda llegar a beberme esto con semejante calor. Dudo que vaya a querer bebérmelo haga el tiempo que haga, la verdad.

Ella le dio un sorbo al suyo.

—¿No te gusta?

Le lancé una mirada asesina, creo, aunque disimulé enseguida.

—Mataría literalmente a alguien en estos momentos por una taza de té de verdad —le dije.

Algunas personas se volvieron para mirarnos, y observé que mi tono de voz oscilaba entre desenfadado y serio, rozando la frontera entre la risa y el llanto. Lucy me tendió la mano, pero no se la cogí.

—¿Te encuentras bien? —volvió a preguntarme.

Lo medité, cansada ya de la pregunta, de lo que sospechaba que era la verdad.

—En Nueva Inglaterra, mi padre tenía una forma de lo más ingeniosa para refrescarnos cuando hacía mucho calor —explicó.

—¿Y en qué consistía? —dije seca, irritada por el giro, por el cambio de tema.

Pero, aunque Lucy lo notara, siguió adelante, y me pregunté entonces si habría cambiado de tema porque me sabía furibunda, para distraerme.

—Sacaba la manguera del jardín... Tenéis de eso en Inglaterra, ¿no? —Asentí con la cabeza, aunque guardé silencio—. Pues sacaba la manguera y rodeaba el edificio por fuera, humedeciendo el ladrillo.

—¿El ladrillo? —inquirí extrañada.

—Sí, el ladrillo de las paredes.

—¿Y por qué demonios hacía algo así? —quise saber.

Sonrió.

—Porque ahí es donde se concentra todo el calor, el ladrillo lo retiene. Así que, con mucho cuidado, mi padre rodeaba la casa rociando cada centímetro de sus muros hasta que los ladrillos soltaban vapor, por la combinación de calor y frío.

Enmudeció y durante su silencio lo imaginé, me figuré una casita de ladrillo y a un padre preocupado por su hija deteniéndose sobre todo en la zona que rodeaba la ventana de su dormitorio para asegurarse de que se humedecía lo suficiente antes de seguir con el resto.

—¿Y servía de algo? —dije, menos irritada.

Miré a Lucy y me pregunté qué estaría pensando, si también estaría imaginando aquella casita en la desierta Nueva Inglaterra o pensaba en algo completamente distinto.

—Sí, claro —respondió en un tono con el que sospeché que pretendía tranquilizarme, calmarme—. Me recuerdo tumbada en la cama, oyendo cómo el agua rociaba la pared de mi dormitorio. Y yo lo notaba. Allí tendida, con los ojos cerrados, las cortinas corridas para que no entrara el sol, de forma que la habitación estaba a oscuras del todo, notaba el instante en que el agua azotaba la pared, el alivio inmediato que proporcionaba. Como si alguien hubiera encendido un ventilador y me lo hubiese colocado delante. A veces se me ponía la carne de gallina del frío que hacía.

Guardé silencio un momento, pensando, imaginando la brisa fresca en mi piel. Me sentí extrañamente serena, envuelta en el amor de un padre por su hija, en el aire frío que él me proporcionaba con su esfuerzo y su sudor. Una imagen

me vino de pronto a la cabeza. Recordé aquel día en Jennings Hall, hacía ya tantos años, y, volviéndome hacia Lucy, me bajé las gafas de sol y le señalé:

—Pensaba que no te acordabas de tu padre.

Pasó un instante, luego otro, y por unos segundos creí que ignoraría mis palabras. Entonces, sin volverse, sin quitarse las gafas de sol, fijó la mirada en el mar, con un gesto tan firme como las rocas sobre las que habíamos estado.

—Eso sí que lo recuerdo —repuso a modo de advertencia, amenazadora.

Miré para otro lado y no dije nada.

Había estado nevando mucho esa noche. Claro, eran las Montañas Verdes y, en pleno invierno, o nevaba o amenazaba con nevar, y un espectral manto blanco cubría el suelo de forma permanente. Pero esa noche era distinto. La nieve no solo cuajaba en las aceras, sino también en los semáforos, en las personas, y todo pasaba como un torbellino mientras uno procuraba, con mucho esfuerzo, abrirse camino por él.

Lucy y yo habíamos discutido.

Yo había vuelto ese mismo día de un viaje a Nueva York, antes de que empezara a nevar. Le había dicho a todo el mundo que era un trabajo para mi clase de fotografía, pero en realidad había sido una oportunidad de escapar, un respiro de la angustia asfixiante que se había ido instalando poco a poco entre Lucy y yo durante el último año, de modo que ya era lo único que quedaba entre nosotras. Mi tía ni siquiera había estado en la ciudad ese fin de semana. Me había buscado alojamiento en una pensión, una por donde había pasado muchas veces y que me había parecido lo bastante segura. Había llegado a pensar en pedirle a Tom que me acompañara, convertirlo en unas minivacaciones en lugar de en una escapada, pero al final sabía que lo que más necesitaba era estar sola, lejos de los dos, del constante tira y afloja que había empezado a sufrir a diario. Era casi algo físico, como si me tiraran de los huesos, de la piel, cada uno de un lado, y mi cuerpo se tensaba y parecía que fuera a romperse.

En Nueva York, al contrario que en Vermont, el aire no era limpio ni claro.

Era pesado y estaba cargado de polvo, de grasa, de humo. Parecía flotar, húmedo y denso, y se me adhería a la piel. Al llegar a la ciudad y bajar del autobús, sonreí de alivio. Pasé los dos días siguientes vagando por las calles,

haciendo fotografías. Gasté todos los rollos de película que llevaba conmigo y terminé entrando en una tienda de fotografía a comprar media docena más. Esos también los gasté. Resultaba relajante estar sola, por fin sola, en medio de un mar de personas a las que no conocía y que no me conocían a mí. Me perdí en aquel anonimato, encantada de verme rodeada de desconocidos. Me senté en los bancos de los parques y escuché las conversaciones que se producían a mi alrededor. Exploré las cafeterías de acero inoxidable de la ciudad, me senté a la barra, comí queso a la parrilla y bebí a sorbitos café quemado, disfrutando del peso de las tazas de gruesa porcelana. Y aunque el racionamiento ya era historia, todavía colgaban de las paredes los carteles, descoloridos y manchados de grasa, de:

HOY NO HAY MANTEQUILLA.

LOS JUEVES NO SERVIMOS HAMBURGUESAS.

Un recordatorio imperecedero.

Al volver al campus el domingo por la noche fui directa al cuarto oscuro para empezar a revelar, porque aún no estaba preparada para deshacerme de esa sensación de calma, de paz, que había logrado en medio del caos de la ciudad. Ya en el cuarto oscuro, canturreé en voz baja mientras sacaba los carretes, con movimientos rápidos, memorizados, y los rebobinaba, buscando a tientas esa pequeña grieta en la que se enganchaban. Los fui colocando con cuidado en la bandeja y, una vez revelados, los colgué con esmero en la cuerda. Casi una hora después, volví a poner los productos químicos en sus estanterías e hice una hoja de contactos de cada uno de los negativos, ya secos, impaciente por ver si había logrado plasmar algo que mereciera la pena durante mi corta estancia.

Fue entonces cuando la vi.

Al principio pensé que eran imaginaciones mías, o un efecto óptico producido por la luz. A lo mejor tenía la vista cansada, nada más. Me dije que había un montón de explicaciones para lo que estaba viendo, que no era real. Que aquella presencia —la espalda de su abrigo, el perfil de su rostro— no podía, en realidad, pertenecerle.

Pero entonces la encontré: la única fotografía en la que no había conseguido esconderse del todo, donde no solo se la vislumbraba, sino que se le veía la cara

entera. Era ella. Era Lucy. Y estaba allí, siguiéndome, ¡acosándome!, presente en todas y cada una de las instantáneas que había tomado en Nueva York.

Me habría pasado inadvertida si no hubiera estado tan familiarizada con su pelo largo y enredado, si no hubiese visto su chaquetón azul marino colgado de la silla de nuestro cuarto día tras día. Quizá entonces no habría reparado en ello. A fin de cuentas, salía de fondo, en algún rincón de la fotografía. Nunca era la protagonista, nunca estaba en primer plano.

Pero luego estaba esa foto en la que no había logrado eludir mi objetivo, en la que su rostro me miraba de frente, con sus ojos grandes, sin pestañear. Observándome, siempre observándome.

Agarré la fotografía con una mano de pronto temblorosa y, sin molestarme en recoger ni en apagar las luces, salí a la calle en penumbra, a la nieve, que caía con tal intensidad que el breve trayecto entre el cuarto oscuro y nuestra residencia se me hizo casi imposible. Me escondí la fotografía, la prueba, dentro del abrigo para protegerla de las inclemencias meteorológicas, para que, cuando se la enseñara, cuando se la pusiera delante por fin, hubiese como mucho algún borrón aquí o allá producido por la nieve.

La encontré sentada a su escritorio, inclinada sobre un libro, y ni se inmutó cuando irrumpí en la habitación. Contempló en silencio la fotografía, luego levantó la mirada, parsimoniosa.

—¿Qué es esto? —preguntó con gesto indescifrable.

—Míralo —dije, y le acerqué nerviosa la fotografía. Al ver que reaccionaba con idéntica pasividad, señalé furibunda la figura que teníamos delante—. Sé que eres tú, Lucy —añadí, esforzándome por sonar severa—. Aunque la fotografía tenga un poco de grano, sé que eres tú.

No dijo nada y, ante su silencio, examiné de nuevo la imagen. Entonces me sorprendió ver que verdaderamente estaba muy borrosa. Volví a examinarla. Todo estaba como lo recordaba, pero parecía que se hubiera desenfocado un poquitín, de forma que los rasgos distintivos de cada rostro, de su rostro en particular, no eran nítidos. Sombras.

Se puso en pie y me miró extrañada.

—¿Me has visto en Nueva York?

No, no era eso lo que quería decir. Negué con la cabeza.

—No, en la fotografía —dije farfullando—. Has estado allí, lo sé.

—Alice, he pasado aquí todo el fin de semana.

Me agarró de los hombros, clavándome los dedos en la piel. Lo hizo para tranquilizarme, preocupada, lo sé, pero yo sentí que sus manos se me hincaban, abrasadoras, en la carne.

Tenía que salir de allí.

El corazón había empezado a latirme muy deprisa, de forma irregular. Sentí que se me cerraba la garganta y que cada respiración era una lucha, un esfuerzo. Noté que me acaloraba y me zafé de ella, desesperada por poner distancia entre las dos, por librarme del contacto de sus manos.

—Mientes —dije, y me dirigí a la puerta, con las palabras atravesadas en la garganta.

En el pasillo, vi el teléfono público y llamé a Tom. Después, me costó recordar qué le había dicho, en voz baja y apremiante, soltando por la boca lo primero que se me ocurría, sin meditar mis palabras. Pero sí recordé, siempre, lo que él me dijo a mí: que podía venir, que la ventisca le daba igual. Que vendría a por mí, que no me dejaría sola, me prometió.

Salí afuera, al frío helador, con la nieve cayendo a más velocidad de lo que yo la había visto caer jamás en todos los años que había pasado en las Montañas Verdes, y Lucy me siguió, al principio conciliadora, luego beligerante, después suplicándome que no me fuera, que me olvidase de la fotografía. No cedí, me limité a quedarme allí plantada, esperando hasta que por fin llegó Tom y vi su rostro a través de la ventanilla, distorsionado por el hielo que aún se derretía en la superficie de su coche. Ya me disponía a marcharme cuando una mano, firme e implacable, me obligó a detenerme.

—No te subas a ese coche, Alice.

—Suéltame, Lucy —le exigí, zafándome de ella.

—Alice —dijo, de pronto desesperada—, no te puedes ir.

Me volví hacia ella.

—¿Por qué no? —No necesitaba una respuesta; habría podido subirme al coche sin más y haberme ido, pero quería saber qué iba a decirme, con qué palabras se eximiría de aquello también. Guardó silencio y yo meneé la cabeza —. ¡Quiero que me dejes en paz! —le grité, mientras el viento me abrasaba las mejillas, me arrebatava las palabras—. Quiero que desaparezcas, no quiero volver a verte.

Luego di media vuelta y me subí al coche.

Tom estuvo muy callado mientras nos íbamos de allí, a lo mejor porque intuía que yo no quería hablar, que no me apetecía comentar lo sucedido. Pensé adónde iríamos: al centro, quizá, a nuestra cafetería favorita, en la Ruta 7. Nos sentaríamos a tomar un café bien cargado y yo me tranquilizaría y dejarían de temblarme las manos, como lo hacían ahora, en mi regazo. Sacudí la cabeza, intentando deshacerme de cualquier recuerdo de Lucy que pudiera quedar en mi pensamiento. Se acabó, me prometí. Me centraría en el futuro, en Tom. Y cuando llegáramos a esa cafetería a lo mejor le contaría por fin lo que una vez le había contado a Lucy sobre los meses posteriores a la muerte de mis padres, sobre las sombras, sobre el psiquiátrico, y después quizá incluso lo que no le había contado a ella.

Le revelaría, decidí, la verdadera razón de los ataques de ansiedad; le hablaría del accidente en el que habían muerto mis padres y de lo mucho que me preocupaba, aún entonces, haber sido yo la culpable. A fin de cuentas, yo había sido la última en usar aquella condenada estufa de queroseno. Recordaba bien el pequeño artilugio negro que mi padre había traído a casa un día. Orgulloso, me había enseñado a levantar la tapa con cuidado para rellenarlo de queroseno y, a continuación, a hundir la mecha en el líquido por un extremo y a encenderla por el otro. Nos mantendría calientes durante el invierno, había prometido. Y, lo mejor de todo, ahorráramos dinero, porque la estufa era portátil y se podía llevar de una habitación a otra. «Pero debes tener mucho cuidado porque el queroseno es un líquido muy inflamable», me había advertido. Aún tenía fresca en la memoria mi respuesta infantil: «¿Inflamable? O sea, ¿que no prende?». A mi padre le había hecho gracia la candidez de su pequeña *Alice in Wonderland*. Me había dado un abrazo fuerte, el último que recordaba haber recibido de él.

En eso pensaba cuando sucedió, en los fantasmas del pasado, de los que no lograba deshacerme del todo, y en esa pregunta que me atormentaba: ¿había sido culpa mía, había sido yo la última en usar la estufa que se había cobrado la vida de mis padres?

Habíamos llegado a lo alto de la colina e iniciado el descenso por la larga y serpenteante carretera que iba del campus al pueblo cuando Tom se volvió hacia

mí con cara de pánico.

—No funcionan —me dijo.

—¿Qué es lo que no funciona? —pregunté sin mucho interés, mientras contemplaba la oscuridad por la ventanilla.

Aún no eran las seis, pero ya se había hecho de noche y, sin luces, no se veía nada más allá de unos metros de distancia. Me hice visera con la mano, preguntándome si sería capaz de distinguir algo. Exhalé y vi que mi aliento brotaba en forma de minúscula nube de vaho para después disiparse en el aire.

—Los frenos.

Bajé la mano. Procesé entonces la cara de espanto de Tom, que todavía podía ver con claridad, aun en la oscuridad. Eso fue lo primero que registré en aquel momento extraño. Pero luego le oí el pie, pisando inútilmente el pedal, y algo se me heló por dentro.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Que no funcionan —repitió histérico.

El coche había llegado casi al final de la pista de tierra, ese punto en que el sendero privado de Bennington conectaba con la carretera pública. Delante de nosotros vi pasar un coche en sentido contrario, luego otro, medio ocultos por la oscuridad. Cerré los ojos, contuve la respiración. Pero sabía que, aunque consiguiéramos no chocar con otro vehículo, seguíamos teniendo el problema de la carretera, que pronto se bifurcaría a derecha e izquierda, y ya no seguiría de frente. En su lugar, estaba aquella endeble barrera y, más allá, tragué saliva nerviosa, el «fin del mundo», como nosotros mismos lo habíamos bautizado. Enseguida vi los arces azucareros que crecían al otro lado del quitamiedos, en siniestra formación.

Entonces me volví. Me volví por completo y escudriñé la oscuridad a nuestra espalda, consciente de que no vería nada, de que no podría verla, aunque aún la sentía, observándome. Pensé en sus palabras, en su insistencia en que no me subiera al coche y se me revolvió el estómago, si bien nunca tuve del todo claro si por el vaivén del vehículo o por la súbita conciencia de algo mayor, algo más oscuro.

Luego Tom me gritó que saltara y mis manos temblorosas buscaron la fría manilla. Después nada, solo la extraña sensación de que mi cuerpo salía por los aires, ingravido, como flotando. A continuación, sangre y fuego, huesos rotos y

hematomas. Pero yo no sentía nada. Solo la nieve bajo mi rostro, el dolor frío y punzante que me producía al contacto con la mejilla.

Y Lucy.

A lo lejos, mirándome, con los ojos muy abiertos, observando, viva.

Era lo último que recordaba de esa noche.

Tía Maude llegó a los pocos días. Nunca supe bien cuántos pasaron hasta que apareció, y su rostro grave y ceñudo me sirvió de consuelo, una vuelta a la normalidad en medio del tremendo caos que me había rodeado desde que recuperé la consciencia. En ese tiempo, apenas me habían dejado sola, siempre había alguien conmigo, en la habitación o fuera, mirando adentro. Sin embargo, ninguna de esas personas me hablaba, ni hablaba conmigo, solo estaban a mi alrededor; me daban instrucciones, indicaciones, pero ninguna información, nada que me permitiese saber qué había pasado, cómo había pasado y, quizá lo más importante, por qué.

—Maude —susurré con los labios secos y agrietados.

Vino enseguida junto a mí, pero no me cogió la mano.

—No hables, querida —dijo.

Cerré los ojos al oír su voz, su acento, tan familiar, tan similar al mío. Su rostro, aunque decididamente femenino, me recordaba al de mi padre, su hermano, tanto que sus palabras de aliento me inundaron, me envolvieron. Mi cuerpo se relajó y, por primera vez en días, noté que la adrenalina comenzaba a brotarme por los poros, de forma que de pronto me sentí aliviada y sentí dolor; los golpes y los cortes que había ignorado, que me había resistido a percibir, empezaron a asaltarme para que dejara de negar su existencia. Me noté las mejillas húmedas y supe que había empezado a llorar.

—Lucy —musité—. ¿Dónde está Lucy? —pregunté, sin saber si me entendería, porque los sollozos crecientes distorsionaban mis palabras—. Tienes que hablar con ella, preguntarle qué ha pasado.

—Venga, venga —me susurró Maude, instalándose en la silla que había junto a mi cama. Tampoco entonces me tocó, aunque en ese instante deseé que lo hiciera—. Estás alterada, Alice, confundida. Pero todo se arreglará, querida. Ya me encargaré yo, te doy mi palabra.

Una semana después, salía del hospital y volvía a Inglaterra. Nadie dijo nada de Tom, de su funeral, de una invitación que yo sabía que no llegaría. A Lucy solo la mencionaron una vez, cuando a la policía, acosada e intimidada por tía Maude, se le permitió hacerme unas preguntas, bajo su supervisión directa. Mis respuestas fueron breves, tajantes. Me miraron extrañados cuando pregunté por Lucy Mason, si habían hablado con ella, pero entonces una mirada asesina de Maude puso fin al interrogatorio.

—Está confundida, agentes, discúlpenla. —Se volvió hacia mí y sonrió—. Estás confundida, Alice, querida.

Al principio me molestó su comentario, pero pronto empecé a cuestionarme si no tendría razón. Aquella noche ya quedaba lejos, los detalles se me escapaban, y lo único que me poseía era la convicción de que Lucy era la clave de todo, la respuesta a la pregunta que yo no lograba formular. Hurgaba en mi memoria, pero lo único que veía claro era la pena de una chica a la que su mejor amiga había abandonado, o la forma en que me había mirado esa noche cuando me había marchado, cuando me había subido al coche, eligiendo a otra persona antes que a ella y cercenando el vínculo que pudiera haber habido entre nosotras. Me quité esa imagen de la cabeza.

A lo mejor Maude tenía razón.

—Estás confundida, Alice —volvió a susurrar, y se acentuaron sus patas de gallo—. La pena te hace imaginar cosas, pero no debes permitirlo. Tienes que quitártelas de la cabeza. —Forzó una sonrisa—. No te angusties, querida, yo me ocuparé de todo.

Asentí sin entusiasmo, perdida aún en la crisálida de mi propio dolor. Si tía Maude decía que Lucy no tenía respuestas, me fiaría de ella, por completo. Recordé lo sucedido tras la muerte de mis padres, lo sumida en la pena que había estado, cómo las sombras se habían apoderado de mí y cómo le había rogado a ella que las hiciera desaparecer. Y lo había hecho. Me había ayudado a recomponerme, como había prometido, si no del todo al menos lo mejor que había podido, uniendo y pegando los pedacitos en que me había roto después del accidente. Así que volvería a confiar en ella, en que me recompusiera de nuevo, en que todo fuera bien. Encontré consuelo en la idea, en la posibilidad de liberarme de la rabia, del odio, de la convicción. Me daba paz dejar que se me escapara entre los dedos, no tener que seguir aferrada a ello, asida con todas mis

fuerzas. Al fin y al cabo, Tom ya no estaba; todo me daba igual. Incluso Lucy, y lo que había sucedido después, con su lado de la habitación vacío y silencioso; incluso las extrañas palabras que mi tía había pronunciado.

Por eso no le pregunté qué significaban.

En la quietud, volví a sentir que crecía la rabia, igual que aquella noche. Estaba harta de respuestas esquivas, de la escasa información que Lucy me proporcionaba solo cuando a ella le convenía. Aún no sabía por qué estaba en Tánger en realidad, ni cuánto tiempo tenía pensado quedarse. Ni siquiera sabía cómo pasaba el día, solo lo que ella me contaba cada noche. Noté que de pronto me acaloraba, que las manos me empezaban a temblar. Me obligué a mantener la calma, a centrarme en mi té moruno, que se había enfriado y espesado, pero descubrí que no lograba abstraerme de mis pensamientos. Estaba cansada de fingir y no podía seguir así, aunque ella sí pudiera. Sentí que mis emociones comenzaban a amontonarse, a treparme por dentro, a calarme los huesos, y la acusación se me instaló en la punta de la lengua.

Lo cierto era que nada había vuelto a ir bien desde la noche del accidente. Además, entre nosotras, entre Lucy y yo, todo había empezado a estropearse mucho antes, y aquella época en la que estábamos tan unidas había quedado tan lejos que me costaba recordarla. Había momentos en que atrapaba pedacitos de ella, que brillaban a lo lejos, momentos en que sentía la misma atracción por ella, fuerte y persistente. Pero había algo más, algo ineludible, que hacía que, después de todo lo ocurrido, ya no pudiera confiar plenamente en ella, aunque quisiera.

Sabía, por supuesto, que no era responsable de lo ocurrido, no como yo lo había sospechado al principio, esa noche oscura y fría en que me había vuelto hacia atrás en el coche, con los ojos inyectados en sangre, convencida de que había sido ella. En mi mente, la había convertido en algo ruin, monstruoso, una de esas sombras que me asaltaban en la oscuridad, esperando, siempre al acecho, para atraparme. La verdad era mucho más sencilla. La verdad era que, de no haber sido por ella, yo no habría hecho aquella llamada telefónica, no me habría subido a aquel automóvil la noche de la ventisca. De no haber sido por sus celos, por su extraño comportamiento, nada habría ocurrido. Esa era la verdad, o al

menos una parte. Y la razón por la que me quedé de piedra y tartamudeé en su presencia la mañana en que llegó a Tánger, porque, al verla, siempre me acordaría de él, de lo sucedido, de lo que provocó.

Pero había algo más.

Me volví hacia ella, bajándome de nuevo las gafas de sol para poder mirarla a la cara, con los ojos bien abiertos, impávidos. Abrí la boca para decírselo, para acusarla, por fin.

—Te marchaste —dije en su lugar. Pretendía que fuera una pregunta, pero mi entonación se desplomó, pesada y torpe, y me pregunté si no sería esa la verdadera razón por la que había pasado tanto tiempo culpándola: que me hubiera abandonado cuando más la necesitaba—. Después del accidente, después de lo de Tom —añadí, verbalizando lo que llevaba tanto tiempo rumiando y que había interpretado como prueba de su culpabilidad, como aceptación—. Te marchaste.

Me miró, entornando los ojos.

—Tú me lo pediste, Alice.

Fue parca en palabras, aunque sincera. Esa noche le dije que se fuera, le dije otras cosas que ya no recordaba, pero que me notaba en la boca del estómago en las raras ocasiones en que dejaba que los recuerdos me asaltaran. Había deseado cosas horribles en esos momentos, y se habían hecho realidad, solo que no le habían ocurrido a ella. Me habían ocurrido a mí, y también a Tom.

Y era por mi culpa, no por la suya.

Empezó a desmoronarse entonces el muro que había levantado entre las dos desde su llegada, desde aquella noche de ventisca. Noté que cedía la resistencia que me había esforzado tanto por cultivar, que su masa ya no era algo tangible, sólido, y que mis dedos la arañaban en vano, incapaces de aferrarse de nuevo a ella.

—No he vuelto a ser yo misma desde que llegamos, no del todo —dije, haciendo una breve pausa, dejando que la confusión se instalara entre las dos—. A veces todo me sobrepasa, ¿no te ocurre a ti? Tengo la sensación de que me falta el aire. Me aterra la idea de salir a la calle sola. Sé que es absurdo, pero no lo puedo evitar. Aquí no me siento yo. —Callé, miré al infinito, con la respiración agitada, entrecortada—. Sé que todo depende de mí, ¿no es así? Yo elegí mudarme. —Se me escapó una carcajada—. Aunque, ¿qué otra opción me

quedaba?

Lucy esperó unos minutos antes de hablar.

—¿Tan mal estás, Alice?

Quise rendirme a la intensidad de su mirada, pero no lo hice. Deduje por su cara, por su tono de voz, que no lo entendía, que no podía. Pensé en lo que había dicho antes de los distintos nombres que Tánger había tenido a lo largo de la historia. En cierto modo, me pareció oportuno: las dos estábamos en el mismo sitio, pero en versiones distintas de Tánger, y yo no podía imaginar la suya, un lugar excitante, un lugar donde empezar de cero. En mi versión, solo cabían el miedo y la soledad.

—Claro que no —murmuré con un hilo de voz. Pero entonces, incapaz de poner ya freno a las palabras que brotaban de mi interior, pregunté—: ¿Alguna vez te has arrepentido de haber ido a Bennington?

Lucy me miró extrañada, sobresaltada al parecer por mis palabras.

—¿Arrepentirme?

—Sí —contesté con voz temblorosa—. A veces creo que yo sí, que me arrepiento, muchísimo. Tengo la sensación de que nos mintieron. Nos hicieron creer que saldríamos al mundo y seríamos igual que ellos, que los hombres. Aunque es todo mentira, ¿no? Pensamos que aprendíamos una profesión, pero, en el fondo, aquello no era más que una escuela para señoritas, donde nos enseñaban pasatiempos para cuando nos casáramos. Eso lo complica mucho todo.

—Alice, no tiene por qué ser así —dijo Lucy.

Se me escapó una carcajada, una que pareció más un sollozo que otra cosa. Me apresuré a excusarme.

—No me hagas caso, Lucy. Es el calor, creo. Nunca lo he llevado muy bien. Los días soleados y calurosos me dan repelús. Me siento siempre como al borde de un precipicio. —Hice una pausa—. Se me pasará.

Pero en ese instante supe que no quería que se me pasara. Quería... ¡Ay, no sabía qué quería! Que me cogiera de la mano, como solía hacerlo, que me dijera que si quería escapar de Tánger, ella sería eso, mi escapatoria. Se me llenó la boca de palabras, de todo, de todo aquel desastre: lo mucho que se había distanciado John de mí con los meses, lo convencida que estaba de haberme equivocado al acceder a casarme con él, a mudarme a aquel condenado lugar...

Ansiaba hablar, desahogarme, contárselo todo a Lucy. Pero no me salían las palabras.

Me levanté, busqué con torpeza unos francos en el bolso y al muchacho que nos había servido el té, impaciente por marcharme, aunque no supiera adónde. Me sentía estancada, atrapada, y saber que no había salida, que no tenía escapatoria, amenazaba con sobrepasarme. Lucy se levantó también, dejó unas monedas en la mesa, anticipando mis movimientos una vez más.

Ya estábamos a medio camino del pasillo de bancales cuando noté el cuerpo de Lucy pegado al mío y oí un fuerte estrépito, justo debajo de nosotras. Di un respingo, sobresaltada por el ruido, convencida de que había sido uno de los camareros, quizá el muchacho que nos había servido el té, al que se le había caído de las manos aquel artilugio oscilante. Pero entonces volví la vista atrás y la vi: una mujer que me resultaba vagamente familiar, aunque no conseguía ubicarla, tendida al final de la escalera, rodeada por un intrincado mosaico de cristales rotos que resplandecían al sol.

Me tapé la boca con la mano, espantada.

—¿Lucy? —me oí susurrar.

Se armó un jaleo tremendo. Los camareros bajaron corriendo a ayudar a la mujer, que, según vi con un suspiro de alivio, se estaba incorporando, despacio. Los clientes se levantaron de sus asientos, unos cuantos incluso dejaron desatendidas sus pertenencias y se apresuraron a auxiliarla. Vi que la mujer tenía los brazos y las piernas llenos de rasguños, de la caída, de los cristales, no lo sabía. Se puso en pie, tentando el tobillo, como dudando de si cargar su peso en él.

Y entonces alzó la mirada, de ojos oscuros y luminosos, hacia donde estábamos Lucy y yo.

Noté que se me revolvía el estómago, que el regusto del té verde se me amargaba en la boca. Me asaltó una especie de miedo y, alargando la mano, me agarré con fuerza a la muñeca de Lucy.

—¿Nos vamos? —pregunté con la voz rota, hecha añicos. Le estaba clavando los dedos en la piel, lo sabía, pero no podía pararlo, no podía detener aquel extraño ataque de pánico. Porque en ese instante, a pesar de todo, a pesar de mi inquietud y mis sospechas, y de todo lo que había ocurrido entre nosotras a lo largo de los años, estaba convencida de algo que siempre había sabido de

Lucy: que me quería, que haría lo que fuese por ayudarme. Así que me volví hacia ella y le dije suplicante—: Lucy, por favor, ¡vámonos!

No tenía claro qué significaban mis palabras. Solo sabía que debía alejarme de allí, del café, de la mirada penetrante de aquella mujer, de la verdad de mi relación con John. No me veía capaz de explorarla, de sacarla a la luz y examinarla, aún no. En ese instante, solo quería apartarme de ella, de él.

De Tánger.

2



8

LUCY



—Deberíamos ir a Chefchaouen.

Lo propuse durante el desayuno, mientras Alice y yo degustábamos en silencio un té con tostadas, y lo dije sin meditarlo, sin que me preocupara que su respuesta fuese un sí o un no. Solo sabía que, tras el incidente del Café Hafa, buscaba con desesperación más vestigios de Alice, de la Alice antigua, la original, la que se había quedado trasnochando conmigo en la cafetería del pueblo, riendo delante de un café y unas tortitas con sirope de arce; esa al lado de la que había pasado sentada los inviernos, viendo crecer y menguar el fuego. Caí en la cuenta entonces de que Marruecos amenazaba con consumir esos recuerdos, con convertirnos a las dos en cenizas. Necesitábamos un descanso, del calor, del bullicio, de Tánger.

—Podríamos contratar un taxi —le propuse—. No es tan caro y es muy fácil. Podría ir a buscarlo ahora y estaría de vuelta en un minuto. Tú no tendrías que preocuparte de nada más que de preparar una bolsa. Y dicen que es muy bonito, Alice.

Lo dije con precipitación, como si aquel torrente de palabras bastara para protegerme de sus protestas, de su posible negativa.

Asintió con la cabeza, sosteniendo la taza de té con ambas manos, con los nudillos blancos de tanto apretarla.

—De acuerdo —respondió enseguida, como si necesitara purgar su cuerpo de aquellas palabras, antes de que le diera tiempo a meditarlas, a reconsiderarlas—. De acuerdo, Lucy. Vayamos.

Sonrió, y en su sonrisa pude ver un destello de esperanza, un destello de ella.

Supe entonces que había llegado el momento. De decirle lo que había visto, primero en el bar y luego en las calles de Tánger. Que aquel era el momento de transmitirle mis ilusiones y mis sueños de futuro, para nosotras, para que pudiéramos avanzar juntas, como siempre habíamos previsto. Pero primero debíamos alejarnos, de John, de Tánger, marcharnos a donde el pasado quedara completamente olvidado y el presente ya no pudiera alcanzarnos.

Llegamos tres horas más tarde. El trayecto solo debía llevarnos dos, pero Alice le había rogado al conductor que parara el taxi para poder salir a hacer fotografías del paisaje: de las rifeñas, de aquellas montañas verdes y onduladas que parecían tan fuera de lugar en Marruecos. Al principio, el taxista no lo entendía. De hecho, el pobre hombre se había asustado bastante cuando Alice había empezado a pedirle, histérica, que se detuviera y luego, al ver que no lograba hacerse entender con palabras, había comenzado a darle enérgicas palmaditas en el hombro.

Era la primera vez que la veía sacar la cámara de su madre. La carcasa que rodeaba el objetivo estaba mellada —«Culpa de mi madre», me había dicho con insistencia en una ocasión— y, al mirar a través de la lente, se veía una línea dentada que por alguna razón no salía en ninguna de las fotografías impresas. Alice me lo había explicado una vez, pero lo había olvidado. El mundo de la fotografía, y de la ciencia en general, no tenía mucho sentido para mí. Estaba lleno de números y de absolutos, algo que nunca se me había dado muy bien. Pero siempre me había encantado verla trabajar, observar desde el umbral de la puerta cómo vertía y medía los productos químicos necesarios, cómo agitaba y removía hasta que la mezcla era perfecta, hasta que los negativos se convertían en algo real, tangible, y por fin colgaba del anaquel las hojas de contacto.

Durante mis primeros días en Tánger, me había preguntado si se habría

dejado la cámara en Inglaterra, junto con los demás vestigios de su vida anterior, a los que parecía haber renunciado. En una ocasión, cuando ella estaba en el baño, yo incluso me había puesto a buscarla, aunque registrando su dormitorio solo había encontrado vestidos que no conocía, frasquitos de perfume que no olían como yo la recordaba y una extraña frialdad que parecía impregnar la estancia, como si no fuera del todo real, como si fuese solo fachada.

Eché un vistazo por la ventanilla trasera del vehículo y contemplé la estela de polvo que íbamos dejando a nuestro paso, vi cómo Tánger desaparecía a nuestra espalda, e imaginé que ya podía notar el cambio, la diferencia, que la opresión, el yugo era de pronto menor.

La cámara, me dije, era la prueba.

En Chefchaouen avanzamos despacio por la medina.

—¿Has visto lo azul que es? —murmuró Alice, y lo repitió una y otra vez hasta que pareció que ya no lo decía, que ya no esperaba respuesta, que se trataba solo de un ensalmo necesario para convencerse de que aquello era real.

A veces la perdía de vista, pero podía localizarla por el tintineo metálico, que resonaba en las paredes mudas. Sabía que, al volver la esquina, la vería allí. Así que aminoraba la marcha y la dejaba salir corriendo cuanto quisiera, a sabiendas de que podría encontrarla sin problema. Se respiraba una calma en la ciudad que resaltaba enseguida en comparación con Tánger. Nadie venía a vendernos nada, no nos hacían señas desde los restaurantes o los cafés. La quietud de aquel lugar, en contraste con el ruido y el bullicio de Tánger, resultaba espeluznante. No tenía claro si me acababa de gustar. Yo estaba hecha, siempre lo había estado, para las grandes ciudades: las callejuelas sucias y oscuras; el estrépito constante; los olores intensos y, a menudo, empalagosos, y la estrecha convivencia con masas de desconocidos. Chefchaouen era lo contrario. Era luminosa, mientras que Tánger era oscura. Corría el aire, mientras que Tánger resultaba asfixiante. Resultaba relajante, mientras que Tánger no dejaba respirar, tomar aliento a quien atrapaba. Yo no había nacido para ese sitio, pero vi que Alice sí. Estaba hecho a su medida y, por esa razón, decidí que era perfecto. Seguimos así, yendo de aquí para allá, casi una hora, al final de la cual Alice se volvió hacia mí, con los brazos descolgados a los lados.

—Estoy agotada, Lucy —dijo, suspirando—. Y necesito urgentemente una taza de té.

—Será té moruno —le advertí con una sonrisa trémula, preguntándome si aún sería demasiado pronto para reírnos de lo del día anterior, de su angustia, de su frustración, achicharrada bajo el sol de Tánger.

Inspiró hondo y sus pulmones soltaron aire como por primera vez.

—Me da igual —dijo, mirando a su alrededor, y su sonrisa se hizo más intensa—. Esta noche me da todo igual.

Después de eso, nos apresuramos a buscar un sitio en la medina donde pasar la noche.

—Mira, un hostel —observé, señalando el primer establecimiento que vimos, porque, aunque tenía el rótulo algo maltrecho, algo deteriorado, prometía igual.

Alice rio y me corrigió enseguida.

—Un *riad*. ¿Ves?, aún hay cosas que no sabes de Marruecos —apuntó en tono desenfadado y provocador.

Entramos cogidas del brazo, felices de abonar los francos que nos pedían a cambio de la llave de una habitación.

—De nuevo compañeras de cuarto —susurró Alice mientras esperábamos—. Será otra vez como en Bennington.

Asentí con la cabeza, pero no mencioné que en Bennington cada una tenía su cama, mientras que en ese alojamiento solo había una. Saber que compartiríamos un espacio tan pequeño, la posibilidad de esa proximidad, me produjo un cosquilleo en la piel, como si todos los nervios se activaran de emoción, con la promesa de lo que esa noche podría facilitar.

—Té —dijo Alice, asomando por encima de mi hombro mientras pagaba, por si se me olvidaba pedirlo.

—Sí, té, por favor —repetí.

El hombre que estaba al otro lado del mostrador se mostró momentáneamente confuso.

—*Thé?* —probé de nuevo.

Su rostro se iluminó.

—*Ah, bien, thé à la menthe.*

Las dos reprimimos una sonrisa.

—*Oui, merci.*

Con el té, pedimos un cuscús con tajín, aunque al final no nos acabamos ninguna de las dos cosas, porque nuestros estómagos no estaban acostumbrados a aquellos platos tan pesados. Aun así, el acto de comer, de engullir, parecía necesario. Una liberación de todo lo que, por lo visto, nos habíamos guardado y ocultado la una a la otra. Sentadas en el suelo de la habitación que habíamos alquilado, prescindimos de los cubiertos y atacamos los platos como lo hacían los de allí, con las manos. Los jugos nos chorreaban por los dedos, pero no nos molestamos en limpiarnos. Nos los chupamos, disfrutando del descubrimiento. Un trozo de lo que sospechábamos que era cordero. Uno de albaricoque. Una pasa. No eran frutas que asociáramos con comidas sabrosas, pero allí, a la tenue luz del atardecer marroquí, todo encajaba a la perfección. Cuando terminamos, teníamos los labios pringados de grasa, y las dos nos echamos a reír de vergüenza al ver a la otra.

—Damos miedo —declaró Alice, pero lo dijo riendo.

Le miré el vestido blanco, de repente repleto de lamparones: suciedad de nuestros paseos, manchas de nuestra comida. Yo no tenía mejor aspecto, sospechaba. Porque, aunque mis pantalones piratas y mi blusa contrastaban fuertemente con el vestido blanco de Alice, también eran de un tono claro y habían sido víctimas de nuestra apresurada ingesta.

—Supongo que esto ya no merece la pena guardarlo. —Me agarré la blusa por el cuello y tiré de ella para poder inspeccionar bien los daños.

—¡Pues claro que sí! —exclamó Alice—. Como *souvenir*. Un recuerdo de nuestro viaje.

La observé, sonriente y desinhibida, con la cara pringada de grasa y el vestido retorcido. Una parte de mí sintió ganas de agarrarla entonces, de asirla por sus delicados hombros y exigirle un porqué: ¿por qué se había sepultado en vida con un hombre que estaba claro que era indigno de su amor? Pero eso implicaba mencionarlo a él, y su infidelidad, y no podía hacer eso, no en ese momento. No era un día para John, ni un día para Tánger. Nos habíamos despojado de nuestras corazas por fin, y había vuelto Alice, la de antes, la original, la Alice de siempre, de la que yo me había enamorado. No estaba dispuesta a verla ahogada de nuevo, abrumada por el presente y por el futuro. Aún no.

—Ay, yo no puedo volver a Tánger con esto —indicó, observándose, de

pronto consciente de lo mucho que se había ensuciado—. Y no me he traído otro vestido, Lucy —añadió, mirándome—. Solo ropa de dormir. Supongo que ha sido una torpeza, pero es que me ha pillado todo un poco por sorpresa.

Vi que empezaba a poner mala cara.

—Tranquila —dije, deseosa de frenar la tormenta que se avecinaba—. Yo he traído otra blusa y otros pantalones. Te los puedes poner.

Arrugó la nariz sin dejar de parecer complacida al mismo tiempo.

—¿Tú crees, Lucy? ¿Pantalones? —Se inclinó hacia delante como para inspeccionar los que yo llevaba puestos—. Nunca he llevado pantalones.

—Toma —ofrecí, y alargué la mano para coger mi mochila, una reciente adquisición del zoco.

Aún olía a nuevo; la piel tenía un color entre oscuro y terroso. De estiércol, quizá. El olor asqueaba a casi todos los turistas, pero yo lo encontraba reconfortante. Había algo en él que me resultaba familiar, genuino. Como si el propio olor me garantizara su autenticidad, que el producto, por su material y fabricación, era de verdad de Tánger, de Marruecos, y no un sucedáneo esterilizado, enviado por mar hasta allí, con un precio desorbitado, expresamente para los turistas que buscaban esa versión de Marruecos. Saqué las dos prendas, ya arrugadas por el viaje, las contemplé consternada y se las di.

—Pruébatelo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Se miró.

—Pero voy hecha un asco. Ni siquiera me he dado un baño aún.

—Da igual, pruébatelo enseguida para ver cómo te queda.

Me pareció que le agradaba la idea, así que insistí hasta que cedió y la seguí sonriente con la mirada mientras se retiraba al baño para cambiarse. Dejó la puerta entreabierta y la vi quitarse el vestido, dejándolo caer sin ceremonias al suelo, donde el tejido se le amontonó alrededor de los pies. Lo apartó de una patada. Observé que ya no llevaba faja como en la universidad y que, aunque su figura aún era esbelta, ya no iba embutida y comprimida en aquella prenda rígida que por entonces se empeñaba en ponerse. Se quedó solo en sujetador y braguitas, con las medias prendidas por un liguero sencillo. La ausencia de la faja la hacía parecer mayor. No de una forma lamentable que me produjera

añoranza del pasado, sino de una que ponía en perspectiva los años que habíamos vivido juntas. De repente fui consciente de todo el tiempo que había pasado desde el día que la había visto por primera vez y de todo lo que se había interpuesto entre nosotras desde entonces.

—Bueno, ¿cómo lo ves?

Se plantó delante de mí, vestida con mi blusa de lino blanco y mis pantalones de color canela. Jamás la había visto sin uno de sus vestidos, sus modelitos infantiles. Ya hacía tiempo que había empezado a considerarlos una prolongación de ella, de modo que, cuando la imaginaba, ambos iban inexorablemente unidos. Desprovista de tales adornos (hasta llevaba menos maquillaje y el pelo menos arreglado de lo habitual), parecía del todo distinta, tanto que tuve la extraña sensación de que no la conocía en absoluto. El cambio me dejó sin habla por un momento.

Al reparar en mi silencio, puso cara de pánico.

—¿Tan mal me queda? —preguntó.

—No —dije, procurando tranquilizarla—. No, estás estupenda. Casi me parece que si me cruzara contigo por la calle no te reconocería —añadí, muy en serio.

Alice sonrió e hizo una especie de reverencia antes de volver a meterse en el baño. Oí que abría el grifo de la bañera y que el agua golpeaba la base esmaltada. Reapareció en el umbral de la puerta, aún vestida, pero con el botón superior de la blusa desabrochado.

—Esto era justo lo que necesitaba, Lucy. —Salvó la distancia que nos separaba, deprisa, y alargando el brazo me agarró la mano—. Gracias.

Sonreí. Yo seguí notando el calor de su mano aun después de que la retirara.

Esa noche no dormí. Continuaba despierta mucho después de que se pusiera el sol y el cielo empezara a oscurecerse. Sin previo aviso, empezó a llover sobre el tejado a dos aguas de nuestro *riad*. Lo oí mientras estaba tumbada en la cama, observando cómo Alice arrugaba el gesto y murmuraba en sueños palabras que no pude descifrar. Habían pasado unos minutos; horas, quizá. Al final, me levanté, me até la fina bata a la cintura y salí de la habitación, despacio y con sigilo, para no despertarla.

Alcé la cabeza y vi caer la lluvia en el cristal, y deslizarse después hacia abajo.

En la sala común, la temperatura había cambiado. Pasé por delante de las mesas donde al día siguiente nos servirían el desayuno: queso fresco, aceitunas y pan. Un poco de aceite, o mantequilla, si teníamos suerte. Caminé sin rumbo, sin objetivo, por delante de los cojines tirados en el suelo que hacían las veces de sofás y cuyas fundas decorativas ocultaban el lamentable estado del relleno. Reparé en una cajetilla de tabaco casi entera olvidada en una mesa y, aunque yo ya llevaba tabaco en el bolso, la cogí. Saqué un cigarrillo y me lo llevé a los labios, luego re Coloqué el resto dándole un toquecito a la cajetilla y me la guardé en el bolsillo de la bata. El cigarrillo, que era fuerte, me abrasó la garganta. Traté de recordar la última vez que había fumado uno de tan mala calidad. En el último año de universidad, me dije, cuando Alice y yo nos colamos en el estudio de danza una noche. Aunque, en realidad, no era «colarse», porque nunca ninguno de los edificios estaba cerrado con llave. Siempre había pensado que Bennington instaba a sus alumnas a una forma peculiar de rebelión, teniendo en cuenta que colarse en sus instalaciones, en lugar de escaparse de ellas, era nuestra diversión por excelencia.

—Martha Graham daba clases aquí —me había dicho Alice, mientras entrábamos en uno de los estudios.

Los suelos, aun a oscuras, brillaban por la capa de cera recién extendida. Tres de las cuatro paredes de la sala estaban forradas de espejos y la cuarta era un ventanal que daba al campus, aunque la noche cerrada impedía disfrutar del paisaje. En él pude ver nuestro reflejo: delgadas, pelo largo, una un poco más alta que la otra. No había nada destacable en ninguna de las dos, al menos a primera vista. Pero yo pensé entonces, contemplándonos, que habríamos podido pasar por hermanas. Había algo muy similar en nuestro porte, en la forma de movernos, cada movimiento consecuencia del anterior.

—¿Me has oído? ¿Lo que he dicho antes? —Alice se había acercado a los espejos, donde colgaba del techo una sog a larga y recia. La sostenía entre las manos—. ¿Lo de Martha Graham?

—Sí —respondí sonriente. No sabía quién era Martha Graham, pero no se lo dije porque quería que la noche fuera bien. Nuestra relación se había enrarecido desde que Alice pasaba casi todo el tiempo con Tom, o encerrada en el cuarto

oscuro. París y todo lo que habíamos planeado hacía tiempo quedaban ya muy lejos, promesas hechas por dos chicas a las que ya no recordaba.

Me hizo una seña para que me acercara a donde estaba.

—Toma —ofreció, y me puso bruscamente la soga entre las manos.

La miré confundida.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Columpiarte.

Seguí mirándola perpleja hasta que suspiró y me arrebató la soga.

—Observa —me ordenó.

Con la soga cogida por el extremo, se fue hasta el fondo de la sala. Luego plantó un pie en el grueso nudo de la base y, plegándose, enroscó en la maroma ambos brazos y una pierna. Saltó y subió la otra y, con el impulso, se propulsó hacia delante. Colgada de la soga, se balanceó por toda la estancia y yo me retiré a observarla. La melena le oscilaba, primero hacia delante y luego hacia atrás, de forma que no se le veía la cara, pero su risa resonaba por toda la sala mientras se columpiaba, convertida de golpe en un péndulo humano.

Oí un trueno que me devolvió a Chefchaouen. Me volví hacia la ventana, aunque solo veía oscuridad y mi propio reflejo solitario. Seguí mirando por ella, de pronto consciente de lo mucho que habían cambiado las cosas desde aquel día en la sala de danza hasta el presente en Chefchaouen. Alice no era la única que se había transformado. Sin ella, mi propia identidad se había resentido. Después del accidente, había intentado aceptar que no volvería a verla, que lo que hubiera habido entre nosotras se había deteriorado, había ardido en aquel tremendo infierno hasta convertirse en cenizas, en los restos de lo que fue. Y yo sentí esa pérdida. Un dolor físico, un nudo en el estómago, que tenía revuelto, ácido y furioso. Había habido momentos en Nueva York en que había vagado por las calles, incapaz de dormir, incapaz de dejar de pensar en ella. Había caminado hasta que me habían sangrado los pies, y luego había seguido caminando aún más, sin poder parar. Me había sentido perdida, a la deriva.

Continuaba sufriendo aquel zumbido en el oído, que ahora me parecía tan normal como entonces extraño. Me lo exploré con cuidado. Aún no tenía dolor ni signos de infección, solo una rara sensación de taponamiento. Y había algo. Me miré el dedo, cubierto de porquería. Por mucho que me frotase en el baño, Tánger no me daba tregua. Pero, mientras hacía unos días la idea me habría

deleitado, ahora pensé en la ciudad con una especie de pánico. Marruecos empezaba a ser demasiado peligroso, no solo para los expatriados que quedaban, sino también para Alice, porque Tánger amenazaba con hacerla su prisionera. Ambas necesitábamos volver a ser quienes éramos, pensé, y no solo durante veinticuatro horas.

Me quedé junto a la ventana, aunque la oscuridad me impidiera ver nada fuera. Alice tendría que saberlo. No podía seguir aguardando, esperando. Tendría que contarle lo que había visto, hablarle de ese reloj cuyo rápido tictac sonaba a nuestras espaldas, a todos los lugares a los que íbamos. Sabía que John no esperaría eternamente.

Tictac. Tictac.

Y, de repente, Alice estaba detrás de mí, como si se hubiera aparecido sin más, como si una parte de mi mente hubiese logrado convocarla. Contemplé nuestro reflejo en el cristal, pero ya no parecíamos hermanas. No estaba segura de qué había cambiado. Era cierto que ya no teníamos el mismo peinado: yo aún llevaba el pelo largo y anticuado, mientras que Alice se lo había cortado y lucía una melenita redonda. Me pregunté si lo habría hecho antes o después de mudarse a Tánger, si habría sido como consecuencia del calor o en previsión de este. Había algo más: las expresiones de nuestros rostros. Ya no eran intercambiables. Ya no había gestos compartidos, ni la complicidad que en su día había habido entre nosotras. No éramos más que dos mujeres, amigas íntimas, en su día, pero distintas. Ya no éramos la misma en absoluto.

—Tenemos que irnos, Alice —le dije con voz ronca, como si las palabras se me hubieran atascado en la garganta.

Se dibujó en su rostro una sonrisa lenta, soñolienta.

—Lo sé. Aunque ojalá pudiéramos quedarnos más. Para siempre, incluso.

Pensó que me refería a Chefchaouen.

—No, Alice. —Negué con la cabeza—. Me refiero a que tenemos que irnos de Tánger.

Despertando de golpe, se tensó. Retrocedió un paso, se alejó de mí.

—No puedes seguir aquí. No es seguro —continuó.

—¿No?

—No. —Me aclaré la garganta—. John sabe que lo sé, lo de Sabine.

Entonces me miró con cara de absoluta confusión. Y algo más, una expresión

peculiar que le fruncía el semblante y que me confirmó lo que había empezado a sospechar: que lo sabía. Quizá ignorara su nombre, quizá no tuviera la certeza, pero sabía que John tenía una aventura con otra mujer. Por mucho que hubiese querido enterrarlo, en el fondo lo sabía.

—¿Quién? —me preguntó espantada.

Meneé la cabeza e ignoré su estudiada reacción. Se acabaron los secretos, me dije, los fingimientos.

—Sabes bien quién es, Alice —le dije más fuerte, más seca.

Se quedó pasmada, no supe si por mi tono o por mis palabras.

—No lo sé —protestó.

Me incliné hacia delante.

—Sí lo sabes.

—No —repuso, y siguió retrocediendo—. No lo sé. No quiero saberlo. —Me miró suplicante—. No quiero saberlo, Lucy.

—Alice. —Empezó a negar con la cabeza con tanta vehemencia que me acerqué a ella preocupada—. Alice —susurré, procurando hablarle con una voz baja pero firme.

Estaba colorada, con las mejillas llenas de lágrimas.

—Lo sé —reconoció, y sus palabras sonaron como un gemido que quedó suspendido en el aire, entre las dos—. Lo sé, Lucy. Es muy embarazoso, pero claro que lo sé.

Exhalé, más tranquila al ver que estaba en lo cierto, que aún sabía interpretarla, que aún la conocía como la había conocido antes.

—¿Qué crees que hará, Alice? —proseguí—. Cuando descubra que lo sabes. Cuando se dé cuenta de que se quedará sin dinero. —Calló, con los ojos como platos—. Entonces ¿sabes qué tenemos que hacer? —insistí—. Tenemos que marcharnos antes de que se dé cuenta.

—¿Que se dé cuenta de qué? —susurró.

—De que tú también lo sabes. —No dijo nada—. No hay otra forma.

Ya no estaba segura de si me escuchaba. Temblaba con violencia, pese a que aún hacía calor y la humedad era patente en el vaho de las ventanas. Se abrazó, como para protegerse del frío, y descubrí que yo también temblaba, contagiada por ella.

—Volveremos a Tánger mañana. Se lo diremos juntas. Y luego nos iremos

—le dije con voz firme, serena.

—Sí —contestó ella en un murmullo, y se volvió hacia la ventana.

—¿No era eso lo que querías, Alice? —le pregunté—. ¿Marcharte de Tánger? ¿Volver a casa?

—Sí. Claro que sí —respondió.

Se me alborotó el corazón y supe que era el momento de dar el paso, de declararme. Me incliné hasta quedarme a solo unos centímetros de ella, con el rostro suspendido sobre su piel humedecida por las lágrimas. Y entonces la besé.

Antes de él, habíamos sido inseparables.

Pero ese año, nuestro cuarto año en Bennington, algo cambió. Alice empezó a pasar menos tiempo en nuestra habitación, siempre yendo y viniendo, al laboratorio fotográfico, o al pueblo, quedando con Tom en cuanto tenía ocasión. Con frecuencia la veía cruzar el césped en dirección al aparcamiento, camino del interior calentito del Skylark de Tom, que la estaba esperando. Era fácil de localizar. Como era de un rojo fuerte que resplandecía al sol, su silueta resaltaba entre los vehículos de color claro, más conservadores, del profesorado. Era asombroso que alguien tan joven como Tom pudiera permitirse un automóvil de esas características, teniendo en cuenta que la mayoría de los concesionarios se atenía aún a las normas del período de guerra, que exigían el pago de varios meses por anticipado para poder llevarse un coche nuevo. Noté una punzada de resentimiento, aguda e intensa.

Tom Stowel era, no tardé en enterarme, de una antigua familia de Maine, no de la parte plagada de pescadores y carpinteros, sino de la repleta de mansiones coloniales donde en verano se comía langosta todos los domingos por la noche. El dinero antiguo siempre era una garantía de bienestar: lo poco que aún quedara, o lo que pudieran pedir prestado con el aval de su apellido, nunca salía de la familia. Como herencia, Tom había recibido una beca completa en el Williams College; sin ella, no había esperanza de que el apellido Stowell se viera representado entre los muros de ningún centro educativo de prestigio de Nueva Inglaterra.

Parte de esa información me la había proporcionado la propia Alice, pese a lo asombrosamente reservada que era respecto a Tom, y el resto la había

recopilado yo de diversas formas, como con la ayuda de otras alumnas de Bennington. Resultó que las chicas de nuestro campus, que se habían empeñado en conocer bien a sus futuros maridos, lo sabían todo de los chicos de la escuela más próxima. Porque, aunque se licenciaron en Literatura y Matemáticas, y algunas incluso hicieron el curso preparatorio para Medicina, la inmensa mayoría, al parecer, ya tenía claro que su única profesión sería la de esposa y madre.

Yo me propuse saber todo lo que hubiera que saber de Tom Stowell: a qué clases iba, a qué chicos consideraba sus amigos... Recibí esa información con ansia, como si estuviera muerta de sed y los murmullos y rumores de mis compañeras fuesen la única agua del mundo que pudiera saciarla. No tardé en enterarme de que el coche había sido un regalo de su abuelo, el estoico patriarca, por su decimosexto cumpleaños. Mis notas empezaron a resentirse, pero me dio igual. Tom era mi principal asignatura, y mi vida, mi felicidad, dependían de saberlo todo de él.

En ausencia de Alice, me recliné en mis guaridas de siempre; pasaba las tardes en la biblioteca, convencida de que pronto se cansaría de él, de que algún día regresaría sin más, que cruzaría las puertas de madera maciza, sonriente, cargada de libros. Entonces los meses anteriores se esfumarían, se evaporarían como si jamás hubieran existido. Observé y esperé, pacientemente, segura de que a Tom se le acababa el tiempo.

Y cuando al final de la jornada ella no aparecía, yo me iba a casa, temblando por el frío de aquel invierno que se avecinaba, preguntándome si algún día volvería a entrar en calor.

Para tenerla cerca, empecé a cogerle ropa prestada de su armario. Una bufanda, un par de medias... Todo parecía impregnado de su aroma, entre especiado y floral, tan característico como cualquier perfume. En una ocasión, me puse uno de sus conjuntos, que, aunque cedió, no llegó a ajustarse a mi cuerpo, y eso me entristeció al principio. Entonces me acordé de que Alice y yo no éramos lo mismo. Éramos distintas e independientes, y solo una cuando estábamos juntas. Al ponerme su ropa, su olor me lo recordó y me ayudó a serenarme, aunque fuese un instante.

Pero entonces entró ella.

Las mejillas se me encendieron de vergüenza, y me quité el vestido

enseguida, notando cómo cedían las costuras. En su rostro vi la perplejidad —y algo más, el horror, comprendí— de encontrarme así, vestida de ella. Y aunque me aseguró que no pasaba nada, que podía ponerme sus cosas cuando quisiera, sus palabras me hundieron. No lo había entendido, había atribuido mis actos a la vanidad, sin pensarlo, sin darse cuenta de que era todo por estar más cerca de ella. Después sentí la necesidad de ser cruel, de castigarla, consumida por el deseo de que supiera lo que era ser menos, inferior, estar a merced de los caprichos de los demás. Ella me lo había hecho a mí una y otra vez sin reparar en los daños y, en esos momentos, me apeteció que supiera lo mal que sentaba.

Pero un día Alice volvió a aparecer en nuestro cuarto, me tendió la mano, y todo lo demás se esfumó. Vi resplandecer en ella un anillo de oro rosa con un diamante minúsculo. La miré y le pregunté.

—¿Así que ya está todo decidido?

Mi voz sonó distante, como si resonara por toda la habitación.

—Casi —contestó sonriente—. Aún no es oficial, pero hemos pensado celebrar la ceremonia después de la graduación. Luego Tom me va a llevar al extranjero.

Ya no habría París, ni Budapest, ni El Cairo.

Juntas, no.

Entonces negué con la cabeza, me dije que no, que no me obligarían a volver, a regresar a mi vida mezquina y aburrida, una vida de oscuridad, de mediocridad. Ella había sido quien me había sacado a rastras de la penumbra de la biblioteca, de la de mis propios pensamientos, y yo, a cambio, la había ayudado a deshacerse de las sombras, a apartarse de la ansiedad que se había apoderado de ella desde la muerte de sus padres. Era todo muy evidente, pero, por alguna razón, se le había nublado la mente. No veía que Tom Stowell no podía quererla como yo, que él no la entendía. Necesitaba, lo supe entonces, que se lo recordaran.

Entonces sonreí y la felicité.

Y empecé a maquinar.

Anclé mis labios a los de Alice y aquel gesto me resultó muy familiar, de tantas veces como había pensado en ello, en ocasiones convencida de que jamás

ocurriría. Y esperé, una reacción, una señal, cualquier cosa que me indicara lo que pensaba, lo que sentía. Entonces —sí, lo vi claro— noté que reaccionaba, que su cuerpo se movía y sus labios se separaban un poquito. Cerré los ojos con más fuerza y procuré invertirlo todo en ese gesto: el anhelo y la ensoñación de los años transcurridos desde que nos habíamos conocido, la pena del año que habíamos estado separadas y la esperanza que ahora tenía en el futuro.

Más tarde, en el dormitorio, me volví hacia ella y sonreí.

—Es el destino, ¿no lo ves? Después de todo lo que hemos pasado juntas — dije, bajando la voz a un susurro—. La noche del accidente de Tom... —La vi estremecerse, pero insistí, porque tampoco podía seguir ignorando eso—. Pensé que no sobrevivirías, con los frenos rotos, y entonces te vi y creí que habías muerto, estaba convencida, pero resultó que no y...

Enmudecí al ver su cara. Se había puesto pálida y me miraba fijamente. La observé, esperando a que hablara, pero guardó silencio. Me volví un instante hacia la ventana; el vaho impedía ver casi todo lo que había allí un momento antes. Ya no encontré a Alice reflejada en el cristal, solo mi propio rostro extraño, contemplándose a sí mismo.

9

A L I C E



Casi había conseguido engañarme.

En su presencia, me había permitido olvidar el terrible pasado, el tedioso presente y el deprimente futuro que cualquier adivinadora que se preciara habría podido leer en la triste y maltrecha palma de mi mano. Había cerrado los ojos en el asiento de atrás de aquel taxi destrozado y había dejado que mi cuerpo se bamboleara de un lado a otro, que se agitara con las hondonadas y las curvas de Marruecos, soportando que el viento y la arena me azotaran el rostro y olvidando que todo eso existía. Me había retrotraído hasta ese momento, antes de que todo se estropeará tanto, en que lo único que sentía era determinación y esperanza, y la certeza de que el futuro sería lo que yo quisiera que fuese.

Y casi había funcionado. Durante unas horas arrebatadoras y maravillosas, tan absolutamente puras y bellas que en algunos instantes casi me costaba respirar de gozo, lo había conseguido todo. Había sacado la cámara y había hecho fotografías. Había sonreído a los desconocidos, reído por la ternura de los niños. Me enfrentaba cara a cara a lo desconocido y solo quería más. Había comido y bebido hasta pensar que reventaría. Reído hasta que me dolieron los músculos, hasta que me pesaron las extremidades. Y, de pronto, la fachada se

había desmoronado a mi alrededor, se había hecho añicos en torno a mis pies desnudos, y yo había sabido que jamás volvería a recomponerla.

Ella me había susurrado las infidelidades de John, me había recordado cosas que yo ya sabía, pero que me había empeñado en enterrar muy hondo. Me había convencido de que debía marcharme de Tánger, de que debíamos marcharnos de Tánger, juntas. En secreto, al abrigo de la noche, porque también sabía lo del dinero, lo de la asignación que Maude me pasaba (y, por extensión, a John), sabía lo que perdería él con mi ausencia, y no pregunté cómo, porque imaginé que lo habría averiguado sin más, como lo averiguaba siempre todo. Me había parecido muy lógico y había asentido y accedido. Tánger no era para mí, nunca la había hecho mía, ni ella a mí suya. Marcharme no me supondría un gran trastorno.

Pero entonces había mencionado el accidente. Había dicho la palabra mágica, Tom, y había hecho que aquello se desvaneciera de golpe, sacándolo todo a la luz de tal forma que no me había quedado más remedio que volver a verlo, una vez más. Yo no quería que pronunciara su nombre, que nos viéramos obligadas a encarar el pasado, a recordar. Quería que siguiéramos como estábamos, aunque solo fuera un poquito más. Pero ella lo había mentado y el hechizo se había roto. Lo que había dicho después nunca lo había comentado la prensa, ni la policía, ni siquiera Maude, porque yo jamás lo había mencionado, no se lo había contado a nadie; lo sucedido en esos últimos minutos lo había mantenido en secreto, me lo había guardado para mí, consciente de que verbalizarlo no cambiaría nada, no podría cambiar nada. Tía Maude me había dicho, semanas después, cuando empezaba a recuperarme de la conmoción, cuando por fin pude volver a incorporarme, a escuchar, a comer de nuevo, que había quedado poco del vehículo siniestrado, solo unos cuantos fragmentos y pedazos carbonizados que la policía se había esforzado en examinar, sin llegar a ninguna conclusión oficial.

En el viaje de vuelta en taxi al día siguiente, me vino a la memoria un recuerdo vago que procuré aclarar. Pensé en las cosas que Lucy me había contado de su familia, de su padre, del taller mecánico en el que trabajaba, y sentí que me faltaba el aire, como si los pulmones hubieran dejado de funcionar. Me costaba respirar, y el trayecto entre Chefchaouen y Tánger se me emborronó; de repente no recordaba nada, en absoluto, salvo lo que ella

había dicho, lo que me había susurrado mientras la lluvia resbalaba por el tejado, ruidosa e insistente, por lo que, por un instante, llegué a pensar que me equivocaba, confié en equivocarme.

Pero no. La había oído bien, había oído lo que había dicho, acariciándome la mejilla con su aliento caliente y húmedo mientras ella sonreía, suspiraba e, inclinándose hacia mí, me susurraba su nombre, me susurraba lo de esa noche.

Me susurraba lo de los frenos.

Cuando John nos recibió a nuestro regreso, viéndonos llegar, muy despacio, desde el umbral de la puerta al apartamento, hice todo lo posible por cambiar de cara, por albergar algo de la persona que había sido antes de que nos fuéramos. Subí la escalera con una especie de miedo; el peso de lo que había averiguado me aprisionaba de tal forma que ya no podía prever el futuro, ya no podía, de hecho, ver más que un paso detrás de otro.

Estando ya más cerca, John me gritó:

—¿Qué demonios llevas puesto?!

Me miré, tirando avergonzada de la blusa y pasándome las manos, nerviosa, por los pantalones, impaciente por deshacerme de ambos.

—Me lo ha prestado Lucy —dije, ruborizándome al mencionar su nombre, como si aquella noche fuese algo que llevara grabado en el rostro, como si John no tuviera más que mirarme para leer todo lo sucedido, todo lo ocurrido entre nosotras.

Arrugó el gesto.

—¿Qué le ha pasado a tu ropa?

—Se ha ensuciado.

Noté que mi voz sonaba seca, cortante, pero no pude hacer nada por cambiarla; fue como si me hubieran succionado toda la energía del cuerpo, como si me hubiese abandonado de golpe el esfuerzo que había hecho todos esos meses por sonreír y asentir con la cabeza, por actuar como si no hubiese cometido un terrible error al mudarme a Tánger con él.

Ya no era posible.

—¿Ensuciado? —Rio—. ¿De qué?

Suspiré hondo.

—¿Importa?

Lo vi momentáneamente perplejo.

—No, supongo que no —dijo al fin.

Meneó la cabeza y se apartó para dejarnos entrar; luego comentó, socarrón, lo mucho que le había sorprendido mi nota, aunque lo cierto era que le había desagradado. Pasándose los dedos por el pelo, soltó una carcajada que pretendía ser desenfadada, pero vi que sus ojos buscaban los míos, intrigados, especulando, tratando de averiguar si Lucy habría conseguido contarme su secretito. No se daba cuenta de que yo ya lo sabía, de que él no era el único que podía esconder cosas.

—Quizá convendría que te dieras un baño —señaló con voz seca—. Vas cubierta de polvo. —Rio de nuevo—. Y con esa ropa la gente se hará preguntas.

Lo miré, entornando los ojos.

—¿Preguntas de qué, John? —espeté, provocándolo de forma velada.

—No sé —contestó, un poco a la defensiva—. Pero nada bueno, sospecho.

Me dieron ganas de replicarle, de explotar, aunque las palabras se me quedaron atascadas en la garganta, y luego el momento se esfumó, junto con la insinuación. Con el silencio, John reforzó su argumento de que no lo decía por nada en particular, que estaba irritado, preocupado por mi ausencia. Y algo de verdad debía de haber en eso, porque tenía los ojos rojos e hinchados, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Entonces me sentí avergonzada por saltar, por enfadarme con John por algo de lo que él no sabía nada. Me dispuse a explicárselo, pero ya había cambiado de tema y proponía que tomáramos una copa, que saliéramos, que fuésemos a un club de jazz, esa promesa que había hecho la primera noche, que de pronto parecía tan lejana, revelando un entusiasmo por salir que, sospeché, se debía a su intención de tenernos vigiladas, de controlar lo que se decía y lo que no. Me pregunté por qué se molestaba siquiera, ahora que ya tenía a otra. O a lo mejor pretendía conservarnos a las dos, a mí y a Sabine, como la había llamado Lucy. No me habría sorprendido. Vi que Lucy me miraba, con dureza e insistencia, como siempre, instándome a hablar, a poner en marcha nuestro plan, no, el suyo, recordé. Me levanté, notándome encima la mirada intensa de ambos y, por un instante, pensé que iba a estallar, a reventar en un millón de pedacitos, allí mismo, delante de ellos. La idea me produjo una especie de satisfacción. Apreté tanto los puños que me clavé las

uñas en las palmas de las manos.

—Voy a darme ese baño primero —dije con pretendido desenfado, aunque mi comentario resonó por toda la habitación, sombrío y plomizo.

John tenía razón: después del largo viaje en coche, estábamos sucias, cubiertas de polvo y quemadas por el sol, y nuestro cuerpo se escamaba por segundos.

Me alejé aprisa de ellos, notando sus ojos clavados en mi espalda.

Ya al otro lado de la puerta cerrada del baño, solté un suspiro hondo y prolongado, y me pregunté si me habrían oído, si me estarían escuchando los dos al otro lado de la puerta. Abrí el grifo y dejé correr el agua, sentada al borde de la bañera de porcelana, hasta que empezó a salir hirviendo, sin importarme, e incluso agradeciendo, que mi piel quemada por el sol pudiera ponerse de un rojo intenso.

Me sumergí en el agua, complacida de que esta ahogara mi alarido. Y al emerger, cuando por fin noté que el aire me llenaba los pulmones, que me ardían, tosí y espurreé y temí vomitar por el esfuerzo.

Había sido ella. Y yo siempre lo había sabido.

Eso era lo que la bruma me había ocultado, aunque de golpe lo recordé, recordé que, en los días posteriores al accidente, había tenido la certeza de que había sido ella. Sin embargo, cuando lo había insinuado, primero en el hospital y luego en Inglaterra, tía Maude había rechazado mis acusaciones con un gesto despectivo y me había dicho que estuviera quieta y callada. Y como no estaba del todo segura, porque nunca estaba del todo segura cuando se trataba de Lucy, de los rincones oscuros de mi mente, le había hecho caso y había cerrado los ojos a esa posibilidad.

Pensé en Chefchaouen, en todo lo que me había movido dentro, bueno, malo, aterrador, y me enfurecí con Lucy, conmigo misma. Giré el mando del grifo un poco para que el agua hirviendo abrasara los pensamientos que me rondaban la cabeza.

Le diría que sabía lo que había hecho, y luego la obligaría a marcharse.

Cerré los ojos y deseé ser lo bastante valiente, lo bastante inteligente esa vez para asegurarme de que se iba, y no solo de Tánger, sino también de mi vida. No podía haber más reapariciones, no podía volver a llamar a mi puerta. Debía echarla, purgar mi vida de ella, de una vez por todas.

Había hecho lo indecible por olvidarlo, por enterrarlo, por superarlo. Me había casado con John, me había mudado a otro continente, a miles de kilómetros del lugar que me recordaba a él, a Tom. Ahora sabía que el pasado nunca se iba del todo y que no podía dejarlo atrás para siempre, que la bruma no me protegería eternamente. Sentí resurgir entonces cada doloroso detalle de esa época, y el calor del agua, de Tánger, dejó de presionarme la piel.

Estremecida, tuve la sensación de que jamás volvería a entrar en calor.

1 0
L U C Y



Caminamos en silencio por el distrito de la Ville Nouvelle. Según avanzábamos, presentí que aquel espacio estaba, por así decirlo, fuera de mi jurisdicción, como si esos otros lugares de la ciudad —la medina, la *kasbah* y todas las vueltas y revueltas que existían entre ellas— me pertenecieran por entero, mientras que aquellas calles seguían siéndome desconocidas, se negaban a confiarme sus secretos. Me parecía estar en territorio de John. Y había algo más: la intranquilidad que me producía el silencio de Alice; Chefchaouen quedaba, de golpe, muy lejos, y yo me veía incapaz de entenderla, de comprender por qué no le había contado a John nuestro plan, por qué, en su lugar, lo seguíamos por las calles de Tánger en una especie de inquietante gincana cuyo premio desconocíamos todos.

—Primero, otra parada —dijo, entrando en una calle oscura que yo no conocía.

—Ay, John... —protestó Alice. Vi que Chefchaouen le había pasado factura. Estaba ojerosa y, pese a que había estado un buen rato en el baño, aún le quedaban arena y piel quemada adheridas al cuerpo, como si no se hubiera molestado en limpiárselas—. Quizá otra noche.

—No seas así —respondió él riendo, tirándole de los brazos, jugueteón, pero con cierta urgencia en sus movimientos, cierta insistencia y desesperación. Me recordó a Alice aquella primera noche, el modo en que reía y sonreía, la falsedad de todo aquello, y la terrible sensación de que todo acabaría haciéndose añicos a nuestro alrededor. John tenía la misma cara de psicópata, me dije. Pero, aunque Alice me preocupaba, el humor cambiante de John solo me producía desasosiego. Entonces se apartó de nosotras y apretó el paso, de forma que lo llevábamos delante, más que a nuestro lado—. ¡Venga, que ya casi estamos! —gritó en un tono cantarín que hizo que pareciera que jugábamos a algo, como si no fuese más que una broma.

Me recordó al flautista de Hamelín sacando a los niños de la ciudad y llevándoselos al bosque. Y, aunque conocía la versión edulcorada del cuento, esta se asemejaba más al relato de adultos en el que el hombre, por venganza, conducía a los pequeños inocentes a su muerte.

John, en lugar de sacarnos de la ciudad, nos metió en uno de sus muchos bares anónimos. Era un sitio viejo y sucio, e intencionadamente oscuro, para ocultar la porquería que la luz podría haber desvelado. Me pregunté en voz alta por qué había decidido llevarnos allí, pero él me ignoró y se adentró en el local hasta que llegamos al fondo y yo pensé que saldríamos por el otro lado. Entonces se detuvo en seco y chocamos con él.

—Ahí —dijo, señalando al suelo—. Quitaos los zapatos y dejadlos ahí.

Extrañada, me volví para observar a Alice, pero si a ella la asustaba aquel jueguito, no lo parecía. Al contrario, se inclinó hacia delante, se soltó las hebillas de sus zapatos de taconcito fino y los dejó caer en el suelo cubierto de mugre. Yo la miré perpleja y luego, consciente de que no podía hacer otra cosa que imitarla, me desabroché los míos y los puse en el rincón, confiando en que no los pisotearan en mi ausencia.

—Bien. —John sonrió, mirándonos por encima del hombro—. Ahora, seguidme.

Yo fui la última en entrar en aquel cuarto secreto y tuve que pestañear un instante para adaptarme a la penumbra, de forma que, cuando por fin procesé nuestro entorno —una especie de alfombrilla que no era ni de bambú ni de madera; paredes tan manchadas de tabaco que, a la escasa luz, no lograba distinguir su color y, por último, unas cuantas mesas bajas, alrededor de las

cuales se sentaban un puñado de hombres vestidos con la tradicional chilaba, fumando en pipa—, John y Alice ya se habían apropiado de una de las mesitas bajas y estaban sentados junto a ella, en el suelo, con las piernas cruzadas. Me uní enseguida.

—Me ha costado convencerlos de que vinierais aquí —dijo John con cara seria, aunque su tono era de autocomplacencia—. Esto es el equivalente a un club de hombres, no se permite la entrada a mujeres. Vosotras dos tenéis la suerte de que el dueño de este garito me debe un favor; de todos modos, le he prometido que no estaríamos más de un cuarto de hora, media hora a lo sumo.

—¿Y qué hacemos aquí? —pregunté, mirando a los otros hombres de la sala.

Casi todos parecían cincuentones, sesentones incluso, y pese a que se habían vuelto intrigados cuando habíamos llegado, la mayoría ya había dejado de mirarnos y había retomado la conversación interrumpida, la pipa abandonada.

—Esto —contestó John, al tiempo que sacaba su pipa, que, por lo visto, había llevado escondida en el traje hasta entonces—. No os da miedo, ¿verdad? —provocó, agitando la pipa de hachís delante de la cara de Alice.

Su sonrisa se transformó, se volvió ruin y perversa. No era el flautista de Hamelín, después de todo, me sorprendí pensando, más bien un lobo grande y malo que pretendía llevarnos por el mal camino. Era como si quisiera pincharnos, provocarnos, volvernos del revés para ver qué caía. Reparé en que estaba nervioso por lo que yo pudiera haberle dicho a Alice de Sabine, o quizá por lo que pudiera haber ocurrido entre nosotras. Lo notaba: sus sospechas, su paranoia, bullendo en el aire.

Alice le tendió la mano y, obediente, le dio una calada a la pipa humeante, y enseguida empezó a toser y a espurrear, para mi asombro y aparente deleite de John. Cuando me la pasaron, titubeé. Aunque siempre me había gustado el tabaco, desde muy jovencita, cuando robé mi primera cajetilla en la tienda de la esquina y bajé al arroyo en la bici a fumar, aquello era distinto. Fruncí los labios, intentando decidir si me convenía o no, decidir qué pasaba, porque la noche estaba cobrando un extraño cariz que yo no alcanzaba a comprender, que no lograba asimilar.

Entretanto, John reía a carcajadas.

—Hala, ¿ves? —declaró, arrebatándome la pipa—. No ha sido tan terrible, ¿no?

Ladeé la cabeza, sin saber a quién iban dirigidas las palabras. Y enseguida fue como si no las hubiera oído nunca. Todo se volvió confuso. El hachís, sumado a la copa que habíamos tomado antes de salir de casa, me aturdí y me alborotaba las ideas. Empezó a parecerme que llevábamos allí una eternidad, pese a que estaba segura de que habían pasado apenas unos minutos. Entonces decidí que no me gustaba, aunque solo fuera por la forma en que aquella sustancia parecía engullir el tiempo. Pero me sentía curiosamente envalentonada, allí sentada, en nuestro peculiar círculo de tres. Pensé en las palabras que quería decir, dispuesta a verbalizarlas por fin si Alice no lo hacía. La miré, para asegurarme de que ella sentía lo mismo, y me la encontré desplomada en el rincón, con los ojos vidriosos y la mirada distante. Me pregunté si sería por el hachís o si ya tenía ese aspecto antes y yo no me había dado cuenta.

Entonces noté que me quedaba sin aire. Me levanté y me dirigí aprisa hacia la puerta trasera, y asomé el cuerpo al aire nocturno. Inspiré hondo, despacio, agradeciendo que el sol ya se hubiera puesto, que el día hubiese empezado a ser algo menos húmedo. Me agarré la cabeza y deseé que dejara de darme vueltas, de moverse tan rápido.

Volví a mirar a la mesa. Alice seguía quieta, como petrificada, inescrutable. John, que le daba caladas resueltas a la pipa, alzó la vista y me sorprendió mirándolo. Intenté descifrar lo que se ocultaba tras sus ojos, pero pestañeó y se levantó de su sitio.

—¿Continuamos? —preguntó.

Oí un asentimiento a coro, pese a que yo no había dicho ni una palabra. Aun así, Alice y yo lo seguimos, de mala gana otra vez, como colegialas. Ninguna de las dos preguntó adónde íbamos; continuamos caminando sin más, calladas y sumisas, con la cabeza gacha, concentradas en las irregularidades del suelo que pisábamos para no dar un paso en falso en la oscuridad.

Llevábamos un rato andando en silencio cuando John se metió en un portal escondido. Aquello era más oscuro que el garito del que acabábamos de salir, por lo que tropecé varias veces antes de encontrar un sitio donde sentarme. En el escenario había un grupo de hombres mayores, en semicírculo, pero lo que tocaban, desde luego, no era jazz, eso lo podía distinguir hasta mi inexperto oído. De sus instrumentos emanaba un híbrido de música árabe y andaluza, y sus voces acompañaban de cuando en cuando la melodía. Tocaban juntos casi todo

el rato, como banda, pero había momentos en los que uno de ellos hacía una pausa y los otros seguían, como anticipándose al ritmo y a la cadencia de los demás. Vi que uno de ellos aprovechaba el receso para sacar una pipa de hachís que llevaba metida sin disimulo en el bolsillo de atrás. Le dio una calada, y uno o dos segundos se convirtieron en tres o cuatro.

Reparé en la cara de fastidio de John.

—Una mala noche, ¿no? —apunté, esforzándome por no sonar sarcástica.

Ignoró mi comentario.

—Bueno... —dijo, mirándonos, primero a una y luego a la otra, como debatiéndose entre rendirse a la desesperación o aferrarse a la ilusión, a la falacia de que todo iba bien, de que todo seguiría yendo bien. Yo miré a otro lado, sin saber cuál prefería—. Alice por fin ha salido del apartamento —añadió, y pese a que su tono jubiloso sonó duro, más crudo que antes.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y nos miró alternativamente, como impaciente por ver cuál replicaría primero, cuál mordería el anzuelo.

—No seas ridículo —espetó Alice, agarrando su copa y dándole un buen trago—. No soy una ermitaña.

Hablaba en voz muy baja y tuve que inclinarme sobre la mesa para entender lo que decía. Parecía hastiada, más áspera, muy distinta de la criatura vivaz que había sido hacía solo una noche. Traté de entender qué había cambiado.

—Bueno, debo reconocer que me ha sorprendido. Al principio pensé que habías vuelto a Inglaterra —observó John, con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos chispeantes. Soltó una carcajada—. Ay, mi pequeña *Alice in Wonderland*, ¿qué voy a hacer contigo?

—No me llames así —murmuró ella, pero su voz casi se perdió en medio del alboroto.

Entonces John se volvió hacia mí y me miró de arriba abajo, como estudiando mi aspecto. Blusa y pantalones otra vez, mi pelo largo y oscuro, poco a la moda, recogido en una trenza tampoco demasiado actual. Detecté la decepción en su rostro.

—¿Qué voy a hacer con ella? —preguntó, con los ojos clavados en los míos.

Se me pasaron por la cabeza un millón de respuestas, la primera de las cuales fue: «Dejarla marchar». No lo dije, pero noté cómo se me formaban las palabras en los labios. En su lugar, aparté la mirada y agarré mi copa, impaciente por

sentir la cálida serenidad de la ginebra.

Se hizo el silencio un instante y luego John indicó, mirándome:

—Oye, tus vacaciones estarán a punto de acabar, ¿no? —Se recostó en el asiento y agitó los cubitos de hielo de la bebida—. Ya va siendo hora de volver al mundo real.

Rio, pero detecté el destello de sus ojos.

Lo dijo con desdén. Percibí en sus palabras su resentimiento por mi relación con Alice, bullendo por todos los rincones de cada sílaba. Y vi la reacción de ella, el leve estremecimiento, la rápida inspiración. También lo había oído, lo había sentido; a fin de cuentas, de eso se trataba. De que sus palabras ofendieran, cortaran, desgarraran, hirieran. Que yo jamás encajaría, jamás sería una de ellas, eso era lo que John pretendía decir. De esas chicas de buena familia, de esas que lo llevaban en la sangre. De esas que despertaban con una larga y resplandeciente melena rubia, rostro pálido y anodino, y nariz aguileña, signo de riqueza y buena educación. Esas chicas que no tenían que trabajar para llevar la cena a casa, que solo tenían que fijarse primero en papá y luego en su marido. Yo era distinta, estaba marcada. Mi compromiso con el trabajo era un testimonio perdurable de las diferencias que nos distanciaban, y que terminaban separándonos. Mi amistad con Alice era algo que John no podía entender, pero, además, era algo que no le gustaba. De pronto lo vi claro. Yo la había contaminado, adulterado, por lo menos a su juicio. Nuestra amistad iba en detrimento de su carácter, algo que él quería anular.

Al principio, yo no había sido un problema para él: esa desconocida que se había plantado en su puerta, independiente, sola. Esos dos adjetivos significaban cosas muy distintas, yo lo sabía. Uno podía estar solo, pero ser del todo dependiente, como Alice. Estaba sola en Bennington, estaba sola en Tánger. Siempre había dependido de alguien: de su tía, de John, incluso de Tom, durante un breve período de tiempo. Yo era de otra especie muy distinta, de una que no había frecuentado los mismos círculos que John McAllister. En los primeros días lo había intrigado, hasta deleitado, la mujer que se sentaba en su sofá y bebía ginebra. Ahora estaba furioso, molesto por mi presencia constante y, quizá lo más importante, porque se sentía amenazado.

Sonreí, y los labios se me tensaron contra los dientes. Por un segundo, me noté un regusto a sangre en la boca.

—En realidad —dije, sintiendo de lleno los efectos de la noche, que me soltaban el pensamiento, que hacían que las palabras se me escaparan fácilmente de los labios—, da la casualidad de que yo no tengo un «mundo real» al que volver. He dimitido de mi puesto en la editorial.

Observé que Alice me miraba extrañada. No había querido decírselo, no hasta que nos marcháramos de Tánger, pero quizá era preferible que ese secreto saliera a la luz de antemano. Sí, me pareció que admitirlo me beneficiaba. Al fin y al cabo, ya no había nada que me atara a Estados Unidos, a Nueva York. Juntas podríamos ir a cualquier parte.

John asintió con la cabeza, le dio un sorbo a su copa.

—Entonces ¿qué? ¿Piensas buscar trabajo aquí, en Tánger? —Lo dijo enarcando las cejas, como si la idea fuese absurda, como si jamás hubiera oído un disparate de mayor calibre—. Dudo que encuentres muchas editoriales aquí. Además, ¿tu familia no te echará de menos, tan lejos de casa?

Vi que Alice se revolvía.

—Lucy no tiene familia, John. Ya te lo he contado —apuntó con visible retintín.

Él asintió con la cabeza.

—Claro, ahora me acuerdo, solo que... —hizo una pausa, se volvió hacia mí —, solo que eso no es del todo cierto, ¿verdad? —Soltó una pequeña carcajada—. He investigado un poco. Lo sé, lo sé —se excusó, mirando a Alice, que había empezado a protestar—, no debería haberlo hecho, es un abuso de poder y todo eso, pero me gusta saber quién vive bajo mi techo.

Me quedé quieta, esperando, preguntándome qué habría desenterrado, qué esqueletos habría sacado del armario. Él hizo una pausa y esperó también, y sonrió, rio, para magnificar el efecto, como para enfatizar su grandeza, lo que él consideraba un triunfo sobre la mujer que había amenazado con desbancarlo.

Y sobre Alice.

Ella me observaba; notaba su mirada, intensa y acusatoria.

Fue Alice quien habló primero, con un hilo de voz, temblando.

—¿Qué has averiguado?

—Ah, nada de mucho interés, la verdad. Una familia pobre de clase baja. Un piso minúsculo encima de un taller mecánico. Unos padres ausentes. Nada sorprendente. Supongo que esa es la mejor forma de definirlo.

—Pero... —empezó Alice.

—¿Sabes qué? —la interrumpió John—. Que a veces se me hace raro.

—¿El qué? —pregunté.

—Todo esto. Que estés en Tánger. Que te presentaras sin previa invitación.

Hablaba más rápido, empezaba a acumular la saliva en las comisuras de los labios. Al verlo, se me revolvió el estómago y aparté la vista asqueada.

—Alice quería que viniese —afirmé muy seria, fastidiada de tener que replicar a sus acusaciones, pero impaciente por defenderme de todas formas.

—No.

Me volví. Lo había dicho Alice. No había gritado, no precisamente, pero la palabra había sonado fuerte y rotunda. Parecía resonar en el espacio que nos rodeaba, pese a que había muchas personas. Fue como si estuviéramos las dos solas, como lo habíamos estado en su día, y la presencia de John resultara extraña.

—No —repitió, más serena esa vez, como si no terminara de creerse la palabra o lo que significaba—. No, no quería, Lucy. Nunca te he invitado. —Me sostuvo la mirada—. Nunca he querido que vinieras —susurró, y la última palabra casi se perdió en el bullicio de la sala, y no me quedó claro si la había dicho.

Alice se levantó y empujó sin querer la mesa; las bebidas que habíamos pedido se tambalearon peligrosamente y estuvieron a punto de caerse. Yo fijé la mirada en los vasos en precario equilibrio. En realidad, no me veía capaz de mirarla a ella, de verle la cara después de lo que acababa de decir. Cuando por fin me atreví, solo le vi la espalda, desapareciendo por la puerta principal del bar. Me volví hacia John y me sorprendió encontrármelo con la cara larga y descompuesta, en lugar de con la sonrisa de satisfacción que esperaba. Me pregunté si sería de confusión o de otra cosa. No hizo ademán de salir detrás de su mujer, sino que sacó la pipa de hachís. Esperé un instante, contando por lo bajo: uno, dos, tres..., y luego me levanté y fui a por Alice.

Las calles estaban atestadas. Cientos de tangerinos cantaban y agitaban banderolas. Pero no era una protesta, eso estaba claro. La gente bailaba y reía, dándose palmadas en la espalda unos a otros, como felicitándose. Noté el pulso

de la ciudad latiendo en ellos, en mí. Durante un instante de locura, me dieron ganas de acuclillarme, plantar las manos en la acera y sentir el murmullo, el latido, en mi piel. Fue como si la ciudad supiera que por fin, después de tanta espera, estaban pasando cosas. Yo lo notaba, como un hormigueo en las palmas de las manos. Observé a la gente moviéndose a mi alrededor: tangerinos, expatriados, turistas, viajeros. Nada deseaba más que seguirlos, que dejarme arrastrar por ellos, moverme y continuar moviéndome y no parar nunca.

Pero entonces me acordé de Alice.

Un lamento agudo y característico perforó la noche, el ruido que hacían las tangerinas para celebrar. «Ululato», me habían dicho, y mis labios se deleitaron en las curvas y los recodos de la palabra. Delante de mí vi a Alice, a unos pasos de distancia, abrazándose la cintura, igual que la noche anterior. Y eso que la temperatura aún no había bajado. A pesar de la ausencia del sol, el calor perduraba en el aire que nos envolvía. Noté que el sudor se me acumulaba en la base del cuello, en la de la espalda.

—¿Qué es eso? —preguntó Alice con labios temblorosos cuando me acerqué.

—No es nada —dije, ignorando si podría oírme con tanto ruido, si habría podido oírme en cualquier caso; la expresión de su rostro era indescifrable.

Busqué a John con la mirada, sin saber con certeza si habría salido del bar detrás de mí. Las voces empezaban a sonar más fuerte y habían comenzado los cánticos, aunque no pude distinguir qué decían. Había menos extranjeros en las calles.

Volvió a oírse el lamento y vi que Alice se estremecía.

—¡Es horrible! —gritó—. ¿Por qué no paran?

—Tiene algo que ver con la celebración, Alice —le expliqué.

Miró a su alrededor, explorando la multitud con la mirada.

—Suenan como si alguien se estuviera muriendo.

—No es así, te lo prometo —le dije, alargando la mano para agarrarla.

Me dejó tirar de ella y juntas empezamos a movernos otra vez, aunque su andar era cansino, como si caminara por el barro. Su rostro carecía de expresión y, sin embargo, esa ausencia parecía llenarlo por completo, tan absolutamente que inundaba sus facciones. Me dispuse a hablar, a preguntarle por lo que había dicho en el bar hacía unos minutos. Pero algo me lo impidió, una mano en el

hombro, y me volví, con el corazón desbocado, esperando que fuera John.

En su lugar, vi a Youssef, que me observaba.

Retrocedí, preguntándome cómo habría conseguido encontrarme, cómo, de hecho, había logrado encontrarme alguna vez en el desorden y la confusión permanentes de Tánger. Me lo quedé mirando, inundada de desconfianza, y entonces lo sentí todo de golpe —la anormalidad de esa noche, la intranquilidad, la rabia— y lo odié, por entrometerse, por interrumpir mi momento con Alice, por poner en peligro mi oportunidad de arreglar las cosas. Lancé una mirada de hastío por encima del hombro. Alice no pareció percatarse de la presencia de Youssef y siguió con la vista al frente, como ida, registrando con los ojos el caos que nos rodeaba. Volví a notarme la mano de aquel tipo en el hombro y la presión me provocó una mueca de dolor.

—Me quedé preocupado tras nuestra última conversación —me dijo, en voz baja e insistente.

Pestañeeé sorprendida. Nuestra conversación, sobre John, sobre Sabine, parecía que había tenido lugar hacia semanas, incluso meses. Pensé en lo mucho que habían cambiado las cosas desde entonces y en cuánto más estaban a punto de cambiar. Recordé lo que me había llamado, «esa chica», y cómo había reaccionado yo. Me sonrojé, la rabia fue rezumando despacio por los poros de mi piel y agradecí que la noche ocultara el rojo que iba encendiendo mis mejillas. Quizá me había precipitado, todo parecía apuntar a que sí. Y, pese a todo, sus palabras seguían fastidiándome, me dejaban un regusto amargo en la boca.

—Me ha estado evitando —dijo. Algo en mi interior se paralizó, enmudeció—. No acabo de entender por qué, pero es así —añadió, escudriñando en la oscuridad. Luego avanzó hacia mí, salvando la distancia que nos separaba. Di un paso atrás. Me miró con desdén, como si me leyera el pensamiento—. En el fondo, son todas iguales. Tangerinas. Cada marroquí que veis es para beneficio propio, está en venta. —Se acercó más—. Me pregunto, mademoiselle, cuánto está dispuesta a pagar —dijo, agarrándome de la muñeca, clavándome los dedos en la piel, pellizcándome— y qué quiere comprar.

Me zafé con violencia y, al hacerlo, choqué con Alice y la tiré al suelo; un grito escapó de sus labios. En ese momento me olvidé por completo de Youssef y de sus amenazas. No era más que un moscón. Ya era hora de que lo espantase

de un manotazo. Le di la espalda y ayudé a Alice a ponerse en pie.

—¿Te has hecho daño? —pregunté, sacudiéndole la falda, las rodillas, cubiertas de golpe de porquería y suciedad—. Alice... —empecé de nuevo, pero entonces apareció John, que ya volvía con nosotras. Llevaba el pelo sudoroso y lacio, pegado a las sienes, y su sombrero había desaparecido.

—Tengo que ir a la oficina —dijo, plantado allí delante, con los brazos colgando a los lados, como si el frenesí que lo había impulsado hacía solo unos minutos se hubiera extinguido y de él solo quedara el esqueleto. Se detuvo al ver el aspecto desaliñado de Alice.

—Se ha caído, pero está bien —afirmé.

John titubeó, luego asintió, reparando en los juerguistas que nos flanqueaban.

—Parece que Tánger se ha terminado. Al menos como la conocemos.

Se limpió el sudor de la frente y vi claro su amor por aquel país, por aquella peculiar franja de tierra que no era de nadie y era de todos. Vi lo mucho que le apenaba que fuera a cambiar tanto que él dejara de ser de los que mandaban para convertirse en un forastero, quizá por primera vez en su vida. Se sentía impotente, atrapado, incapaz de hacer nada. Y aunque me fastidiaba pensar que pudiéramos parecernos en algo, que pudiera existir un tejido conjuntivo entre los dos, sobre todo después de lo que había intentado hacer esa noche, también yo me había sentido así, de un modo u otro, todos los días de mi vida. Quise regocijarme de que en ese momento le pasara a él, pero la idea no cuajó en mí.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté, desconcertada por su cambio de actitud.

—Todo el mundo se está poniendo nervioso —dijo, encogiéndose de hombros, aunque su rostro revelaba preocupación—. Con todas las revueltas de los últimos años, no quieren andar por aquí cuando la cosa se haga oficial. —Meneó la cabeza hastiado. Agotado, pensé—. Tengo que irme. Volveré más tarde, aunque le he prometido a Charlie que mañana iré con él a Fez —añadió, dirigiéndose a Alice, que aún parecía ausente. Luego se volvió de nuevo hacia mí—. Llévala a casa, por favor. —Titubeó—. Y tened cuidado.

Y desapareció, se perdió entre la multitud.

Me desperté en plena noche, me faltaba el aire. Al principio no estaba segura de qué me había pasado: una pesadilla que me había devuelto a la vida o un ruido

dentro de la habitación. El corazón me latía deprisa, una especie de confusión me nublaba la mente y el agotamiento me impedía recordar dónde estaba y lo que había ocurrido. Tánger. Me vino todo de golpe a la memoria. Estaba en Tánger. Con Alice.

Y entonces la vi, de pie en el umbral de la puerta de mi dormitorio.

En ese instante nada deseaba más que verla salvar la barrera que nos separaba. Que entrara en la habitación, que se metiera en mi pequeña cama (la misma que ella había hecho para mí y que olía a ella y ahora a las dos), que me dejara consolarla, cuidar de ella. Era algo de lo que me había dado cuenta hacía años, el mismo día en que la había conocido. Nadie iba a preocuparse por ella, a quererla, a cuidarla más que yo.

Había esperado a que se diera cuenta también durante los años que habíamos vivido juntas en Vermont, en los meses que habíamos pasado felices, envueltas en la nebulosa de nuestra dicha doméstica. Había habido meriendas al aire libre, en el césped del «fin del mundo», en soleados días de primavera. Había habido paseos por el campus en otoño, aplastando hojas secas con los pies, tardes encerradas en la biblioteca. Y había habido inviernos. Su estación favorita, y la mía también, por lo mucho que la hacía sonreír, lo mucho que le recordaba a cuando era niña, a cuando era hija. Nos quedábamos en casa, junto al fuego, bebiendo té o chocolate caliente. Yo me aseguraba siempre de que nos hubieran traído leña y, si no, dejaba un recordatorio amable. Sabía cuánto disfrutaba contemplando el titileo de las llamas mientras nevaba fuera. Y el último año, cuando la estabilidad de la vida que habíamos construido juntas se había visto amenazada, me había encargado de eso también. Lo había hecho todo por ella, en silencio y sin protestar. Lo había hecho encantada, porque quería hacerlo. Lo había hecho todo esperando ese día en que por fin lo notaría. En que se daría cuenta.

Me quedé quieta, paciente, esperándola, como siempre.

Pero entonces habló y sus palabras partieron en dos la oscuridad.

—Quiero que te vayas, Lucy.

Se me paró el corazón, se me encogió el estómago. Pensé en esos terribles clichés que había leído en libros toda mi vida y sentí y comprendí todos y cada uno de ellos en ese preciso instante. Negué con la cabeza, como para sacudirme de dentro sus palabras. No era así como debía ser. No era eso lo que debía

ocurrir. Arrugué el gesto, dándole vueltas, procurando encontrarle sentido, comprender cómo podía haber cambiado todo tanto sin que yo me diera cuenta, en apenas unas horas. Sentí que la rabia, aguda e intensa, me oprimía la garganta. Ya había accedido a venir conmigo, me lo había prometido.

—Estás diciendo que John quiere que me vaya —espeté cortante, seca—. Eso es lo que quieres decir.

—No, Lucy.

Estaba erguida, tiesa, como si la seguridad en sí misma y la resolución dominaran su pose, tanto que me dieron ganas de tirarla al suelo, de librarla de lo que fuera que la estaba obligando a decir esas cosas tan horribles.

Se cruzó de brazos.

—Soy yo la que quiere que te vayas.

Me incorporé en la cama y me destapé.

—No lo dices en serio —repuse, en un tono entre apaciguador y hostil. Sus palabras me habían desconcertado, desanclado de tal modo que ya no era capaz de inferir lo que debía de ser para ella en ese momento, no era capaz de colegir lo que ella necesitaba que fuera—. No puedes decirlo en serio, Alice.

—Pues sí, Lucy —aseguró, afirmando con la cabeza, rotunda y categóricamente.

—No sé qué más te ha dicho él, pero no puedes permitir que nos haga esto.

Por un segundo la vi confundida; luego negó otra vez, acompañando el gesto de una pequeña sonrisa.

—No —negó en voz baja, mirándome a los ojos—. No, esto no es cosa de John. —Soltó una carcajada seca y amarga—. Esto es cosa mía, Lucy. Del todo mía. Soy yo quien te pide que te marches. —Hizo una pausa—. Que te vayas y no vuelvas nunca. Quiero que me dejes en paz.

Se me encogió el alma. No era cosa de John, me aseguraba, pero me dieron ganas de agarrarla, zarandearla y gritarle: «¡Claro que sí! ¡Claro que es cosa suya!». Estaba demasiado perdida, demasiado hechizada por él para poder verlo claro.

—Alice... —empecé. Levantó la mano, como si quisiera frenar físicamente mis palabras—. Íbamos a marcharnos —señalé, saliendo de la cama y dirigiéndome a ella—. Me dijiste que nos íbamos a ir, que lo dejabas, que dejábamos Tánger. Todo.

—No, Lucy. Lo dijiste tú. Lo decidiste tú.

Meneó la cabeza.

—Alice...

Alargué el brazo para acariciarla.

—No. —Retrocedió hasta el pasillo—. Nunca debería haber abierto la puerta. Jamás debería haberte dejado entrar. —Se encaminó a la puerta de su dormitorio, luego se detuvo—. Sé lo que hiciste. En Bennington. Sé que fuiste tú.

—Alice...

—¿Por qué me pediste que no me fuera?

La miré extrañada, desconcertada por la pregunta.

—No te entiendo.

—Aquel día. Aquel día espantoso en Vermont —indicó con frialdad, con crudeza—. Me pediste que no me subiera al coche. ¿Por qué?

—Porque sí —contesté, mirando a otro lado, solo un segundo. Pero se dio cuenta—. Porque no quería que te fueras, que siguiéramos enfadadas más tiempo.

—No —dijo, negando con la cabeza—. No me cuentes nada más, Lucy. No te voy a escuchar. No te voy a creer.

—Alice, estás confundida. —Me interrumpí, mirándola suplicante—. ¿De verdad me crees capaz de hacerte algún daño?

La vi vacilar, pero luego negó con la cabeza, deprisa, como decidida a convencerse.

—Tienes que irte, antes de mañana. —Dio media vuelta, como si fuera a marcharse, pero se detuvo, y sus palabras destellaron, brillaron en la oscuridad—. Si no te vas, llamaré a la policía y le contaré lo que hiciste.

Cruzó el pasillo, entró en su cuarto y cerró la puerta.

Se oyó el cerrojo, fuerte y rotundo.

No dormí esa noche.

Me quedé sentada, viendo cómo la luz se colaba en la habitación, proyectando sombras alargadas en las paredes que tenía delante; me pesaban los párpados, mis pensamientos eran dispersos y confusos. Cuando amaneció, un día

soleado y luminoso, salí del apartamento.

Una vez fuera, empecé a caminar. Recorrí senderos estrechos y curvas cerradas rumbo a lugares conocidos y territorios inexplorados. Caminé hasta que me dolieron los pies, hasta que se me agrietaron y me sangraron. Descubrí la tumba de Ibn Batutta, el explorador. Apoyé la mano en la tosca pared, pasé los dedos por la placa que se había puesto en su honor. E, igual que él, me negué a parar. No estaba cansada, ni tenía hambre o sed. Seguí adelante, sabiendo, muy en el fondo, que tenía que continuar caminando, que debía hacerlo. Era lo más importante. No debía parar, ni pensar demasiado. Al final, todo se arreglaría, lo sabía. Alice recobraría el juicio, le contaría a John lo que habíamos decidido y nos marcharíamos las dos, volveríamos a Inglaterra juntas, quizá parando primero en España unos meses. Lo imaginé: las dos en Madrid, luego en Barcelona. Beberíamos jerez en una y ginebra en la otra. Pasaríamos el día sentadas en terrazas, tomando tapas y degustando Rioja hasta que se pusiera el sol y llegara la noche. A Alice le gustaría más el vino que la ginebra.

Y entonces tropecé. Una piedra que no había visto. Un escombros que sobresalía del suelo, escondido. Fue una caída pequeña, pero suficiente para que me torciera el tobillo y me doliera cuando intentaba apoyar el pie. No me había visto nadie. Estaba sola en un callejón desierto. Aun así, noté que se me encendían las mejillas de vergüenza, de rabia. Había adorado aquel país desde el mismo instante en que había puesto un pie en sus tierras por primera vez, y así era como me trataba. Poniéndome obstáculos imprevistos bajo los pies, haciéndome tropezar en sus calles sucias, con el suelo cubierto de una retahíla de fluidos corporales en los que me producía escalofríos pensar, y dejándome las manos y las rodillas arañadas y coloradas, y el tobillo inutilizable. Pensé en Alice. Daba lo mismo, ¿verdad? Lo había hecho todo por ella, la había querido, la había cuidado, y ella me había tratado como si nada. Ocultándome cosas, impidiéndome ver con claridad. Haciéndome creer que estaba a salvo. El zumbido del oído se hizo más intenso. Me di unos golpecitos desesperada. El esfuerzo necesario para mantener la calma me resultaba imposible, insalvable. Noté que la rabia, la ira, me hervían bajo la piel. Sentí unos pinchazos por los brazos, seguidos de una urticaria más preocupante. Y aun así, pese al calor, mi piel se negaba a transpirar. El sudor estaba atrapado de algún modo en mi cuerpo y se negaba a salir. El resultado eran unas franjas de un rojo rabioso que me

subían por los brazos y me hacían zigzag por el estómago. Noté que se me extendían del cuello a la cara.

Un hombre volvió la esquina. Lo ignoré y deseé que hiciera lo mismo, desafiándolo a que me contrariara. Pasó por mi lado, en silencio, y por un instante me pareció que la rabia empezaba a remitir.

Entonces se volvió y me dijo:

—Sonríe. Sé feliz.

Le lancé una mirada asesina, repleta de odio, rebosante de violencia. Retrocedió y me vi impaciente por huir de él, de aquel callejón que olía a podrido. No, impaciente, no: desesperada. Ansiaba huir, y me noté las mejillas encendidas otra vez, ardiendo de nuevo por la rabia. La vergüenza se apoderó de mí y me fastidió que aquel hombre pudiera hacerme sentir así, que cualquiera pudiera hacerme sentir así. Noté, como me había ocurrido en el pasado, que esa rabia escapaba a mi control. Como el día del accidente. Noté que su energía me recorría todo el cuerpo, como si me hubieran devuelto a la vida con una descarga, me hubiesen electrizado y esa fuente de energía ya no pudiera contenerse. Tuve que hacer un esfuerzo bárbaro para no abalanzarme sobre él. Sabía que mi rabia no tenía nada que ver con él, que iba dirigida a alguien muy distinto, pero al mismo tiempo me veía incapaz de pararla. No quería. Me preocupaba que, si lo hacía, pudiera descomponerme, desmoronarme, que la rabia y el poder —sí, me sentía poderosa— que rezumaban por todos los poros de mi ser me hicieran insignificante e indigna de compasión, una figura de la que reírse, alguien a quien ridiculizar. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Aléjese de mí —le susurré furiosa, a sabiendas de que, aunque no entendiera mis palabras, captaría sin duda el tono.

Me miró confundido.

Casi deseé que hiciera algo —gritar, abofetearme, escupir—, lo que fuera, pero no hizo más que escabullirse por uno de los innumerables callejones de la ciudad y desaparecer en su intrincado laberinto.

Sentí desprecio por todos ellos. Odiaba a John y su sonrisita de autosuficiencia; odiaba los rostros anónimos con los que había ido topando hasta encontrar un sitio solitario en aquel mar de desconocidos y, aunque por un instante minúsculo, la odié a ella también. A Alice. Lo había hecho todo por ella: había recorrido medio mundo para encontrarla, para rescatarla del desastre en

que había convertido nuestra vida. La odiaba por su debilidad, por su cobardía, por retractarse siempre de la decisión que había tomado.

Solo quedaba una cosa por hacer.

Di media vuelta y, dejando atrás el callejón oscuro, enfilé el camino de regreso al núcleo de la medina, al Petit Socco. Entré en el Tingis, pedí un café y luego le pregunté al camarero si podía usar el teléfono.

Marqué el número, confiando en que estuviera aún en casa, confiando en que contestara él. Contuve la respiración y esperé a oír la voz de John.

Alice no tendría que haber estado en el coche esa noche.

Tom no tendría que haber muerto.

Pero entonces habíamos discutido, un torrente de palabras y acusaciones furiosas, tan poderoso como la tormenta de nieve que se desataba fuera. Una ventisca, había oído después que la habían llamado, de forma que, cuando quise darme cuenta de lo que estaba ocurriendo —que el coche aparcaba, que Alice se subía a él, que la tormenta estaba en su punto álgido—, las carreteras estaban cubiertas de hielo y el accidente fue mucho peor de lo que yo me había propuesto.

Pretendía que fuera un susto, y cuando hurgaba bajo el capó del coche de Tom, junto a la pared cortafuegos, actuando deprisa, de memoria, por experiencias que ya no quería considerar propias, inhalando el intenso e inquietante olor de la gasolina que me recordaba tanto a casa como a sitios completamente desconocidos, imaginé una pierna rota, una beca perdida, algo que lo apartara de Alice para que ella y yo volviéramos a estar solas. Con unos alicates ricé el cable, nada más, sabiendo que afectaría a la presión a los frenos. Pero no conté con que pudiera estallar, no conté con la nieve, el hielo, las montañas, Alice.

Intenté detenerla y no me hizo caso. Pensé en ir tras ella, adelantarme, colarme en el coche a su lado, pero me detuve, helada, tanto por la creciente tormenta como por lo que me dijo: que desapareciera, que no quería volver a verme. Me miró con tal cara de rabia, de odio, que la sorpresa me paralizó.

Luego volví dentro, me quedé plantada en nuestro cuartito, y supe que todo había acabado, que ya no había motivo para que permaneciera allí. Así que

preparé mi equipaje, una sola maleta con las cosas que llevaba cuando llegué: unos vestidos, unos pares de medias... Lo adquirido desde entonces (una novela de la librería del pueblo, una hoja seca del otoño anterior...) lo dejé allí.

Al principio pensé en evitar la carretera principal y lo que pudiera encontrarme en ella, pero luego me acordé del bosque, la oscuridad y la nieve, y seguí adelante.

Caminando en medio de la ventisca, con las manos temblorosas, amoratadas y entumecidas, me detuve ante el siniestro que mis deseos habían provocado y, allí de pie, me pregunté, mientras la sangre me zumbaba con fuerza en los oídos, para qué había servido todo aquello. Me encontré a Alice tirada en la nieve, a una distancia considerable del vehículo, con el cuerpo manchado de rojo y negro, casi irreconocible. Y ante el cuerpo de la chica a la que había amado, ahora sin vida como consecuencia, me dije, de mis anhelos, de mi voluntad, sentí que me envolvía la oscuridad, que me transformaba y me provocaba, que me obligaba a hacer cosas que yo no pretendía hacer y me dotaba de una monstruosidad a la que jamás aspiré.

Me trasladé a Nueva York, pasando primero por el taller mecánico en el que me había criado, por el que había dado gracias hacía solo unos días, por los veranos que había soportado, sudando junto a los hombres del edificio, lanzándoles miradas asesinas cada vez que ellos me miraban más de la cuenta. En el taller cogí el poco dinero que había en la caja (me lo debían, de tantos años de servidumbre) y compré un billete de autobús, solo de ida. Una vez en la ciudad, no me molesté en cambiarme el nombre; Nueva York era grande y nadie iría a buscarme, lo sabía.

Y así desaparecí. Me instalé en una pensión, con otras doce chicas, que huían de maridos maltratadores o negligentes, o que iban en busca de algo más. Durante las primeras semanas peiné los periódicos para encontrar una necrológica. A varias manzanas de la pensión había un puesto de prensa minúsculo donde vendían el periódico de nuestro pueblo, y todas las mañanas iba allí, tiritando de frío, convencida de que ese día el diario traería la esquila que esperaba, que temía. Pasó una semana hasta que apareció la de Thomas Stowell, larga como un testamento, por la excelsa y antigua línea de los Stowell de la que descendía, como si semejante linaje requiriera que su fallecimiento fuera reconocido. Esperaba una mención similar de Alice, pero no vi nada, y

según fueron pasando los días, esas mañanas en que el kiosquero me recibía, diario en ristre, pensando erróneamente que sus páginas servían de consuelo a una joven nostálgica en una ciudad nueva, todo aquello empezó a parecerme justo. Esa espera infinita que marcaba mis días era el destino, un castigo, y las pisadas anónimas que me llevaban de la pensión al kiosco, al trabajo y de nuevo a la pensión, lo único que podía esperar de momento. Y por un tiempo me convencí de que podía hacerlo, de que podía seguir así, escondida en el vacío frío y gris de la ciudad, la capa perfecta para ocultar al mundo mi monstruosidad.

Pero un día la vi, a la tutora de Alice, a tía Maude. La vi salir de un taxi a menos de metro y medio de donde yo estaba. Llevaba un vestido exquisito que debía de costar más que mi salario de un año, y un peinado elegante y caro. Y, aunque no había llegado a conocerla, la identifiqué enseguida por las fotografías que Alice tenía colgadas en las paredes de nuestro cuarto en la residencia universitaria, así que me dirigí a ella, porque necesitaba estar cerca de alguien que, en su día, había estado cerca de Alice. Me cerré todo lo que pude el abrigo raído alrededor del cuerpo con la esperanza de que ocultara mi vestido aún más deprimente, que, del uso, estaba tan desgastado por algunos sitios que no era difícil ver a través del tejido.

—Señorita Shipley —la llamé.

La tía de Alice se volvió, reparó en mi figura e hizo una mueca de desdén.

—¿Sí? —preguntó, cortante.

—Señorita Shipley —repetí, esbozando una sonrisa—, me ha parecido que podía ser usted. —Ignoré el modo en que frunció el ceño mientras intentaba, en vano, ubicarme en su vida—. Fui a la universidad con su sobrina, Alice.

Era la primera vez en meses que pronunciaba su nombre en voz alta y la palabra se me atascó, se me quedó atrapada en la garganta.

Al oír hablar de su sobrina, el semblante de Maude Shipley mudó, aunque no se relajó.

—¿De veras? Vaya —exclamó—, me aseguraré de saludarla de su parte.

Y solo con esa frase, con esa promesa, todo cambió.

Más tarde decidí que la presencia de tía Maude había sido una señal, una que no podía ignorar, una que demandaba, no, suplicaba mi atención. Entonces lo noté, noté que el hilo que nos unía a Alice y a mí empezaba a tensarse. No habíamos terminado, aún no. Nuestra historia todavía se estaba escribiendo. Era

el destino, decidí después. Empezaba a disiparse la oscuridad que se había cernido sobre mí mientras había estado sola en Nueva York y el pequeño nubarrón que me perseguía se alejaba por fin. Me acerqué a tía Maude y le dije:

—De hecho, ha sido una suerte que me haya encontrado con usted. He estado buscando una dirección actualizada de ella, para asuntos de antiguas alumnas, ya sabe, y no he sido capaz de encontrarla. No vive ya en su antiguo domicilio, ¿verdad? ¿En su casa de Londres?

Enarcó las cejas.

—¿Cómo me has dicho que te llamabas, querida? Me parece que no lo he oído.

—Ay, qué tonta soy —contesté, llevándome las manos enguantadas al cuello—. Cuánto lo siento, señorita Shipley. Soy Sophie, Sophie Turner —añadí, usurpándole el nombre a una chica que ocupaba uno de los cuartos de nuestro pasillo en la residencia universitaria, una figura olvidable con la que la mayoría de las chicas solo hablaban alguna vez por quiénes eran sus padres, por su posición social. Me había mantenido al tanto de la vida de algunas de ellas, sirviéndome de los recursos que me ofrecían la editorial y el periódico para investigar un poco, leyendo con envidia sus logros, sus planes; por eso sabía que Sophie Turner había sido una pequeña decepción. Se había casado, aunque no especialmente bien, y vivía en el sur profundo, en algún estado cuya frontera yo esperaba no cruzar nunca, en una población de nombre fácil y fácil olvido. Sabía por experiencia que era una chica a la que nadie recordaba por su aspecto, aunque todos conocían su nombre, el peso que tenía. Me había aprovechado de eso por un tiempo, porque, cuando cargaba a su nombre unas copas o una noche de hotel, siempre me respondían con una sonrisa y una cabezada afirmativa, sin preguntas ni la posibilidad embarazosa de toparse con una chica a la que nadie recordaba. Luego los Turner habían sufrido una especie de crisis financiera, cuyos detalles no me molesté en averiguar, y los gerentes parecían más reacios a reservar habitaciones, a servir copas, sin un método de pago garantizado. Aun así, usaba el nombre cuando me convenía y, en ese momento, teniendo delante a una mujer que representaba todo lo que el apellido Turner había llegado a significar, volví a encontrarlo útil.

Al oírlo, Maude sonrió, tensa aún, y me habló del marido de Alice, de Tánger.

—En cierto modo, me arrepiento de haberlos presentado —me confesó, frunciendo todavía más el ceño—. Pero ¿cómo iba yo a saber que se la llevaría a África? —Porque Maude no estaba del todo segura de que su sobrina fuese feliz, no estaba del todo segura, de hecho, de que John se hubiera casado con ella por algo más que su dinero—. ¿Se imagina a una joven como Alice en un sitio así?

Al final, fueron esas palabras, más que cualquier otra cosa, las que me persuadieron.

Maude extrajo una libretita metálica del bolso, con uno de esos grabados florales oscuros en la cubierta que recordaban a los papeles pintados victorianos, y, sacando el bolígrafo dorado que llevaba dentro, anotó la dirección en un papelito y me lo dio. Yo lo acepté con una mano temblorosa y me lo guardé en el bolsillo.

Al día siguiente, retiré del banco el dinero de mi renta e hice cola en la oficina de venta de billetes del puerto para comprar un pasaje al otro lado del Atlántico.

Llevábamos caminando casi quince minutos. En ese tiempo, ninguno de los dos había hablado. Al principio pensé que quizá su silencio se debiera a la temperatura porque, aunque se había puesto el sol, aún hacía un calor intenso que me abrasaba la nuca descubierta. La blusa se me pegaba al cuerpo y, como la llevaba empapada por las axilas, olía hasta mi propio sudor. Me pregunté si también él lo notaría, pero como nunca parecía perturbarle el calor era imposible saberlo. Quizá fuera solo fingido, como casi toda su existencia. O a lo mejor aún estaba disgustado por lo de la noche anterior. Me pregunté si sería esa la verdadera razón por la que miraba al horizonte, a la carretera que teníamos delante, a cualquiera y a cualquier cosa, al parecer, menos a mí.

Entonces habló por fin.

—Sé que nos viste.

Su voz no sonó ni amable ni amenazadora. Dijo aquellas palabras sin emoción, como esperando mi reacción.

Lo miré.

—A Sabine y a ti.

Vi un destello de sorpresa en su rostro. No esperaba que yo supiera su

nombre, y me pregunté lo que habría dicho si yo hubiese guardado silencio, si habría terminado intentando convencerme de que era algo inocente, una compañera, la esposa de un amigo, como sospechaba que lo habría hecho aquel día en la *kasbah*.

—No te voy a preguntar cómo lo has averiguado —dijo, y volvió a dibujarse en su rostro aquella sonrisa provocadora, aunque el gesto carecía de su habitual intensidad, como si ya no tuviera la energía necesaria para tal fingimiento—. Me sorprende, desde luego, pero pareces habilidosa. —Se aclaró la garganta—. ¿Se lo has dicho a Alice?

Sonreí, pero no contesté.

—Me voy pronto, John. Y Alice quiere venir conmigo.

Vi cómo le cambiaba la cara, cómo bajaba las cejas, sin llegar a revelar una clara desaprobación. Estaba confundido. ¿Tan ingenuo era como para pensar que Alice no lo abandonaría después de su indiscreción? Seguimos caminando hacia nuestro destino y, casi instintivamente, me aparté y dejé distancia entre los dos. Me pregunté si su reacción sería violenta o lloraría y me rogaría que le hiciera cambiar de opinión. No fui capaz de decidir cuál de las dos opciones me desagradaba más. Íbamos despacio, la noche caía deprisa. Ya costaba ver, las luces de la medina nos quedaban lejos.

—Entonces ¿se lo has dicho? —preguntó, aunque no lo noté asustado ni preocupado. Más bien parecía divertido, como si el que yo le hubiera hablado a Alice de su infidelidad fuese algo trivial, sin importancia.

—No ha hecho falta que se lo dijera, John. —Hice una pausa—. Ya lo sabía. Lo había deducido sola.

Guardó silencio un instante y asintió con la cabeza, como queriendo dejar que las palabras cuajaran.

—Sí, en alguna ocasión he pensado que lo deduciría. No es tonta que digamos, ¿verdad? —señaló, con una risa breve y nerviosa que revelaba su intranquilidad.

—No, no lo es. —Me tragué el regusto amargo que me vino a la boca—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

Me miró.

—¿Con qué?

—Con Alice. —Callé—. ¿No esperarás que se quede contigo después de

esto?

Soltó otra carcajada, esa vez más real, más auténtica.

—¿Y por qué no? —preguntó—. Todo esto fue idea de su tía, ¿sabes? Tanto ella como mi madre estaban empeñadas en presentarnos. Y, aunque sospecho que no soy el sobrino político favorito de tía Maude, creo que cuando pudo elegir entre cuidar ella de Alice o que la cuidara otro, pues... —Me volví hacia él, con el paso por un momento vacilante. Debió de percibir mi confusión, aun de noche, porque prosiguió—. Alice no va a ir a ninguna parte, Lucy. Lazos familiares aparte, nos hacemos bien el uno al otro. Somos... ¿Cómo se dice? ¡Simbióticos! ¿No es esa una de tus palabras sofisticadas? Nos necesitamos, Alice y yo. ¿Aún no te has dado cuenta? Yo necesito su dinero... Bueno, a lo mejor no lo «necesito», quizá lo «valoró» sería más acertado. —Rio—. Y ella me necesita para no terminar en un manicomio.

Me detuve. Habíamos llegado. Pese a la oscuridad, pude verlo, mirando alrededor, intentando familiarizarse con el entorno. No reconoció el lugar, lo que me indicó que nunca había estado allí. Me alegré. Facilitaría las cosas.

Lo había decidido estando en el Café Tingis. John era el problema, el cabeza de familia al que había que decapitar, el dragón al que había que matar para rescatar a la princesa. Yo no podía competir con él, como no había podido competir con Tom, no, porque el mundo me decía que no era posible. Yo era mejor que ellos en todo menos en una cosa. Solo tenía que superarlos para que Alice lo viera claro. Que su futuro no estaba con ellos, sino conmigo. Mi arrojo flotaba en el aire, palpitando con fuerza. Los días de represión, de subyugación se acababan para los marroquíes y, en ese instante, me pareció que el pregón sonaba también para mí, para Alice.

—Lo hará —afirmé con rotundidad, sin alterarme—. Vendrá conmigo. Verá que es la decisión acertada.

—Lucy —dijo, de pronto algo irritado. Lo vi enfurecerse, llevado por mi insistencia, por mi determinación—, a Alice le da igual todo este lío de Sabine, de verdad —prosiguió con precipitación—. Si le importara, ¿no crees que ya habría dicho algo, hecho algo?

Me costó responder.

—Te tiene miedo.

—No, Lucy. —Rio—. Sabe que no hay una alternativa mejor, nada más. No

para una mujer como ella.

Me noté la respiración entrecortada, agitada; me costaba, me dolía respirar.

—Este es mi lugar preferido de todo Tánger —indiqué, procurando ignorar la sensación—. Eso que hay ahí abajo son tumbas. —Hice una pausa, volviéndome hacia él, con la voz temblorosa de emoción—. Alice vendrá conmigo, John. Ya accedió a hacerlo, cuando estábamos en Chefchaouen. Ya ha decidido dejarte. Solo que no eres lo bastante listo para haberte percatado aún.

Me atacó y, sorprendida, perdí el equilibrio y caí al suelo duro y polvoriento. —¡Zorra! —espetó.

Reculé, haciendo un esfuerzo por incorporarme, por evitar que se alzara, imponente, sobre mí. En la oscuridad, no le veía bien la cara, pero supuse que la tenía colorada, hinchada de rabia. Me pareció absurdo que estuviera tan furioso. Había tenido a Alice y la había dejado escapar, la había cambiado por esa otra mujer. Creo que fue eso, el pensar en su traición, lo que terminó de convencerme de que era lo correcto.

Lo único que se podía hacer, lo supe entonces.

John había absorbido a Alice por completo y le había arrebatado su autonomía. Mientras él existiera, ella no podría sobrevivir sin él. Solo había un modo de liberarla, de asegurarse de que no quedaba anclada para siempre a él, ni a aquel lugar. Pensé también en lo mucho que John adoraba Tánger, y entendí que él tenía razón. Las cosas estaban cambiando, transformándose, y Tánger nunca volvería a ser lo mismo, ni nosotros. Sabía que, si podía, se quedaría a vivir allí para siempre, con ella, su Tánger, tal como estaba en aquel momento.

En cuanto caí en la cuenta de eso, todo lo demás fue asombrosamente fácil.

3



1 1

A L I C E



Al despertar esa mañana, por un instante, extraño y hermoso, pensé que estaba en Nueva Inglaterra. Sentí las ráfagas heladas de los meses de invierno, olí el aire limpio y frío, y me enterré aún más en la cama, buscando aquel confort que me era familiar. Pero luego esa sensación de euforia cambió, se trastocó, y la reemplazó una de creciente premura, de que algo iba mal, que me hundió cada vez más, hasta que me vi incapaz de librarme de ella. Me empezó a doler el estómago, y pateé y arañé, pero fue en vano. Estaba de vuelta allí, en Vermont, y ya no me parecía nostálgico o arrebatador. Había de pronto una oscuridad, algo inmenso e incontrolable que amenazaba con volver a apoderarse de mí. Entonces vi a Tom tirado en la nieve, y el manto blanquísimo que se extendía bajo su cuerpo sangraba despacio hasta volverse de un rojo intenso, asombroso. Me acerqué. No, no era Tom, ni mucho menos. Era John, inmóvil, inerte, muerto. Y entonces lo supe. Supe que...

Me incorporé con brusquedad.

Alguien llamaba a la puerta.

Todavía atontada por el sueño, me volví hacia John para ver si él también lo había oído. Vi su lado de la cama vacío y recordé. La otra noche en el bar: el

hachís, las copas, su posterior huida a Fez, de la que no lo culpaba, porque era esa necesidad de escapar una de las pocas cosas que, al parecer, teníamos en común. Después de todo, yo había huido a Chefchaouen mientras él me esperaba en casa; ahora yo tendría que hacer lo mismo, esperar a que volviera de Fez, cansado y perfectamente consciente de que no había escapatoria de la vida que habíamos creado juntos.

Inspiré hondo, deseando que el corazón se me serenara, que se me secara el sudor de la piel. Pero no podía quitarme de la cabeza la imagen de John, pálido y mudo.

Parecía que hacía una eternidad que no lo tenía delante.

Yo me había quedado en la cama la mañana siguiente a nuestra salida nocturna, recuperándome de una terrible resaca, así que ni siquiera estaba del todo segura de a qué hora había llegado a casa, si había pasado la noche a mi lado, o en el sofá. Me había despertado el ruido que hacía en la cocina, preparando el desayuno. Un huevo cocido y una rebanada de *msemmen*, seguido de una taza de té rápida. Siempre era lo mismo. Después había oído el teléfono (Charlie, supuse, recordando lo que había dicho de Fez) y, al poco, la puerta del apartamento.

Luego había aguzado el oído para ver si oía a Lucy. Algo que me indicara que estaba haciendo la maleta, que se marchaba, pero solo había silencio. Unas horas después, había pasado de puntillas por delante de su puerta (a última hora de la tarde, a juzgar por cómo caía la luz en las paredes, con insistencia, como si le fuera la vida en ello) y había echado un vistazo dentro de su cuarto. Estaba vacío. Había suspirado, como aliviada, y regresado al mío para volver a refugiarme entre las sábanas, contenta de poder ver pasar el día desde la comodidad de mi cama, con la certeza de que, por fin, todo iba a ser como antes. Y había encontrado consuelo en eso, en saber que Lucy se había ido y que John estaba con Charlie; que yo estaba, de nuevo, sola.

Hacia el anochecer, me había despertado e, incapaz de dormir, había pasado una o dos horas junto a la ventana, contemplando Tánger, esa ciudad que, de algún modo, se había convertido en mi hogar. En la quietud, me había preguntado si alguna vez podría amarla, si podría llegar a ser feliz si no tenía más remedio que quedarme, con John. Nuestra vida ya era muy distinta de como la había imaginado y, ahora que Lucy se había ido, ahora que había resuelto el

problema, no sabía lo que eso significaría para John y para mí, si podríamos volver a la normalidad que habíamos creado juntos, si es que eso era lo que alguno de los dos quería. Luego me había acostado temprano, impaciente por calmar el torbellino de pensamientos que me asaltaba la cabeza, aunque solo fuera uno o dos minutos más.

Llamaron a la puerta aún más fuerte.

Me envolví bien en la bata y enfilé corriendo el pasillo.

—¡Voy! —grité, mientras mis pasos resonaban en las baldosas frescas.

Alargué la mano y agarré el pomo de bronce, convencida de que sería John quien estaba al otro lado, que volvía de callejear con Charlie, malhumorado, y que seguramente había perdido las llaves en algún momento de su aventura y estaba deseando darse un baño caliente y tomarse un té. Sonreí ante la familiaridad de la situación, deseosa de deshacerme de la imagen del John de mis sueños, y abrí la puerta.

No era él.

En su lugar, había delante de mí un hombre al que no conocía, con un sombrero entre las manos. Era alto, su figura rellenaba el marco de la puerta y su cuerpo parecía expandirse con cada inhalación. Observé que una cicatriz le cruzaba la ceja, por lo que le faltaba un trozo, y la superficie lisa, de un blanco resplandeciente en contraste con su piel, parecía iluminada en la oscuridad.

Lo miré extrañada y escudriñé el corredor en la penumbra, tratando de ubicar al tipo que tenía delante.

—Perdone que me presente en su casa a estas horas, Alice —se excusó, con un acento que indicaba que éramos compatriotas.

Me sobresaltó que me llamara por mi nombre.

—¿Sí? —dije, y lamenté lo pequeña, lo tímida que sabía que sonaba mi voz.

—Estoy buscando a su marido. Ayer no vino a la oficina. Y tampoco ha venido hoy. —Hizo una pausa y miró por encima de mi hombro al interior del apartamento—. Como supondrá, nos preocupa su ausencia.

—Ah —exclamé. Al hacerlo, sentí un alivio que me recorrió el cuerpo entero al ver que quien había venido a mi casa no era más que un compañero de trabajo preocupado, no un policía de paisano que me trajera la mala noticia que haría realidad mi pesadilla matinal—. No está aquí. En Tánger, quiero decir. Se ha ido a Fez con su amigo Charlie —le expliqué, con un amago de sonrisa.

El hombre frunció el ceño.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Se marchó ayer, después de desayunar —contesté, ignorando los pinchacitos que empezaba a notarme en las yemas de los dedos—. ¿Puedo preguntarle de qué va todo esto?

—Pero ¿lo vio? —inquirió, haciendo caso omiso de mi pregunta—. Ayer, quiero decir, antes de que se fuera.

—No —reconocí, y la negativa abandonó despacio mis labios—. Salimos la víspera y yo dormí hasta bastante tarde la mañana siguiente, así que no lo vi marcharse.

Me pareció importante, por alguna razón, explicarle a aquel desconocido que tenía delante, juzgándome, cómo podía no saber con certeza lo que hacía mi marido.

El tipo volvió a mirar a mi espalda.

—Pero ¿estuvo aquí con usted después?

Lo miré ceñuda.

—Yo estaba dormida cuando él llegó a casa.

—Entonces ¿cómo sabe que lo hizo? Que llegó a casa, quiero decir.

—Lo oí —contesté a la defensiva. Pero entonces me pregunté qué habría oído en realidad, si habría sido John, después de todo, preparándose el desayuno la mañana anterior. Noté que se me revolvía el estómago y temí vomitar—. Era él.

El hombre sonrió, pero hubo algo en su expresión que me revolvió las tripas todavía más, que me hizo retroceder, refugiarme en el apartamento. Pensé en todas las alusiones de John a sus actividades clandestinas. A menudo me había burlado de sus historias, porque creía que eran exageraciones, fruto de su inseguridad y de su orgullo, de no tener otra cosa a la que agarrarse que su apellido, pero de pronto me asaltó la idea de que quizá hubiera algo de verdad en ellas, y me pregunté qué relación podría tener eso con aquel tipo.

—¿Y ocurrió algo fuera de lo normal? —preguntó, sin reaccionar a mi afirmación—. Esa noche, quiero decir.

—No, claro que no —respondí desconcertada—. Nada en absoluto.

Pensé en Lucy, en nuestro acuerdo, y se me cortó la respiración. Él lo notó, lo supe por cómo había entornado los ojos. Aun así, tras unos minutos de

silencio, al ver que yo no decía nada más, asintió con la cabeza, me agradeció el tiempo que le había concedido y dio media vuelta, como si fuera a marcharse.

Me dispuse a cerrar la puerta, impaciente por que se fuera, pero entonces se detuvo y se volvió de nuevo hacia mí, con el rostro fruncido de concentración.

—Perdóneme —espetó—, pero ¿a qué hora dice que se fue?

Crucé los brazos con fuerza sobre el pecho.

—Por la tarde. No estoy segura de cuándo con exactitud. Quizá a última hora de la mañana —expliqué, porque no sabía cuánto rato había estado en la cama el día anterior. Me había parecido una eternidad y solo segundos, todo a la vez. Negué con la cabeza y levanté la vista al hombre, que ahora me miraba fijamente—. Me temo que no lo sé.

Arrugó el entrecejo, como si mi incertidumbre le desagradara.

—Entiendo —dijo—. Bueno, si sabe algo de él, llámeme, por favor —añadió, sacándose una tarjeta del bolsillo del traje.

La cogí, pensando de nuevo en el sueño de esa mañana.

—¿Le ha...? ¿Ha ocurrido algo?

Me miró con una cara rara.

—¿Cree usted que ha ocurrido algo?

—¿Qué? —Noté que me sonrojaba—. No, solo que he pensado... Me ha parecido que usted insinuaba... —Callé y esperé a que hablara él. Pero no lo hizo. En su lugar, señaló la tarjeta e hizo ademán de marcharse una vez más—. Espere —pedí con voz temblorosa—. ¿Llamamos..., llamo a la policía?

Dejó aquella expresión ceñuda, la franja blanca de la cicatriz se expandió y en su boca se dibujó una amplia sonrisa, y a mí solo me dieron ganas de cerrarle la puerta en las narices, sin esperar su respuesta.

—No creo que sea necesario —dijo en voz baja, apaciguadora—. A fin de cuentas, no nos conviene implicar a la policía local en nuestros asuntos, ¿verdad?

Percibí la intensidad de sus palabras, la amenaza implícita en ellas, a pesar de su extraña sonrisa. Dio media vuelta, y al oír que se alejaban sus pasos, cerré por fin.

Entonces, John no estaba en Fez. No estaba con su amigo Charlie. Con toda probabilidad aquel tipo —no recordaba si me había dicho su nombre, y cuando miré la tarjeta, solo vi un número de teléfono— ya había hablado con él. Se me

ocurrió llamar a Charlie, por asegurarme, pero caí en la cuenta de que, en realidad, no sabía cómo ponerme en contacto con él. Lo había visto un puñado de veces, en una u otra fiesta, y en esos momentos me había dado la sensación de que no tenía claro quién era yo, no de verdad. Sabía que John se había casado, que se iba a traer a su mujer a Tánger, pero mi nombre, mi cara eran un misterio para él, uno que a mi parecer no tenía interés en resolver.

Me dirigí al salón, al escritorio que John rara vez usaba y cuyos cajones se habían convertido en un receptáculo de papeles y bolígrafos. Seguramente John habría escrito la información de contacto de Charlie en algún sitio. Lo revolví todo, tirando papeles al suelo, sin que me importara el desorden que estaba generando, desesperada por encontrar algo, lo que fuese, siempre que me sirviera para deshacerme de la imagen del cuerpo sin vida de John. Siempre que impidiera que se hiciese realidad.

—¿Qué buscas?

Di un respingo al oír su voz y resbalé, caí al suelo de madera dura sobre las rodillas ya magulladas. Lucy se alzaba delante de mí, con el pelo suelto por los hombros y los mechones largos cayéndole por la suave blusa blanca, que parecía resplandecer a la luz de la mañana.

Soltó una pequeña carcajada.

—Te asustas con mucha facilidad, Alice.

Pestañeeé. No era un efecto óptico ni una alucinación. Estaba allí, inmóvil. Negué con la cabeza, no era posible. Le había pedido, no, le había ordenado que se fuera la otra noche. Me recordé plantada en la puerta de su cuarto, mirándola mientras dormía, consciente de que no podía seguir dejando que el miedo me acallara. Entonces se lo había dicho, por fin había pronunciado las palabras.

Había ocurrido.

—Lucy —balbucí—, ¿qué haces aquí?

Algo parecido le había dicho el día que había llegado a Tánger. Me sentí confusa, aturdida; en mi cabeza no había otra cosa que la certeza de su presencia y las terribles consecuencias que eso podía tener. Me apoyé en las tablillas de madera y me levanté, impulsándome con las manos y clavándome en ellas la arenilla del suelo.

—Te dije que te fueras.

Lucy soltó otra carcajada.

—No seas boba, Alice. Estábamos cansadas, habíamos bebido más de la cuenta. —Meneó un poco la cabeza—. No te preocupes, que no me voy a ninguna parte.

Noté de nuevo ese miedo, que me era ya demasiado familiar, en el centro de mi ser, en el mismísimo núcleo de mi persona, en un tira y afloja. Me temblaron las extremidades y tuve claro que un segundo más en su presencia me destruiría por completo. Pasé por delante de ella y, casi corriendo, volví a mi dormitorio, a mi refugio. Cerré la puerta y, con dedos torpes, eché el cerrojo.

Me senté en un rincón, a esperar.

Antes, la había oído acercarse a la puerta, había oído el leve crujido de la madera al apoyarse en ella, supuestamente para ver si me oía, como yo trataba de oírla a ella. Semejante simetría me hizo estremecer. Exploré la estancia con la mirada, buscando, aunque no sabía bien qué: una salida, una trampilla, algo que me permitiera escapar de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor, una pesadilla de la que no lograba despertar. Posé los ojos en el teléfono que había en la mesilla de John.

Era una extravagancia, algo que no necesitábamos: dos teléfonos en una vivienda tan pequeña, ¡qué disparate!, le había dicho yo, pero John había insistido, arguyendo que no iba a levantarse de la cama y recorrer el pasillo entero cada vez que mi tía decidiera llamar para ver cómo estábamos. Una excusa, no tardé en darme cuenta. Lo que de verdad pretendía era poder celebrar reuniones desde la cama y que yo tuviera que darme la vuelta y taparme la cabeza con la almohada para no oírlo. Agradecí para mis adentros su decisión, mientras me acercaba gateando al aparato, deteniéndome cuando el peso de mi cuerpo hacía crujir una tablilla, escuchando, esperando, aterrada de pensar en lo que podría pasar si Lucy veía lo que me proponía hacer, si intuía mi plan, como si los pensamientos pudieran escapárseme de la mente, porosa y poco fiable.

Por fin al lado de la cama, sujeté con ambas manos el auricular de fría baquelita, lista para decir el único número que había sido capaz de memorizar en mi vida.

Al oír su voz, me aferré al teléfono.

—¿Alice? —dijo tía Maude, sonando por un instante como si estuviera allí

mismo, en la habitación, y no a miles de kilómetros de distancia—. Alice, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Me pregunté por un momento cómo lo sabía, que era yo, que pasaba algo. Si podría notarlo de algún modo, pese a la distancia que nos separaba. Pero entonces recordé que yo se lo había dicho a la operadora y meneé la cabeza avergonzada.

—Es por John —empecé, sabiendo que esperaba impaciente a que la informara—. Ha... —titubeé.

—¿Ha qué? —inquirió, y su voz, siempre serena y comedida, de pronto sonó aterrada. Me pareció notar que temblaba.

—Ha desaparecido —conseguí explicar, con la voz quebrada, rota—. Alguien del trabajo ha venido esta mañana al apartamento, buscándolo. Le he dicho que supuestamente estaba en Fez, con su amigo Charlie, aunque ya no estoy segura de si eso es cierto. —Inspiré hondo—. Me ha pedido que no fuera a la policía, pero me parece que ha pasado algo. Y me parece..., me parece que sé quién ha podido tener algo que ver.

No hubo respuesta.

—¿Tía? —susurré, preocupada de haber imaginado solo su voz hacía un momento.

—Sí, Alice, sigo aquí. —Otra pausa—. Quiero que me escuches con atención. Le voy a pedir a mi secretaria que me reserve un vuelo a España y, desde allí, tomaré el ferry. Ignoro cuánto tiempo llevará organizarlo, pero voy a hacer todo lo posible por estar allí para finales de semana. ¿Entendido?

—Gracias —susurré—. Muchas gracias, tita.

Pensé entonces en tía Maude, fuerte y seria, en su asombrosa habilidad para convertir un despropósito en algo ordenado y estructurado. Sentí un inmenso alivio, un fuerte consuelo que me envolvió entera.

—Alice —dijo, interrumpiendo mis pensamientos—. Quiero que me prometas una cosa.

Asentí.

—Sí, claro.

—Quiero que me prometas que no vas a hablar con la policía. Me has dicho que aún no están al tanto de la desaparición de John y quiero que me prometas que no vas a ir a contárselo.

Asentí de nuevo, aunque ella no me viera.

—Claro. —Sabía que no iba a costarme porque la idea de ir a la comisaría yo sola, en contra del consejo del tipo de la cicatriz que me había visitado hacía un rato, de informar de la desaparición de John e intentar explicarles todo lo sucedido me hacía palidecer—. Te lo prometo, tita.

—Bien —respondió—. Y si van a casa a interrogarte quiero que les digas que no vas a hablar si no es en presencia de tu tutora legal.

Asentí una vez más. Aún me faltaban unos meses para la mayoría de edad, y aunque en ocasiones el tutelaje de mi tía se me hacía irritante, por la impaciencia de controlar mis propias finanzas, mi propia vida, de sentir que ya no era una niña, en esos momentos me alegraba de mantener aún una dependencia legal y vinculante con Maude. Porque, aunque yo sabía que era mi tía, que era mi familia, siempre había notado cierta distancia entre nosotras, cierta confusión por parte de ella hacia la chica que se había visto obligada a criar a la muerte de su hermano. Ella nunca había deseado tener hijos y, pese a que jamás se había quejado de sus obligaciones como tutora mía, yo siempre me había preguntado si lamentaba haber tenido que acogerme. Dejé de lado mi preocupación. Quedamos en que hablaríamos pronto, y estaba a punto de colgar cuando oí algo más.

—Decía que si tu amiga se ha puesto en contacto contigo...

Me extrañó su pregunta.

—¿Mi amiga?

—Sí, ¿cómo se llamaba? Lo tengo por aquí anotado. —Tía Maude hizo una pausa y me pareció oír un rumor de papeles—. Aquí está: Sophie Turner. Me la encontré en Nueva York, hace meses ya, pero me contó que estaba intentando localizarte. ¿Lo consiguió?

Agarré con fuerza el auricular. No había cruzado ni una sola palabra con Sophie Turner en todos los años que había pasado en Bennington. Además, solo una persona podía haber reconocido a tía Maude: Lucy. La otra noche sin ir más lejos había admitido que había estado trabajando en una editorial neoyorquina. Tuvo que haber sido ella. Me preguntaba cómo me había encontrado... Claro que Lucy siempre había conseguido cosas que para los demás eran imposibles.

—¿Alice?

—Sí, sí, me llamó —respondí.

Bajé la voz a un susurro y miré a mi alrededor, convencida de que estaba

escuchando. Era como si pudiese notar su presencia, su respiración, ahí mismo, al otro lado de la puerta, por eso lancé una mirada rápida y precipitada por encima del hombro. Luego volví al auricular, que aún tenía en la mano.

Al principio, pensé en advertir a tía Maude sobre Lucy, en contarle que estaba en Tánger y que estaba volviendo a pasar, que la bruma se había levantado y, de pronto, había recordado todo lo que había querido olvidar. Pero me pareció peligroso decirlo en voz alta; las paredes eran demasiado finas, demasiado delgadas. Me preocupaba incluso que la llamada no fuera segura, que estuviese intervenida, que pudiera llegar a saberse lo que hablábamos. A fin de cuentas, había telefonistas en Tánger. Lucy podía haberse hecho amiga de una de ellas y haberla convencido para que la informara de cualquier conversación que yo pudiera mantener con otras personas. Negué con la cabeza. ¡Qué disparate! Y aun así... Hice una pausa; se me estaba ocurriendo una cosa. Quizá si le hablaba a tía Maude de Sophie Turner, como nombre en clave para Lucy, me resultaría más fácil explicárselo todo cuando llegara a Tánger. Entonces vería lo perversa, lo manipuladora que era Lucy Mason en realidad, porque ya no podría ocultarse.

Inspiré hondo y añadí:

—De hecho, está aquí ahora.

—¿Dónde, en Tánger? —inquirió mi tía. Percibí claramente su sorpresa y su confusión—. No tenía ni idea de que pensara visitarte. No me dijo nada de eso.

—Sí —respondí—. Ha sido todo muy repentino. A mí también me ha sorprendido.

Se hizo el silencio.

—Bueno, supongo que al menos de ese modo no estás completamente sola. Sophie te estará siendo de mucho consuelo en estos momentos.

Apreté con fuerza los ojos.

—Sí, tita, claro.

Detestaba tener que mentir, hacerle creer algo que no era cierto, pero era necesario, me dije.

—No te preocupes, Alice —continuó Maude, de nuevo serena y comedida—. Pronto estaré ahí y me ocuparé de todo. Te lo prometo.

Pensé en las palabras que me había dicho una vez en Bennington y en lo espeluznantemente similares que eran a las que acababa de decirme.

Cuando colgué el teléfono, la mano se me quedó suspendida un rato sobre él,

temblando.

1 2

A L I C E



Era una impostora. Se me ocurrió mientras estaba tumbada en la cama, con un cigarrillo entre los dedos cuya ceniza incandescente amenazaba con caer en las sábanas sobre las que me encontraba. Era una idea extraña, absurda, lo sabía y, aun así, mi cabeza le daba vueltas a la posibilidad, pensando una vez más en la mirada que me había lanzado hacía solo unos instantes, como si yo fuera una extraña, alguien a quien no conociera, alguien que la aterrara. Antes había atribuido sus palabras y su conducta a la presencia de John, a su influjo, pero ahora que no estaba ya no había excusa posible.

Me incorporé, se me llenó la blusa de ceniza. Me la sacudí con la mano, impaciente.

Quizá fuera esa la razón de su peculiar comportamiento, que aún no sabía que él ya no estaba, que no tenía la certeza. Quizá bastara con que le contase lo que había hecho para que todo volviera a ser como antes. Pero entonces algo me inquietó, me tensó, y me pregunté qué significaba realmente *antes* y cuánto había que retrotraerse: antes de John, antes de Tom, antes de toda la locura que nos había rodeado.

Un murmullo interrumpió mis pensamientos.

Me acerqué con sigilo a la puerta y pegué la oreja a la estructura de madera, intrigada. Era Alice, inconfundible, aunque no cantaba, como aquella primera noche, ni mascullaba en voz alta para sí en la habitación vacía. No, parecía que sus palabras, todo un torrente constante de ellas, fueran dirigidas a otra persona, como si hubiera alguien más en el apartamento con nosotras.

El teléfono, caí en la cuenta de pronto.

Abrí la puerta de mi cuarto con vacilación inicial y, aunque solo oí el giro del pomo, este me retumbó en los oídos. Salí despacio al pasillo. Descalza, pisé la tablilla rota, manchada y deteriorada que había a la puerta de mi dormitorio. Oí su voz con mayor claridad, aunque aún apagada. Fruncí el ceño y me acerqué a la puerta de su cuarto. Estaba callada otra vez, así que esperé, conteniendo la respiración hasta que... Sí. La oí, pero seguía sin poder distinguir lo que decía. Pasó un segundo, y luego otro, y mi frustración fue en aumento hasta que recordé el teléfono que había visto en el salón, escondido detrás del sofá. No me lo pensé dos veces, por miedo a perderme la conversación si tardaba un segundo más.

Levanté el auricular y me tapé con fuerza la boca, decidida a que no detectara mi intromisión. Hubo un silencio y, por un segundo, temí que me hubieran descubierto. Pero no, era tía Maude, descubrí, hablando con su sobrina en tono lastimero, queriendo saber qué pasaba, qué había ocurrido.

Escuché con atención, impaciente por ver cómo respondía Alice.

John había desaparecido, fue lo siguiente que dijo, y eso me desconcertó y me hizo perder por un momento el hilo de la conversación, asombrada de que Alice lo supiera, de que, de algún modo, se hubiera enterado. Luego mencionó a un hombre que había ido a verla, alguien que lo buscaba. Eché un vistazo rápido al pasillo, como si todavía estuviera allí. ¿Qué hombre?, me pregunté. Porque si bien era cierto que yo me había pasado casi toda la mañana en la cama, siempre había tenido un sueño ligero, siempre me había despertado el más mínimo ruido, y nada, nada en absoluto me había alterado, me había advertido de la presencia de otra persona en el apartamento. Pensé en Alice cuando la había visto esa mañana, con los ojos como platos y el pelo pegado y enmarañado, revolviendo en los cajones del escritorio de John, obviamente buscando algo, aunque no me había atrevido a preguntarle qué.

Y entonces la oí decir: «Sé quién ha podido tener algo que ver». La oí

mencionar a Sophie Turner y supe de pronto qué era lo que había deducido, supe lo que se proponía, porque la conocía mejor que ella misma, podía anticipar todos sus actos y sus reacciones antes de que se le pasaran siquiera por la cabeza.

Me dejé caer al suelo y agarré con fuerza la alfombra bereber que tenía debajo; las uñas se me pusieron blancas de apretar, de aferrarme a sus bordes deshilachados. Me quedé allí, incapaz de moverme, aunque en algún momento fui consciente de que se cerraba la puerta de la calle, de que Alice ya no estaba en el apartamento, de la presencia de la telefonista, que aún me hablaba al oído.

—¿Señorita? ¿Sigue al teléfono? ¿Señorita?

Me quedé arrodillada, sintiendo, saboreando el roce fuerte de la alfombra en las rodillas.

—Sí. Sí, sigo aquí —respondí, con la boca seca.

—Está hablando de nuevo con Información. ¿Podemos ayudarla en algo más?

Titubeé, pero solo una milésima de segundo.

—Sí, ¿podría volver a ponerme con el último número solicitado?

—¿El mismo número, señorita?

—Sí, por favor.

Esperé y, al oír los chasquidos, la imaginé enchufando y desenchufando cables para volver a conectar el teléfono del salón de Alice con otro a miles y miles de kilómetros. Me centré en esa imagen, esforzándome por tenerla en mente, por no pensar en ninguna otra cosa, aunque solo fuese un instante más.

Sonó una vez, dos y después...

—¿Alice?

Ya sabía que me contestaría Maude, había oído su voz hacía solo unos segundos, y pese a ello le noté algo distinto, una rotundidad que me estremeció, que me produjo un escalofrío a pesar del calor abrasador de esa tarde.

Me disponía a colgar, pero me detuve y, llevándome el auricular al oído, dije con timidez:

—¿Señorita Shipley?

Hubo una pausa.

—Soy Sophie Turner.

—¿Sophie? —preguntó sorprendida.

—Sí. Lamento muchísimo tener que abordarla de este modo, pero debo

hablar con usted con urgencia. —Callé un momento, contuve la respiración y conté mentalmente—. Se trata de Alice.

Esa vez no vaciló en contestar.

—¿Va todo bien, Sophie?

Me esforcé por sonar nerviosa, insegura mientras susurraba al teléfono.

—No. No, me temo que no.

Debía darme prisa. Aún me quedaba algo pendiente, una llamada más que realizar antes de que Alice volviera, y esa no la podía hacer desde el apartamento, por si alguna vez intentaban rastrearla. No estaba segura de cómo funcionaba, pero sabía que había registros, tarjetitas de las que las telefonistas eran responsables y donde se registraba quién había hecho qué llamada, adónde y por cuánto tiempo. De la próxima no podía haber pruebas, si quería que mi plan funcionase.

Mientras caminaba, con paso firme y seguro, confié en que así fuera.

Que bastara con el plan que había ideado hacía solo unos minutos por pura desesperación. Después de todo, no lo había previsto, no había barruntado ese giro de los acontecimientos, y me dolía que algo hubiera cambiado sin mi consentimiento. Yo lo tenía todo tan bien pensado, y ella se lo había cargado de un plumazo.

La cabina telefónica estaba al final de la calle, como yo recordaba. Una vez dentro, esperé a oír el clic, a que la telefonista saludara, para empezar a hablar, imitando en la medida de lo posible el acento de Alice.

—Póngame con la policía, por favor. —Hice una pausa—. Sí, sí, espero. ¿Mi nombre? Alice Shipley.

Hecho. Ya no había vuelta atrás.

Colgué aturdida. Todo había cambiado en el transcurso de la última hora. Parecía imposible, incluso absurdo, que toda una vida pudiera verse trastocada por solo unas cuantas palabras. Traté en vano de digerirlo, de comprender las consecuencias de lo que acababa de desatar. Pero no, me recordé entonces, no había sido yo, había sido Alice. Ella era la culpable.

Me dispuse a salir de la cabina y topé con alguien que me impedía el paso: Youssef.

—Ay, por favor, déjeme en paz —murmuré, de pronto consciente del calor sofocante que hacía en el cubículo de cristal. La blusa se me pegaba a la espalda —. No tenemos nada que decirnos.

Sonrió.

—Pero yo solo quiero hablar, intentar aclarar las cosas entre nosotros.

Lo miré, sabiendo que no lo decía en serio, que había algo más, otra razón para su visita de ese día, de la otra noche. Nuestros encuentros no eran meras coincidencias. Quería algo de mí; no, más que eso. Había algo que pensaba que podía conseguir, que merecía, incluso, que le adeudaba. Me pregunté qué sería, si importaría siquiera, teniendo en cuenta lo que había ocurrido ya. La policía no tardaría en llegar. Me quedaba poco tiempo y debía volver al apartamento. Pero hice una pausa, porque necesitaba más minutos, más horas en las que poder fingir que todo era exactamente igual que el día anterior. Así que, aun siendo consciente de que no era la decisión más acertada, que debía espantar al moscón que tenía delante y seguir con mis asuntos, me recosté en la cabina y accedí a escucharlo.

—Supongo —dije, ignorando la peligrosa sonrisa que se dibujó en su rostro.

Olvidé las palabras venenosas que me había dirigido esa noche en la calle y lo seguí al Café Hafa y más allá, por una de las numerosas puertas sin particularidades de las viviendas de la comunidad local. Incluso accedí a la absurda propuesta que me hizo al final, la de que me dejara retratar, ansiosa, impaciente por saber, en ese momento, qué demonios se escondía tras aquella sonrisa, cansada a la vez que furiosa de que fuese la segunda persona en mi vida que había decidido tratar de imponerme algo ese día.

Una vez dentro, vi la docena o así de lienzos que forraban la estancia y, moviéndome en silencio entre ellos, me pregunté si alguna de las obras pertenecería en realidad a Youssef o si también serían parte de su fachada. Quizá las pinturas y los pinceles no fueran más que atrezo y los lienzos los había pintado otra mano, esa hija que habían mencionado John o Alice en una ocasión, ya no recordaba cuál de los dos. Las pinturas en sí eran aceptables, aunque corrientes: una puesta de sol, un océano, el mercado en un día de ajetreo... La vida cotidiana de Tánger, observé, aunque de colores vivos y alegres, que

aniquilaban la idea de que pasara algo malo por las venas de la ciudad. Arrasaban con todo rastro de suciedad, de porquería. Me dieron ganas de reír.

Sin embargo, una pintura me lo impidió. Representaba una serie de azoteas, nada espectacular, pero me sorprendió su viveza. Quizá fueran las pinceladas amplias y descuidadas, o esos colores que desentonaban. Las cuerdas de tender, deduje, eran el vínculo oculto que mantenía unidos todos los edificios, un revoltijo que impedía decidir dónde terminaba uno y empezaba el otro. Y, aun así, había algo más, algo que me recordaba a Tánger, como si ya me hubiera ido. Fuera lo que fuese, me detuve y paseé los dedos suavemente por el marco.

—Esta es preciosa —afirmé.

Youssef asintió con la cabeza y me dirigió a un taburete que había colocado en el centro de la habitación; un rayo de luz natural iluminaba el espacio, y su caballete y su lienzo estaban a solo unos pasos de distancia.

—Por favor —ofreció.

Me senté, agradeciendo su sugerencia, la oportunidad de descansar, de distraerme, de olvidarme de todo lo ocurrido en los últimos días, de lo que aún tendría que ocurrir. Se me cerraron los ojos en la quietud de la estancia. Sentí el color del sol en la cara y suspiré, relajándome.

—¿Sabe qué? —dijo Youssef, y su voz cortó de repente el aire—. La vi.

Lo miré extrañada, aturdida por el calor. No esperaba que empezara tan pronto.

—¿Me vio? —repetí, y abrí los ojos para mirarlo.

Su rostro asomó por detrás del lienzo y vislumbré un brillo extraño en sus ojos.

—Sí. La vi el otro día. Donde las tumbas.

Me quedé pasmada. Sin quererlo, empecé a retorcer las manos en el regazo, pero procuré contenerlas.

—¿Con mi amiga? —respondí, esforzándome por parecer distraída, relajada, aunque ya estaba despierta—. Sí, la llevé al Café Hafa. Pensé que le gustarían las vistas.

—Sí —dijo, asintiendo con la cabeza—. Esa vez también la vi.

Ah. Por fin salía a la luz la verdad: me había estado siguiendo, espiando, como el detective heroico de una película de serie B. Por lo visto, lo había subestimado. El moscón al que había que espantar se había perdido en el fondo,

pero al pensar en ello, al recordar su cara cuando me lo había quitado de en medio esa noche, de irritación, sí, pero también de algo más, noté que me zumbaba de nuevo en el oído. Rabia. Eso había sido. Una rabia inmensa dirigida a alguien más que a mí. La cabeza me iba a mil. Si me había estado siguiendo, eso quería decir que lo sabía. Se me cortó la respiración. Lo sabía y quería chantajearme.

—Sí —prosiguió, hablando despacio, seguro de sí mismo, sereno, confirmando mis sospechas—. La vi con él. —Y luego, para que no hubiera malentendidos entre nosotros, añadió—: Vi lo que hizo.

No me moví.

—Tengo dinero —señalé con calma, restándole importancia, aunque pensando al mismo tiempo en mi cuenta bancaria casi en números rojos.

Youssef asintió con la cabeza, aunque arrugó el gesto, como si mis palabras lo hubieran ofendido, aunque fuesen las que esperaba oírme decir. Me pareció entender su asco, su odio. Y estaba dispuesta a perdonarlo, dada la situación, dispuesta a obviar el hecho de que había intentado jugármela, a mí, su única partidaria y defensora. A fin de cuentas, yo sabía lo que era la desesperación, cómo podía afectarle a uno, lo que podía obligarle a hacer. Youssef y yo no éramos tan distintos. Entonces pensé en el dinero. Junté las manos con fuerza y me clavé las uñas en la palma. Ignoré el dolor, la sangre de un rojo intenso que brotó de mi piel. Con un pago no bastaría. Ninguna cantidad sería suficiente, sospeché.

No. Debía buscar una escapatoria.

Y entonces me acordé. Recordé la primera vez que nos habíamos visto, hacía ya tantos días, en la terraza del Cinema Rif. Youssef pensaba que yo me llamaba Alice.

Cuando, recién llegada a Tánger, le había dado su nombre en lugar del mío, no lo había hecho conscientemente. Había sido fruto de un momento de vacilación, porque no sabía nada del hombre que tenía delante. Él estaba acostumbrado a llevar máscara y yo también me había puesto la mía, como había hecho ya en múltiples ocasiones. No había habido otra cosa que ese presentimiento inicial. Pero de repente vi la ventaja. Me fastidiaba tener que hacerlo, mi cuerpo entero se rebelaba contra la idea. Sin embargo, no me quedaba otro remedio. Estaba atrapada, acorralada, y lo único que importaba ya

era la supervivencia, mi supervivencia. No dejaban alternativa, Alice y Youssef.

1 3

A L I C E



Después de hablar con tía Maude, me sentí aliviada, animada, incluso, sabiendo que pronto estaría en Tánger, que lo arreglaría todo. Sin embargo, de pie en el salón, reparando en todos y cada uno de los pequeños objetos que pertenecían a John, me asaltó el remordimiento por los pensamientos que había abrigado hacía solo unas horas, por haberme preguntado si quería seguir en Tánger, seguir con él. Me parecía una traición, y mucho más peligrosa que cualquiera de las suyas. Entonces salí del apartamento, desesperada por alejarme de aquel espacio asfixiante repleto de él, y enfilé una calle y luego otra, pasé por el mercado al que habíamos ido juntos una vez, ignorando el olor empalagoso del cuero, de la carne, pese a que amenazaba con revolverme el estómago. Pasé también por delante de un café que recordaba de nuestros primeros días, donde habíamos estado sentados, riendo los dos. Según iba apretando el paso, dando traspiés por las prisas, sin rumbo fijo, sin propósito, caí en la cuenta de que todos y cada uno de los rincones de aquella ciudad estaban señalados por mis recuerdos de John. Daba igual adónde fuera, no podía escapar de ellos.

En algún momento me di cuenta de que alguien me seguía.

Era listo, se escondía bien, por eso solo lo vi, al principio, con el rabillo del

ojo, porque el ala ancha del sombrero le oscurecía el rostro. Negando con la cabeza, me dije, muy seria, que debía dejar de imaginar cosas. Pero entonces lo vi otra vez, al mismo tipo de esa mañana. Al de la cicatriz. Lo llevaba al lado, primero a la derecha, luego a la izquierda, a veces unos pasos por delante. Siempre con cuidado de que no lo viera, no del todo. Sí, era listo, aunque, claro, si trabajaba con John, para el gobierno, debía serlo. Se me aceleró el corazón al pensar en qué querría, qué podía pensar que sabía yo. Apreté el paso. Giré por un callejón, luego otro, pero fue en vano.

No conseguí deshacerme de él.

Cuando llegué al apartamento me faltaba el aire, el corazón me latía fuerte y rápido y las manos me temblaban tanto que no acertaba a meter la llave en la cerradura. Las horquillas habían dejado de sujetarme el pelo y, camino del salón, me noté unos mechones sueltos que me hacían cosquillas en los bordes de la cara y me los aparté, resuelta, para librarme de su molesto roce.

Me detuve en seco.

Lucy estaba allí, sentada en el sofá, pero no estaba sola. La flanqueaban un par de policías, vestidos con su uniforme de color canela y ese peculiar gorrete que llevaban sobre la cabeza, más que en ella. Sus rifles, observé, estaban apoyados en una de las librerías. Pestañeeé para asegurarme de que estaban allí, de que no los había imaginado.

—Alice —dijo Lucy, con voz de mucha preocupación—. Ha venido la policía a preguntarte por John, por su desaparición. Querían hablar contigo, pero les he dicho que no estaba segura de adónde habías ido. Al mercado, he supuesto.

Debía de parecer loca, aferrada a la librería que tenía al lado, desesperada, en ese instante, por tocar algo real.

—Lo siento —mascullé, sin saber siquiera a quién dirigía la disculpa.

—*Est-ce que tout va bien, madame?* —preguntó uno de los policías.

—*Oui* —me esforcé por contestar. Mi voz sonó seca y ronca.

—*Elle a l'air malade* —observó el otro policía.

Hizo ademán de acercarse a mí, pero yo levanté una mano para detenerlo.

—*Non* —declaré con firmeza—. Me encuentro bien.

Se hizo un silencio durante el cual los policías me miraron con una cara que no era precisamente de preocupación.

—Hemos recibido su llamada, madame Shipley —dijo al fin uno de ellos.

—¿Llamada? —Miré a mi alrededor, a las caras que me observaban expectantes—. Pero si yo no he llamado a nadie.

El mismo agente frunció el ceño y consultó la libreta que sostenía.

—Esta mañana, una tal madame Alice Shipley nos ha informado de que su marido había desaparecido. —Hizo una pausa—. ¿No ha sido usted?

—No —contesté, deslizando la mirada hacia donde estaba sentada Lucy y preguntándome cuánto tiempo llevarían allí los policías y qué les habría contado en ese rato.

Pensé de pronto en el tipo de la cicatriz y en su insistencia en que no me pusiera en contacto con la policía local.

—Entonces ¿su marido no ha desaparecido?

—¿Qué? —pregunté, atendiendo de nuevo al agente—. No..., es decir, sí, sí, ha desaparecido.

—¿Su marido ha desaparecido y usted no ha llamado para informar de su desaparición?

Asentí con la cabeza, sonrojándome.

—Sí, sí, así es.

Se hizo el silencio. Los dos policías pusieron cara de extrañeza.

—Estaba pensando que... —dijo Lucy entonces, como si retomara una conversación que yo había interrumpido al entrar. Exploró la estancia con la mirada y descansó al final los ojos en mí. Fueron solo unos segundos, uno, dos, tres, no supe cuántos con exactitud, pero entonces logré ver qué se proponía. La conocía tan bien como a mí misma; sabía que ponía la boca en forma de O cuando se sentía incómoda, sabía el ruidito que hacía cuando se sobresaltaba o cómo se le dilataban las pupilas cuando estaba satisfecha. La conocía. Y supe, en ese caso, que lo que se le estaba pasando por la cabeza era fruto de alguna conclusión a la que había llegado al mirarme—. Había un hombre —siguió—. Youssef.

Arrugué el entrecejo y noté una especie de hormigueo en la nuca.

—¿Youssef? —El policía revisó sus anotaciones—. ¿Y ese quién es?

Lucy se encogió de hombros.

—Uno de aquí. Un estafador, en realidad. También lo llaman Joseph. —Meneó la cabeza como para sacudirse los pensamientos—. Ni siquiera sé por

qué lo he mencionado. —«Mentira», me dije. Se volvió hacia mí—. Creo que Alice lo conocía. Me parece recordar que me habló de él cuando llegué aquí. Pensé que era raro que conociera a alguien como él, pero luego he descubierto que Tánger es una ciudad pequeña. Es fácil conocer a todo el mundo. —Calló, después añadió—: Lleva un sombrero de fieltro con un ribete de color púrpura. Por ese detalle lo conoce casi todo el mundo. Nunca va a ningún lado sin él.

Su tono no era acusatorio. Era más lista que todo eso. Sin embargo, el policía... Vi cómo se le iluminaban los ojos, un poco, aunque lo bastante como para saber que había despertado su interés. Lo noté en la forma en que su cuerpo pareció expandirse de golpe, llenar la estancia.

También vi lo que había hecho ella: establecer una conexión, un vínculo entre Youssef y yo. Un rastro, una siembra de migas de pan.

—*Merci beaucoup* —dijo el agente, saludando discretamente con la cabeza—. Investigaremos eso y le haremos saber si averiguamos algo más. Lo más probable es que esté donde terminan todos los tangerinos: borracho en alguna parte, durmiendo la mona o... —Se interrumpió.

—¿O qué? —pregunté, sin llegar a sonar tan desafiante como pretendía.

Se encogió de hombros.

—Si entretanto sabe algo de su marido, madame, háganoslo saber.

Asentí con la cabeza e ignoré su tono de reprimenda. Como si yo fuera la culpable de la desaparición de John... Pensé en las otras razones que había omitido. Una pelea con un jugador de la zona que hubiera terminado mal, un apuñalamiento, quizá. Una diferencia de opiniones con uno de los proxenetas de un club de alterne. Negué con la cabeza; se equivocaban. Pero antes de que pudiera decírselo se habían ido, en medio de un frufrú de tejido grueso y botas pesadas.

—¿Dónde has estado? —preguntó Lucy, y su voz perforó el silencio.

La vi levantarse del sofá, sentarse en el alféizar de la ventana. Iba vestida con pantalones oscuros y una blusa lisa de color claro. Y al verla llevarse un cigarrillo encendido a los labios me asaltó un pensamiento: «Esta sí que es ella». Las líneas largas y elegantes, la ausencia de encajes y puntillas. Seguía siendo la mujer más hermosa que había conocido jamás, pero de un modo que me estremecía de miedo.

—Qué oscuro está ya —observé, al darme cuenta de que el sol había

empezado a ponerse, que la estancia se había quedado en penumbra desde que se habían ido los policías. Me acerqué a una de las lámparas, desesperada de pronto por que hubiera luz.

—No —me ordenó con firmeza, rotunda—. Quiero ver la puesta de sol.

Me sonó a desafío, y tuve que hacer un esfuerzo para no hacer caso omiso de sus palabras y apretar el interrupto para que las dos, cegadas por un momento, quedáramos visibles. Pensé en tía Maude, de camino ya a Tánger, y volví a estrujarme los dedos, impaciente por que llegara.

—Nada que ver con nuestros atardeceres, ¿verdad? —preguntó entonces, sin volverse siquiera hacia mí.

Miré por la ventana; el cielo estaba inundado de brochazos rosa, blancos, azules. Sí, era distinto, pensé. Quizá incluso hermoso. Pero en ese momento yo solo veía algo siniestro e inquietante, una amenaza que nunca conseguía eludir del todo. Le había prometido a mi tía que no involucraría a la policía y, sin embargo, se habían plantado en mi casa. Y, pese a que estaba convencida de que yo no los había llamado, de que no había sido yo quien los había alertado, por más que lo intentaba, no lograba recordar con claridad lo sucedido inmediatamente después de hablar con tía Maude. Me sentía crispada, encerrada en ese lugar que era por entero de John, porque el apartamento y la ciudad le pertenecían de un modo que yo no alcanzaba a comprender. Habría dado cualquier cosa en ese preciso instante por volver a los cielos oscuros y lluviosos de mi infancia.

Se volvió hacia mí.

—Tú nunca sales.

No lo dijo en tono acusador. Sonó como cuando uno expone una realidad; y era una realidad, me dije. Hubo un tiempo en que no salía nunca. Hubo un tiempo en que tenía mucho miedo de lo que pudiera acecharme en las esquinas de las callejuelas, en las zonas privadas de los bares y los cafés. Pero eso era antes, quise decirle. Antes de que ella llegara, antes de que John desapareciese, antes de que todo cambiara y yo empezara a sospechar, empezara a recordar que el verdadero peligro no estaba del todo en mi cabeza.

—¿Adónde has ido? —insistió.

Mientras observaba cómo la columna de humo de su cigarrillo le invadía las facciones, me pregunté si lo sabría y si sería posible que solo me estuviera

preguntando para ver si le decía la verdad.

—Al mercado —mentí.

Eché un vistazo alrededor.

—¿Y qué has comprado?

—Nada. —Me encogí de hombros, aunque no estaba segura de si podría ver el gesto en la oscuridad que nos envolvía—. Solo quería echar un vistazo.

—Es muy tarde para el mercado.

—Primero he ido ahí y luego a dar un paseo —contesté, con excesivo apremio.

Ella asintió. Luego dijo, mirándome fijamente:

—Me ha sorprendido que no me lo contaras. Lo de la desaparición de John, digo.

Le sostuve la mirada y, aunque me temblaba la voz, le pregunté:

—¿Tenía que hacerlo?

La pregunta, la inferencia, quedó en el aire, entre las dos, sin respuesta.

Se volvió hacia la ventana y sugirió:

—Aún podríamos marcharnos, ¿sabes? Las dos, juntas. Podríamos ir a España. A París. —Hizo una pausa, vino hacia mí despacio; oí el roce de sus pantalones al moverse—. No es demasiado tarde. Esto no tiene por qué ser el fin.

Detecté en sus ojos un destello de desesperación. Y, en parte, aunque sabía que era un disparate, que estaba mal, me dieron ganas de decir que sí. Sería más fácil cerrar los ojos y ceder, salvar la distancia que nos separaba y dejar atrás aquella pesadilla. Quizá también ella notó que me ablandaba, porque alargó la mano, como si quisiera tocarme. Pero entonces pensé en Tom, en John, en lo que era posible que les hubiera hecho. «No, en lo que les ha hecho con toda seguridad», me susurré furiosa, y sentí que palidecía. Rechacé su mano con una fuerza que nos sorprendió a ambas. Lo vi: el asombro, la decepción y, sí, la rabia.

—No puedes chantajearme para que te quiera, Lucy —espeté, sin poder contenerme—. No funciona así.

Se quedó de piedra, como si las facciones se le hubieran contraído, encogido. Luego, en la penumbra, vislumbré el esbozo de una sonrisa que empezaba a dibujarse en sus labios. Torcida, inclinada hacia arriba. La de un gato que juega con un ratón.

Me noté una comezón en la piel y supe que algo estaba a punto de ocurrir; percibí el peligro de sus siguientes palabras.

—¿Cuándo se lo vas a contar a la policía? —preguntó. Me dejó paralizada—. Lo que sabes.

—¿Qué es lo que sé? —musité, procurando ignorar el temblor de mi cuerpo. Una sonrisa, una de verdad, auténtica, que no se podía ocultar.

—Lo de Sabine.

Me abracé la cintura. Ya no quería estar allí. Ni en esa habitación, ni en Tánger, ni en ninguna parte del continente africano. No era mi hogar. Nunca lo había sido. No había hecho más que crearme un cerco en el que había quedado atrapada. Yo misma había fabricado la cerradura y le había dado la llave a Lucy. Se me revolvió el estómago y, por un instante, pensé que iba a vomitar, allí mismo, en el salón, rodeada por las cosas de John y envuelta en la sonrisa de oreja a oreja de Lucy.

—¿Sabine? —repetí.

—Sí. —Se volvió—. La policía querrá saber qué pasó ese día, en el Café Hafa.

Me contraje, me paralizó el terror, no, el horror. Recordé ese día, la mujer, el cristal hecho añicos, la sangre en la escalera, centelleando bajo el sol vespertino. La convicción de que me resultaba familiar, aunque no consiguiera ubicarla, pero claro que podía: la imagen de su rostro aquella noche, segundos antes de desmayarme, cuando la verdad sobre John, sobre nuestra relación había quedado al desnudo. No podía moverme, no podía hablar. Me quedé allí plantada, como de piedra.

—¿De qué estás hablando, Lucy?

Soltó una carcajada.

—Alice. Sé que la empujaste.

Noté cómo me corría la sangre, oí cómo me zumbaba en los oídos, cómo me pulsaba en los tímpanos.

—Yo no lo hice, Lucy. Yo no empujé a esa mujer.

—¿Te refieres a Sabine? —preguntó.

Me dio un vuelco el corazón al oír su nombre, pero traté de contener el pánico.

Le había dado muchas vueltas a lo sucedido ese día, me había preguntado

qué habría ocurrido una decena de veces y nunca había llegado a una conclusión razonable. Había reproducido mentalmente la escena sin parar, unas veces imaginando que le veía la cara justo antes de que se derrumbara, la expresión de terror que inundaba sus facciones, consciente de lo que estaba ocurriendo e incapaz de impedirlo. ¿Me había regocijado de lo ocurrido?, me pregunté, y traté de evocar aquella sensación de nuevo, sabiendo de algún modo que había visto quién era, incluso entonces. Miré a Lucy y me esforcé por encontrar unas palabras que se me resistían.

—No te culpo, Alice —dijo, apartándose de la ventana—. Yo habría hecho lo mismo. A fin de cuentas, cuando alguien te traiciona así... —añadió, dejando la frase a medias. Sus ojos brillaron en la oscuridad.

Sentí que se me aceleraba el pulso, noté que las sombras de mi visión periférica empezaban a crecer.

—Me voy a la cama —informé, y la voz me resonó por todo el cuerpo—. Tengo un dolor de cabeza espantoso.

Esa noche eché el pestillo de mi dormitorio. Desplacé el pesado aparador de madera que había junto a la puerta, arrastrándolo y empujándolo hasta colocarlo delante, y escuché con satisfacción el crujido y el chirrido de sus patas de madera por las tablillas del suelo, pensando en lo absurdo de la situación, en la circularidad de todo aquel condenado asunto. Me llevó casi una hora, de arrastrar y empujar, pero no paré hasta que el mueble formó una barrera, una división entre mi habitación y el pasillo, entre Lucy y yo. Bajé la vista y vi los surcos profundos que había tallado en la madera. Me alegraron las marcas, la permanencia de mis actos, el registro de mi resistencia. Se las enseñaría a tía Maude cuando llegara, para que viese todo lo que había hecho para librarme de las garras de Lucy.

Entonces lo entendería, y juntas encontraríamos una solución.

14

LUCY



Esperé varios días antes de regresar al lugar donde había escondido su cadáver.

Hice el viaje para asegurarme tanto de que era real, de que había sucedido, de que John estaba muerto y bien muerto, y que no volvería a aparecer de pronto, a modo de espectro enviado a atormentarme, como de que Youssef no lo había manoseado mientras tanto. Aguardé a que Alice estuviera dormida, a que la ciudad por fin descansara, para poder moverme aprisa en la oscuridad. La cabeza me iba a mil, me zumbaban los oídos y la humedad parecía aumentar paso a paso, unos pasos que me acercaban, inevitablemente, a él.

Y aun sabiendo que lo encontraría donde lo había dejado, sujeto con una roca, tan al borde del acantilado que ni un tangerino se habría atrevido a llegar allí, me conmocionó verlo, ver la prueba visceral de mi rabia. Ladeé la cabeza. A la luz fragmentada de la luna, casi podría haber pasado por un turista que dormía a pierna suelta. Después de que ocurriera, el tiempo había transcurrido muy rápido, tanto que me había notado inquieta, aterrada mientras lo movía, mientras arrastraba su cuerpo con dificultad hasta el escondite elegido, un lugar que en su momento me había parecido perfecto, pero que ahora veía demasiado alejado, demasiado expuesto.

Me quedé allí de pie, mirándolo desde arriba, al que fuera mi rival, derrotado, vencido. Ya no era una amenaza. Empezó a remitir el zumbido de los oídos y la sensación de agobio comenzó a desvanecerse, como si mi pensamiento anterior se hubiera llevado consigo toda la preocupación, la ansiedad que me había perseguido desde mi llegada a Tánger.

Me acerqué y, mirando para otro lado, empecé a tirar, para liberar lo que había asegurado con tanta determinación hacía unos días. Le di un tirón fuerte; el cuerpo ya estaba rígido, putrefacto. Me resistí a mirarle el cráneo, el boquete que imaginaba allí, producido por la piedra que esa noche me había escondido tras la espalda, una piedra de bordes afilados, repletos de intención.

Había hecho un ruido sordo cuando le aticé con ella en la coronilla; el movimiento me había obligado a auparme, mucho, mucho, mucho, por encima de mi estatura natural, tanto que me había dado un tirón en el hombro y, después, había reulado, tambaleándome, temiendo haberle dado ventaja. Pero no, ya había caído de rodillas, sorprendido, dolido, no sabía, no me acordaba, porque aquel insistente zumbido había alcanzado para entonces un volumen ensordecedor, con lo que si hubiera dicho algo, cualquier cosa, yo no lo habría oído. Sus últimas palabras, si las hubo, se perdieron. Solo Tánger lo sabía, y me guardaría el secreto, sospechaba.

A continuación, había mirado la piedra que llevaba en la mano, aquella masa fría impregnada de sangre, y me había preguntado si era en realidad una piedra o un trozo de tumba que en su día habría albergado a un difunto. Había tenido que contener una carcajada.

Luego John se había movido, con el gesto torcido de rabia al caer en la cuenta de lo que estaba sucediendo, y con la fiereza de su reacción había conseguido tirarnos a los dos al suelo, de forma que se me escapó la piedra de la mano. Quizá entonces sí había dicho algo. Un par de frases enunciativas, nada digno de recordar; su hablar era arrastrado, como si hubiera bebido demasiado.

Cogió la piedra y la sostuvo por encima de la cabeza, en lo que parecía la versión grotesca de una bailarina intentando ejecutar una pirueta. Se acercó a mí, tambaleándose, mientras la brecha de la frente le sangraba profusamente, le chorreaba por un lado de la cara, impregnándolo de una oscuridad pringosa.

Después todo fue muy rápido. Yo me levanté, le arrebaté la piedra y él ofreció poca resistencia, como si fuera consciente de su futilidad. Lo golpeé con

ella, fuerte esa vez, y ya no se volvió a mover.

Ahora, mientras tiraba del cadáver y los brazos me temblaban del esfuerzo, me pregunté para qué había servido todo aquello. Me detuve al borde del acantilado.

Habíamos llegado al final.

Me incliné y le di un último empujón, y la tensión, el esfuerzo, me recorrieron todos y cada uno de los rincones del cuerpo, cada músculo fibroso, como si fuera necesario, imprescindible para la absolución de mi delito. Me quedé quieta, cubierta de porquería y suciedad, esperando oír el salpicón, abajo, el final anunciado.

No oí nada.

Después, plantada al borde del acantilado, contemplé el mar a mis pies, tratando de adivinar mi futuro. Alice no vendría conmigo, lo sabía. No viajaríamos a España, no comeríamos tapas ni beberíamos vino al anochecer. Lo de París tampoco ocurriría, comprendí. Vi claro, quizá por primera vez, que la vida que había soñado para nosotras jamás se haría realidad. Y vi por qué: por Alice. Había sido ella quien había huido a Tánger, quien me había dejado, sola y destrozada, en las frías calles de Nueva York. Habían sido sus decisiones, sus resoluciones lo que nos había llevado hasta allí. Lo único que yo había hecho, lo que había hecho siempre, era intentar lo mejor para las dos, inventar la vida que ella decía querer. Solo que, en realidad, Alice no la quería. Recordé lo que había dicho en el bar la otra noche y la cruda realidad me asaltó de pronto, con violencia, tanta que volví a oír el pitido, noté en la boca su regusto metálico, cobrizo, el sabor de la verdad. Ella nunca me había querido.

Me aparté del mar, de lo que había hecho.

No se me daban bien los epitafios, y sabía que no podría decir nada sincero y bueno. Lo único que me vino a la cabeza mientras me apartaba de los primeros rayos de sol fue que John había estado con una mujer a la que había amado, para bien o para mal, y que, independientemente de lo que ese amor hubiera significado para él, seguiría con ella, con Tánger, siempre.

En eso, John era el más afortunado de nosotros.

15

A L I C E



Llegué a casa sin aliento. Había pasado la mañana en el banco, intentando retirar el dinero que quedaba en la cuenta conjunta que teníamos John y yo antes de que tuviera que marcharse de Tánger para siempre. Me había consternado descubrir lo mucho que John había dilapidado; la cifra me había sobresaltado y, confundida, había tratado de deducir qué habría hecho con la asignación que tía Maude nos había ido enviando cada mes. Primero había pensado en Sabine, me había preguntado si también ella se habría beneficiado del fideicomiso de mis padres. La idea me había producido náuseas, pero entonces recordé su rostro, aterrado, y dejé de preguntarme cuánto podía o no haber percibido.

Metí la llave en la cerradura y me di prisa; quería asegurarme de que todo estuviera recogido cuando llegara tía Maude. Me habían entregado un telegrama suyo el día anterior, y aunque yo había pensado ir a recibirla al muelle, ella se había negado en redondo y me había dicho que no hacía falta que me molestara, que cogería un taxi y me vería en el apartamento.

Solo esperaba que Lucy no estuviera en casa.

En los últimos días, habíamos adquirido ciertos hábitos. Lucy se levantaba temprano, desaparecía casi toda la tarde y regresaba después de que yo me

hubiera encerrado en mi habitación por la noche. Al principio me inquietó, y me planteé si debía recelar, si debía preocuparme de que ya no buscara mi compañía como siempre, sino que más bien me rehuyera, deseosa de pasar el día lejos de mí. Era extraño e impropio de ella, pero al final decidí que era preferible que me dedicara a limpiar, a hacer las maletas y a prepararme para la llegada de mi tía y mi posterior éxodo de Tánger. Para ese día en que ya no tendría que volver a pensar en Lucy Mason nunca más.

Enfilé el pasillo y me detuve en seco. Se oían voces en el salón. Risas y alguna palabra apresurada, dicha en un tono que enseguida identifiqué como el de tía Maude. Avancé deprisa, con el estómago revuelto, queriendo saber cómo demonios se habría enterado Lucy, y qué habría hecho, qué habría dicho para que tía Maude riera así, algo que yo no recordaba haberle visto hacer desde que la conocía.

Estaban sentadas en el sofá, las dos, como si fuera lo más natural del mundo, con una bandeja de té con pastas delante.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —quise saber.

Tía Maude alzó la vista sobresaltada.

—Alice, ya has vuelto. —Se levantó, se acercó a mí y me dio un abrazo breve, de cortesía—. He llegado antes de tiempo, pero Sophie me ha dejado entrar. —Arrugó el entrecejo al ver mi expresión, congelada por el pánico, por el terror de encontrarme a Maude allí, con ella, y todo lo que ese simple hecho conllevaba—. Alice, ¿qué pasa? Te has puesto blanca. ¿Te lo ha contado la policía, entonces?

Miré a Lucy, allí sentada, al borde del sofá. Llevaba, observé, el mismo vestido negro con cinturón del día de su llegada. Su disfraz, supe de pronto.

—Ella no es Sophie Turner —repuse, ignorando la pregunta de mi tía.

—¿Qué estás diciendo? —espetó Maude molesta; luego se volvió hacia Lucy—. ¿Sabes tú por qué lo dice?

Lucy puso cara de decepción, de preocupación.

—Quizá se deba al estrés de la situación. Como le dije por teléfono, no ha vuelto a ser ella desde que desapareció John.

—Miente —espeté, y Maude se volvió hacia mí sorprendida—. Todo lo que dice Lucy es mentira, siempre lo ha sido.

—Alice —advirtió Maude serena—, creo que te confundes, querida. Me

parece que estás mezclando lo que ha pasado con John y lo que ocurrió hace tiempo con Tom.

—No, no me confundo —repliqué, negando con la cabeza.

—Sí, querida —respondió, llevándose las manos a la garganta, señal de preocupación, un gesto que compartíamos, prueba irrefutable de que corría la misma sangre por nuestras venas—. Tú misma me contaste que Sophie se alojaba en tu casa hace solo unos días. ¿Te acuerdas?

Meneé de nuevo la cabeza, para buscar una escapatoria de mis propias mentiras. Entonces recordé lo que me había preguntado antes.

—¿Que si la policía ya me ha dicho el qué? —inquirí.

Hizo una pausa, muy confundida.

—He supuesto que por eso estabas disgustada, porque venías de la comisaría.

—¿Qué ha pasado? —quise saber.

Lucy se levantó.

—Alice, la policía ha venido antes. Le he contado a tu tía por qué querían verte: un grupo de pescadores lo ha encontrado, en el puerto. A John, quiero decir. —Hizo una pausa y puso cara de gran preocupación—. Te han estado buscando.

—¿A mí? —pregunté.

—Sí, Alice —respondió Maude—. Para que lo identifiques.

Entonces había acertado: John estaba muerto, igual que Tom.

Salvé la distancia que nos separaba en solo unos pasos, ignorando la cara de estupefacción de mi tía y la risueña sorpresa de la de Lucy.

Le agarré el bolso y se lo arrebaté.

—¡Alice! —me gritó Maude—, ¿qué haces?

La ignoré y hurgué en el bolso en busca de algo que tenía que estar ahí, porque ni siquiera ella podía haber previsto que se lo quitaría.

—Su pasaporte —apunté, agarrando el librito por fin. Tiré el bolso y vi que Lucy se estremecía al oírlo caer; una polvera de plata salió disparada y cayó boca abajo, y los polvos se hicieron pedazos y mancharon el suelo—. Mira —dije, ofreciéndole furiosa el pasaporte a mi tía. Titubeé, aunque solo un instante, al recordar los incidentes de Bennington con la pulsera, con las fotografías. Me aparté de la cara un mechón de pelo suelto que se adhería, obstinado, al sudor de

mi frente. Daba igual, recordé. Aquello había sido en otra época, en otras circunstancias. Entonces Lucy lo había planeado todo, urdido todos los pasos de forma que no me quedase otro remedio que caer en la trampa que me había tendido. Ahora actuaba solo por instinto. Era una venganza por haberme negado a ceder, un rechazo que la había pillado por sorpresa, desprevenida. Lo vi escrito claramente en su rostro—. Ábrelo —le ordené a mi tía—. Ábrelo y verás como miente. Verás como no es Sophie Turner, sino otra persona muy distinta.

—¿Y entonces quién es? —preguntó Maude.

—Ya te lo he dicho —contesté, suplicante—. Lucy Mason.

Soltó un gruñido de frustración.

—Ay, Alice, ¿ya estamos otra vez? —replicó, meneando la cabeza.

—No —repliqué, negándome a escuchar—. Ya lo verás, esta vez verás que tengo razón. Tú ábrelo. —Tía Maude suspiró, con el librito entre los dedos, como si no se atreviera a abrirlo, como si temiera incluso tocar sus páginas. Pero ¿por qué me daban ganas de gritar, por qué, si así iba a ver que su sobrina decía la verdad, iba a dudar de aquella mujer, esa desconocida sentada a su lado, en vez de sospechar de alguien de su misma sangre?—. Tita, por favor —le susurré, y me fastidió tener que rogarle que se pusiera de mi parte.

—Muy bien.

Suspiró y abrió el librito.

Y esperé el gesto de confusión, la rabia inevitable en cuanto tía Maude se diera cuenta de que también a ella la había engañado esa joven en apariencia inocua sentada en el sofá, en nuestra presencia.

Y llegó. Sonreí aliviada al verla fruncir el ceño, entornar los ojos, haciendo que se acentuaran sus patas de gallo, esperando, lógicamente, una explicación. Me incliné hacia ellas, impaciente por oír las excusas que Lucy inventaría, a sabiendas de que no podía decir nada, nada que le ahorrara ese momento.

Pero entonces vi que Lucy se guardaba la documentación en el bolsillo del vestido y que Maude se recostaba en el sofá.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué ha hecho?

Maude meneó la cabeza, como decepcionada.

—Sophie no ha hecho nada, Alice.

Me costaba respirar.

—¿Por qué sigues llamándola así? —inquirí, negando con la cabeza, tratando

de entender—. Ya has visto el pasaporte, te lo acabo de enseñar.

Maude asintió.

—Sí, Alice, lo he visto.

Miré a Maude, luego a Lucy, de nuevo a mi tía. Ambas me miraban con dureza, muy serias. Reparé en lo mucho que se parecían: fuertes y, a veces, distantes; duras y, a menudo, inflexibles. ¿Cómo no había caído en eso antes? Entonces se me pasó la idea por la cabeza, aun consciente de que era un disparate, fruto de la desesperación, de la locura; pero, viéndolas juntas, me pregunté si no se habrían confabulado. Si con aquello, con todo aquello, no se habrían propuesto volverme loca para encerrarme en un manicomio de por vida. A Lucy le habría encantado saber que jamás sería de otra persona, que, estando encerrada, nadie me pondría la mano encima. ¿Y Maude? Pensé en el fideicomiso que pronto me pertenecería, en su papel de tutora. Era absurdo, demencial, aunque todo encajaba.

—¿Por qué haces esto? —susurré con sequedad, con serenidad.

—¿El qué? —preguntó tía Maude.

—Esto —contesté, procurando mantener la calma—. ¿Qué pone en el pasaporte? —quise saber, y me di cuenta de que yo no lo había visto, de que no sabía qué nombre figuraba en aquellas páginas.

Maude me observó con frialdad.

—¿Qué crees tú que pone, Alice?

Quizá por la forma en que me miraba, distante, como si ya no fuéramos familia, o por el tono de voz, bajo y desafiante, que en ese momento solo pude interpretar como una amenaza; o quizá por la súbita constancia de que la única mujer en la que siempre había confiado, la única familia de verdad que me quedaba, me había abandonado, traicionado, tuve la sensación de que me asfixiaba, tanto que solté un grito extraño, desgarrador y me abalancé sobre Lucy una vez más, en esta ocasión para arrebatarle el librito que se había guardado en el bolsillo.

Tenía que saberlo, me dije, mientras le apartaba las manos, que sostenía en alto como en señal de rendición, y le clavaba las uñas en la carne. Tenía que saber lo que ponía en el pasaporte, si mi tía no me creía sin más o se había confabulado con ella, con Lucy, si lo que tenía en mente era solo mi conveniencia o mi fortuna. Así que forcejeé. La arañé hasta que me noté la

sangre, su sangre debajo de las uñas. Hice todo lo posible hasta que la boca me supo a cobre, hasta que dos brazos fuertes me apartaron.

—¡Alice!

Maude lloraba, blanca como un papel.

Paré. La miré a la cara, detecté el miedo que impregnaba sus facciones. Se había despeinado, le caían algunos mechones por el rostro. Me volví hacia Lucy y la vi igual de afectada, con el pelo, que llevaba recogido en un moño, cayéndole de pronto por los hombros; el vestido retorcido; las medias desgarradas; las pruebas de mi violencia allí escritas, por todo su cuerpo. Iba a disculparme, pero no lo hice porque recordé que tenía su pasaporte en la mano. Debía saberlo. Así que eché un vistazo a lo que ponía en él: «Sophie Turner». Se me cortó la respiración.

Iba como siempre un paso por delante, confirmé desolada.

1 6

L U C Y



Me resultó bastante fácil convencer a Maude Shipley de que su sobrina se estaba volviendo loca.

Tras aquella primera llamada telefónica hablamos unas cuantas veces antes de que llegara a Tánger, y yo fui informándola de los movimientos de su sobrina, de su estado de ánimo, recordando todo el tiempo lo que Alice me había contado en una ocasión: sobre el miedo, sobre la muerte de sus padres, que su tía había querido encerrarla. El temor a que pensara que estaba loca, a que tuviese razón.

El episodio de esa tarde no había hecho más que ayudar. Casi me había dado pena, verla tan segura, tan convencida de que estaba a punto de derrotarme. Mientras estaba allí, delante de nosotras, con los ojos como platos, atónita, pasando las páginas del pasaporte, hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, como si así fuera a cambiar lo que estaba impreso allí, casi me habían dado ganas de ir corriendo hasta ella, estrecharla en mis brazos y perdonarle todo lo que había hecho. Sin embargo, había mirado para otro lado, me había deshecho de ese impulso.

Ella no podía saber que yo había modificado ya los pasaportes, que la idea se me había ocurrido mientras estaba sentada en el estudio de Youssef, el día en

que había intentado chantajearme. Justo después, me había quedado quieta, por miedo a moverme, a revelar cualquier indicio de debilidad. Solo cuando lo tuve todo claro me permití sonreír, cambiar de postura. Y entonces, preparándome para su respuesta, le dije:

—Antes de darte el dinero, necesito que hagas algo por mí.

Youssef entornó los ojos, sorprendido sin duda por mi osadía.

Le sostuve la mirada.

—Necesito un pasaporte nuevo.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? —Rio—. ¿Para que te largues sin pagarme?

—Te pagaré, y por adelantado. Pero sin documentación nueva, ¿de qué serviría que comprara tu silencio? La policía terminará enterándose tarde o temprano. Un pasaporte nuevo es la única forma que tengo de salir de Tánger. Si no, más me vale gastarme el dinero en disfrutar de mis últimas horas.

Contuve la risa y me la noté en la boca, aporreándome los dientes.

Youssef guardó silencio y meditó mis palabras. Lo vi sopesarlas, cuidadosamente, como sabía que lo haría. A fin de cuentas, ¿qué más le daba que yo me fuera de Tánger, siempre y cuando consiguiese lo suyo primero? Sí, habría preferido una estafa más duradera, una que le hubiese rentado más a la larga, pero si debía elegir entre nada y algo... Era listo, y yo sabía de qué pie cojeaba.

—Muy bien —accedió—. Conozco a un hombre que podría ayudarnos. Pero solo cuando yo haya cobrado lo mío —indicó, señalándome con el pincel.

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo.

Frunció los ojos otra vez.

—Cualquier truco y se acabó el trato.

—Entendido. ¿Lo sellamos con un apretón de manos? —dije, y le tendí la mía.

Rio entonces, un sonido agudo con el que saboreó el triunfo sobre la incauta joven norteamericana. Quise concederle eso antes de hacer lo que debía hacer después. Tenía la mano áspera, pero se la estreché, como si yo hubiera perdido, como si él hubiese ganado, como si el gesto fuese una admisión de mi derrota.

Luego, ya en la calle, reí, asombrada de haber dudado alguna vez de su

utilidad.

Esperé a que Maude convenciera a su sobrina de que debía descansar, a que la metiera en la cama y la arropara como si fuera una niña, y saliese de la habitación poco después, con aspecto cansado y angustiado.

—Tenías razón —dijo, desplomándose en el sofá. Me senté a su lado—. Gracias por telefonarme, Sophie. Por informarme de lo que estaba ocurriendo. Me temo que Alice siempre ha sido propensa a sufrir este tipo de... episodios —añadió, y apoyó su mano en la mía.

La tenía seca, fría, como si fuera inmune incluso al calor del desierto, como si ni siquiera los elementos de la naturaleza pudieran sobrepasarla. Era implacable. Inmutable. Era, no pude evitar pensarlo, una mujer desperdiciada con una joven como Alice. Imaginé lo que yo podría haber sido, las cosas que podría haber conseguido si el destino hubiese querido concederme un pariente como la mujer que tenía delante.

Me deshice enseguida del pensamiento.

—Por supuesto.

—Debo confesar que pensaba que John estaría de parranda con sus amigos, viviendo alguna aventurita de las tuyas. No me habría sorprendido, conociéndolo. —Me miró fijamente—. Tú estabas aquí cuando desapareció. ¿Qué crees que ha pasado?

Medité mucho mis palabras antes de responder y dejé de lado los datos que carecían de utilidad en ese momento.

—No sé. Al principio estaban bien, pero luego empezó a ser evidente que algo iba mal. Y entonces Alice me confesó lo de la otra mujer. —Meneé la cabeza—. La última vez que vi a John tuvieron una pelea horrible. Ignoro lo que pasó después. No lo sé, la verdad —susurré, impregnando esa última afirmación de toda la emotividad de que fui capaz, para que sonara siniestra, inquietante, y que a las dos nos pareciera que se negaba a desaparecer.

Asintió.

—La pregunta ahora es, supongo, qué se debe hacer.

Me fingí sorprendida.

—¿Con Alice, quiere decir?

—Sí. —Suspiró—. Confieso que nunca he sabido bien qué hacer con Alice, qué es lo adecuado. Se parece bastante a mi hermano en ese aspecto. Tampoco a él sabía nunca qué decirle. —Meneó la cabeza y una sombra oscureció su rostro—. Todo esto me supera. Que semejante desgracia recaiga sobre una joven tantas veces... Primero sus padres, luego ese chico de Vermont. Y ahora esto. —Sacudió de nuevo la cabeza—. Y todo ese asunto de su compañera de cuarto. No lo entiendo en absoluto. Estaba también empeñada en que esa chica había tenido algo que ver con el accidente de Bennington. Me costó una barbaridad convencer a la policía de allí de que había perdido el juicio, de que lo estaba confundiendo todo: el accidente, la desaparición de la chica...

Sentí el peso de sus palabras, de la acusación de Alice, en el fondo del estómago.

—¿Fue la policía quien se lo sugirió? —pregunté; al ver la confusión de Maude proseguí, porque ya no había vuelta atrás—. Lo de su compañera de cuarto, digo. Imagino que, si es necesario, pueden llegar a ser bastante convincentes.

Maude negó con la cabeza.

—No, fue cosa de Alice, por completo. ¿Por qué lo preguntas, querida?

Pestañeeé, noté como si de pronto se me nublara la vista, como si se me oscureciera. Pero luego cesó; sacudí la cabeza, el zumbido del oído era intenso, persistente. Implacable, decidí.

—Suena fantástico —dije enseguida—. Difícil de creer. Casi como si... —Hice una pausa y agaché la mirada—. Perdona que le pregunte, señorita Shipley, pero ¿Alice ha estado internada alguna vez?

Maude me miró con dureza, vacilante.

—¡No! ¿Por qué?

—Parece tan... frágil. Y como usted me ha mencionado esos episodios... —Me revolví discretamente en el asiento—. Sé que no siempre fuimos excelentes amigas, pero a mí desde el principio me pareció delicada —proseguí, recordando el día que la había conocido, para que mis palabras sonaran auténticas—. Me preocupaba. —Guardé silencio—. Yo tenía una tía con problemas graves de salud. Solía..., bueno, solía afirmar cosas que no eran verdad. Que alguien había entrado en su casa y le había tocado las lámparas, que le habían movido los muebles... Al final, mis padres decidieron que era más humano internarla en

algún centro donde pudieran cuidar de ella.

Maude me miraba con atención, sin que se le escapara nada.

—Lo consideraré —reconoció, rompiendo el silencio—. Tras la muerte de sus padres. Estaba inconsolable, ¿sabes? Más apenada de lo normal. —Me miró un instante, una mirada fugaz, y supe que sus palabras iban a ser importantes—. Creía de verdad que era la culpable de su muerte.

No dije nada y dejé que la idea tomara forma entre las dos: la imagen de la pobre huérfana cuya sola presencia había ocasionado tantas muertes. Y entonces, aunque no supe explicar por qué, tuve la sensación de que se había decidido algo. Como si Maude se hubiera servido del tiempo, del silencio, para cuestionar, ponderar, resolver. Se volvió hacia mí y ya no vi a una mujer perdida y confundida, sino resuelta, con un plan.

Entornó los ojos.

—Me entristeció enterarme de las desgracias de tu familia. Querría habértelo comentado antes.

—¿Sí? —pregunté, enarcando las cejas, impaciente por ver a qué conclusión había llegado y qué papel tendría que desempeñar Sophie Turner.

—Sí. —Hizo una pausa—. Verás, se me ha ocurrido una idea, pero voy a necesitar ayuda. —Al ver que no me oponía, continuó—. Necesitaría que hicieras algo por mí, en España, si te es posible. Te compensaría, como es lógico, el tiempo que le dediques. Alice percibe una asignación mensual de su fideicomiso y podría hacer que, mientras tanto, te la envíen a ti. El banco se encargaría de todos los detalles, no tendrías que preocuparte por nada.

—Sí, entiendo —dije, aunque no era del todo cierto, al menos de momento.

Pero sabía que no tardaría en hacerlo, que Maude confiaba plenamente en mí, que creía que la mujer que tenía sentada delante, Sophie Turner, era buena, decente y que merecía la pena ayudarla. Y, aunque era cierto que yo ya tenía un plan, me intrigaba saber lo que pretendía ella, si su plan podía beneficiarme más a la larga.

Sopesé los riesgos, consideré las probabilidades, pensé en aquel cuarto triste y anónimo de la pensión, y accedí enseguida.

Maude asintió con la cabeza.

—Su comportamiento de hoy me ha dejado claro lo que hay que hacer. —Miró a otro lado, a la ventana—. Lo que debería haber hecho hace años.

17

A L I C E



La policía vino a primera hora de la mañana siguiente.

Los esperaba, por supuesto, sabía que se acercaba ese intervalo comprendido entre el momento en que llamarían a la puerta y el momento en que me dejarían por fin en paz, tranquila, en esa especie de limbo en el que podría seguir fingiendo que no había ocurrido algo terrible, que era solo un sueño.

John estaba muerto. Me lo habían dicho el día anterior Maude y Lucy, aunque seguía sin parecer real y yo aún no era capaz de procesarlo como verdad, como algo concreto y firme que no había forma de desafiar, de cambiar, de alterar. Me había metido en la cama y Maude me había arropado como si fuera una cría, una inválida, un problema del que nunca conseguía librarse por completo, y sentí que la palabra me resonaba en la cabeza: muerto. Me resultaba muy familiar, pero, pese a todo, me era ajena. No podía ser cierto, quería decírselo a mi tía, que me estiraba y tensaba las sábanas. John no podía haberse ido, no podía haber muerto. Era él, quise explicarle, el que tenía que sacarme de la depresión, de la oscuridad que me había envuelto desde aquella noche amarga y fría en Vermont. Desde antes, incluso. No podía haberse ido, no podía haber muerto.

Mi cabeza se negaba a aceptarlo. Ni siquiera después, cuando me enseñaron su cadáver bajo las luces crudas y deslumbrantes del depósito y me quedé blanca, retrocedí, tambaleándome, consciente de la presencia de tía Maude a mi lado, de las miradas de los agentes, que fiscalizaban todos mis movimientos, todas mis inspiraciones. Esperaban, todos ellos, las lágrimas, la histeria. Un papel que yo no parecía tener la energía necesaria para interpretar.

Me di la vuelta con el rostro impenetrable.

—¿Madame?

Miré a los dos agentes indecisos, inseguros, como si tuvieran miedo, pensé. Me dieron ganas de reír, ¿qué demonios podían temer de mí? Quería saberlo. Estuve a punto de preguntárselo, pero el peso de la situación, de las emociones que supuestamente debía experimentar, que esperaban que mostrara, me resultó insoportable. Les hice un gesto con la cabeza, una cabezada breve, a modo de reverencia, y me dispuse a retirarme, dirigiéndome a la puerta. Tuve la misma sensación que en el Café Hafa, que en muchísimos otros momentos de mi vida en que había empezado a sentirme presa del pánico y la idea de estar atrapada amenazaba con apoderarse de mí de tal modo que, en ese instante, no buscaba otra cosa que abandonar el espacio en el que me hallaba confinada. A pesar de eso, me detuve, miré a la izquierda, a la derecha, convencida de que faltaba algo, de que se me olvidaba algo.

Lucy, caí en la cuenta de pronto.

Había estado buscando a Lucy.

Esa vez sí reí.

—Madame. —Oí decir de nuevo al agente, y noté que tía Maude me miraba, pero, aun así, no fui capaz de responder, no pude hacer otra cosa que dar media vuelta y marcharme, salir del depósito, al pasillo repleto de puertas, aunque ninguna de ellas pareciera conducir a la salida que yo buscaba. Empujé una y luego otra, pero no se abrían. No había salida, estaba atrapada, atascada en aquel pasillo laberíntico.

Una figura apareció delante de mí.

—¿Madame McAllister?

Nadie me había llamado nunca por el apellido de mi marido. Pensé en lo absurdo que era oírlo por primera vez estando a solo unos pasos de su cadáver.

—Shipley —susurré, con voz temblorosa—. Me apellido Shipley.

El hombre me miró extrañado.

—De acuerdo, madame Shipley. —Hizo una pausa y me señaló la puerta que había al lado—. Sígame, por favor.

El hombre que tenía delante no era especialmente grande, sus ojos se alzaban solo un poquito por encima de los míos y, sin embargo, había algo en él que me inquietaba, algo que hizo que me empezara a palpar el corazón de miedo. Era, sin duda, de mayor rango que los dos agentes con los que había hablado antes, y me pregunté qué querría. Miré hacia la puerta que me había indicado, aterrada por lo que pudiera esperarme al otro lado. Tenía, además, la vaga conciencia de que debía preguntarle quién era y qué quería, pero la única pregunta que fui capaz de hacerle fue:

—¿Adónde vamos?

—A mi despacho —contestó con naturalidad, sin darme más explicaciones.

Me noté una mano en el hombro y, al volverme, vi a tía Maude, con una fina capa de sudor cubriéndole el labio.

—Ya has oído a este hombre, Alice —dijo lacónica—. Vamos dentro.

El hombre la miró ceñudo, decepcionado, al parecer, de que nos acompañara.

Su despacho era austero, no decoraba las paredes mucho más que una fina capa de pintura amarilla que parecía pelarse, desconcharse por los rincones. Me instalé en una de las dos sillas colocadas delante de su escritorio; tía Maude ocupó la otra.

Una vez sentadas, el agente se acomodó en su propia silla, al otro lado del escritorio, y se inclinó hacia delante.

—Madame Shipley —empezó—, ¿sabe usted de alguna razón por la que un hombre llamado Youssef pudiera estar en posesión de los objetos personales de su marido?

Negué con la cabeza, sorprendida por la pregunta, porque, fuera lo que fuese lo que había esperado, no era eso. Pero de repente me vino algo a la cabeza: recordé lo que Lucy le había dicho la otra noche al policía sobre Youssef.

—No —dije, en voz baja, ronca—. No tengo ni idea.

Me observó con gesto hosco.

—¿Se encuentra usted bien, madame?

Pensé en contárselo entonces. Lo de Lucy, que le había hablado adrede de Youssef al policía, que con toda probabilidad era responsable de lo que fuera que

estaban hablando. Pensé en contarle eso y todo lo demás que había ocurrido, pero vi cómo me miraba, con seriedad y dureza, y las palabras murieron en mis labios.

—¿Podrían traerme un vaso de agua, por favor? —pedí en cambio.

Mi petición pareció irritarlo, pero, pese a todo, hizo una seña a uno de los agentes apostados a la puerta. Pasaron unos minutos de silencio hasta que por fin me pusieron delante un vaso de agua tibia.

—Gracias —murmuré.

Bebí y volví a dejar el vaso en el escritorio, y vi formarse un pequeño charco y cómo el anillo que lo circundaba terminaba calando en la madera. Noté que tía Maude me observaba, pero no fui capaz de devolverle la mirada. Aún no.

—Perdone, ¿cómo me ha dicho que se llamaba? —le pregunté al hombre, entreteniéndolo.

Se recostó en el asiento y suspiró.

—Disculpe, madame. Soy el agente Ayoub —se presentó—. Veamos, tengo entendido que conocía a ese hombre.

Arrugué el entrecejo y me llevé una mano a la sien, preguntándome si alguien más habría notado el calor que hacía en aquel despacho y lo pequeño que era.

—¿A quién? —dije, porque no sabía en ese momento a quién se refería.

—A Youssef —contestó cortante, vocalizando mucho—. O quizá lo conozca como Joseph. Es el responsable de la muerte de su marido, madame.

—No —respondí, negando con la cabeza ante la imposibilidad de semejante cosa. No, se estaban equivocando en todo.

Tía Maude se revolvió a mi lado.

—¿No? —Ayoub enarcó las cejas—. ¿No lo conoce o no es el responsable?

—No, no lo conozco —informé, deseando, en vano, afirmar también lo otro.

—No es eso lo que me han comunicado mis hombres —señaló Ayoub, frunciendo los ojos—. Aseguran que ustedes se conocían muy bien.

—No, eso no es cierto —protesté, preocupada de que hubiera dado ya ese salto, de conocerlo a conocerlo muy bien. Había una diferencia, lo tenía claro—. Sabía de su existencia, pero no lo conozco en persona. John... —Hice una pausa, enmudecí un instante, alterada al pronunciar su nombre—. John me previno sobre él.

—¿Por qué la previno? —preguntó Ayoub.

—No sé —dije, meneando la cabeza—. Para que estuviera al tanto, supongo, y me anduviera con cuidado si me topaba con él alguna vez estando sola.

El agente meditó mis palabras.

—Entonces ¿su marido lo conocía?

—No —negué de nuevo. Pero entonces pensé en Sabine, en esa otra vida que había vivido sin mí—. No sé —me sorprendí reconociendo—. No lo creo, quiero decir. No me lo mencionó nunca.

Volví a coger el vaso de agua.

El agente me observó, inmóvil, impasible.

—Estoy confundido, madame. Si usted no conocía a Youssef y su marido tampoco, ¿por qué ambos le tenían miedo?

—Nunca le hemos tenido miedo —respondí enseguida.

—¿No? —inquirió.

—No —repetí frustrada—. No sé. John me había contado cosas de él, de cómo desplumaba a los turistas...

—¿Y temía que se lo hiciera a usted también, que la desplumara?

Negué de nuevo con la cabeza.

—No, la verdad es que no. Es que...

—¿Es que qué, madame Shipley? —espetó.

Noté que me sonrojaba, que el rubor se me extendía por el pecho y que con toda seguridad resultaba inconfundible en aquel cuarto oscuro y gris. Carraspeé, pero antes de que dijera nada tía Maude se revolvió e, inclinándose hacia delante, apoyó una mano en el escritorio del agente.

—¿Podría decirme a qué se debe todo esto?

Ayoub ladeó la cabeza, visiblemente nervioso por la interrupción, aunque haciendo todo lo posible por disimularlo.

—A nada, madame —contestó al fin, con lo que pareció una sonrisa forzada—. Solo pretendemos establecer algún vínculo entre esta joven, su marido y el responsable de los hechos. —Se volvió de nuevo hacia mí—. Entonces ¿no conoce a Youssef?

Moví la cabeza negando.

—Ya se lo he dicho. No lo conozco.

—Es curioso. —Se recostó en el asiento y en su rostro antes impasible se

dibujó una sonrisa—. Verá, hemos hablado con el sospechoso y asegura conocerla a usted muy bien, madame Shipley.

Me dejó de piedra.

—¿A qué se refiere?

—Asegura que se conocieron hace un par de semanas en un café, en la terraza del Cinema Rif.

—Pero yo nunca he estado en el Cinema Rif —protesté, y según decía aquello caí en la cuenta de que había sido Lucy. Era de ella de quien hablaba. Había sido ella quien había sembrado esa idea, quien había preparado esa trampa, para que yo terminase allí, en aquel despacho—. Lucy —susurré.

Ayoub me miró extrañado.

—¿Cómo dice, madame?

—Es Lucy —repetí, más alto esa vez.

—No la entiendo —dijo Ayoub, mirando a tía Maude.

Titubeé, consciente de la mirada gélida de mi tía, de su desaprobación, aunque la ignoré y seguí adelante. Ya no podía seguir callando, menos aún después de que todo se hubiese enredado y complicado. Iban a necesitar mi ayuda para aclararlo todo, para que por fin todo tuviera sentido. Maude aún lo no entendía, no podía, pero terminaría haciéndolo.

—Lucy Mason —indiqué, aunque me tembló la voz—. Mi antigua compañera de habitación de la universidad.

El agente seguía extrañado.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que ha pasado aquí?

—Lucy vino hace poco a Tánger —empecé— y creo que podría estar implicada.

Ayoub negó con la cabeza.

—Me temo que no la entiendo. ¿Implicada en qué, exactamente?

—En todo esto —contesté, inclinándome hacia el policía—. En la muerte de John, en ese disparate de que yo conozco a Youssef, que yo podría tener algo que ver con esto.

El agente estuvo callado un rato, pero luego sonrió y dijo:

—Es interesante que mencione la posibilidad de que usted esté implicada. También Youssef asegura que el responsable es otro. Una mujer tangerina. —Hizo una pausa—. Su buena amiga, madame Alice Shipley.

—¿Qué insinúa? —le espeté.

—Insinúo que ese hombre asegura que es inocente. —Se encogió de hombros—. Dice que usted, madame Shipley, se acercó a él para preguntarle por una mujer, una con la que su marido se estaba viendo a escondidas, y que al poco tiempo la vio atacar y asesinar a su marido. Su marido, madame Shipley.

—¿Y usted lo cree? —se mofó tía Maude, a mi lado.

El policía ignoró la pregunta con un gesto despectivo.

—Ya sabemos lo de Youssef, llevamos años vigilándolo. Claro que ha cometido algunos robos menores, pequeñas intrigas sin verdadera importancia. —Hizo una pausa—. Esto nos ha sorprendido mucho, pero...

—¿Qué? —pregunté nerviosa.

—Me lo puedo imaginar. Si había, digamos, un elemento de persuasión... —Calló—. ¿Sabía usted, madame Shipley —dijo, enfatizando la última palabra—, que su marido tenía una aventura?

Me quedé de piedra, pero, antes de que pudiera contestar, tía Maude me puso una mano en el hombro. Se inclinó hacia delante y susurró con rotundidad:

—Monsieur, ¿va a acusar de algo a mi sobrina?

Me pareció que se lo pensaba.

—De momento, no, madame. Esto no es más que una charla informal, una oportunidad para que madame Shipley nos cuente lo que sepa.

—Pero ya le he dicho —tercié— que no tengo nada que ver con ese hombre. Y él no ha tenido nada que ver con lo de John. Ha sido Lucy, no él.

—¿No?

Entonces se sacó varios objetos del bolsillo y los puso sobre la mesa, entre nosotros. Vi la cartera de piel que John se había comprado en el zoco, una cartera que olía a la ciudad y que me traía a la cabeza recuerdos e imágenes que prefería olvidar. La compró el mismo día en que lo perdí en el mercado, y me puse furiosa, me sentí confundida y asustada... No, caí entonces en la cuenta, no fue el mismo día, fueron días muy distintos. Meneé la cabeza y puse los ojos, la mente en otro de los objetos que Ayoub había sacado.

Un pequeño objeto de plata que al principio no lograba ubicar. Pero entonces oí su tintineo, que me era tan familiar, vi su forma y sus detalles, y supe lo que era, supe que solo podía ser una cosa, nada más.

La pulsera de mi madre.

El policía me miró expectante, y en su rostro se dibujó un gesto triunfante.

—Reconoce estos objetos, ¿verdad?

Hacía un calor espantoso en aquel cuarto.

—Sí —respondí—, la pulsera era de mi madre.

Pero, según lo decía, me pregunté cómo había llegado a sus manos, qué serie de acontecimientos había podido llevar aquella pulsera, que mi madre había tenido en la palma de la mano, llevado en la muñeca, a las manos bastas y callosas de un desconocido, a miles y miles de kilómetros de donde yo la había visto por última vez.

—Pero hasta hace poco estaba en su poder, ¿no es así? —insistió el agente—. Es decir, hasta que la regaló.

—Sí —proseguí, pero negué enseguida con la cabeza—. No. Quiero decir que sí, que ahora es mía, pero no, no se la he regalado a nadie —dije con voz grave y ronca.

Me miró.

—Si eso es cierto, madame, ¿cómo cree que ha llegado a mis manos?

Me costaba hablar.

—No lo sé —contesté, volviéndome hacia mi tía y dirigiéndome más a ella que al policía—. No tengo ni idea. La perdí cuando estaba en Bennington. Al principio, pensé que Lucy me la había robado, pero ella lo negó. No había vuelto a verla desde entonces.

El agente se recostó de nuevo en el asiento.

—¿Le digo dónde la he encontrado? —Entrecerró los ojos—. Aunque sospecho que ya lo sabe.

—No —repuse—. Tita —alargué la mano para cogerle la suya—, te prometo que no tengo ni idea.

Tía Maude no dijo nada.

—Estaba en poder de su buen amigo Youssef. —Hizo una pausa—. Su remuneración —indicó, alargando mucho la palabra.

Sobresaltada, me volví hacia él.

—¿Cómo dice?

—Su remuneración —repitió—. Youssef asegura que usted le pagó con la pulsera. —Soltó una risita—. Por lo visto, no tenía ni idea de que no vale nada, de que es solo bisutería.

Maude se inquietó.

—¿Una remuneración por qué, exactamente?

El agente se volvió hacia ella.

—A cambio de documentación, madame. Según Youssef, madame Shipley le dijo que, tarde o temprano, la policía averiguaría lo que había hecho y quería asegurarse de que podría marcharse de Tánger sin llamar la atención antes de que eso sucediera.

Documentación. Alguien le había facilitado a Lucy un pasaporte nuevo hacía poco y era ella la que se había hecho amiga de Youssef, semanas atrás. A lo mejor, aunque no acababa de entender por qué, lo había planeado todo. Pero, no, ¿por qué demonios iba a acceder ese hombre a nada de eso para terminar en la cárcel? Ya no había razón para fingir. Claro que quizá él no sabía que Lucy fingía, quizá lo creía, creía que ella era yo, que se llamaba Alice.

Me alarmé.

—¿Madame?

El policía me miró preocupado.

—Dígame el nombre —jadeé—. ¿A nombre de quién iba la documentación?

—¿Cómo dice?

—El nuevo pasaporte —contesté deprisa—. ¿A nombre de quién iba el nuevo pasaporte?

El agente consultó su libreta, pasando una o dos páginas con calma, con cuidado, mientras yo, inclinada hacia delante, me agarraba con fuerza a los reposabrazos de mi silla, hasta ponerme los nudillos blancos.

—Alice, ¿qué pasa? —preguntó tía Maude.

Me miró los dedos temblorosos y yo me solté enseguida.

—La documentación —susurré, para no perturbar al policía—. Es la documentación, ¿no lo ves? —Frunció el ceño y yo me apresuré a explicarme—. Lucy se hizo un pasaporte nuevo, uno con el nombre de Sophie Turner.

—Alice... —empezó a decir, con el ceño aún más fruncido.

—No —la interrumpí, negando con la cabeza—. Tengo razón, sé que tengo razón. Todo encaja. Es la única forma de que todo encaje. —Me volví de nuevo hacia el policía—. ¿Ha encontrado ya el nombre?

El agente levantó la vista.

—Youssef no lo sabía. Dice que madame insistió en que la pusiera en

contacto con el falsificador directamente para no incriminarlo más. —Me derrumbé sobre el respaldo de la silla—. Madame —prosiguió, aunque de repente con cierta distancia—, también hemos ido a hablar con la querida de su marido. Pero no la hemos encontrado. Por lo visto ha salido del país, ha huido más bien, porque temía por su vida. Al parecer lo hizo con la ayuda de su marido, la noche anterior a su desaparición. Y, por lo que sabemos, él tenía previsto reunirse con ella en Europa.

Negué con la cabeza, y sentí que mi cuerpo iba absorbiendo las palabras, una a una.

—Yo no la empujé —susurré, consciente de inmediato del error que había cometido.

Tanto Ayoub como Maude se inclinaron hacia delante enseguida y hablaron a la vez, a voces, con precipitación, aunque yo no los oí, no registré lo que decían. En cambio, noté que palidecía, que de golpe era consciente de todo, con absoluta claridad, y que la conmoción me robaba el aliento. Entonces caí en la cuenta, por primera vez, de lo que estaba ocurriendo, de por qué aquel hombre me hacía esas preguntas. Me volví hacia tía Maude para ver si ella también se había percatado. Su cara de espanto me indicó que sí, y me sorprendí preguntándome cuánto haría que lo sabía, si lo habría sabido desde el principio, desde el momento en que el agente nos había hecho pasar a su despacho. Noté un hormigueo en la piel.

—Necesito excusarme un minuto... —dije, y las palabras me sonaron ajenas, como si no las hubiera dicho yo.

El policía me miró con aquellos ojos endurecidos de los que había desaparecido ya cualquier rastro de bondad.

—Hay algo más —apuntó.

Titubeé.

—¿Sí?

Me miró desde su silla.

—¿Por qué no acudió a la policía cuando supo que su marido había desaparecido? —Al ver que no contestaba, prosiguió—. ¿O sí lo hizo? Tampoco eso está nada claro. Verá, mis hombres aseguran que una tal Alice Shipley llamó por teléfono a la comisaría, pero que, cuando fueron a verla a su casa, negó haber hecho la llamada.

Pestañeé.

—No fui yo. Y no lo sabía. Al principio, no.

Arrugó el entrecejo.

—¿No sabía que su marido había desaparecido?

—No —respondí, negando con la cabeza, consciente de cómo sonaban mis palabras, de que ninguna explicación bastaría jamás. Aun así, me apresuré a explicarme—: Él tenía que ir a un sitio. Con un amigo.

—¿Qué amigo?

Vacilé, sospechando cuál sería su próxima pregunta.

—Se llama Charlie —contesté. Y entonces, cuando, como sospechaba, me preguntó de qué modo podía localizarlo, le respondí que no lo sabía.

—¿No sabe cómo localizar al amigo de su marido? —inquirió, con una voz trufada de sospecha, de duda.

El corazón me empezó a palpar cuando reconocí que no.

—No, solo lo he visto un par de veces. A Charlie, quiero decir.

—Pero eso sigue sin explicar cómo se enteró.

—¿De lo de Charlie? —pregunté, perpleja.

—No, madame, de que su marido había desaparecido —replicó exasperado.

—Vino un hombre a decírmelo. Un compañero de trabajo de John. —Hice una pausa, sabiendo de nuevo que me pediría detalles que no podía facilitarle—. No sé cómo se llama.

—¿No se lo dijo?

—No, no me lo dijo.

Hizo una mueca.

—Perdone el comentario, madame, pero hay muchas cosas que usted parece no saber. Muchas cosas para las que no parece tener explicación.

Lo medité mientras me levantaba y le daba la espalda al policía. Noté que tía Maude se levantaba también, la noté a mi espalda cuando abrí la puerta, y salimos las dos por fin al pasillo.

—¿Madame? —oí una vez más la voz del agente.

Me detuve, pero no me volví.

—Nos han comunicado que ha cerrado recientemente su cuenta en el banco local. Considerando eso, debemos pedirle que entregue su pasaporte antes de abandonar la comisaría hoy.

Asentí con la cabeza, rígida, y dejé que la puerta se cerrara a nuestra espalda.

Tía Maude insistió en que la acompañara a su hotel.

La extensa fachada blanca del Continental, uno de los hoteles más antiguos de Tánger, se alzaba más que el resto de los edificios que lo rodeaban, como para destacar su importancia. Siempre había pensado que parecía sacado de un cuento de hadas, solo que en vez de un foso había un puerto; en vez de pilares, decenas de palmeras, y en vez de realeza, artistas y escritores, todos los que eran famosos y tenían algún prestigio fuera, más allá de Tánger. Descubrí, sorprendida, que ya no podía imaginar un mundo lejos de ese lugar, de Marruecos. Uno que existiera al mismo tiempo, simultáneamente. Era como si todo, cada fibra de mi vida, estuviera ligada a aquel lugar, como si fuese a estar siempre ligada a aquel lugar, por mucha distancia que pusiera entre nosotros. Traté de recordar si había sentido lo mismo con Bennington antes de marcharme, pero quedaba muy lejos, como si tampoco aquello pudiera existir ya bajo el sol abrasador de Tánger, como si aquella ciudad calurosa y polvorienta pudiera borrar de un plumazo los bosques frondosos, las colinas onduladas, el olor de las hojas mojadas bajo los zapatos. En ese instante, tuve la certeza de que jamás volvería a verlo.

—¿Te encuentras mal?

La voz de mi tía interrumpió mis pensamientos. Estábamos sentadas una enfrente de la otra, con un elaborado servicio de té entre las dos, en el patio que daba al puerto. Hasta ese momento, habíamos guardado silencio, y nuestros mundos no expresados eran una zanja que aún no había averiguado cómo cruzar.

—No, solo estaba pensando —dije, dejando la taza en la mesa con el consiguiente tintineo de porcelana.

Levantó una mano para pedirme silencio.

—Tranquila, Alice. No hace falta que digas nada. Ya encontraremos una solución, como lo hemos hecho en otras ocasiones.

Arrugué el entrecejo, consciente de que se refería a Bennington.

—Maude —empecé de nuevo, y al oír su nombre alzó la vista sobresaltada—. Tienes que creerme en lo de Lucy.

—Alice...

—No —la interrumpí, negándome a escuchar—. Tienes que creerme, tienes que confiar en mí cuando te digo que es la responsable de todo esto, igual que antes. Debes hacerlo.

Meneó la cabeza y dejó la taza en la mesa con un suspiro de exasperación.

—Basta ya, Alice —me ordenó, aunque su voz no sonó tan áspera como me pareció que pretendía. Sonó más bien triste, cansada, como si hubiera tenido aquella misma conversación toda su vida—. Olvídate ya de ese asunto de Lucy Mason, te lo ruego.

—Pero si me escucharas...

—No, Alice —me cortó—. No puedo. No puedo volver a eso, otra vez no. Después de todo ese condenado asunto de Vermont, no hablabas de otra cosa que de Lucy. Estabas como obsesionada. —Hizo una pausa—. Más tarde, otras chicas dieron su testimonio. Dijeron que os habían oído discutir, que tú habías dicho algo... esa noche.

Traté de recordar.

—¿Qué dije?

Tía Maude miró para otro lado.

—Que ojalá desapareciera. —Una pausa—. Y así fue.

—Eso fue... —quise protestar.

—Alice —me interrumpió de nuevo—, tienes que entender lo que parece.

Negué con la cabeza; no comprendía a qué se refería.

—Ha sido Lucy quien lo ha hecho, ella es la única responsable, igual que antes.

—Alice —insistió, bajando la voz—, no hay pruebas. No hay pruebas de que lo haya hecho nadie en absoluto. Ha sido un accidente, algo de lo que no se puede responsabilizar a nadie. Una tragedia, sí, y ya veo que aún te cuesta asimilar la injusticia. Es perfectamente comprensible. Pero culpar a otra persona, a una joven que nadie ha vuelto a ver desde... —Se interrumpió.

La miré disgustada, esforzándome una vez más en entender la aversión que le producía el asunto, por qué, en vez de escuchar a su sobrina y lo que le presentaba como verdad, prefería deshacerse por completo de cualquier mención a Lucy.

Entonces recordé lo que me había dicho después del accidente. «Yo me ocuparé de todo.» Inspiré hondo. Esa era, entonces, la verdad del asunto. La que

había estado siempre ahí, pero yo me había negado a ver. Miré a mi tía a los ojos y le sostuve la mirada.

—Maude —dije con voz templada, serena. Y luego le hice la pregunta que había estado flotando entre nosotras, lo supe de pronto, durante el último año—. Maude, ¿qué es lo que crees que he hecho?

Palideció. Esperé a que lo negara, a que me dijera que aquello era absurdo, un disparate. Pero entonces dejó de mirarme, miró al puerto, al mar, más allá.

—No lo sé, Alice —susurró, y se volvió hacia mí—. Y lo que es peor, tampoco sé si lo sabes tú.

Presentí una vez más aquellas sombras, amenazadoras. Recordé esos días, tras la muerte de mis padres, y cómo todo parecía intensificado, pero a la vez sordo y distante. El tiempo transcurría de forma extraña: las horas parecían días y los días parecían horas. En su mayor parte lo había pasado en la cama; la cabeza me iba a mil y estaba agotada, la falta de sueño me hacía pestañear rápido, mis ojos secos y cansados no lograban decidir lo que era real, lo que era tangible y lo que solo había imaginado mi mente calenturienta.

No podía ser así como terminara todo.

Aparté de mi pensamiento el recuerdo de mis padres, de su muerte. Ignoré esos rincones oscuros en la periferia de mi visión que parecían crecer a cada minuto.

Debía haber algo más que yo pudiera hacer, algo que contribuyera a arreglar el condenado y espantoso lío que Lucy había generado en su día.

Me levanté y volqué sin querer la taza; el líquido de color marrón claro corrió por los bordes de la mesa y se precipitó al suelo.

—Lo siento mucho —murmuré—. Por favor, discúlpame, tita.

Mientras me alejaba del Continental, dejando atrás a Maude, atónita y confundida por mi súbita salida, pensé en lo que había dicho el agente de policía en la comisaría. Sí, había muchas cosas para las que no tenía explicación, eso era cierto.

Pero también sabía quién podía dármelas.

1 8

L U C Y



Me quité el vestido, el imponente vestido negro con cinturón que había llevado en mi primer día en Tánger y de nuevo, recientemente, por Maude. No me imaginaba a una chica como Sophie Turner con pantalones. El vestido se me pegaba a la espalda, empapado de sudor, como si se negara a desprenderse de mi cuerpo. Pasaron unos minutos y forcejeé furiosa, hasta que oí un leve desgarró; el tejido cedió un poco y por fin pude quitármelo, liberarme, y dejarlo tirado en el suelo. Suspiré. Me dieron ganas de abandonarlo ahí, de arrojarlo por la ventana a un montón de basura, pero lo metí en el fondo de la maleta, confiando en no volver a necesitarlo para fingirme otra.

Ya casi era la hora de partir.

Esa mañana había dudado un poco, me había sentido algo culpable hasta cuando entré en el estudio vacío de Youssef. Ese hombre había esperado toda la vida poder ver libre a Tánger y estaba a punto de conseguirlo... Ya era cuestión de semanas que la ciudad fuera completamente autónoma. Fui consciente de la injusticia, incluso mientras dejaba en el suelo la cartera manchada de sangre de John, detrás de una de las pinturas; la pulsera ya estaba por allí, en algún lado, como muestra de mi gratitud. No era justo, lo sabía. Pasaría el resto de su vida

en prisión solo por hacer lo mismo que yo: defenderse con uñas y dientes, luchar todo lo posible por conseguir lo suyo en un mundo que se negaba a dárselo. Una vez más, reparé en lo mucho que nos parecíamos Youssef y yo. Oprimidos por las mismas fuerzas, por hombres como John. Y aunque deberíamos haber sido aliados, aunque la derrota de John tendría que habernos hecho socios, conspiradores, ya no seríamos más que enemigos.

Me había detenido al ver la pintura que descansaba en el caballete. No había pedido verla, no me había molestado en mirarla la última vez que había estado en su estudio. Más tarde, incluso me había preguntado si habría estado pintando siquiera, si habría creado en realidad mi retrato con sus pinceladas. Pero al menos en eso había sido sincero.

El retrato, una extraña mezcla de azules cuyos nombres desconocía, reflejaba mis rasgos con asombrosa claridad. Revelaba, pensé, lo atentamente que me había estado observando durante las últimas semanas, porque, desde luego, no había visto todo aquello en los pocos minutos que había posado para él. Había algo íntimo, algo que sugería una relación entre el artista y la modelo. Yo sabía poco de arte, pero me daba la impresión de que era algo que debería hacer sentir, pensar.

Ya estaba anocheciendo y, en ese instante, viendo cómo el sol cada vez más débil arrojaba sus últimos rayos por la pintura, me había debatido de pronto entre la necesidad desesperada de marcharme, de salir del estudio, de Tánger, y la duda de si quedarme. Me había parecido todo demasiado repentino, como si no hubiera tenido tiempo de prepararme, de vivir mi duelo. Por un lado, me había visto tentada de dejar la pintura donde estaba, a modo de recordatorio, de prueba de que había estado ahí, de que había amado Tánger, de que había amado a Alice. De que todo eso había significado algo. Pero entonces me había imaginado el cuadro allí, para que Youssef lo contemplara, creyendo que me había vencido, aunque la ilusión durase solo un instante o dos más. La idea me había inquietado. Había pensado también en la policía, que lo encontraría, que podía examinarlo con detenimiento, sobre todo si Youssef decidía señalarme, cuando se diera cuenta de que su Alice no era Alice. Entonces había comprendido que no serviría de nada.

Lo había cogido y me lo había llevado.

Hice una pausa antes de meterme la blusa por la cabeza y miré por un

momento al espejo, a lo que veía reflejado en él. Una mujer joven, más o menos guapa, aunque nada que llamara demasiado la atención. Pensé en la pintura de Youssef, en la astucia que había sabido captar. Relajé el semblante, observándome, esforzándome por suavizar mis facciones, por reconvertirme en una joven llamada Sophie Turner, aunque sospechaba que no la suplantaría mucho más, porque su valor, su propósito iban extinguiéndose con cada paso que yo daba.

Cogí la maleta y eché un último vistazo al apartamento.

Podríamos haber sido felices allí, me dije con tristeza.

Cerré la puerta, bajé la escalera y salí a la calle.

Inspiré hondo e inhalé los aromas de Tánger, recordándome, al hacerlo, que quizá fuese la última vez que pisara esas tierras. Mientras avanzaba por los mercados, paseé la vista por los grandes montículos de especias, desde el amarillo intenso de la cúrcuma hasta los pétalos de rosa molidos y las cestas rebosantes de granos de pimienta enteros. Si yo hubiera sido pintora, artista, habría pasado el tiempo allí, decidí. No había un sitio mejor para observar Tánger.

Y entonces, aunque sabía que era una tontería, algo del todo sensiblero, peligroso incluso, me dirigí por última vez a la *kasbah*, a las tumbas y al acantilado y al mar que se extendía más allá. Al final, no pude evitarlo.

De pie en lo alto del acantilado, decidida a echar un último vistazo a Tánger, reparé en su belleza, en su misterio. Pensé en la historia que Youssef me había contado. La de la mujer hermosa que conducía a los hombres a la muerte con sus encantos. A lo mejor no era ninguna mujer misteriosa, me dije, a lo mejor era tan solo Tánger, Tingis. Porque, en cierto sentido, también yo había experimentado una especie de muerte en sus tierras. Había llegado a ella siendo una y me marchaba siendo otra. Aquella metamorfosis, por lo visto, exigía un renacer; por eso la muerte debía ser parte de ella, porque ambas estaban intrínsecamente conectadas.

Solté el cuadro que llevaba debajo del brazo, eché un vistazo rápido a mi alrededor para asegurarme de que nadie me miraba y lo tiré al mar.

Lucy Mason había agotado su vida útil por fin, aunque, en realidad, nunca

había sido demasiado útil, me dije con desdén. Habiendo nacido pobre, ignorante, en una familia que no se había molestado en cuidarla, que hubiera pasado de los diez años ya era un milagro en sí. Que hubiese encontrado un modo de subsistir en aquel taller mecánico, sola, con su padre, con otros hombres; que hubiese cogido un libro tras otro para aprender a leer, a escribir y obtenido una beca que le prometía algo más, algo mejor, todo eso jamás debería haber sucedido. Tendría que haber muerto hacía tiempo, como su madre; otra vida olvidada, otra muerte olvidada. Ya no tenía a quien llorar, a quien recordar. Me quedé allí plantada uno o dos minutos más, imaginando que las olas eran llamas de fuego, viéndolas azotar las rocas, mientras hundían y devoraban los últimos restos de Lucy Mason.

Me aparté del acantilado, consciente de que se me había escapado el tiempo, de que el ferry no tardaría en llegar. Camino del puerto, me mantuve centrada, alerta, evitando los lugares por los que acababa de pasar hacía un rato, impaciente, ansiosa, hambrienta de un recordatorio, de un *souvenir* de Tánger. Pensé en mi primer día, en los vendedores que me habían recibido, que me llamaban a gritos, intentando, en vano, sacarme el dinero. Volví a verlos cuando me dirigía al muelle, y entonces sí, supe que era él, el mismo moscón que me había perseguido por las calles mientras buscaba el apartamento de Alice ese primer día, que se había esfumado solo unos minutos antes de que yo me plantara bajo su balcón para observarla de lejos.

El moscón se acercó a mí y se dibujó una sonrisa en su rostro.

—¿Madame necesita un guía de viaje? —preguntó con entusiasmo.

Negué con la cabeza y señalé el barco, que se encontraba más adelante.

Respondió con un movimiento afirmativo y se abrió la chaqueta, revelando todo un surtido oculto de pulseras y anillos baratos, de esos que sin duda desteñían de verde a los pocos días.

—Una baratija, madame —ofreció sonriente—. Para recordar su viaje.

Asentí y busqué los últimos francos que me quedaban.

—Tome —dije, entregándole las monedas.

Me recompensó con una de las pulseras.

—Un recuerdo, madame —señaló, sin dejar de sonreír—. De su viaje a Tánger.

Le di las gracias y seguí camino del puerto. Mientras embarcaba, dejé que la

baratija se me cayera al Mediterráneo, aunque no me molesté en ver cómo se hundía. Con una pequeña carcajada, pensé en lo que me habría gustado decirle al moscón. Que no necesitaba la pulsera, ni ninguno de sus tesoros. Que no me hacía falta que nada me recordara a Tánger, a ella.

A fin de cuentas, yo era tangerina.

Jamás olvidaría.

19

A L I C E



En ciertos aspectos, la prisión de Malabata no era tan sombría como había imaginado.

En la periferia oriental de la ciudad, se levantaba ante mí un edificio inmenso y espléndido que me recordó de inmediato al Continental. Sentí un escalofrío. Las dos construcciones no podían ser más distintas, pero había algo en ellas que me resultaba extrañamente familiar, la grandeza que ambas emanaban.

Una vez dentro, me llevaron por una serie de pasillos y me introdujeron en una especie de calabozo improvisado, apartado del resto de la prisión.

Youssef se levantó al verme entrar.

—Ahora soy tan famoso que han decidido asignarme un cuarto propio —dijo a modo de saludo, señalando a su alrededor.

Sonrió, y me observó mientras yo evaluaba el minúsculo recinto, esa prisión dentro de una prisión que habían creado para él.

Respondí con una sonrisa forzada, aunque sospeché que sabía la verdad. Tánger podía ser un lugar sin duda peligroso, pero John me había contado que la mayoría de los delincuentes encerrados en Malabata eran ladrones y proxenetas, y que el delito más corriente era el contrabando de hachís de las montañas a la

ciudad. Un delincuente peligroso como Youssef no caería bien ni a los presos ni a los guardias. Por eso lo habían aislado y le habían preparado un cuarto en el que tenerlo apartado del resto de los internos, con la sola compañía de una ventana.

Carraspeé.

—Quería hablar con usted de Lucy Mason.

Youssef, que ocupaba la única silla de la estancia, volcó la parte superior del respaldo contra la pared en un balanceo a todas luces peligroso.

—No es la primera que me mencionan ese nombre —observó, meneando la cabeza a la vez que reía. Dejó caer la silla con estrépito—. Lamento decepcionarla, madame, pero no conozco a nadie que se llame así.

—Es la mujer a la que conocí hace varias semanas en el Gran Zoco —expliqué. Incliné la cabeza para indicarme, supuse, que me escuchaba, que podía continuar—. Verá, monsieur, yo soy Alice Shipley, no ella.

Al oírlo, abrió mucho los ojos y enarcó las cejas. Guardó silencio, aunque me escudriñó, me evaluó con la mirada.

—Ya entiendo —dijo por fin.

—La mujer a la que conocí —proseguí, impaciente por soltarlo todo— utilizó mi nombre, aunque no sé bien por qué. Pero creo que fue porque, de algún modo, lo tenía todo planeado desde el principio. —Esperé una reacción y, al ver que no la había, añadí—: Así que, ya ve, tiene que contárselo.

Sonrió.

—¿Contarle el qué a quién, madame?

—A la policía —contesté, extrañada de que no lo entendiese, de que no lo viera—. Tiene que contarles lo que le acabo de decir.

—¿Que una tangerina me ha mentido? ¿Que me ha dado un nombre falso? —Se encogió de hombros—. Eso no es nada nuevo.

Negué con la cabeza.

—Debe decirles que yo no soy Alice o, mejor dicho, que no soy la Alice a la que conoce. Que no es a mí a quien vio esa noche, la noche en la que mataron a John.

—Sí, podría decirles eso. —Hizo una pausa—. Pero ¿por qué iban a creerme?

Balbucí, confundida. ¿Por qué no lo veía? ¿No se daba cuenta de que aquella

no era solo mi escapatoria, sino también la suya, su única oportunidad de limpiar su nombre y librarse de los grilletos que las mentiras de Lucy lo habían obligado a llevar?

—Tienen que hacerlo —aseguré.

Meneó la cabeza.

—Madame, ¿sabe lo que me dirá la policía? Que usted ha venido aquí a convencerme para que mienta. Al fin y al cabo, ¿para qué iba a visitar a un preso al que no conoce si no es para pedirle que le salve la vida, dado que la suya ya está perdida? —Me dejó sin habla—. Lo tergiversarán todo —prosiguió—. Sus palabras, sus intenciones, hasta que les cuadren con las de ellos. Así es como funcionan. Nada va a cambiar eso. Como ve, esto no tiene remedio.

—Pero no está bien —repuse, aunque mis palabras sonaron flojas, resignadas—. Ella no puede salirse con la suya. No creo que aquí la dejen salirse con la suya.

Enarcó las cejas.

—¿Aquí?

—No me refería... —dije enseguida, impaciente por explicarme. Pero callé, y me pregunté si no me habría referido precisamente a eso. A Tánger. Allí. A esa extraña ciudad sin ley que era de todos y de nadie.

Youssef se recostó en el asiento.

—Déjeme que le cuente algo que me contó una vez un amigo que trabaja en el Continental... ¿Lo conoce?

—Sí —respondí, y me ruboricé al oírlo nombrar. Mirando al hombre que tenía delante, me pregunté si alguna vez se habría sentado allí a tomar el té o habría cruzado sus puertas. Se me hacía raro que perteneciera a la ciudad, y que ella le perteneciera a él, y sin embargo los lugares, los espacios de esta, no lo hicieran—. Sí —repetí—. Lo conozco.

—Mi amigo es el gerente del hotel. Una vez me habló de unos turistas que se habían alojado allí, unos norteamericanos, me especificó. En cuanto partió el ferry, una de las primeras cosas que le preguntaron fue si Tánger era segura.

Youssef hizo una pausa y me miró de un modo que me inquietó, porque, al oír sus palabras, lo único que me vino a la cabeza fue John, su cadáver en la mesa metálica del depósito. «No», quise decirle, gritarle. No, Tánger no era segura. Nada de lo que yo sabía de ella indicaba lo contrario, y nada de lo que

Youssef, hijo de Tánger, dijera podría cambiar eso. Pero entonces lo miré, allí sentado, delante de mí, encarcelado por un delito que no había cometido, y sentí que no podía expresar eso en voz alta.

—No sé —contesté en su lugar.

—Bueno —dijo Youssef, revolviéndose en su asiento—. Les preguntó lo siguiente: si en su país se les acercara un desconocido, un hombre con una cicatriz irregular en la cara —y se señaló la cara como si la deformidad pudiera verse allí—, ¿se detendrían a averiguar qué quiere? —Se inclinó hacia delante—. ¿Lo haría usted? —inquirió con mayor aspereza.

—No —respondí enseguida.

—No —repitió él—. No, claro que no. Entonces ¿por qué hacerlo aquí y luego asombrarse cuando sucede algo malo? —Meneó la cabeza con tristeza—. Si uno no es listo en su país —añadió, golpeándose la sien con el dedo—, tampoco será listo aquí. Si se mete en líos en su país, no sería de extrañar que se meta en líos aquí también. Sigue siendo la misma persona. Tánger es mágica, pero ni siquiera ella puede hacer milagros.

Asentí, sin querer analizar en ese momento las implicaciones de sus palabras, de la verdad que sospechaba que encerraban, de lo que podían significar para mí, no, sobre mí.

—Pero ¿qué va a hacer? —pregunté, consciente de que todas las demás preguntas ya no tenían sentido.

—Sobreviviré. —Se encogió de hombros—. Nada es para siempre, Alice Shipley.

El taxi que me llevó de vuelta al apartamento podría haberme dejado en la puerta, pero sentí la imperiosa necesidad de estar en la calle, de caminar al aire fresco, pese a que ya era denso y pesado. Aun así, no era nada comparado con la temperatura del asiento de atrás del taxi, con las ventanillas subidas del todo, como si el taxista temiera al propio aire.

Medité las palabras de Youssef, no pude evitar sentir su fuerte punzada, como si hubieran sido un reproche destinado solo a mí. A fin de cuentas, tenía razón: ¿cómo iba a culpar yo a aquel lugar, a Tánger, cuando me había traído los problemas de casa? No habían brotado de las grietas ni de las esquinas de las

aceras que me rodeaban; no, habían nacido y crecido en otro lugar, me habían seguido allí porque los había ignorado, había permitido que la bruma ocultase lo que yo ya sabía.

Era culpa mía. Lo que les había pasado a Tom, a John... Todo. No podía culpar a nadie más. Solo a mí misma y a Lucy. Ella me lo había quitado todo, pero yo se lo había permitido.

Aquel repentino descubrimiento me recordó algo y, mientras volvía al apartamento, apreté el paso, ansiosa por enfrentarme a ella yo sola. Y sentí, en ese instante, que allí era adonde nos dirigíamos desde hacía un tiempo, las dos, a enfrentarnos finalmente la una a la otra y a dejar al descubierto todos nuestros secretos y nuestras mentiras. Caminé más rápido, volví una esquina, luego otra, tropezándome con los tangerinos, con los azules, rosa y amarillos vivos de los portales, deteniéndome y arrancando de nuevo varias veces, confundida. No tardé en darme cuenta, con el corazón alborotado, de que me había perdido.

Y de que alguien me seguía.

Me lo noté en el pecho mientras me esforzaba por respirar, mientras aceleraba, explorando con la mirada todos los edificios, todos los puntos de referencia, en busca de algo que me resultara familiar, que me susurrara que ya estaba en casa. Pensé en el hombre de la cicatriz, convencida de que había sido él quien me había seguido por las calles hacía solo unos días. Entonces me había asustado muchísimo y, aunque ahora también estaba aterrada, me había cansado de correr.

Así que me detuve, de repente y sin previo aviso.

Sentí que otro cuerpo chocaba con fuerza contra el mío. Del golpe, se me cayó el bolso al suelo y su contenido se desparramó por la acera: un lápiz de labios, un estuche de colorete, las monedas sueltas que se habían quedado en el fondo... Me había olvidado de ellas hasta ese instante y mis ojos se clavaron en ellas, viéndolas caer, viendo aletear las pequeñas piezas de plata como hojas al viento.

Me volví, esperando encontrarme allí al hombre, pero no, era una mujer, era ella: Lucy.

—¿Qué quieres? —pregunté, y me agaché a recoger mi bolso, mis pertenencias, para poner unos centímetros de distancia entre las dos. Manoseé las cosas con torpeza, preguntándome cuánto rato llevaría siguiéndome, si sabría

que había ido a la comisaría o se habría enterado de aquello tan horrible que me había confesado después tía Maude. La imaginé escuchando a la vuelta de la esquina, sonriente, complacida de mi pesar. Me eché el bolso al hombro y me dispuse a retomar el rumbo, pero solo pude ver esa monstruosa sonrisita suya, la misma que me había dedicado la otra noche. Pensé en mi padre, en su voz provocadora: «Mi pequeña *Alice in Wonderland*»—. ¿Por qué haces esto?! —le grité de pronto, preparada por fin, sintiendo cómo la rabia me corría por las venas.

Pero, al mirarla, lo que vi me dejó paralizada y atónita.

Habría jurado que era Lucy, y sin embargo vi que me había equivocado. Era una mujer, sí, pero no Lucy; ni siquiera se le parecía. Esa mujer era mayor, más alta, rubia (y Lucy era morena), y me miraba preocupada, tapándose la boca con la mano, con los ojos como platos y una expresión en el rostro que no fui capaz de descifrar.

Meneé la cabeza.

—Perdone —murmuré—. *Je suis désolée* —añadí, moviendo la cabeza de una forma rara, con una extraña inclinación, a modo de reverencia, que no conseguía parar.

Ella empezó a hablar, a decir algo, pero yo me marché, no, salí corriendo a toda velocidad, y la imaginé, fuera quien fuese, allí plantada, mirándome burlona. Casi noté la presión de sus carcajadas en la espalda mientras enfilaba aprisa una calle tras otra, sin prestar atención adónde iba, empeñada en perderme entre la multitud, en distanciarme tanto como me fuera posible de aquel rostro burlón.

Cuando llegué a casa, Lucy ya no estaba.

Al principio no me lo podía creer, di por supuesto que había salido nada más, a cualquier lugar de la ciudad. Pero luego, cuando entré en su cuarto, despacio primero, como esperando que apareciese en cualquier momento, vi que era cierto. Su maleta, su ropa, sus artículos de aseo, todo había desaparecido. Como si nunca hubiera estado allí en realidad.

Entonces fui consciente de lo que su ausencia significaba; la realidad fue calando en mí lentamente, poco a poco.

Youssef no quería hablar. Tía Maude no me creía. Peor aún, creía que yo era la responsable. Pensé en el policia de antes, en su interrogatorio, en su mezcla de decepción y regocijo al darse cuenta de todas las preguntas para las que yo no tenía respuesta. Supe entonces que no tardarían en venir.

Me recosté en la pared y me noté la pulsera en el bolsillo, maciza y pesada.

Al recordarlo entonces, sentí que la rabia crecía en mi interior. Brotó casi con violencia, con una fuerza tal que noté cómo me rezumaba por los poros.

Arranqué primero los platos que decoraban la pared, con tanta ferocidad que me dio un tirón en el hombro. Ignoré el dolor, ignoré el temblor de mis manos, desesperada por acabar con todos, queriendo, no, necesitando destrozar aquel lugar que en su día me había prometido seguridad, una nueva oportunidad, un nuevo comienzo. Todo había sido mentira. Y en ese instante nada deseaba más que acabar con todo.

Cuando las fuerzas empezaron a fallarme, corrí a la cocina y agarré el cuchillo más afilado que pude encontrar. Lo clavé en los cojines del sofá, en los pufs de cuero del suelo, asiendo el mango con tanta fuerza que el tejido no pudo resistirse a mi embestida. Me temblaban las manos, mi respiración era agitada, y mientras me secaba el sudor de la frente, noté que el corazón me golpeaba el pecho.

Imaginé mi aspecto, el gesto salvaje, atacando con uñas y dientes.

Solté el cuchillo y me derrumbé en medio de los cojines destrozados, hechos jirones, de sus restos esparcidos a mi alrededor a modo de macabra nevada. Y esperé a que me inundara una sensación de alivio, de triunfo. Miré el destrozo que había hecho, pero no sentí nada. Solo un vacío al pensar que ella se había ido. Que ya nunca sabría con certeza lo que había hecho. Que lo único que me quedaría serían mis sospechas, mis convicciones, que ya ni siquiera me bastaban.

Y había algo más.

Parecía absurdo, incluso grotesco, pero sentí una especie de dolor físico en el pecho. Recordé ese instante en el depósito, hacía un rato, cuando me había vuelto para buscarla. Como si me faltara algo que solo la presencia de Lucy podía completar de verdad. Porque sin ella, pese a lo mucho que la idea me hacía palidecer, sabía por experiencia que mi resolución menguaba, que mi voz se extinguía. La simbiosis que existía entre nosotras, fuera cual fuese, era real, tangible, y de pronto noté que me faltaba, como si ella fuera una prolongación de

mi persona. Ella era, lo supe entonces, esa parte horrenda de mí que debía tener encerrada para siempre; la versión sin filtros, la crudeza que nadie debía ver jamás. Ella era todos los pensamientos perversos, todos los deseos prohibidos en formato real y visceral. Sostuve en alto la mano y vi que el tinte del cuero me la había manchado. Reí y me susurré: «¿Ves? Jamás te librarás de ella». Volví a mirar al suelo, empeñada en sentir algo, lo que fuera.

Pero no sentí nada. Nada en absoluto.

Oí pronunciar mi nombre, sordo, desde el otro lado.

Era la policía, lo sabía. Habían vuelto por fin.

Miré las paredes de mi apartamento y ansié que me engulleran, que me consumieran, de una vez por todas, las sombras que me acechaban en los rincones.

Debería haber supuesto que jamás lograría escapar de ellas, de ella.

Me levanté del suelo. De los brazos me colgaban tiras de cuero, de tela. Incluso llevaba un trocito pegado en la mejilla. Mientras me desprendía de ellas, contemplando los jirones de lienzo del suelo, me asaltó la convicción de que nada de todo aquello, lo que les había pasado a Tom, a John, o lo sucedido entre medias, importaba. Lo cierto era que no. Siempre había sido ella, yo, las dos. Y estaba escrito que terminaría así.

Me dolía la cabeza y me llevé los dedos a la sien.

Llamaron a la puerta con mayor insistencia.

Pensé en la última vez que había oído a alguien llamar a la puerta así, la mañana en que John había desaparecido. No, la mañana en que yo lo había sabido por aquel hombre extraño de la cicatriz. Me pregunté entonces, y no por primera vez, quién era y por qué se había mostrado tan reacio a contactar con la policía. Si era el tipo que me había seguido por la calle aquel día. Si lo que decía la policía de que John iba a marcharse con Sabine sería cierto. Me hizo darme cuenta de que no había conocido a John de verdad, solo el espejismo neblinoso que él mismo me había presentado el verano en que nos habíamos conocido, una baliza de esperanza a la que yo me había aferrado en mi peor momento. Me volví hacia la puerta, hacia el sonido de alguien que manipulaba el pomo. Estaba cerrada con llave. No podrían entrar con tanta facilidad.

Me dirigí a toda prisa al dormitorio.

Habían venido a por mí al final, las sombras invisibles que Lucy había hecho reales. A esas alturas, lo sabía, ya no desaparecerían. A fin de cuentas, la policía me creía culpable de la muerte de John, si no del acto físico propiamente dicho, al menos sí de su urdimbre. Un susurro de lady Macbeth que no podía quedar impune.

Pensé en el cadáver de John y me pregunté si lo enterrarían en Tánger o lo repatriarían a Inglaterra. Pensé en sus ojos, vacíos, o así los imaginé, porque los tenía cerrados la última vez que los había visto. Resultaba extraño que lo devolvieran a su lugar de nacimiento. Él había amado Tánger y ella lo había amado a él, por un tiempo. No parecía justo que los separaran. No, lo lógico era que se quedara con ella, para siempre. Confié en que se dieran cuenta.

Agarré el cuchillo que había cogido del suelo.

En muchos aspectos, también eso parecía lógico. Como si durante todos los años transcurridos desde la muerte de mis padres hubiera estado esperándolo. El final al que estaba destinada esa noche, al que debería haber sucumbido de no ser por un extraño milagro. O quizá no había sido un milagro después de todo. Quizá solo había sido un error. Quizá yo no debería haber sobrevivido y las sombras no eran más que advertencias, o el tiempo, que me vigilaba, que esperaba mi muerte inminente.

Quizá había ido avanzando hacia ese día, todo el tiempo, yo sola.

La idea era un consuelo, me dije mientras me acercaba a la cama. Me subí a ella, estiré la colcha y me refugié bajo las sábanas.

De repente, fue como si alguien corpulento estuviera arrojándose sobre la estructura de madera, una y otra vez, tanto que me preocupó que aquel ruido no cesara nunca, que siguiera sonando eternamente.

Pero, recordé, mirándome la mano, cesaría.

Todo. Pronto.

Y nada de lo ocurrido antes volvería a importar jamás.

20
LUCY



Delante de ella, la cola avanzaba por fin.

—Billete, por favor —le pidió el hombre, abriendo la mano, expectante.

Por un segundo, pensó en dar media vuelta, en abrirse paso por la cola en la que había esperado casi una hora, recorrer el puerto y llegar al corazón de la ciudad, como había hecho el primer día. Casi pudo sentir el calor de la medina aplastándola, la emoción frenética que inundaba sus calles a modo de vena que mantuviera viva la ciudad, bombeando e impulsando, trabajando sin descanso para que el resto de Tánger pudiera sobrevivir. Ansió estar de nuevo en medio de aquello, sospechando, no, quizá sabiendo ya, que jamás volvería a estarlo. Que Tánger sería una desconocida para ella, entonces y siempre. Bueno, en realidad, una desconocida no, aunque sí un recuerdo del pasado. Uno que podía sacar y examinar de cuando en cuando, sosteniéndolo a la luz, pero que jamás volvería a visitar. Eso era imposible.

Si Alice no hubiera llamado a Maude...

Si Youssef no la hubiera chantajeado...

Lucy le entregó el billete al empleado y buscó sitio al fondo, lejos de los niños gritones con la boca pegajosa de dulces cuyos padres ya exhibían la cara

de resignación de quien sabe que se enfrenta a una batalla perdida. Era una expresión que sin duda compartían, porque Lucy sabía que ese también era el final de Alice y ella. Ya no habría más oportunidades para las dos.

Notó movimiento a su lado y se volvió un poco para ver quién ocupaba el asiento contiguo. Era una mujer unos diez años mayor que ella, pero el modo en que le sonrió y la saludó con la cabeza le pareció tierno y tentador. Una ligera inclinación, nada muy intrusivo. Se sorprendió devolviéndole ese gesto tan natural, de pronto ansiosa por dejar atrás sus tristes pensamientos.

La mujer soltó un ruidoso suspiro.

—¡Qué alivio!, ¿verdad?

Lucy la miró extrañada.

—¿El qué?

La mujer señaló a la ventanilla que Lucy tenía al otro lado, empañada por el sol vespertino, cuya intensidad ya notaba en la mejilla.

—Dejar todo esto atrás —contestó la mujer. Soltó otro suspiro y se acomodó mejor en el cojín—. No es que no me guste Marruecos, pero siempre es un alivio inmenso volver a casa. Como si, no sé, mudara la piel o algo así. Como si de golpe respirase de nuevo. —Se volvió hacia Lucy—. ¿No hay un dicho sobre eso?

—¿Un dicho? —repitió Lucy.

La miraba directamente ya. Había algo teatral en ella, se dijo Lucy, en su forma de moverse, en el ostentoso ademán de sus manos enguantadas. Su voz era recia, poseía una seguridad que cautivaba a Lucy, y se sorprendió preguntándose si lo haría a menudo, si conversaría con desconocidos como si fuera lo más normal del mundo. Le hablaba con rotundidad, con seguridad, como si ya tuviera la certeza de que ese refrán existía y la pregunta que le había hecho a Lucy sobre su validez, su existencia, no fuera otra cosa que una mera formalidad.

Hacía algún tiempo, cuando todo parecía fácil y encajaba, también Lucy había sido así de rotunda, pero luego su mundo se había vuelto del revés, y cuando por fin había regresado a su posición normal, ella se había encontrado ante sus restos carbonizados, de pronto insegura de todo. Esa vez le haría falta un cambio mayor, algo más que una simple reubicación y un currículum inventado. Pensó en Tánger y en sus múltiples nombres y metamorfosis. En la

gente que lo había considerado su hogar a lo largo de los siglos: una amplia variedad de nacionalidades, de idiomas. Tánger era una ciudad de cambios, que variaba y se transfiguraba para sobrevivir. Era un lugar al que uno iba a transformarse. Y, de algún modo, la había cambiado a ella. Lejos estaba ya la niña, la joven que había amado de modo tan imprudente, tan ciegamente que estaba dispuesta a hacer lo que fuera por conservar ese amor. Porque, aunque todavía creía que Alice la había querido en algún momento, no era capaz de señalar cuándo.

Se volvió hacia la mujer, al presente, y sonrió.

—Me parece que no conozco ese dicho.

La mujer enarcó las cejas sorprendida.

—¿No? Bueno, a lo mejor son imaginaciones mías. —Le tendió la mano, aún enguantada—. Soy Martha.

Lucy se la estrechó e impregnó el tejido almidonado del sudor de la suya.

—Alice —dijo, a modo de prueba, variando un poco la voz para que la *a* sonara más aguda, más redondeada.

Martha la miró extrañada.

—Vaya, ¿me equivoco o detecto cierto acento británico? —preguntó. Sus vocales eran largas y arrastradas, como esas moscas que te rondan en círculos la cabeza, por lo que Lucy imaginó un lugar cálido y polvoriento, con un barro de color ocre tostado.

Sonrió.

—Mi madre era estadounidense, pero mi padre era británico. —Hizo una pausa al ver que el barco se ponía en marcha por fin—. Aunque a mí me crio mi tía en Londres.

—¿Su tía? —preguntó Martha.

—Sí —dijo Lucy. Notó que el barco se movía, pero resistió la tentación de volverse para mirar por la ventanilla. Ya se había despedido de Tánger—. Mis padres murieron cuando yo era pequeña.

Martha se llevó de inmediato la mano a los labios manchados de cereza.

—¡Ay, querida, qué horror!

Lucy agachó la mirada.

—Sí, sí, lo fue. —Soltó un suspiro tan hondo que le vibró el cuerpo entero y llegó a plantearse si sería el aspaviento o el estrépito de la maquinaria lo que le

retumbaba por dentro—. Pero de eso ya hace mucho.

—Por supuesto —dijo Martha, asintiendo con entusiasmo.

Empezó a hablar, aunque luego titubeó. A Lucy le pareció verla debatirse entre la cortesía y el interés. Con la espalda pegada a la ventanilla, negándose a mirar atrás, Lucy esperó a ver por cuál se decantaba.

El barco dio un acelerón y la mujer se precipitó hacia delante, golpeando ligeramente a Lucy en el hombro.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Lucy la miró extrañada, perpleja.

—¿El qué?

—El dicho —contestó Martha, meneando la cabeza como si le costase creer que Lucy no lo conociera, como si fueran ya grandes amigas—. Aquí, o más bien allí —dijo, señalando por encima del hombro de Lucy la imagen cada vez más lejana de Tánger, de sus tierras—, tienen un dicho. —Hizo una pausa y miró a Lucy expectante. Luego añadió—: «Lloras al llegar y lloras cuando te vas».

EPÍLOGO
ESPAÑA



En sus sueños, está sentada en el Café Hafa. Tiene delante un vaso de té moruno que le acaban de traer y le maravillan sus colores: un verde bosque oscuro en la parte superior, un ámbar dorado en el fondo. Hace uno de esos días perfectos en Tánger, se dice. El cielo es de un azul intenso; las nubes, de un blanco asombroso. Desea, y no por primera vez, poder capturarlo todo de algún modo, quizá con palabras en un papel o con pintura en un lienzo, para poder tenerlo consigo, siempre.

Al despertar, su realidad es muy distinta. Aún brilla el sol sobre un cielo azul celeste. Solo que, en lugar del azul zafiro del Mediterráneo, tiene frente a ella las montañas, verdes y florecientes en los primeros días de la primavera.

Hoy es martes, su día favorito de la semana.

Los martes se despierta temprano y echa café molido en una taza, lo justo para una persona, porque la esperan en otro sitio. Luego sube la escalera y se bebe el café en el balcón, que da a la calle, a una de las empinadas cuevas del pueblo. Está lo bastante arriba como para verlo entero, con las montañas al fondo; por la noche, cuando casi todo está en silencio, puede observar los hogares donde aún no duermen y cuyas luces titilan en una localidad de montaña por lo demás a oscuras.

Hoy alguien se ha mudado a la casa de enfrente. Desde su atalaya, puede ver el interior de la vivienda y a sus habitantes moverse por ella, retirando sábanas de los muebles, sacudiendo el polvo por la ventana, a la calle. Entre los muebles, hay un viejo piano, pegado a la pared del fondo. Mientras se termina el café, empieza a emanar música por la ventana. *Two drifters, off to see the world,*

There's such a lot of world to see. Se sienta y escucha, sonriente, prolongando el momento todo lo posible.

Hoy será su último día en esa casa.

Espera paciente en la parada del autobús, dando los buenos días a los vecinos que ya conoce. Hay una pareja que es propietaria de uno de los tres restaurantes del pueblo y que le sirve cerveza con una tapita, pescado que no conoce, pero que siempre está jugoso, sabroso, delicioso; hay un vagabundo que se ha instalado en la cabaña abandonada de detrás de la casa del médico; y más, otras sonrisas conocidas. Los saluda a todos con la cabeza, aunque no habla. Nadie, por lo visto, sabe inglés ni francés en ese pueblecito, así que se mantiene al margen, feliz de que exista esa barrera.

Se sube al autobús y se para delante del conductor.

—Málaga —dice, y le entrega el importe en efectivo.

Está a una hora de distancia, pero el trayecto es agradable. Se sienta sola, mirando por la ventanilla, contemplando las ondulaciones de las montañas que va dejando atrás, y las flores, de color púrpura y amarillo, que forran los campos verdes. Hay momentos en que desearía que el viaje durara eternamente, mientras apoya la cabeza en el cristal, parpadeando. Se siente casi feliz, casi en paz.

En Málaga, el ruido parece asaltarla; se ha acostumbrado a la quietud de su pueblecito de montaña. Aquí hay demasiadas personas, que van como enloquecidas de un sitio a otro. Da la sensación de que hace más calor, aunque es probable que la temperatura sea la misma. Aun así, aquí no está a gusto; cuando ha recorrido ya una o dos manzanas, la blusa se le pega a la espalda y le cuesta respirar con normalidad. Se sube las gafas de sol un poco más para protegerse.

Cuando llega, la encuentra sentada en un rincón, sola.

Maude habría preferido, lo sabe, que Alice estuviera en Inglaterra, pero de momento los médicos desaconsejan el traslado, así que se ha tenido que contentar con enviarle una enfermera personal, una joven pelirroja que parece aterrada ante la perspectiva de quedarse en España por tiempo indefinido. Por lo menos no es Tánger, le dijo Maude hace meses, cuando le contó en qué estado habían encontrado a Alice y le habló de las gestiones que había tenido que hacer, de las discusiones que había tenido que soportar para convencer a la policía de que el mejor sitio para su sobrina era una institución de Málaga, no una celda de

una prisión tangerina; de que todo había sido dispuesto, a petición suya, por una amiga de Alice, una joven muy capaz llamada Sophie Turner. Al final, cedieron. El asunto se había complicado demasiado para ellos. Llegó la independencia y estaban impacientes por empezar de cero, por centrarse en sus asuntos y que cada país resolviera los problemas de sus expatriados. Al final, expulsaron encantados a la joven británica de sus tierras.

Se queda de pie, junto a la cama, mirando desde arriba lo que queda de la chica que conoció y a la que amó. Es curioso, y lo ha pensado a menudo en los meses que lleva cuidando de Alice, cómo se han desvanecido los sentimientos que tuvo en su día, cómo se han secado. Por eso sabe que ha llegado el momento de marcharse.

Hay un papel encima de la cama. Lo coge y ve su nombre escrito en él. Las enfermeras ya la advirtieron hace semanas de que su obsesión por ese nombre es cada vez mayor, como la cantidad de papeles que Alice esconde por toda la habitación.

Se lo guarda en el bolsillo.

Inclinándose hacia delante, le da un beso en la frente y se marcha. No mira atrás. Será la última vez que se vean.

Se dirige con paso cansino al banco.

A los empleados les sorprende su presencia; por lo general, un mensajero le lleva a Alice Shipley su asignación, bajo la custodia de Sophie Turner. Menea la cabeza y sonrío, y les explica que ahora está mejor, que su cuidadora ha vuelto a Inglaterra y que ella ha ido allí a retirar los fondos del fideicomiso a los que ya tiene pleno acceso porque su cumpleaños fue ayer. Al verlos extrañados, confundidos, se tapa la boca con la mano, como espantada.

—Oh, vaya, ¿mi tía no les ha dejado una nota con instrucciones?

—No, señorita, nada —le dicen abochornados.

No hablan mucho inglés, pero eso la beneficia.

Rondan, sonrientes, a esa inglesa agradable que los observa con ojos tan grandes y cándidos. Saben lo sola que está, lo vulnerable que es, aquí, en un país que no es el suyo, cuyo idioma ni siquiera sabe hablar. Piensan, consternados, en sus propias hijas y, al final, se ablandan. A fin de cuentas, la joven lleva el

pasaporte: Alice Shipley, el mismo apellido que la mujer mayor que abrió la cuenta y que realiza las imposiciones. La conexión no puede ser casual. La mujer fijó una cantidad que sirviera para cubrir la atención médica de su sobrina mientras estuviese en el hospital y, aunque no le preguntaron por su afección, ya ven que se ha recuperado.

Y el fideicomiso está a su nombre, no hay motivo para negárselo.

Ya en la calle, sonrío aliviada, y siente el futuro vivito y coleando en el peso de su maleta. No es una ladrona, se dice, porque no se ha llevado nada, solo lo que le deben. Por todas las promesas que Alice le hizo e incumplió. Por la vida en la que le había hecho creer una noche fresca de otoño y que había incendiado en el frío amargo del invierno.

Luego se dirige a la Alameda Principal y a la Antigua Casa de Guardia, donde se ha aficionado a tomarse una copita de Málaga trasañejo. Se beberá la última, para celebrarlo, ha decidido. Así que recorre despacio la avenida y observa a las familias, las parejas que pasean por el centro de esa calle que atraviesa la ciudad como una vena rebosante de actividad. Se detienen en uno de los puestos de flores y después en otro, a escasos metros de distancia, inspeccionando, regateando antes de comprar nada.

Una vez en el bar, se relaja.

Ve cómo la marca de tiza que el camarero hace en la barra, delante de ella, pasa de uno a dos y luego a tres. En el pasado, en los días malos, compraba un barrilito entero para llevárselo a casa; en los peores, se pagaba una habitación de hotel en la ciudad. Hoy siente el peso de su equipaje y sabe que ya no volverá a haber días así.

Le hace una seña al camarero. Su autobús sale en poco más de media hora y no puede perderlo; el nombre de la ciudad impreso en el billete es una esperanza, un sueño que ya no puede posponer más. Entrega unas monedas al camarero, que las cuenta con rapidez y, llevándose la mano al bolsillo, le devuelve el cambio correcto. Ella niega con la cabeza, para indicarle que se lo quede como propina, consciente de que ahora puede permitirse esas cosas. Él hace un gesto de agradecimiento con la cabeza.

Lucy lo ve sacarse un paño del bolsillo, pasarlo por la barra de madera y

borrar el número de copas hasta hacerlo desaparecer, como si ella jamás hubiera estado allí.

A G R A D E C I M I E N T O S



Quisiera darle las gracias a mi agente, Elisabeth Weed, por rescatar de la pila *Vientos de traición* y ver el potencial escondido en mi manuscrito original. Se ha leído este libro en incontables ocasiones durante el último año, en sus múltiples variantes, y se ha mostrado muy alentadora a lo largo de todo el proceso, algo por lo que le estaré eternamente agradecida. Mi más sincero agradecimiento al resto del equipo de Book Group y, en particular, a Dana Murphy, otra de las primeras lectoras de esta novela, por sus sabias recomendaciones. También me gustaría dar las gracias a todo el personal de Ecco por su constante entusiasmo y, por supuesto, en especial, a mi editor, Zahcary Wagman. *Vientos de traición* no existiría hoy sin su apoyo y su orientación editorial, a los que debemos, en última instancia, la obra definitiva.

N O T A



[*] *One for Sorrow* es una canción de cuna tradicional que habla sobre una antigua superstición: el número de urracas que uno ve determina su buena o mala suerte. «Una por la pena, / dos para la alegría / tres para un funeral / y cuatro para el nacimiento.» (*N. de la t.*)

Vientos de traición
Christine Mangan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Tangerine*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, a partir de una idea original de Allison Saltzman

© de la fotografía de la portada, Suzy Parker in Morocco, April 1953, by Georges Dambier © Estate of Georges Dambier Y © Paul Kelly - Shutterstock

© Christine Mangan, 2018

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18725-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!

